

—NOELIA MEDINA—

MI MALDITA DROGA DURA

TABÚ
PARTE I



Autora Best Seller de Con las manos en las bragas

Mi maldita droga dura

ç



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del

código penal).

© Noelia Medina 2019

Primera edición: abril 2019

Composición: Editorial LxL

A ti, libertad, sinónimo de la felicidad.

Agradecimientos

Sumergirte en un proyecto que necesitas hacer sola y verte rodeada por los de siempre es lo más grande que pueda agradecerse. Tengo muchos motivos para escribir este apartado, pero seré breve y concisa; cada quién sabe todo lo que ha aportado a la historia que leerás a continuación.

A mi familia, el apoyo más grande que tengo. Se publicarán doscientos libros y vosotros seréis mi primer pensamiento al escribir esta parte tan personal de cada uno. A mis Uni, porque están siempre ahí y dando de ellas la parte más personal y profesional. A Angy Skay, por darme el calor de mi editora, aparte de amiga, a pesar de ser un proyecto paralelo. A los profesionales de Editorial LxL por sus servicios editoriales; tener a los de siempre formando el proyecto es un lujo. A Chari Rodilana, mi amiga, lectora cero, crítica y luchadora incansable de la libertad. A mis hermanas de vida, qué suerte tengo de teneros. A Gema Tacón, por toda la ayuda, aguantando mis dudas a cualquier hora. Al club liberal Sevilla Liberal, por abrirme las puertas de la realidad y demostrarme que, para hablarles a otros de algo, primero tienes que comprobarlo con tus propios ojos. Y a ti, lector, que casi siempre te dedico el último renglón, siendo la parte más importante de todo esto. Haces que pueda darle visibilidad a lo que más me gusta del mundo, a lo que me hace más feliz.

Me gustaría decir que espero no defraudar a nadie con esta historia, pero eso es imposible. Eso sí, he plasmado lo que quería, me he dejado llevar, no he pensado en nada mientras las palabras formaban frases, las frases párrafos y los párrafos la historia de Nicolle y Marc.

Cuando las cosas se hacen sin miedo, con libertad, pueden no gustar, pero nunca salir mal.

Índice

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CONTINUARÁ...](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Prólogo

Aquella noche soñó con un susurro que la llamaba por su nombre, haciendo que se acercara. No quería ir, todo a su alrededor olía a peligro, incluso la voz que la nombraba sonaba amenazadora, pero sus piernas, aunque sigilosas, no dejaban de caminar. Un pie delante del otro. Un paso, otro y otro, resonando a la par de su corazón acelerado. Y el susurro que la llamaba con voz pausada, ronca, masculina y cada vez con más claridad. No tuvo duda de a quién pertenecía aquella voz.

De repente, un pasillo blanco, siniestro y con muchas puertas a ambos lados. Al final, una oscura, más ancha que las demás, completamente negra.

Supo que caminaba hacia la opacidad, que había otras muchas opciones, que podía abrir la primera puerta de la izquierda, o la de la derecha, daba igual, y no encontraría nada malo al otro lado. Sin embargo, no era ella quien decidía aquello. Siguió caminando hasta el final de la galería, hasta la puerta negra, con las pulsaciones cada vez más arrítmicas. Cuando puso una mano sobre el pomo oscuro, su corazón ya no palpitaba con fuerza, se le había parado. Lo sintió como un reloj viejo y oxidado al que de repente se le detienen los engranajes. Respiró profundamente y se mantuvo unos segundos quieta y dudosa, pero la voz volvió a envolverla, pidiéndole avanzar. Giró el pomo y abrió sin más.

En mitad de una sala blanca había una gran hoguera que consumía, haciéndolo ceniza sin piedad, un cuadro gigante que representaba a una mujer desnuda, con un cisne blanco entre sus piernas que la hacía gozar.

Lo identificó, asustada. Ella sabía cuál era aquel cuadro, a quién pertenecía.

Corrió para salvar la obra, pero las llamas se alzaban fieras sin permitirle el paso. A pesar del peligro, estiró el brazo, intentándolo con todas sus ganas. No sabía por qué tenía esa necesidad de arriesgar su integridad por una obra que, a pesar de reconocerla, no le importaba tanto, de hecho, nada en absoluto. Aunque en su interior la desesperación era latente y algo le pedía que lo hiciera, que lo sacara de ahí.

Lo sujetó con fuerza, internándose en el fuego, y sintió el calor. Un calor desgarrador e intenso que consumía su piel por segundos. Cuando se dio cuenta de que era imposible salvarlo, recuperarlo intacto, pegó un salto hacia atrás, apartándose y cayendo al suelo. Se miró el brazo quemado y al cuadro de nuevo, teniendo una última visión de la cara de placer de la mujer desfigurándose debido a las llamas.

Gritó, angustiada, dolorida por las quemaduras y con la respiración descompasada, diciéndose a sí misma que no tenía por qué hacerlo, que se quemaría de nuevo. Pero esa sensación de protección, ese halo invisible que la empujaba a acercarse, volvió. Se levantó y se acercó para intentarlo, pero, al llegar, ya era tarde. La obra se había quemado, consumido.

Entonces lo comprendió. Allí, de pie, exhausta y asustada, al fin comprendió.

Ella era la mujer.

Él, el cisne. La bestia entre sus piernas.

Juntos eran el fuego que acabaría con todo.

Y, a pesar de que algo la avisaba de que huyera, de que corriera en dirección contraria al tentador calor, supo que siempre se arriesgaría a quemarse y, con ello, a convertirse en ceniza.

Capítulo 1

Ser la hija de una gran bailarina internacional no era sencillo, pero serlo de una gran bailarina internacional con la carrera y las ganas de vivir acabadas, era insoportable.

Silvana nació y vivió en Francia hasta los doce años. La ciudad la vio debutar y le ofreció la oportunidad de su vida. Después, muchas otras la reclamaron. Vivió de aquí para allá con una maleta en la mano y unos padres a su espalda que la guiaron en el camino. Fue grande, muy grande, a pesar de su juventud. Saboreaba con lentitud lo que hacía. Alzaba los talones y sentía que podía absolutamente con todo. Arribaba los brazos y el mentón y el mundo desaparecía bajo sus pies. Todo era pequeño e insignificante comparado con la música que la acompañaba mientras daba vueltas. No tenía ojos para nada más que no fuera bailar. Vivir bailando. Bailar viviendo.

A los quince años, residiendo de manera temporal en Omsk, conoció a un joven ruso que se encargaba de abrir el telón para que ella brillara sobre el escenario. Fue la primera vez que algo le importó más que la música sonando y su cuerpo moviéndose al compás. Descubrió que cada ensayo se le hacía pequeño comparado con el momento en el que, al finalizar la semana, cada domingo, bailara ante su público. No por todo lo que conllevaban las horas previas de preparación, los nervios, el vestuario ni toda aquella purpurina que la envolvía, aunque ella resplandeciera de manera propia. Era porque allí, imperceptiblemente, en un rincón tras el gran escenario, un chico de cabellos negros como la noche y ojos casi cristalinos la miraba un segundo, asentía con

la cabeza y le sonreía, transmitiéndole fuerza. Después, se abría el telón.

Una y otra vez, durante mucho tiempo, el último día de la semana, por muy dura que fuese, todo desaparecía. Los largos ensayos, las voces severas de sus profesores o la presión que siempre la acompañaba se esfumaban. Pero solo sería eso; un halo de tranquilidad entre su estado de caos. Nunca pasaría de ahí, no al menos mientras su carrera estuviera encarrilada y llevándola a lo más alto. No podía centrarse en los chicos ni en cualquier otra cosa que la desviara.

Ocurrió. Porque todo lo que evitas tarde o temprano sucede y te sonríe con malicia. Dejó de bailar para ella y comenzó a hacerlo para él.

Muy pocos meses después, dejó de bailar para ella, para él y para su público.

Silvana se quedó embarazada con apenas dieciocho años y su vida giró. Giró más de lo que lo había hecho ella sobre sus punteras. Giró hasta marearla, desorientarla. Dio tantas vueltas que terminó escupiéndola lejos, apartada de aquel chico de cabellos del color de la noche y mirada cristalina del que nunca supo nada más. Apartada de los focos y de la música. Dejó de brillar. Con o sin purpurina, nunca más resplandeció. Ni siquiera cuando nació Nicolle, a quien, sin motivo, la creyó causante de toda su desdicha, de haber cortado de raíz y sin miramientos el hilo que encauzaba su vida. Claro que aquella pequeña que llegó al mundo nueve meses después no tenía la culpa de nada. Sin embargo, quizá por sus cabellos negros o aquellos ojos tan azules que parecían cristalinos, Silvana la condenó a la culpabilidad perpetua.

No había un día, un solo día, que no se castigara por lo que había ocurrido. No por haber colgado sus zapatillas en un pequeño despacho como un simple recuerdo del pasado junto con decenas de medallas, diplomas y trofeos, sino porque cada vez que contemplaba a aquella chiquilla, ya fuera sonriéndole, hablando, caminando o enfadada, cada vez que la observaba con detenimiento, no podía evitar recordar a aquel muchacho que la miraba un segundo, asentía, le sonreía dándole ánimos y abría el telón.

Finales de noviembre de 2018

Giraba el bolígrafo, clicaba sobre la tapa del libro de manera constante haciendo un molesto y repetitivo ruidito, se lo colocaba sobre el labio a modo de bigote y volvía a empezar. Mientras tanto, le daba vueltas a la cabeza,

buscando opciones, aunque no tenía muchas.

—Eh —le dijo su madre, desviando la atención del móvil donde leía las noticias cada mañana mientras desayunaban. Nicolle la miró—. ¿Puedes dejar de hacer eso? Me estás irritando.

La chica puso los ojos en blanco y detuvo el repiqueteo del bolígrafo rosado, soltándolo sobre el libro cerrado que debería estar devorando para el último examen, pero no tenía ánimos ni concentración para ello. Primero buscaría una solución, después se centraría en el temario. Además, casi se lo sabía de memoria, lo había estudiado decenas de veces desde que la señora Trendy lo hubiera explicado. Eran las ventajas de leer y leer diariamente lo dado en clase; para el examen solo tenías que repasar, sin agobios.

—Silvana... —llamó a su madre, pero retuvo las palabras que saldrían a continuación. La aludida volvió a alzar la cabeza y con el semblante serio le hizo un gesto, animándola a seguir.

No lo hizo.

Miró el bote transparente que reposaba solitario sobre el microondas en el que había pegado un pósito amarillo con la palabra «Emergencias» escrita. Estaba vacío. De hecho, hacía meses que no veía un billete dentro. Silvana había dejado los pequeños bolos que realizaba bailando cuando un año atrás volvieron a Francia, y aquello era lo único que desde hacía tiempo les daba un dinero extra. Habían vuelto para que ella pudiera estudiar lo que deseaba, siendo nueve veces más barato que cursar la universidad en España. Ahora, su madre trabajaba de comercial de seguros, y cuando su hija le insistía para que volviera a los escenarios, esta se cerraba en banda y solo negaba con la cabeza, sin más explicación. Pero es que Silvana nunca había sido de dar ni recibir argumentos.

—Es de agradecer que te atiendan cuando hablas. —Nicolle la miró con rapidez al escuchar el tono áspero que siempre empleaba a primera hora de la mañana—. Te he preguntado que si te pasa algo.

—Nada, no te preocupes. Era una tontería. —Se levantó mientras recogía las cosas con rapidez, las guardó en la mochila y colocó la silla donde había estado sentada pegada a la mesa—. Voy justa de tiempo, salgo o llegaré tarde.

Sin más, se dio la vuelta y corrió.

—¡Hoy viene la abuela, no te entretengas! —escuchó en la lejanía.

—¡Vaaaale!

Después del instituto, Nicolle había ido a clases de ballet durante una hora y

Gala la había esperado enfrente, en una cafetería donde se tomaba un refresco y aprovechaba para estudiar aquellos tres días en semana que a su amiga le pertenecía bailar. Una vez fuera y de camino a casa de Gala, esta, emocionada, le contaba los detalles de su nueva adquisición. Casi saltaba de alegría por la acera, moviendo mucho las manos, frenándose en seco y volviendo a caminar. Una moto. Una moto amarilla, de su color favorito, y un casco a conjunto.

Nicolle la escuchaba divertida.

—Por supuesto, mi padre no me permite llevarla al insti, exceder la velocidad ni conducirla por las noches.

—¿Le has explicado a tu padre la finalidad de una moto? —se burló Nicolle. Su amiga hizo un gesto de indiferencia con la mano, restándole importancia.

—Bah, todo se negociará. También se negó en rotundo a que tuviera ningún tipo de vehículo hasta los dieciocho, o más —recalcó, haciendo énfasis con las cejas y el dedo índice elevado—, y mira..., ¡ya tengo mi moto!

—Tu moto de colección, querrás decir.

—Oye, estás muy negativa, eh. Como sigas así, no te la presto —le recriminó Gala. Después la analizó con detenimiento, dándose cuenta de que, a pesar de estar bromeando, también llevaba unos días muy rara. Decidió preguntarle—: ¿Te pasa algo? Hoy te he notado muy ausente en clase y llevas unos días muy extraña.

Nicolle negó con la cabeza, no le gustaba convertir sus problemas en los de otros, pero después la miró, respiró hondo y se dijo que estaría bien contarle a alguien lo que le ocurría, que la ayudaría a que el peso fuera más llevadero.

—No creo que pueda ir al viaje.

—¿¿Qué? —exclamó Gala con los ojos muy abiertos mientras frenaba el paso para sujetar a su amiga del brazo—. Pero ¿qué dices? ¿Con el trabajo que te ha costado convencer a Silvana! Y ahora que por fin dice que sí...

—No tengo un duro. Nada de nada. Y si me ha dicho que sí es solo porque sabe que no puedo pagármelo yo sola. De otra manera, no habría claudicado tan fácilmente. Ya sabes cómo es.

—¿Fácilmente? —Su amiga volvió a alzar las cejas de aquella manera tan expresiva—. Has estado insistiendo dos meses, Nicolle. Dos jodidos meses. Te has comportado como la hija perfecta que quiere que seas, no has protestado en nada, has ayudado en todo...

—Pues eso, fácilmente.

—¿Sabes qué pasa? Que siempre eres así. Que no se te premia el buen

comportamiento porque has nacido con buen comportamiento.

—Eso no es verdad —protestó, cansada de que constantemente le recriminara aquello. Absurdo, por otro lado, pues nadie se quejaba de algo así.

—Sí, sí que lo es. Tú sacas sobresalientes y nadie te lo recompensa. Yo saco un notable y mi padre salta de felicidad, porque nunca lo hago. Se ve mi esfuerzo una sola vez al año y todos lo aplauden, pero Silvana no aprecia el que tú haces a diario, y por supuesto no lo premia.

—Las notas no se premian, Gala. Se llama responsabilidad, y es cosa de cada uno. Además, no hablamos de eso, hablamos del dinero.

—Pues pídeselo a tu madre. Ya se lo devolverás.

La chica morena negó enérgicamente. Su cabello era espeso, sedoso, muy largo y prácticamente liso debido al peso de la gran melena. Al final, casi rozando su trasero, unos bucles poco definidos se asomaban, bailoteando cuando movía la cabeza como acababa de hacer para negar con rotundidad.

—¡Ni se me ocurriría! Me caería la del pulpo. —Gala la miró interrogativa, sin saber qué quería decir. Nicolle, como de costumbre, se apresuró a explicarle otra expresión española más, de aquellas que tanto le gustaban y tanta curiosidad creaba en la francesa—. Estamos fatal de dinero. Silvana ha decidido dejar los bolos completamente, y ya sabes que su sueldo no es fijo; depende de las ventas que consiga durante el mes. Las clases también se llevan un buen pellizco...

—Y con ese carácter que tiene, venderá poco. Supongo que comeréis sopa de lunes a lunes, ¿no? —dijo con sinceridad, y Nicolle la reprendió con la mirada—. ¿Qué? No estoy diciendo nada que no sea cierto. Y no entiendo por qué ha dejado de actuar si es lo que le gusta y lo que os da la pasta.

La morena se encogió de hombros.

—No lo sé, tampoco se lo he preguntado más. Las veces que lo he hecho no me ha dado explicaciones, aunque, por lo que me dijo una vez mi abuela, creo que le da vergüenza actuar por trescientos euros cuando antes era lo que le costaban las zapatillas con las que pisaba los grandes escenarios.

—Pues menuda tontería, chica. La vergüenza no da de comer ni paga viajes de fin de curso. Y no puedes faltar. ¡Si tengo hasta comprado el vestido de gala para la noche del gran sábado! —Sonriente, le guiñó un ojo, orgullosa de su propio juego de palabras.

Faltaban meses para comenzar la universidad, pero todos los alumnos de último año estaban centrados en la gran fiesta de Fin de Año, que

supuestamente se hacía para celebrar el fin de curso, pero que se realizaba mucho antes porque después solo quedaría estudiar y estudiar para aprobar. Si se encartaba más adelante, en el verdadero final de curso se organizaba otra.

Acababa una etapa importante y comenzaba otra aún mayor. Para nadie era fácil salir victorioso de aquel último año, pero para Nicolle menos. Hacía solo uno que había vuelto a Francia, ciudad donde nació pero de la que poco supo, pues cuando solo tenía dos años se mudaron a un pueblecito de Sevilla, en España. Los motivos del regreso fueron poder pagar los estudios y el punto final de Silvana en los escenarios, decidiendo que ya era hora de asentarse y buscar nuevas salidas. No lo había hecho de manera definitiva, en París había actuado una que otra vez desde la vuelta, pero sí lo había ido dejando poco a poco. Nicolle quiso odiarla por aquello, por haber acabado de un plumazo con todo lo que había creado, por separarla sin miramientos de sus amigos, de su instituto, de su hogar. No pudo hacerlo, claro que no. Sabía que el cambio estaba suponiendo un gran esfuerzo para su madre, que solo quería darle lo mejor y augurarle un buen futuro.

Era una chica obediente y muy comprensible, sin embargo, no dejaba de ser joven y poco vivida, por lo que le costó sobremanera adaptarse a la nueva y gran ciudad, a su vaivén de gente a todas horas, al ruido, al turismo... pero, sobre todo, a su nuevo instituto y sus compañeros. En casa se hablaba mayormente en español, aunque Silvana variaba las lenguas y le instruía el francés para que aprendiera y se manejara con las dos. También había sido su optativa durante el instituto, habiendo conseguido mantener conversaciones aceptables, aunque no fluidas. Escribirlo era más complejo, por lo que Gala se había ofrecido desde primera hora a ayudarla. De eso sabía un rato. Además de ser francesa, su padre era el propietario de una gran cadena de academias de idiomas asentadas en Francia, España, Italia e Inglaterra, por lo que manejaba a la perfección las cuatro lenguas.

A pesar de la ayuda, para Nicolle el aprendizaje se había convertido en una montaña con una cima prácticamente inalcanzable. Alejarse de lo desconocido y emprender una nueva vida en otra ciudad no había sido lo más sacrificado, lo era tener que aprobar la Baccalauréat¹, siendo este un examen de todas las asignaturas íntegramente en francés, además de una prueba en inglés y otra en castellano.

Y ahora que por fin lo llevaba algo mejor, que se había desprendido de su día a día monótono centrado en los estudios y en las clases

de baile, ilusionándose con aquel viaje que la llevaría de nuevo a España, no podía ser.

—Vale, chica distraída, si me hicieras caso descubrirías que te estoy dando la solución a tus problemas —anunció Gala.

—Sorpréndeme.

—Mi padre busca empleado para la limpieza. Podrías ser tú. Pero, claro, no sé si con los estudios darás para más, ni si Silvana estará de acuerdo.

Nicolle sonrió ampliamente, viendo una posible oportunidad.

—Sí, sí que puedo —se apresuró a responder, observando cómo su cielo encapotado se abría, y después se organizó mentalmente en pocos segundos—. El insti por las mañanas, después me iré a tu casa para que me des las clases particulares, menos los días que tengo ballet, que primero tendré que ir a las clases y después a tu casa. Y, si a tu padre no le importa, pues cuando acabe me pongo con la limpieza.

Gala arrugó la nariz, no muy convencida.

—¿Y estudiar?

—Por la noche.

—Nicolle..., ¿no será demasiado? De verdad que encantada cubría el gasto del viaje, pero ya sabes que mi padre me ha dosificado la paga —puso los ojos en blanco—, y aunque no lo hubiera hecho, no me llega. Y tengo muchísimas ganas de que me acompañes, pero tampoco quiero que le des prioridad a cosas que no la tienen ni que acabes reventada.

La aludida negó mientras sonreía.

—No te preocupes, las vacaciones de Navidad llegan dentro de poco y podré ir por las mañanas, o al contrario: primero estudio y después limpio. Si tu padre acepta, claro.

Gala se encogió de hombros y retomaron el camino.

—A mi padre le va a dar igual, ya sabes que casi nunca está en casa. Lo mismo da por la mañana, por la tarde que por la noche. Ni se entera. Y menos ahora, que no estará Paulette.

—¿Por qué?

—Pues porque tengo diecisiete años, voy a comenzar la universidad y no quiero una nana que me cuide a todas horas, me controle y encima tenga a mi padre informado de todo. ¿Puedes creerte que le contó que Jan fue a buscarme al porche de casa? —Nicolle soltó una carcajada—. No te rías, que la muy cerda se quedó detrás de la puerta espiándome por la mirilla para ver qué hacíamos y después detallarle que me comió la boca con ganas de tragarme,

palabras textuales.

»Así que me la he quitado de encima, y no te creas que ha sido fácil, es uno de los motivos de la dosificación de la paga. Mi padre dice que si soy adulta para unas cosas, tengo que serlo para todo, y controlar mis gastos es una de las condiciones. Total, que como la bruja se encargaba también de la limpieza y cuando acabe la semana se va, nos quedamos sin servicio.

—No creo que tu padre haya claudicado sin más a los servicios de la Nani.

Así llamaban a Paulette, que aunque no se parecía en nada a aquella mujer, les recordaba a Emma Thompson representando a la niñera mágica en la película. Por lo fea que era.

—Me ha costado, no te creas.

—¿Ningún motivo más?

Gala se mantuvo unos segundos en silencio y, finalmente, dijo:

—Quizá que su marido haya enfermado un poco tiene algo que ver.

—Ya sabía yo... —Y no porque conociera a Marc, que en persona no lo hacía, pero sí sabía de su carácter rudo y estricto y de sus métodos de negocio a través de lo que ella le contaba—. ¿Y Celine?

—Se encarga solo de la comida, del mantenimiento de la cocina y de la compra.

A Nicolle le caía bien aquella chica latina. Era callada, servicial y no se inmiscuía en sus asuntos cuando estudiaban en casa de Gala, pero tenía una sonrisa en los labios y su voz aguda le daba un toque simpático. Siempre estaba disponible, ya que vivía en la misma casa —al igual que Paulette hasta entonces—. Además, cuando llevaban aproximadamente una hora metidas en los libros, se acercaba con una bandeja llena de dulces y batido de chocolate, o zumo y sándwiches, dependiendo del día, y las obligaba a parar de estudiar para que merendaran. Según ella, aquel breve descanso les ayudaba a despejarse y después memorizar y rendir mejor. Tenía razón.

Habían llegado a la casa —si a aquel palacete se le podía llamar casa— de su amiga. Siempre que entraba en ella tenía la sensación de que era el lugar más extraño, original y bonito en el que había estado nunca. Muy alta, con la fachada de color negro, completamente negro, y unos grandes ventanales cuadrados que mostraban las tres plantas en caso de tener las persianas elevadas, pudiendo disfrutar desde fuera de la visión de un decorado pulcramente pintado y adornado de color blanco. Paredes y mobiliario. Un pequeño jardín frente a la cristalera de la cocina y, a su lado, una acera de piedra donde aparcar el coche justo antes de los cinco escalones y la puerta

principal, también negra, que te daba la bienvenida abriéndose de manera automática al llamar al telefonillo.

Cuando entraba, Nicolle nunca dejaba de sorprenderse ante aquel espectáculo de amplitud, color blanco, limpieza y orden. A Gala no dejaba de asombrarle que su amiga se detuviera tanto en aquellos detalles y disfrutara de esa manera de su casa.

Aquel día la observó con menos detenimiento, pero es que, aunque su carácter sosegado no lo mostrara nunca, por dentro estaba eufórica. Pensar que podría conseguir el trabajo y pagarse el viaje... Ya se organizaría como pudiera.

Paulette aún estaba allí, fue ella quien abrió la puerta manualmente para recibirlas detrás de esta. Nicolle nunca había tenido una niñera, pero suponía que todas eran como en las películas: cariñosas y risueñas. Suponía mal, muy mal, y lo descubrió el día que conoció a aquella mujer grande, robusta, de nariz gruesa y dientes separados a la que le costaba dar las buenas tardes. Tenía el pelo muy oscuro y corto, casi por las orejas, dando la impresión de un rostro cuadrado, y el flequillo mal cortado dejaba visible dos ojos muy separados, de color miel y saltones. Aquella señora no solo escaseaba en educación, también en cariño. Nicolle jamás había visto ninguna muestra de afecto hacia Gala que no llevara una orden o una regañina implícita.

Tomaron asiento en la mesa blanca de la gran cocina, como cada tarde, y se sumergieron en los libros, como cada tarde también. Aunque aquel día Nicolle no estaba centrada en la pronunciación que su amiga le mostraba, sino en su posible trabajo.

—¿Me estás escuchando? —le reprochó Gala.

—¿Cuándo podré hablar con tu padre? —preguntó ella, ignorando la amonestación de su amiga.

—¡Yo qué sé! Hoy debería estar por aquí, lo he visto esta mañana antes de irme, pero habrá tenido que salir. ¿Puedes, por favor, hacer que mi inversión de tiempo no sea en vano?

Ella asintió e hizo como que la escuchaba, aunque mientras estuviera pensando en su padre. Nunca lo había visto. Llevaba más de un mes yendo a su casa a estudiar y no habían coincidido. Incluso había dormido allí con su amiga antes de comenzar las clases. De todas maneras, sabía de oídas quién era. Todo el mundo hablaba de él, principalmente las madres de sus compañeros de clase. Silvana se lo decía. Era un ricachón guapo, elegante y separado que había criado solo a su hija desde los primeros meses de vida.

Nadie sabía con certeza por qué se había quedado solo ni dónde estaba su exmujer, y aquello le encantaba a todo el mundo, primero porque estaba libre, y no pocas querían algún tipo de acercamiento y, segundo, para las más prudentes, motivo para inventar y correr falsos rumores.

Gala nunca hablaba de ello ni Nicolle había indagado en el asunto. No era metiche y no le parecía correcto ahondar en cosas tan personales. Su amiga jamás había preguntado por su padre y ella hacía lo mismo con su madre. Tampoco habría tenido nada que decirle. Ni ella misma sabía quién era, dónde estaba o por qué la había abandonado incluso antes de nacer. Y si algo tenía claro es que Silvana jamás se lo contaría. Apartó aquel tema de su mente y volvió al padre de Gala. Estaba impaciente por conocerlo en persona y por saber si el puesto sería suyo. Más que impaciente, deseosa.

Aquella fue la primera lección que aprendió en el segundo número uno que Marc Ferrara apareció en su vida: Hay que tener cuidado con lo que se desea, puede llegar a cumplirse.

Escuchó el sonido de unas llaves, la puerta principal cerrándose, unos pasos firmes y una voz grave y autoritaria que nunca más podría sacar de su cabeza. Cuando desvió la mirada de su amiga, lo contempló en la entrada de la cocina.

No sabía en cuántas cosas tendrían razón todos los rumores que giraban en torno a él, pero respecto a su imponencia todos se habían quedado cortos.

Capítulo 2

Era alto, aunque en su mente lo describió como «grande». Grande porque tuvo una sensación nunca vivida de que una persona estaba siendo capaz de llenar el espacio sin mover los pies del suelo. Y no cualquier espacio; la inmensa cocina de su amiga. Hablaba a través del móvil, dando algún tipo de orden con mucha tranquilidad, sin reparar en las niñas. Nicolle, sentada en el taburete, aprovechó aquello para seguir mirándolo con más detenimiento.

Vestía un traje de color gris claro, ajustado, perfecto para un cuerpo tan voluptuoso, y debajo de la chaqueta abierta, una camisa celeste. Una corbata gris oscura rodeaba su cuello, alicaída y mal anudada, como si hubiese ido desprendiéndose de todo aquello conforme se internaba en casa. Siguió subiendo la mirada y se encontró con un rostro cuadrado, marcado, severo pero precioso, cubierto parcialmente por una barba corta y cuidada que solo dejaba entrever unos labios bien formados y amplios. Pero, detrás de todo el conjunto, lo que más llamó su atención fueron aquellos ojos del color del café, del café puro, enmarcados por unas cejas bien formadas que en ese instante se fruncían mientras escuchaba a su interlocutor.

Marc suspiró, caminó varios pasos hacia el interior de la cocina, dándole la sensación a Nicolle de que imponía muchísimo más, y soltó un maletín oscuro sobre la encimera. Desvió los ojos ligeramente y se percató de las presencias. Le sonrió a su hija levemente e inclinó la cabeza a su acompañante en un saludo, sin dejar de prestar atención a la conversación que mantenía por teléfono.

Gala volvió al libro que tenía abierto, pero Nicolle no pudo hacerlo. Sus

ojos habían sufrido una especie de bloqueo que no le permitía apartarlos de aquel hombre, así que siguió sus movimientos seguros y pausados a través de la cocina. Vio cómo se dirigía a la nevera, la abrió y sacaba de ella un envase de leche que se quedó alzado en su mano, sin soltar el móvil.

—¿Y qué quieres que te diga? No es mi problema —habló con rotundidad y deteniendo el paso corto que hasta ahora había mantenido de un lado a otro. Con una voz profunda, cargada de toda aquella seguridad que le había transmitido a la joven en apenas unos minutos, continuó—: Me da igual, lo quiero solucionado, y hasta entonces no me llames. —Colgó.

Celine apareció en el campo de visión de la chica y, apresurada y con la espalda muy erguida, se acercó a él.

—Buenas tardes, señor. ¿Un café? —preguntó mirando el envase.

—Buenas tardes, Celine. Sí, por favor. —Se tocó el puente de la nariz mientras suspiraba con los ojos cerrados. Se tomó unos segundos, muy pocos, y después los abrió, mostrando unos ojos completamente distintos a los que habían llegado. Como si se hubiesen desprendido de la carga y la pesadez que los acompañaban—. Hola, cariño. —Se acercó a Gala, le tocó el pelo con fraternidad y dejó un beso sobre él—. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien —se encogió de hombros—, como siempre.

—¿Y tú eres...?

Nicolle movió los ojos de un lado a otro de la estancia, después de nuevo al frente, a las dos figuras que esperaban una respuesta. Aquel hombre la observaba con seriedad, una ceja levemente alzada, una expresión de confusión y en total silencio. Ella comenzó a sentir sus mejillas arder al percatarse de que esa confusión era creada por su mutismo y temió que se colorearan de rojo. Su piel pálida era nefasta para ocultar la vergüenza, algo con lo que había tenido que lidiar muchos años, como en aquel momento, en el que no sabía por qué, pero no le salían las palabras. Porque se estaba dirigiendo a ella, ¿no?

Gala torció la cabeza y abrió mucho los ojos, contemplándola con escepticismo, después entreabrió los labios, dispuesta a decir alguna burrada de las suyas que sacaran a la morena de su trance. Por fin, y asustada ante las posibles palabras de su amiga, habló:

—Mmm, Nicolle Harman —se presentó en tono muy bajito, casi titubeando—. Soy amiga de su hija. Encantada, señor Ferrara. —Sin saber muy bien qué estaba haciendo, se levantó y se inclinó hacia delante para darle la mano. Él se la estrechó, mostrando en sus ojos un poco de diversión que no pudo evitar

ante el nerviosismo de la chica.

—Lláname Marc.

—Marc —repitió ella, asintiendo varias veces, aún de pie y sacudiendo la mano del hombre reiteradamente.

Él le soltó la mano y quitó la mirada de la muchacha, todavía confuso por aquellos nervios que tan mal sabía ocultar la amiga de su hija. Después, se dispuso a informar a Gala:

—Tengo que subir a solucionar unos asuntos. Será breve, mientras acabas lo que estás haciendo. Por cierto, mañana estoy aquí, por si quieres hacer algo.

—¿Hacer algo?

—Sí. Estaré unos días, tenemos que aprovecharlos.

Gala asintió con una gran sonrisa.

—¿Un paseo en moto? —le propuso a su padre.

—¿No podría ser algo que no implique huesos partidos o sesos por el suelo? Un cine, ¿tal vez?

—Está bien, un cine. Pero iremos en la moto.

—Bueno, ya lo veremos.

Ella sabía que ese «ya lo veremos» contenía un porcentaje más alto de afirmación que de negación. Y si era al contrario, siempre podían negociar. Su padre era un gran negociador, ya fuera por su trabajo o por sus métodos educativos, y ella estaba aprendiendo muy rápido.

Marc negó con diversión mientras salía de la cocina. La voz de Gala lo detuvo:

—Por cierto, papá, ¿podemos hablar un momento a solas?

El hombre dirigió una rápida mirada a la chica que estaba a su lado, preguntándose qué sería tan urgente para que le pidiera aquello delante de su amiga sin importarle dejarla sola.

—Si es importante, claro.

Gala se levantó, guiñándole un ojo a Nicolle sin que su padre se diese cuenta del gesto, y lo acompañó hasta el despacho, situado en la segunda planta.

—¿Qué es tan importante para dejar a tu amiga sola? —preguntó cerrando la puerta e indicándole con un movimiento de cabeza que tomara asiento.

No le gustaba que los chavales pasearan a sus anchas por la casa, que husmearan ni entraran en las habitaciones.

Gala caminó de espaldas a él, dispuesta a sentarse en la gran silla. Le encantaba el poder que se respiraba desde el otro lado del escritorio negro.

—Verás, es por ella. Necesita trabajo, y como Paulette se va esta semana, he pensado que...

—No.

Se dio la vuelta con brusquedad antes de sentarse y lo miró con la boca entreabierta ante la inminente y rotunda negación.

—Papá...

—He dicho que no. Una cría no se encargará de la limpieza de toda esta casa.

—¿Por qué? ¿Crees que alguien de mi edad no será capaz? —Se cruzó de brazos. Marc sabía que comenzaba la discusión entre su indomable hija y él.

—No he dicho eso.

—Has dicho «una cría», y lo has hecho despectivamente. ¿Qué hay de Celine?, ¿no te parece una cría?

Marc intentó descifrar si en su tono molesto había algo más.

—Es mayor que vosotras y lleva unos años trabajando para nosotros —respondió con calma.

—Supongo que tendría un primer día, que no llegó habiendo estado ya aquí y que aprendió a manejar toda esta casa —imitó sus palabras, abriendo mucho los brazos y alzándolos.

Viendo que Gala no cedería fácilmente ni se sentaría, su padre caminó, pasando por su lado mientras suspiraba, se quitó la chaqueta y la colocó estirada sobre el respaldo de la silla. Después se sentó y acomodó, recostándose completamente hacia atrás, y se meció de un lado a otro, pensando. No había elegido las palabras adecuadas, y ahora ella no iba a ceder. Llamar cría a alguien de su edad y no considerarla capaz la había ofendido. Bien, tocaba dialogar y, probablemente, negociar. Discutir lo había descartado, no serviría de nada.

—¿Por qué tanto interés?

—Lo necesita. Su madre es una gilipoll...

—Gala —la reprendió con severidad.

—¡Lo es! ¡Lo siento, pero lo es! Quiere una réplica de lo que fue ella, y presiona muchísimo a Nicolle. Ha llegado de España hace menos de un año, papá, no domina bien el idioma, y ya sabes que es necesario para aprobar la Baccalauréat. Se esfuerza muchísimo viniendo aquí, aparte de las clases y de estudiar, ¡ah!, y las de baile. Que esa es otra, tiene que ir casi todos los días a esas aburridas clases, y...

—Y si tiene tanto que hacer, ¿cómo trabajará? —la interrumpió.

—Pues viniendo por las tardes, después de ballet y de las clases conmigo.
—Omitió decir que estudiaría por las noches, porque sabía que entonces su padre se cerraría en banda a contratarla. Era defensor extremo de las horas de sueños diarias para un buen rendimiento mental, aunque no siempre predicara con ejemplo—. ¿Te importa que venga por las tardes?

Marc suspiró.

—Me importa que no se enfade contigo si no rinde como debiera y la despido.

Había claudicado pronto, y Gala pegó saltitos mientras se acercaba a él y lo besaba.

—¡Gracias, gracias! Claro que no se enfadará. Ella no es así. ¿Sabes?, ya tiene comprado el vestido de la gran fiesta del sábado que se hace reglamentariamente en este tipo de viajes. No puede quedarse sin él, ¿entiendes?

Omitió poner los ojos en blanco y decirle que lo único que entendía es que tenía una enorme montaña de papeles que no se revisaban solos y que cuando pusiera operativo el teléfono del despacho reventaría sonando. Siempre lo desconectaba antes de irse. El repetitivo sonido era insoportable para los demás habitantes de la casa y los del otro lado no tenían miramiento alguno por la hora, sobre todo porque no solo llamaban franceses, sino clientes de todas partes.

Marc era fundador de Puissance, una franquicia de escuelas de idiomas con más de cuarenta ubicaciones y varias sedes, pero, aparte, también dirigía una discográfica propia que constaba de grandes talentos de la música clásica. Eran negocios completamente diferentes, sobre todo por la sobriedad del primero, en el que se encargaba de manera básica de la contabilidad principal, y la creatividad del segundo, en el que, aunque su función también era asegurarse de que todo iba bien y que su cuenta bancaria crecía cada vez más, además disfrutaba con la grabación, producción, comercialización y distribución. Claro que siempre de manera indirecta y sin mostrarse demasiado. Se consideraba alguien gris. Una persona nacida para triunfar desde la sombra, sin necesidad de demostrarle a nadie nada.

—Dile a tu amiga que suba.

Gala asintió mientras salía.

—Gracias, papá —repitió. Esta vez dejó atrás el tono socarrón que solía utilizar para sus chantajes emocionales y lo agradeció de verdad, sabiendo lo que aquello significaría para Nicolle—. No seas muy duro.

Una de las cosas que más le gustaban del lugar era la sencillez que lo componía, a pesar de la amplitud. Las escaleras eran de un mármol blanco impoluto y solo unos cuadros de lo que le parecieron garabatos de color rojo las adornaban. Eran escalones cortos y cómodos para la longitud del ascenso, aunque en aquel momento se le antojaron interminables. Parecía que nunca llegaría a la planta superior. Pero lo hizo, claro que lo hizo. Y lo supo porque una vez estuvo frente a aquel gran pasillo que salía a la izquierda y vislumbró la última puerta, sus manos comenzaron a sudar. Era el despacho de Marc Ferrara, y estaba esperándola.

Aquel hombre le daba miedo. Le imponía su altura y lo que pudiera decirle, a pesar de mostrarse amable anteriormente en la cocina, sobre todo con Gala. Su amiga le había contado que había aceptado sin poner muchos inconvenientes, y aunque conocía su poder de persuasión y lo insistente que podía llegar a ser, no terminaba de creérselo. No veía a aquel tipo de los que claudicaban con facilidad.

Suspiró, se limpió las manos en los pantalones y volvió a coger aire, esta vez para guardárselo en los pulmones y avanzar por el pasillo que, a pesar de la luz, parecía salido de una película de miedo. Al menos eso le pareció aquella vez.

Si hubiera tenido una mínima idea de lo que le costaría enfrentar ese pasillo poco tiempo después y en una situación completamente diferente, quizá nunca hubiese dado el siguiente paso.

La puerta estaba entreabierta, pero aun así llamó.

—Adelante.

«Un pie detrás de otro y llegas sin problema», se dijo mientras volvía a frotarse las manos en la tela, dándose ánimos y tomando todo el aire posible para aparentar tranquilidad.

Pasó con precaución, sin saber muy bien qué diría. Acababa de saludarlo hacía poco, ¿lo volvía a hacer? ¿Se sentaba o se quedaba de pie? Lo vio sentado tras un gran escritorio de color negro que solo tenía encima una enorme pantalla Mac, la taza de café que le había preparado Celine y una montaña de papeles perfectamente alineados en una esquina. Tenía un papel en la mano izquierda que ojeaba con atención mientras sujetaba el asa de la taza con la derecha y se la acercaba a la boca. Entonces pareció percatarse de su presencia, porque alzó la mirada y la dejó clavada en ella. No fija, no; clavada. De una manera intensa que la puso aún más nerviosa. Sin hablar, sin

moverse. Sin terminar de sorber el café, con la taza a medio camino. Entonces, Nicolle, sin saber qué hacer, carraspeó.

—Siéntate, por favor —le pidió Marc, dejando la taza y el papel sobre el escritorio. Después se recostó levemente y se acomodó sobre los reposabrazos. Observó cómo la joven se acercaba con pasos poco decididos y obedecía, sentándose frente a él sin mirarlo, posando sus ojos en cualquier otra cosa—. Me ha dicho Gala que te gustaría trabajar aquí. —Nicolle asintió, todavía sin abrir la boca. En la espera de un movimiento de sus labios, Marc se fijó en ellos con detenimiento. Eran voluptuosos, bien formados, rosados y, al parecer, poco trabajadores—. También me ha contado que tu tiempo es limitado. ¿Crees que estás capacitada para el puesto?

—Sí —contestó al fin y con rotundidad.

—¿Para todas las funciones?

—Si es limpiar, sí. En casa nos repartimos las tareas a diario, aunque claro, la mía no es tan grande como esta. Ni siquiera una cuarta parte —soltó de carrerilla, acompañando sus palabras con una risilla nerviosa—. Se podría decir que como su cocina. Si le quitamos los tabiques a mi apartamento y unificamos... Sí, como su cocina.

Se mantuvo observándola unos segundos. Era muy llamativa. Tenía un cabello extremadamente oscuro y unos ojos que sorprendían y atrapaban, pues eran casi cristalinos, creando un perfecto contraste de tonalidades sobre una piel clara, con algunas pecas que coronaban una nariz pequeña y achatada.

Su acento francés no era fluido y sus erres y eses marcadas y rotundas, muy españolas. Aunque se imaginaba que tendría la edad de su hija, y a pesar del titubear mientras hablaba con él, parecía más mayor. Algo en su rostro, y no eran solo sus rasgos, la hacían madura.

—Gala te está ayudando con el idioma, ¿por qué?

—Porque lo entiendo y soy capaz de escribirlo, pero hablarlo me cuesta. Lo hago medianamente, no fluido, pero sí para defenderme, aunque eso no es suficiente para aprobar. Mi optativa en mi antiguo instituto era la de francés, pero no aprendí mucho en un par de años y con tan pocas horas a la semana, y como las pruebas de la Baccalauréat son escritas, su hija se ofreció a ayudarme.

Llevó sus dedos de la mano derecha al extremo de un mechón que caía por delante de su cuerpo, perdiéndose tras el escritorio parcialmente. Lo enroscó en el índice y le dio vueltas mientras observaba un cuadro situado a su derecha, colgado casi a la altura del techo. Con sorpresa abrió mucho los ojos,

aunque no se percató de ello. Ni de la mueca torcida de su boca ni del fruncir de su entrecejo. No, no se percató, pero Marc sí lo hizo. Le encantaba ver cómo sus interlocutores apreciaban la obra de repente, como si se dieran de bruces físicamente con ella, y las distintas reacciones posteriores. Algunos la comentaban, otros la ojeaban sin más, quitando con rapidez la mirada y volviendo a la conversación; otros se ruborizaban, preguntaban con curiosidad o mencionaban el contraste con el resto de mobiliario. Pero aquella reacción había sido única, porque no se había molestado en disimular la impresión que le había causado, al contrario de todos los demás.

La chica todavía estaba fija en el cuadro con la boca entreabierta. Él no sabía descifrar con certeza si lo miraba con asombro, con asco o con curiosidad. No la interrumpió en su escrutinio, dejando que intentara sacar una conclusión de lo que veía, que la disfrutara a su manera. Entretanto, se recreaba con la puntita de la lengua rosada y parcialmente asomada de esos labios gruesos y carnosos que poseía la amiga de su hija.

Ella se perdió buscándole significado a una mujer tumbada, desnuda y con dos pulpos a su alrededor; uno sobre su boca y tocándole un pezón con el tentáculo, y el otro entre sus piernas, saboreando una zona indebida que la incomodó, consiguiendo que se moviera sobre el asiento y apartara la vista. Cuando sus ojos volvieron al hombre que tenía delante, se irguió para no menearse más.

La observaba en silencio, con el cuerpo relajado e intentando analizar qué pensaba. Porque se había sorprendido por lo que veía, pero había algo en su rostro... Ferrara carraspeó, apartó la mirada e intentó recomponerse. No, no podía permitir que pensamientos de esa índole cruzaran por su cabeza. Debía acabar con aquello de manera rápida.

—Estarás una semana de prueba. Si no me gusta lo que haces, habremos acabado y no cobrarás las horas trabajadas —dijo.

Nicolle ni siquiera supo por dónde le había venido el comentario. Se asombró por el tono hosco y la expresión que había aparecido en la cara del hombre de repente, como si se hubiera perdido parte de la conversación mientras miraba aquel cuadro que, aparte de peculiar, le parecía horrendo. ¿Qué había pasado para que se produjera aquel cambio? Parecía... ¿enfadado?

—Está bien —aceptó, sin querer hablar mucho más por miedo a lo que viniera a continuación.

Marc la observó perplejo.

—¿Cómo que está bien?

—Que... Que estoy de acuerdo co... con lo que usted dice.

No le corrigió el trato cordial, a pesar de haberle dicho en la cocina que lo llamara por su nombre. Y tenía sus motivos; le había gustado que aquellos labios gruesos lo trataran de usted.

—¿Cómo vas a estar de acuerdo con no cobrar algo que has trabajado?

Nicolle se encogió de hombros, nerviosa y asustada de nuevo con el tono seco y aquellos ojos castaños que parecían rabiosos sin motivo. Que ella supiera, no había hecho nada para enfadarlo, sin embargo, la conversación había dado un giro extraño que no sabía interpretar, y él también.

—N... no lo sé... Usted ha dicho que...

—A ver, muchacha, hay algo que debes aprender, y cuanto antes mejor, porque veo que no sabes mucho de la vida. Da igual lo que yo diga, da igual lo que cualquiera te diga. Nunca se trabaja gratis. ¿De acuerdo? Nunca se regala el talento y esfuerzo de cada uno, sea cual sea.

Lo miró unos segundos antes de responder, aunque no pudo evitar que su tono se elevara un puntito más de lo debido, saliera con enfado y sin una pizca de titubeo.

—Ha sido usted quien lo ha dicho, y es usted quien está detrás del gran escritorio. Y tiene razón, no sé demasiado de la vida, pero lo suficiente para ser consciente de que quien manda es el que se encuentra con el traje caro detrás de la gran mesa, y no al contrario.

—Para llegar aquí, detrás del gran escritorio, nunca regalé mi trabajo.

Nicolle se mordió la lengua. Nunca solía responder, no le gustaba hablar más de lo debido, pero estaba enfadada. Muy enfadada. Solo quería trabajar, sacarse un dinerillo extra y poder pagar aquel dichoso viaje que tanta ilusión le hacía sin tener que pedirle dinero a su madre. No quería nada más, pero aquel hombre... Seguramente había tenido un día de mierda en el trabajo y lo estaba pagando con ella, como decía Silvana de su jefe cada vez que llegaba a casa. Con las manos sobre sus muslos, el rostro serio y las mejillas encendidas, se levantó, dispuesta a marcharse y dejar de escucharlo. Ya encontraría otra cosa. Había miles de casas en París que necesitaban ser limpiadas. No le dio tiempo a despegar más que unos centímetros el trasero de la silla.

—No hemos terminado —anunció Marc. Y como una autómatas, volvió a sentarse, mirándolo, a la espera de una reacción—. El lunes ya no estará Paulette, por lo que puedes empezar sin problemas. Me dan igual los horarios,

me da igual si hoy estás dos horas y mañana seis... Hazlo como te parezca y te sea más cómodo. Eso sí, la casa tiene que estar impecable cada día. —Se recostó de nuevo hacia atrás y Nicolle se detuvo en los labios gruesos que se veían dispuestos a continuar hablando—. Solo te ocuparás de la limpieza. Por supuesto cobrarás las horas trabajadas, y después de esta semana, en caso de que continúes, hablaremos de sueldo.

—Bien —respondió, deseando irse.

—No me importa que seas amiga de Gala, eso no interferirá en nada, ¿de acuerdo? —Nicolle asintió—. ¿Todo entendido? —Volvió a decir que sí con la cabeza—. Aquí tienes mi tarjeta y en ella aparece mi número. Dame el tuyo para apuntarlo.

Cuando se lo facilitó y se guardó la tarjeta, le preguntó:

—¿Puedo irme ya?

—Sí.

—Bien.

Se levantó nerviosa e incómoda, y a Marc le dio la sensación de que enfadada. No le importó, nunca lo hacía. Cuidaba a sus trabajadores, les pagaba bien e intentaba que estuvieran cómodos. No interfería en sus asuntos, a ello también ayudaba su ausencia por motivos laborales, pero le gustaba que las cosas quedaran claras desde un primer momento, evitando así malentendidos.

Ahora sí se levantó, colocó la silla correctamente pegada al escritorio y se dispuso a irse. No lo miró, pero no pudo evitar una última ojeada al cuadro de los pulpos pervertidos. Caminó unos pasos hasta la puerta y se giró. Sabía que debía decir algo, a pesar de todo, tenía trabajo. O eso creía.

Cuando dio media vuelta, el hombre continuaba en la misma postura, igual de intimidante, serio y sin parar de contemplarla.

—Gracias, señor Ferrara. Espero no defraudarle.

Él asintió.

—Una última cosa, Nicolle. —Se enderezó en la silla—. Las tardes que vengas a estudiar y esté yo, os ayudaré personalmente con el idioma.

No le respondió, solo asintió mientras desaparecía, deseando perderlo de vista. Al cerrar la puerta, dejó escapar todo el aire acumulado. No sabía si aquello era la tensión de la que todos hablaban en las entrevistas de trabajo, pero qué desagradable le había parecido.

Cuando el cabello largo y oscuro desapareció con rapidez por la puerta y escuchó el cerrar de esta, Marc suspiró, se recompuso la erección que

abultaba notablemente su pantalón, blasfemó mientras se pasaba las manos por el pelo y después dio un golpe seco con el puño sobre la mesa, frustrado.

Era consciente de su problema, de su poco autocontrol, de su amor desbocado por las mujeres, que eran su vida, su pasión, su secreto más oculto. Era conocedor de su propio demonio, aquel que lo perseguía desde casi que tuvo uso de razón. Pero nunca le había ocurrido con una niña.

Una niña de la edad de su hija.

Joder.

Por muy bonita que fuera.

Por muy cristalino que tuviera los ojos.

Por muy gruesos y rosados que tuviera los labios.

Capítulo 3

Pudo respirar con normalidad cuando traspasó la puerta negra de los Ferrara. Había estado poco tiempo con Gala en la cocina; el necesario para recoger las cosas mientras se bebía el zumo que Celine les había ofrecido. Lo había hecho por no ser descortés, pero en aquel momento lo que menos le apetecía era ingerir nada.

Cuando su amiga le preguntó por la charla con su padre, ella le respondió que genial, que todo aclarado. Lo hizo con sonrisa falsa incluida. Una semana de prueba y posibilidad de quedarse con el puesto. No tuvo que fingir durante mucho más aquel desagradable pellizco que le producía el recuerdo de lo acontecido en el despacho. No podía definir qué era lo que tanto la había incomodado, porque no había nada en particular, pero el malestar estaba allí, instalado en su pecho. Y no tuvo que disimularlo mucho más porque Gala cambió con rapidez al tema que de verdad le interesaba. Era viernes, y los viernes salían con Jan y Colin, por lo que estaba pletórica. Así que se sumergió en el tema de las posibles vestimentas, lugares que visitarían y horarios.

Nicolle se disculpó, colgándose la mochila y saliendo apresurada de la cocina. Tenía que volver a casa, ya se había retrasado bastante.

Por el camino pensó en una de las cosas fundamentales que siempre ocupaban su mente; sus clases de baile y en la prueba que tenía que realizar en Navidad. Era muy importante pasarla para poder conseguir la beca y continuar, pero se le hacía insoportable. Víctor, su profesor, era lo siguiente de

estricto. Aparte de borde también era sincero, dañino y decenas de calificativos despectivos más. Lo era con todos sus alumnos, pero Nicolle tenía la sensación de que con ella lo era el doble, o el triple.

«¡Eres la hija de la gran Silvana Harman! —le decía, más bien gritaba, delante de todos mientras alzaba las manos y miraba el techo de la sala—. ¡Llevas las zapatillas de la gran Silvana Harman! Solo eso debería bastar para que volaras en vez de bailar. ¡Vo-la-ras! Pero eres tan...», y después lo dejaba ahí, en el aire, para no terminar con un insulto. No importaba que no llegara a mencionarlo; le dolía igual y aquello solo conseguía hundirla un poco más. Era humillante escucharlo hablar sobre ella y era injusto que se le exigiera más porque fuera la hija de una gran bailarina. Le entraban ganas de gritarle que su madre era genial, pero que ella no danzaba como Silvana, no se movía con la soltura de Silvana y no volaba como Silvana porque ella no era Silvana. Era Nicolle. Nicolle Harman, sí, pero en lo único que se parecían era en el apellido, heredado de su madre por la ausencia de su padre. Y siendo casualidad que, al poseer los apellidos de su madre, tuvieran que darle la vuelta para no ser exactamente los mismos, por lo que a ella le perteneciera el conocido: Harman. Aquel era el segundo de Silvana, que lo usó para bailar porque sonaba, según su *managger*, más comercial que Sion, el primero. Pero solo era eso, un apellido. Nicolle no tenía nada que ver con Silvana en ningún aspecto, mucho menos en el artístico.

Farfulló algo en voz alta sin acordarse de que seguía por la calle, se abrigó bien, abrochándose la sudadera hasta arriba, y tras comprobar en el reloj que debía darse prisa si quería adecentarse un poco, caminó a paso rápido. La separaban de casa unos setecientos metros que esta vez invirtió para olvidarse de las clases y centrarse en aquello de su nuevo trabajo, viéndolo desde otra perspectiva más positiva. Tenía trabajo, al menos la oportunidad de empezarlo, y si se organizaba bien podría ir al viaje. Además de continuar con sus clases particulares. Recordó lo que Marc le había dicho antes de salir, ofreciéndose a ayudarla también con eso.

Aquella sensación incómoda al pensar en algo relacionado con el padre de su amiga comenzó a desaparecer. Podría ir al viaje, aprobar la prueba definitiva para ingresar en la universidad y, si se esforzaba un poco más, también la de baile. Silvana, por fin, estaría orgullosa de ella.

Sonrió pensando en eso y se adentró en su casa. La felicidad aumentó cuando vio a su abuela removiendo la bolsita de té dentro de la taza transparente que tanto le gustaba.

Se había pasado más de una hora sumido entre papeles, llamadas y contrataciones. Una nueva escuela de idiomas Puissance abriría sus puertas en Ruan en unos dos meses y tenía que cerrar todos los trámites para entonces. A ser posible, con un mes de antelación, por si surgía algún problema de última hora. También había llamado a Esteban, un viejo amigo con el que se veía poco, para quedar y aprovechar la temporada que estaría por París, habiendo conseguido coincidir para unas cervezas. Y había realizado por internet unas compras importantes que tenía pendiente. Todo aquello para no pensar. Para obviar lo que había pasado entre sus piernas, todavía latente en una gran erección que surgía a intervalos, nublándolo. Para dejar de pensar que aquello había sido provocado por una niña de dieciséis o diecisiete años.

—Maldita sea —murmuró, enterrando sus dedos entre el cabello y agachando la cabeza.

Sabía que no era una tontería ni lo habitual. No era ver a alguien y que ese alguien despertara curiosidad en ti por su físico u otro motivo, no.

Se masajeó la polla por encima de los pantalones y suspiró. Podía aliviarse, pero no lo haría. No sabiendo lo que se le pasaría por la mente mientras lo hiciera. Para evitarlo, se puso de pie, apoyó ambas manos en el escritorio y escondió la cabeza entre los hombros. Estaba sudando, nervioso. Cuando la alzó se vio reflejado en el gran espejo horizontal que adornaba la parte frontal de su despacho, justo al lado de la puerta. Se preguntó hasta cuándo aquella sombra oscura lo perseguiría. Si alguna vez sería capaz de controlarlo. Desafortunadamente, supo la respuesta.

Tras contemplarse varios minutos a la espera de una calma que no llegaba, visualizó el teléfono de su escritorio. Pulsó el botón rojo y habló:

—Celine, por favor, ¿puedes traerme otro café?

—Claro. Lo subo enseguida. ¿Algo más?

Siempre respondía porque su función estaba en la cocina y nunca salía de allí, a excepción de cuando él la reclamaba para algo específico, el día de compras o el de descanso.

—¿Gala sigue ahí?

—Está en su habitación, preparándose para salir. Hace rato que subió, debe estar terminando.

—Bien. Solo el café. Gracias. —Y quitó el dedo del botón.

Se pasó las manos por el pelo hacia atrás, peinándose y se recompuso sus pantalones, dando gracias a que la dureza le hubiera dado una tregua. Después

salió y caminó por el pasillo hasta la habitación de su hija. Golpeó la puerta con los nudillos suavemente y esperó una contestación.

Antes de que pudiera entrar, Gala salía apresurada.

Él se apoyó en el quicio de la puerta y la observó.

—¿Adónde vas tan guapa?

Ella le sonrió.

—He quedado con Nicolle y los chicos. —Vio cómo su padre alzaba una ceja y rectificó—: El grupo de clase, ya sabes.

—Sí, claro que sé —ironizó—. Ten cuidado, Gala, ya sabes que...

—Que van a lo que van. Lo sé, papá.

—Y que tienes que cuidarte de...

Ella hizo un gesto con la mano y puso los ojos en blanco, ignorándolo, y pasó por delante mientras se ponía la chaqueta.

—No empecemos con tus clases de prevención de enfermedades y embarazos no deseados, por favor. Voy tarde. —Se alzó para darle un beso en la mejilla.

—A las once en casa.

—Sííí.

—Alfredo te llevará y, en caso de no poder hacerlo yo, te recogerá donde le digas. De todas maneras, lo intentaré.

—Vale.

—Ten el móvil cerca para poder contactar contigo y que me digas dónde estarás o para cualquier cosa que pueda ocurrir...

—Que sí, papá, que sí. Adiós.

Corrió por el pasillo ondeando el volante de su vestido azul y la vio descender por las escaleras. Escuchó cómo se despedía de Celine, que en ese momento aparecía en su campo de visión con una pequeña bandeja sobre las manos. Una taza de café preparado a su gusto, dos azucarillos y una cuchara. La dejó pasar delante de él y se encaminaron al despacho mientras observaba el contoneo de sus caderas marcadas en el uniforme celeste y blanco de rayas finas. El nudo del delantal en su baja espalda señalaba más su trasero y Marc se deleitó con el detalle.

Cuando entró, su jefe cerró la puerta tras él. Ella dejó la bandeja sobre la mesa y se mantuvo ahí, parcialmente agachada, apoyada sobre el escritorio con ambas manos, sabiendo lo que venía a continuación. Quieta, casi sin respirar.

Él se acercó por detrás, deseoso de calmar lo que lo atormentaba. Duro como

una piedra. Caliente, muy caliente. Colocó ambas manos en la cintura de la chica y arrimó su miembro por detrás, pegándolo a ella, rozándolo sin sutileza. Celine dejó escapar un pequeño suspiro y alzó el cuello, buscándolo con la mirada. Él se lo mordisqueó y lamió.

No fue delicado, pero sí entregado. Siempre lo era. Con todas y cada una de las mujeres que estuvieran bajo sus manos. No podía negarles nada que les diera placer. Eran su gloria, su cielo. Le subió la falda del vestido dejando a la vista un diminuto tanga blanco, un liguero del mismo color sujeto a unas medias que componían aquel atuendo que tantas veces había arrancado y hecho trizas sin remordimiento. Total, los pagaba él. Y, a decir verdad, cuando no lo hacía tampoco le importaba una mierda.

En el momento en que el prieto trasero hizo acto de presencia, se agachó y besó cada una de sus cachas con deleite. Las tocó, masajéó y estrujó con sus manos, señalándolas, haciendo que la mujer gimiera. Después las abrió y apartó la fina tela a un lado, dejando a la vista un coño ya húmedo, a la espera de que él jugara todo lo que quisiera. Lo contempló extasiado. Estaba cerrado debido a la postura, jugoso. Con una mano le abrió las piernas, haciendo que los labios vaginales también lo hicieran y dejando a la vista un clítoris deseoso de ser degustado. Y lo degustó. Vaya si lo degustó. Paseó su dedo índice hacia abajo por la chorreante abertura y lo siguió su lengua, recogiendo la humedad que él mismo provocaba. Después lo metió suavemente, muy poco, lo justo para retorcerlo de manera mínima y llegar a aquel botoncito interno que tan bien sabía tocar, provocando el orgasmo todo lo rápido que a él le diera la gana.

Necesitaba otorgárselo. No una, sino muchas veces. Porque su mayor placer era el poder de verlas correrse gracias a él, sin dificultad, sabiendo dónde tocar. Observar cómo gemían a la vez que retorcían sus cuerpos. Cómo, en el momento en el que el orgasmo explotaba, acercaba la cara a sus coños y se los comía como un loco, consiguiendo que no se mantuvieran en pie, que las piernas le fallaran y tuviera que sujetarlas, siendo otra vez él quien tuviera el control. Le gustaba el poder en todos los aspectos de su vida, pero en el sexo..., en el sexo ese dominio absoluto era lo más placentero que experimentaba.

Sin sacar el dedo, incluyendo dos, incluso tres, hizo que Celine se corriera varias veces seguidas, hasta que entre jadeos le pidió parar. No por falta de ganas, sino por la obligación de seguir trabajando.

—Tranquila —le dijo mientras sacaba los dedos mojados de su interior, se

ponía de pie y se los llevaba a los labios para chuparlos con ganas. Después los metió en la boca de ella para que los degustara—. Tu jefe no te regañará por no estar en tu puesto.

Acto seguido se desabrochó el pantalón, sacó su miembro a punto de reventar, lo rozó por la abertura varias veces y se incrustó, llegando al fondo de la muchacha, golpeando con aquel tope prieto que lo volvía loco. Se sujetó a la cintura, hincando sus dedos con garra, y entró y salió sin parar de ella, poseído por los gemidos, por las súplicas de su cocinera para que no parara.

Bajó el ritmo solo unos segundos, los suficientes para controlarse, moverse con más maestría buscando el punto de placer de la chica y conseguir que se corriera de nuevo, sujeta a la mesa con los brazos estirados y el rostro derrumbado sobre ella. Marc vio sus ojos cerrados, la boca jadeante en busca de una respiración acompasada, las piernas temblorosas y el vestido subido, mostrando un culo y un coño perfectos.

—Quédate así —le ordenó, extasiado.

Sujetó su miembro, lo ensalivó con una sola mano haciendo círculos sobre su prepucio y comenzó a masturbarse a un ritmo frenético hasta que un gruñido gutural salió de su garganta a la vez que lo hacían aquellos chorros de semen, yendo a parar al trasero de Celine.

Había pensado decenas de maneras de contárselo, pero ninguna le habría parecido apropiada. Era una virtud de su madre el no tomarse nunca nada bien, aunque la noticia fuera envuelta en papel de regalo y con un globo encima. Así que, tras saludar a su abuela y ponerla al corriente de las clases y de todo aquello que a la mujer le interesaba, miró la espalda de Silvana, que en ese momento preparaba algo de comer sobre la encimera, y soltó:

—He encontrado trabajo. —Su madre dejó lo que fuera que estuviera haciendo y se dio la vuelta con lentitud para, acto seguido, taladrarla con la mirada. Nicolle se puso nerviosa y comenzó a hablar muy deprisa—. Bueno, encontrado no. Ha sido casualidad. Ha sido Gala quien me ha ofrecido limpiar su casa para poder pagarme el viaje y así no tener que pedírtelo a ti. Y he hablado con su padre, me ha dicho que sí. Bueno, no que sí que sí, sino que estaré de prueba durante esta semana y después ya hablaríamos de sueldo. Pero los días de prueba también me los paga y...

Sus explicaciones estaban cayendo a un saco roto, porque Silvana no había escuchado más allá de limpiar la casa de los Ferrara. Cuando fue a abrir la boca para replicar, Nicolle buscó refugio en su abuela, viendo cómo esta

apartaba la mirada, suspiraba y se ponía de pie, alejándose parcialmente para mantenerse al margen.

La joven se asustó, porque ella conocía a Silvana, pero Frida era su madre, y mejor que una madre no te conoce nadie. Si su abuela había resoplado...

Se esperaba una buena riña. No sabía el motivo con exactitud, pero la charla estaría ahí. Lo supo en cuanto Silvana se giró y la enfrentó con la mirada. Lo que no se esperaba de ninguna manera fue la cólera en la que entró, los gritos y los reproches que se escucharon solo por parte de la adulta en aquella cocina. Le preguntó a voces qué era lo que iba a limpiar ella, si a duras penas lo hacía en casa, algo que a Nicolle le pareció totalmente injusto, pues siempre se habían repartido las tareas y sabía hacerlo todo, desde una cama hasta coser un botón, pasando por la limpieza, la colada, la comida... Le dijo muchas veces que solo era una cría que no tenía calle, que no conocía mundo, que no sabía nada. Solo tenía que centrarse en aprobar sus malditos estudios y olvidarse de viajes y de chorradas, mucho más de trabajar. Y por supuesto quiso saber en qué momento se le había pasado aquello por la cabeza, teniendo en cuenta que entre las clases, el rato que perdía cada tarde en casa de su amiga y la escuela de baile estaba sin tiempo para más.

—En el que vi el tarro de emergencias vacío y no quise pedirte dinero para el viaje —fue lo único que susurró su hija durante toda la «conversación».

—Céntrate en las cosas de tu edad y deja de meterte en las mías.

Supo que se refería al tarro, a la razón por la que últimamente no tenía contacto alguno con los billetes. Con seguridad ocurría algo, algo que no le contaría, pues para su madre solo era una cría que tenía que bailar y sacar buenas notas.

—Pero, el viaje...

—Nicolle, escúchame bien —la miró con unos ojos muy brillantes y furiosos—, no irás a ese estúpido viaje.

—¡Pero tú me dijiste que podría ir!

—Sí. Dije, en pasado. No te irás varios días fuera, con chicos, a hacer a saber qué y a cambio de limpiar casas. No. Rotundamente.

Si algo malo tenían unos ojos tan hermosos y prácticamente cristalinos como los de Nicolle, era que se enrojecían con facilidad, sobre todo si habías estado aguantando el llanto y la frustración durante minutos.

Fija en la mirada severa e inflexible de la mujer que tenía delante, se tragó una bola gigante que se había instalado en su garganta y, sin permitirse derramar lágrimas ni contestar a todo aquello que había dicho y de lo que

podía defenderse, pues la mitad no era cierto, se dio media vuelta, salió al pequeño pasillo por el que corrió como alma que lleva el diablo y subió a su habitación, donde soltó la mochila de malas formas, cayendo en cualquier parte, y se encerró a llorar con tranquilidad.

Tenía ganas de romperlo todo, de golpear la cama, de gritar muy fuerte. Tenía ganas de bajar por donde había subido, mirar a Silvana a la cara y decirle unas cuantas verdades. Pero aquello le pasaba siempre que discutían. Al parecer lo hacían entre una adulta responsable y una niña que nada tenía que decir porque de nada entendía. Estaba muy equivocada si pensaba que aquello era cierto, se dijo Nicolle invadida por la rabia. Sabía a la perfección defenderse, exponer sus argumentos, pero aquello a Silvana ni se le pasaba por la cabeza, pues nunca le había dado la oportunidad de conocer a quien tenía de verdad por hija. Sí sabía, sin embargo, que nunca bajaría aquellas escaleras ni la enfrentaría, gritando o dando cualquier otra muestra de rebeldía. Eso sí lo tenía claro; le sobraba bondad.

Estuvo mucho tiempo bocabajo, con la cara enterrada en la almohada, llorando sin parar y ocultando aquel llanto con una canción que salía del pequeño reproductor de música; *Lost On You*, de LP, una cantante y compositora estadounidense que había descubierto hacía poco. Mientras tanto, el móvil vibraba en la mochila sin parar. Sabía que era Gala, no la llamaba nadie más, pero no pensaba cogerlo. Era probable que ya estuviera lista y que todos la esperaran tomando algo en el Arrêter, pero no tenía ganas de salir.

Alguien golpeó la puerta con delicadeza y enseguida supo que era su abuela. Silvana nunca llamaba, por más que Nicolle se lo pedía. Las pocas veces que entraba lo hacía sin tener nada en cuenta.

—¿Puedo pasar? —preguntó la voz aterciopelada de su abuela al otro lado. No hubo contestación, por lo que la mujer se tomó la libertad de entrar en el pequeño dormitorio de color verde agua.

Su nieta estaba sobre la cama, bocabajo, y su delgado cuerpo se convulsionaba debido al llanto. De repente, al notar su presencia, la abuela se percató de que dejaba de llorar de manera radical. Sonrió y rodeó la cama para sentarse en el filo, junto a Nicolle. La observó unos segundos, sabiendo que seguía en la misma postura para que no viera sus ojos y nariz enrojecidos debido al llanto. Posó su mano en la espalda y la acarició con delicadeza durante muchos muchos minutos, hasta que el llanto, ahora de verdad, dejó de serlo y la respiración se le acompasó.

—No se lo tengas en cuenta, ya sabes cómo es —le pidió en un intento de

consuelo fallido—. Es terca, quizá no muy cariñosa, pero todo lo hace por ti.

Ahora sí salió de su escondite. Los ojos parecían dos cristales fusionados con el blanco de su alrededor, estaba más pálida que de costumbre y, por supuesto, las rojeces se destacaban por encima de todo.

—No lo hace por mí, lo hace por ella.

—Eso no es verdad —protestó Frida—. Sería más fácil dejarte hacer lo que quisieras, sin sofocarse. ¿Qué crees que ocurrirá cuando comiences a trabajar y a ganar dinero?

Nicolle alzó una ceja, como si la respuesta fuera más que evidente.

—¿Pagarme el viaje, que es lo que quiero?

Su abuela negó.

—No, Nicolie. Eso piensas ahora, pero después de ese viaje, cuando veas que puedes seguir consiguiendo dinero y que con ese dinero comprarás cosas y podrás concederte caprichos, no querrás dejarlo.

—Claro que querré. A nadie le gusta trabajar.

—Pero a una jovencita de diecisiete años le gusta la ropa, el maquillaje, los caprichos... Es muy probable que sigas queriendo todas esas cosas después.

No le llevó la contraria, no merecía la pena. A ella no solo le gustaba el maquillaje o estar todo el día de compras, prefería muchas otras cosas que rara vez decía porque entonces Gala y los demás se le echaban encima. Así que como no tenía ganas de seguir con una discusión absurda, se limitó a contestar:

—Puede que tengas razón.

Frida no añadió nada más, aunque sabía que no estaba de acuerdo con lo que le había dicho. Ni ella misma estaba convencida de aquello. Sabía que Silvana quería a su hija, claro que lo sabía. Ella era su madre, y no había nadie que la conociera mejor, pero reconocía que era una persona singular, difícil de comprender y de tratar. Le rompía el alma, pues no siempre había sido así. Sí de ideas fijas y de carácter fuerte, pero no alguien que parecía de acero, impenetrable. Desde el principio del embarazo y el final de su carrera artística, pocas veces la había visto disfrutar, sonreír o hacer cualquier cosa que la sacara de una rutina laboral. Su partida a España no fue más que una fuga, un escape de todo aquello que la atormentaba.

Una parte de Frida viajó con ella y con la esperanza de que se produjera un cambio, pero cuando su marido murió y Silvana regresó para quedarse, pudo comprobar que seguía siendo la misma mujer apagada que, nunca lo reconocería, pero solo tenía un aliciente para continuar: Nicolie. Un aliciente

por una parte, porque por otra, y aunque jamás había salido de la boca de su hija, culpaba a aquella niña de todo lo que le había pasado en la vida.

La observó una vez más antes de posar un beso sobre su pelo, ponerse de pie y alejarse. Pensó en la suerte de Silvana de haber tenido una hija como lo era aquella niña: dulce, educada, para nada rebelde y de corazón puro. Si en aquella cama hubiera estado cualquier otra adolescente... No quería ni pensar lo que podía ocurrir con dos titanes enfrentados. Era igual de bonita por fuera que por dentro.

—Deberías coger el móvil, no deja de vibrar. —Y desapareció sigilosa, tal y como había entrado.

Pasados unos minutos que tardó en recomponerse, Nicolle se levantó de la cama y obedeció, yendo a por el móvil. Tenía decenas de llamadas perdidas y mensajes de Gala. También uno de Colin que decía:

Me muero de ganas de verte. Te estamos esperando.

No tenía ninguna gana de salir, pero menos de quedarse allí encerrada, dándole el gusto a Silvana de controlar dónde y con quién estaba, así que eligió la ropa al azar, salió de la habitación y se dispuso a darse una ducha.

Veinte minutos después, salió de casa sin decir nada, segura de que Silvana la había escuchado sin la necesidad de recordarle la hora de recogida, se la sabía de memoria.

Lo que no sabían, ni su madre ni ella misma, era que aquella noche no cumpliría los horarios. No cumpliría nada de lo estrictamente estipulado hasta entonces. Esa noche, con la simple decisión de darse una ducha y salir, cambiaría su destino para siempre.

Y es que son esos pequeños detalles que no apreciamos los que marcan un antes y un después.

Nicolle ya estaba marcada.

Capítulo 4

Gala, Jan y Colin la esperaban en el Arrête tomándose unas cervezas acompañadas por unos cruasanes salados. Se acercó a ellos y saludó a Séfora, que como siempre se encontraba detrás de la barra con una sonrisa socarrona y el pelo negro y corto, muy corto, recogido en una coleta que dejaba escapar mechones por todos lados.

—Mi española favorita trae mala cara —dijo mirando a los demás mientras secaba un vaso, o hacía como que lo secaba. Le encantaba estar ahí para hablar con los cuatros, pero, como ella decía, su hermano detectaba con un radar oculto si se mantenía más de medio minuto sin mover las manos o las piernas. Y le gustaba Colin, motivo principal de su presencia, aunque jamás lo reconocería—. ¿Qué te pongo para alegrar ese ánimo?

Se unió al grupo mostrando una sonrisa que restó importancia al comentario de Séfora y pidió un refresco. Todos la abuchearon, como siempre, pero no insistieron más. Nicolle casi nunca bebía alcohol y el motivo principal era los ensayos de baile. Dentro de muy poco tendría aquella prueba importante que determinaría el ascenso de rango y no podía permitirse cagarla por cosas tan tontas como aquella.

Se agregó a una charla intrascendente de la que captó pocos detalles. Algo sobre Marian, su profesora de francés, y Paul, el profesor de gimnasia por el que todas estaban locas. Al parecer los habían pillado en los vestuarios en una situación comprometida que estaba siendo la comidilla del insti. No le interesaba el tema, así que observó al grupo.

Jan y Gala no dejaban de acercarse el uno al otro, siempre con sus manos

juntas, mirándose o sonriéndose. Estaban saliendo, o algo parecido. Colin, apoyado en la barra con el brazo derecho, bebía de su cerveza embotellada mientras reía por algún comentario de su amigo. Como si fuera consciente de su escrutinio, se ausentó de la conversación, se giró a mirarla fijamente y la devoró con los ojos. Siempre lo hacía, y Nicolle no se sentía halagada, porque Colin Mansson era así con todas las chicas que le apetecía tener bajo sus redes. Aun así no apartó la mirada, reconociendo interiormente que estaba muy guapo con aquellos pantalones vaqueros y el jersey de oscuro. Que era muy guapo, sin más. Porque lo era, llevara encima lo que llevase. De pelo corto y castaño, mirada miel y labios terriblemente bien creados, convertía todos sus rasgos en un conjunto apetitoso que encandilaba. No solo era físico, Mansson tenía algo innato para atraer, un imán de miradas y deseos. Y al parecer Séfora estaba de acuerdo, porque seguía detrás de la barra, justo al lado de él, masticando chicle mientras fingía secar el mismo vaso de antes, con la mirada clavada en el chico.

Nicolle no le hacía mucho caso y no mostraba especial entusiasmo en empezar algo con él, aunque Colin lo intentara en todas las ocasiones que tenía cuando salían a dar una vuelta. Sabía de sobra que ambos estaban allí por sus amigos, para que se vieran y no lo hicieran solos. Gala siempre quería estar acompañada por ella, y Jan obligaba a Colin a que hiciera lo mismo para poder quedarse a solas un rato cuando salían. A ninguno de los dos les molestaba porque tenían claro cuál era su lugar en la ecuación y se lo pasaban bien cuando estaban los cuatro juntos. Además, no se perdían por mucho tiempo. Unos cuantos besos, algún que otro toqueteo y poco más. Y lo sabía porque Gala se lo contaba con todo lujo de detalles de regreso a casa. Lo hacía con una sonrisa de oreja a oreja, las mejillas encendidas y los ojos chispeantes.

Debido a aquel interés de Colin por ella, entre otras cosas, el instituto entero rumoreaba a cada paso de Nicolle. Desde que había llegado a Francia era la comidilla de todos. Nunca había pasado inadvertida, sobre todo por aquellos ojos tan peculiares, tan claros, tan bonitos y llamativos, pero si le añadíamos haberse juntado con Gala nada más llegar... Su amiga era popular, y quienes la rodearan también solían serlo. Por eso sabía de sobra que era el entretenimiento de Colin, un objetivo a corto plazo que se le estaba resistiendo, lo que lo convertía en algo más interesante. Y aunque no tuvieran nada, la mayoría de las chicas rabiaban al darse cuenta de aquello, convirtiendo a la española en un blanco fácil para las críticas y los rumores,

cosa que a ella le daba absolutamente igual.

Colin chocó el vidrio de su cerveza sobre la barra con fuerza, informando de que había terminado, y sin dejar de mirar a Nicolle, dijo:

—Bueno, la feria nos espera.

La habían montado solo durante dos días. No era muy grande, un espacio reducido alrededor de la Torre Eiffel, con muchos colores, puestos artesanales, una noria, varios quioscos de comida y bebida y una especie de caseta con música actual donde los más jóvenes ya bailaban cuando ellos llegaron. Desilusionados, esperando quizá algo más, caminaron entre la gente, mirando aquí y allí mientras hacían comentarios y reían. Vistos todos los puestos, en los que las chicas se compraron unas pulseras idénticas y unos pendientes a juego, decidieron ir a por algo de beber y comer.

Ya en la fila, esperando su turno, y tras haberle preguntado Jan qué iba a tomar, Nicolle decidió que una cerveza. Todos gritaron eufóricos, llamando la atención de los demás, sonrojándola y haciendo que soltara una carcajada.

«A la mierda —se dijo, deseando disfrutar un poco y olvidar el día que había tenido—, a la mierda el baile, la prueba y la abstinencia por esta noche».

El primer trago le sentó genial. Lo saboreó, dejándolo en su paladar y notando cómo el líquido frío se escurría por ambos lados de su lengua, penetrando en su garganta. Lo hizo como si nunca se hubiera tomado una simple cerveza y se sintió bien por hacer algo que provocaría que su madre echara espuma por la boca si se enteraba de ello. Así que continuó bebiendo con gusto y, al ritmo de los demás, pidió una detrás de otra. Ya no las degustaba con calma ni las aguantaba en el paladar.

Estaba mucho más relajada y la feria le parecía ahora enorme e interesante. Los adornos le gustaban, los quioscos parecía no haberlos visto con anterioridad y le apetecía meterse en aquella discoteca improvisada a bailar.

—Vamos a bailar —dijo.

Los demás la miraron noqueados mientras caminaban.

—¿Qué le pasa hoy? —le preguntó Jan a Gala en tono de burla—. Está desatada.

—Solo quiero bailar un poco —argumentó.

—Subamos antes a la noria —animó Colin.

Nicolle alzó la vista al redondel que se alzaba gigante e iluminado enfrente de ellos, algo lejano. Era muy grande, pero parecía ridícula allí, junto a la gran torre de trescientos metros. Le aterró solo el pensamiento de subir,

quedarse parada en la altura máxima o que alguna de aquellas cápsulas saliera disparada. Su último pensamiento antes de sonreír y aceptar la invitación fue que, si tenía suerte y la cabina salía volando, no tendría que llegar a casa y enfrentar a Silvana con aquel leve mareo que estaba instalándose en su cabeza. Fue estúpido pensarlo, pero también lo que la impulsó a salir corriendo y colocarse en la fila.

Le dio su dinero a Jan para que pagara en la taquilla, pero Colin se había adelantado para hacerlo. Conforme esperaba conversó con el hombre que trabajaba allí y le pidió que por favor no parara cuando su cápsula estuviera en el punto máximo. El trabajador asintió, sonrió y le guiñó un ojo a Colin, aunque ella no lo vio. Tampoco se percató de las señales que les hizo a sus amigos para que desaparecieran, por eso le sorprendió que de repente dijeran que se marchaban.

—¡Eh! ¿Adónde vais? ¡Ya nos toca subir! —exclamó viendo cómo Gala y Jan se alejaban.

—Paso de montarme, me he mareado —mintió Gala con una sonrisa, cogiendo a su novio, o lo que fuera, de la mano y desapareciendo entre la gente.

—Vamos, sois los siguientes —les informó aquel hombre con el que había estado hablando—. A la cabina número seis, con ellas dos —señaló a dos chicas que se encontraban en la fila, delante de ellos.

—Debe haber una equivocación, nosotros nos montamos solos —añadió Colin. El hombre se mantuvo pensativo.

—¿Por qué? —preguntó Nicolle—. ¿Tienes miedo a compartir oxígeno con más personas y que se acabe? —Y soltó una risita.

—He pagado más —susurró mirando al hombre, que de manera automática giró el rostro para buscar al chico de la taquilla y comprobar por un asentimiento de cabeza que decía la verdad.

Subieron solos en la cabina número siete, uno frente al otro. Nicolle aguardó en silencio hasta que el encargado de hacerlo cerró la puerta y comenzaron a moverse, pocos minutos después. Apoyó la cabeza en el cristal y cerró los ojos, pensando si había sido buena idea aquello, empezaba a notar que el mareo se intensificaba y que no era muy responsable de su cuerpo.

La cabina comenzó a ascender. Abrió los ojos para comprobar que subían y con ello la ciudad se hacía pequeña, perdiéndose en sus luces, cada vez más diminutas, y en el ir y venir de la gente que se convertían en hormigas. Subió y subió, sintiéndose bien, olvidándose de aquel mareo, del malestar, de Colin y

de cualquier otra cosa. Entonces, en la cumbre, en lo más alto, cuando París era únicamente luz, la noria se paró y se quedaron ahí, suspendidos.

Asustada, abrió mucho la boca y miró al chico, recordando de nuevo que estaba allí. Tenía una sonrisa bobalicona en el rostro y no le quitaba los ojos de encima. Alargó la mano, ofreciéndosela, y ella, entendiendo lo que pasaba, negando y sin evitar sonreír, la aceptó, dejando que tirara de su cuerpo y la sentara a su lado, un poco recostada sobre su hombro.

Nicolle cerró los ojos, aspiró el olor del jersey y volvió a abrirlos para contemplar lo bonito que era todo aquello que tenía bajo sus pies. Después observó fijamente a Colin. Una parte de ella no podía creer que estuviera ahí, con él.

—¿También has pagado más por esto? —le preguntó risueña.

Él asintió.

—Creo que este va a ser el beso más caro de la historia.

—Nadie ha dicho que vaya a besarte, Mansson.

—¿No me lo merezco? —La sujetó por la cintura y la acercó a él, subiéndola en sus piernas.

—Le acabo de pedir a ese hombre que no me dejara aquí arriba y tú has pagado por todo lo contrario, así que no, no te lo mereces.

—Pero mi trato estaba cerrado antes que el tuyo —susurró, apartándole un mechón de pelo del rostro y colocándolo detrás de la oreja, creando intimidad.

Se acercó a ella despacio, mirándola a los ojos, deseando probar aquellos labios que llevaban meses resistiéndosele. A él nunca le negaban nada, nunca había tenido que esforzarse para conquistar a nadie, pero aquella española... Al fin sus esfuerzos obtenían la recompensa. Creía. Porque Nicolle se apartó, levantándose de sus piernas, se sentó enfrente y cerró los ojos, dejándolo estupefacto.

—Creo que voy a vomitar —declaró mientras volvía la vista al cristal, intentando no verlo a él y abochornada.

—Vaya... Es la primera vez que una chica me dice eso después de tenerla tan cerca.

La noria comenzó a moverse de nuevo y ella dio gracias en silencio por descender.

Ni se había mareado ni se estaba haciendo la dura, tampoco era que Colin no le gustase, es que tenía miedo. Miedo a lo que pasaría después si se atrevía a besarlo. Miedo a que alguien los viera y corriera a contárselo a Silvana. Miedo a que le gustara un poco más y se descarrilara de su vía.

Nicolle tenía prohibido acercarse a los chicos de manera íntima, más allá de una amistad. Desde que tenía uso de razón, había crecido en la enseñanza de que los hombres eran basura porque su única intención era tratar a las mujeres como tal.

«Te conquistarán, te enamorarán, conseguirán de ti todo lo que quieran y luego te desecharán sin miramientos —le repetía su madre constantemente—. Están todos diseñados de la misma manera, hechos para destruirnos».

A veces ni siquiera se lo decía a ella en particular, lo exclamaba por la casa, hablando sola, convenciéndose a sí misma. Nicolle la miraba desde la mesa de la cocina, pensando que habría conocido a alguien y que se repetía aquello como un mantra para no enamorarse más, o que, de nuevo, la habían engañado. Sabía poco de las relaciones de su madre, nunca había llevado a nadie a casa, ni amistades, y sobre su padre no conocía más detalles que el principal; la había abandonado cuando se enteró de que existía. Pero Silvana debía tener razón en aquello de los hombres si tanto daño había podido causar uno solo.

Aprendía un poco más de su madre cuando gritaba, decía palabrotas o le reñía sin motivo aparente delante de su abuela. Esta la miraba con el rostro serio, negaba con la cabeza y se cambiaba de habitación. Después, cuando Nicolle se sentaba en silencio a su lado, le explicaba que no siempre había sido así, que hubo un tiempo en el que aquella mujer estricta sonreía y le gustaba divertirse. No en exceso, pero sí algo.

Le parecía muy triste aquella vida. Nunca se había enamorado ni tenía intención de hacerlo, pero veía lo feliz que era la gente en pareja. Gala, sin ir más lejos, era otra persona estando con Jan. Como si se transformara, dejando a la niña pija, a la rebelde, la contestona atrás. Solo quedaban miradas intencionadas y sonrisas tontas. Era como si la otra persona sacara de ella algo que solo quien te enamora tiene la capacidad de descubrir.

A ella le estaba prohibido todo aquello hasta terminar la universidad. Tenía un objetivo, ser enfermera, y Silvana le repetía una y otra vez que si un chico se le cruzaba, el objetivo se volvía lejano y era probable que invisible. Que sus prioridades cambiarían, porque a todos nos cambian cuando nos gusta alguien. Y no había luchado tanto para ahora tirarlo todo por la borda por un simple chico.

Así que no lo besó, y agradeció enormemente que Gala y Jan estuvieran esperándoles abajo, junto a la escalera de la noria.

—Qué mala cara traes —le dijo su amiga cogiéndola por el brazo y

adelantándose unos pasos de los chicos—. ¿Mala experiencia en la noria o es que te ha metido la lengua hasta la campanilla y te ha dejado sin habla?

Nicolle puso los ojos en blanco.

—Me he mareado.

—Ya..., mareado. ¿Sabes eso que dicen de que la resaca con alcohol se cura? Pues vamos a probar con tu mareo. —Y la condujo hasta aquella caseta en la que antes le había apetecido bailar.

Gala continuó hablando, pero Nicolle solo le daba vueltas a un mismo asunto que, quizá debido a la pequeña cogorza que llevaba encima, soltó sin venir a cuento:

—¿Sabes lo que me ha dicho Silvana cuando le he contado lo del trabajo, Gala? ¿Sabes lo que me ha dicho? —Su amiga la miró extrañada por el cambio de tema, pero no le dio tiempo a explicarle nada más.

De repente chocó con algo. Gala tiró de su brazo para evitarlo, pero lo había hecho tarde. Cuando Nicolle se apartó un par de pasos hacia atrás, aturdida, tuvo que sujetarse a ese algo, que no era algo, sino alguien. Alzó el rostro dispuesta a pedirle perdón y, aunque no veía con la claridad de siempre, visualizó un detalle llamativo que se quedó con toda su atención. Unos ojos de un color insólito. Eran miel, pero tan tan claros que parecían amarillos. Le recordó a los de esos hombres lobos que veía en las películas. Pero lo más extraño de todo, lo que se le quedó grabado, fueron los tres puntitos más oscuros que, en diagonal y con apariencia de lunares, formaban un tres en raya en perfecto dentro de su iris.

Estaba sujeta a ambos brazos de aquel chico, mirándolo fijamente y con descaro, fruto del alcohol.

—Lo siento —atinó a decir al fin.

—Me he enamorado —le respondió él, mostrando una sonrisa ladeada.

Nicolle lo soltó con rapidez, miró a Gala con los ojos muy abiertos y riendo se marcharon.

Lo siguiente que recordaba era mirar hacia atrás y ver a aquel chico observándola con descaro. Llevaba algo en una de sus manos y, a su lado, dos chicos más que parecían acompañarlo. Colin intervino en su campo de visión y la miró con el ceño fruncido mientras hablaba con un animado Jan. Después, el recuerdo de su mirada reprochadora sobre ella. La entrada en la caseta y un vaso que de manera automática se instaló en su mano. Se lo bebió. No sabía lo que era, pero le sentó bien. La gente, mucha gente, toda bailando, moviéndose de un lado a otro entre luces azules y naranjas que a veces se apagaban solo

por momentos para borrar los rostros y volver a iluminarlos. Le daba la sensación de que ese microsegundo servía para que cerraran los ojos y se dejaran llevar un poco más. Al menos eso pensó tras soltar los vasos grandes colmados y beberse el tercer chupito de algo que Jan había estado pidiendo, que al principio quemaba desgarradoramente su garganta pero que poco a poco le gustó.

Ella también cerró los ojos. Lo hizo mientras las luces iban y venían, mientras los suaves —y a veces no tanto— empujones la mecían. No le importaba que chocaran con ella, se sentía bien. Los abrió al notar unas manos en su cintura y se encontró con un jersey conocido, con un olor que había aspirado hacía poco. Estaba mareada, pero se encontraba bien al ritmo de aquella música francesa y marchosa de la que no entendía casi nada y disfrutaba mucho. Disfrutaba del sonido, del parpadeo, del olor, de las manos en su cintura, del contoneo por el que estaba dejándose llevar, moviendo su cintura. Nada que ver con el baile clásico que practicaba entre semana. Disfrutaba de haber salido de casa, bebido, y de estar con un chico allí, entre la gente, sabiendo que la noticia jodería bastante a su madre.

Sonrió intentando enfocar el rostro serio de Colin, que la devoraba de nuevo con los ojos, y volvió a decirse que era guapo. Por primera vez se reconoció a sí misma que se consideraba poca cosa para él, que aquel era uno de los miedos que no la habían dejado dar un paso más, y no solo las advertencias de su madre. Él era conocido, popular, y su fama no era satisfactoria del todo. Si podía tener a cualquier chica, ¿por qué iba a fijar en ella, precisamente?

—¿Por qué yo, Mansson? —pensó en voz alta y mirándolo, aunque apenas se le entendía.

—¿Por qué no, Harman? —La acercó más a él, sonriéndole.

Cercanía. El rostro de Colin, ahora sin sonreír. Unos ojos brillantes. Unos labios creados a la perfección que se posaron sobre los suyos, prácticamente dormidos. Movimientos pausados que apenas sentía pero que disfrutaba. Unas manos recorriendo su espalda. Música distorsionada a su alrededor. Las luces yendo y viniendo más rápido de lo que recordaba. El cuerpo de Colin delante, pegándose mucho al de ella, regalándole una sensación de contacto que le gustó y la hizo entrar en calor por unos segundos. De nuevo su perfume, de nuevo sus labios. La estaba besando, a ella. Colin Mansson, a ella y en mitad de la feria.

Mareo. Mucho mareo. Una superficie fría. Gente que exclamaba. La voz de

su amiga llamándola. Ella intentando abrir los ojos para enfocarla. Voces.

«¡Nicolle! ¡Nicolle!».

Silencio.

Unos brazos fuertes.

Una voz grave, adulta.

El suave vaivén de un coche.

Y, de nuevo, silencio.

Capítulo 5

La figura imponente de Marc se erguía ante la enorme cristalera iluminada por una lámpara de diseño negra, alargada y en forma de ese, que ocupaba la esquina derecha de la sala. Allí, en solitario, tenue y a la vez potente, era capaz de alumbrarlo todo. París dormía, pero sus luces no, por lo que Gala, desde el sofá, echada hacia atrás y mordiéndose las uñas, vislumbraba a su padre de pie mientras hablaba por teléfono.

—Claro. Sí, sí, no se preocupe —dijo serio—. Por supuesto, yo mismo me encargaré de llevarla a casa cuando despierte. —Aguardó un instante—. Sí, claro. Un placer, señora Harman. —Colgó el móvil, se giró y enfrentó a su hija con la mirada. El silencio que los había acompañado hasta casa al fin se rompía.

—Papá...

—Antes de que continúes, piensa bien lo que vas a decir. No me gusta mentir, Gala. Yo no miento, y esta noche lo he hecho. Espero que tus argumentos sean convincentes, porque en estos momentos tengo dormida y borracha a una niña en una de las habitaciones de mi casa.

No le pasó inadvertido la pierna temblorosa de su hija, el dedo en la boca que se mordía nerviosa y el rostro encogido, aunque intentara disimularlo. Él se mantuvo tal cual, sin moverse ni un centímetro, a la espera de que le contara algo más de lo que había ocurrido, más allá de aquella supuesta madre que más que una mujer parecía ser un monstruo, según su hija.

—Ha mezclado. No mucho. De hecho no ha bebido apenas..., lo que pasa es que no está acostumbrada a hacerlo y...

Su padre alzó una ceja.

—¿Tú si lo estás?

—No quería decir eso.

—Es decir, que no bebes.

—¡Claro que bebo! —exclamó, echándose hacia delante y colocando las manos sobre las piernas—. ¡Todos bebemos! Pero yo lo hago poco...

—¿Cuánto es poco?

—No lo sé..., poco. No sabría decirte una cifra. Pero no estamos hablando de mí, estamos hablando de ella. De verdad que nunca le ha pasado. Esta noche ha decidido beber un poco y le habrá sentado mal. Han sido solo unos chupitos, papá...

—Bien. No volveré a cubrir a ninguna de tus amigas, mucho menos por una borrachera, ¿te queda claro?

Gala alzó las pestañas y le dedicó su mejor mirada y sonrisa.

Había llegado en el momento justo en el que Nicolle caía al suelo y todos la rodeaban. Él no la había visto caer, esperaba a su hija a unos metros de distancia, fuera de la caseta, donde Gala había asegurado que estaría a la hora de recogida cuando la había llamado poco antes. Justamente cuando estaba con Jan a solas metiéndose mano escondidos detrás de unos árboles, aunque eso él no lo sabía. Ya la había localizado con la mirada al llegar, pero se mantuvo allí a la espera de que ella fuera quien saliera. Había visto a un chico arrimarse demasiado mientras bailaban, y se dijo que aquel debía ser el tipo del que Paulette le había hablado, el que tenía valor de visitarla en la propia puerta de su casa cuando él estaba fuera.

De repente se alertó, haciendo desaparecer sus pensamientos y asustado por la cantidad de chicos que gritaron por encima de la música mientras hacían un coro alrededor de alguien. Era justo el lugar donde había visto a su hija. Desbocado y con rapidez se abrió paso entre la gente y suspiró con alivio al encontrar a Gala de rodillas, pero consciente. No le había pasado nada, pero se percató de que una chica yacía en el suelo con mal aspecto, la cara pálida, los labios casi morados, y todos tiraban de ella, intentando incorporarla.

Sin decir nada apartó con brusquedad a los chicos que intentaban ayudarla, metió las manos por debajo de la espalda y las piernas y la cogió en brazos.

No se dio cuenta de que era la muchacha morena de su despacho hasta que estuvo en el coche, de camino a casa.

A Gala le había costado mucho convencerlo de que llamara a Silvana para cubrir a su amiga, pero había usado sus mejores argumentos, contándole cómo

era aquella mujer, todo lo que le había formado unas horas antes, cuando Nicolle le contó entusiasmada lo de su nuevo posible trabajo y lo que podría llegar a hacer si se enteraba de que su hija estaba de fiesta, bailando, con chicos y bebiendo. «Explotar como una palomita en el microondas —le había dicho con exageración—, pero cubierta de dardos envenenados que nos habría hincado a todos los que pillara cerca, incluido a ti».

Al final había aceptado a regañadientes a llamarla y explicarle que Nicolle no se encontraba bien, que habían llegado temprano a su casa porque tenía dolor de estómago y fatiga, y Gala le había pedido que se quedara allí hasta encontrarse mejor.

—Si alguien os ha visto en la fiesta y le va con el chisme a esa mujer, no quiero saber nada. Diré que me mentisteis diciendo que estabais en el cine. — Se encogió de hombros mientras se disponía a salir del salón, dando por concluida la conversación. De repente se giró, señalándola con el dedo y dijo —: Por cierto, estás castigada sin moto durante un tiempo.

Casi saltó del sofá.

—¡¿Yo?! —Se señaló, ofendida y con la boca muy abierta—. ¡¿Y por qué, si no he hecho nada?!

—Las nenas que beben no conducen, por muy acostumbradas que estén a hacerlo. —Le guiñó un ojo.

Gala comenzó a ponerse colorada de la furia, sabiendo que no podía rebatirle más y que aquella discusión no la ganaría, mucho menos después del gran favor que les había hecho a Nicolle y a ella. Se tragó el nudo de rabia que se acumuló en su garganta y preguntó con voz neutra:

—¿Por cuánto tiempo?

Marc fingió que se lo pensaba.

—No sé, no sabría darte una cifra. —Y desapareció sonriendo.

Le dolía mucho la cabeza, estaba mareada y tenía la lengua tan seca que pareciera haber chupado un zapato. Cuando se incorporó en la oscuridad, también se percató de que el estómago le hacía ruidos extraños y su cuerpo estaba laxo. Solo quería volver a apoyar la cabeza y dormir. Pero entonces se percató de que no estaba en su cama y decenas de ráfagas llegaron a su mente en forma de imágenes. La feria, la noria, la cerveza, los chupitos, Colin, los mareos... Colin. Se incorporó con rapidez y los ojos se le abrieron completamente. Lo había besado. Y había bailado con él delante de todo el mundo. Y después... Después nada, porque a partir de ahí no recordaba.

Gimoteó mientras se tumbaba de nuevo y enterraba la cabeza en la almohada, con ganas de gritar. Había besado a un chico y ni siquiera se acordaba de qué había sentido. Acababa de bajar de un solo golpe de todas aquellas nubes en las que se había ido subiendo película romántica tras película. No se fiaba del amor, ni del género masculino en general, pero aun así había un resquicio de esperanza dentro de ella que el cine había construido. Alguna vez había fantaseado con aquella historia romántica de dos desconocidos que se encuentran, se odian por cualquier motivo competitivo y terminan enamorados plenamente el uno del otro, aunque no lo saben hasta el final, en ese beso infinito que la cámara difumina, y tras ese plano, los créditos. El vivieron felices y comieron perdices que jamás existiría con Colin Mansson.

—Mierda —susurró. Porque sabía que no tendría una historia de película y porque acaba de acordarse de Silvana.

Buscó con desesperación sobre la mesita de noche, a ver si estaba su móvil, pero no lo encontró. Sí el de Gala, en el que comprobó que eran poco más de las cuatro de la mañana. Casi gritó al darse cuenta de dónde estaba al ver a su amiga alumbrada por la luz de la pantalla, plácidamente dormida.

Saltó de su cama, se abalanzó sobre Gala, que estaba en la cama de al lado, y la zamarreó hasta despertarla. Esta abrió los ojos, alarmada.

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa? —preguntó adormilada.

—¡Son más de las cuatro! ¡Tengo que irme a mi casa!

Gala hizo un mohín.

—No te preocupes, mi padre ha hablado con Silvana y está todo solucionado. Duermes aquí esta noche. —Se dio la vuelta, acomodándose las sábanas—. Estás en tu casa, si necesitas algo ya sabes dónde está la cocina y el baño. Yo que tú descansarías esa moña que te has pillado. —Se tapó la cabeza con las mantas y la ignoró.

Se sentó en la cama de su amiga y suspiró aliviada mirando a la nada. ¿Su padre había llamado a Silvana? Se preguntó qué le habría dicho y cómo la habría convencido para que no se hubiera presentado en la casa de los Ferrara a cualquier hora.

Se puso de pie y decidió ir al baño a beber un poco de agua del grifo. Tenía que hidratar esa lengua y bajar a la cocina no era una opción a aquellas horas.

Ahora, ya más tranquila, sintió el frío en sus pies desnudos. No los cubrió y salió de la habitación a paso lento y de puntillas, intentando no hacer ruido. Si no se equivocaba, en aquella planta dormían todos, tanto ellos como las dos mujeres del servicio. Caminó despacio, entró al aseo y se miró en el espejo.

La recibió un reflejo pálido —más de lo que por sí ya era— de mejillas incoloras, ojeras marcadas y labios resecos. Su cabello estaba enmarañado y supo lo que supondría cepillarlo con aquellos nudos. Suspiró rendida. No haría nada para mejorarlo, sabía de sobra que la mejor opción sería esperar al día siguiente, darse una ducha y desenredarlo con mascarilla suavizante aplicada. Así que solo se mojó el rostro con abundante agua, bebió del mismo grifo y se sentó a hacer pis mientras miraba al frente.

En aquel silencio nocturno, algo llamó su atención. Eran ruidos repetitivos, algo lejanos, acompañados de lo que le parecieron voces entremezcladas. Se maldijo interiormente, pensando que había despertado a alguien, y terminó su tarea con rapidez para meterse en la habitación cuanto antes. Salió del baño mirando a ambos lados, pero no vio a nadie, así que retomó su camino. A la mitad, ya casi llegando, el ruido se escuchó con más claridad y sus pies se detuvieron. Supo lo que era y sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

El baño estaba justo en el centro del pasillo, frente a las escaleras. Era lo primero que encontrabas nada más subir. A su lado derecho, el dormitorio de Gala; al izquierdo, el de Marc. En el extremo izquierdo, el gran despacho en el que ya había estado; en el otro, el lavadero, donde también había entrado alguna que otra vez. En el pasillo frente a los dormitorios principales, tres habitaciones distribuidas de diferente manera: un gran gimnasio, al lado izquierdo y, al derecho, el dormitorio de Celine y el de invitados, que hasta ahora había ocupado Paulette. No conocía era la tercera planta, adonde no había subido aún.

Debido la restructuración de la casa, no había motivo alguno para pasar por delante del dormitorio del señor Ferrara si tu destino era el de Gala. Aun así, algo dentro de ella le pidió dar marcha atrás y saciar su curiosidad. Sabía que eran gemidos, que alguien practicaba sexo en aquel momento, y todo indicaba que era el padre de su amiga. Pero ¿con quién?

Sonrió para sí de lo nerviosa que estaba, sobre todo porque podía descubrir aquello que todas las madres se preguntaban en la puerta del instituto. ¿Con quién se acostaba Marc Ferrara? Y de algo estaba segura: con la claridad que escuchaba la puerta no estaba del todo cerrada, así que era muy probable que lo averiguara. Cogió aire, caminó despacio y se posicionó frente a la habitación del dueño de la casa. Si la pillaban... No quería pensar en eso.

El sonido era más fuerte y nítido. Los gemidos femeninos superaban a los gruñidos masculinos que, aunque se escuchaban, lo hacían menos. Dio un paso

al frente al descubrir que tal y como pensaba la puerta estaba entreabierta. Solo unos centímetros, muy pocos, ni siquiera sabía si los suficientes para ver algo, pero su corazón palpitó con furia dentro del pecho, dándole la sensación de que al otro lado serían capaces de oírla. Se acercó un poco más y, casi sin percatarse, sus dedos estaban rozando la madera de color blanco.

—Dios, Marc, sí —escuchó al otro lado la voz entrecortada y ahogada de una mujer—. Sí, sí.

Tragó saliva y observó. Desde hacía mucho tiempo, aquello le llamaba la atención. Fue con la pornografía con lo que se dio cuenta, no sabía si porque nunca había practicado sexo y no le despertaba tanto interés como contemplar a otras personas haciéndolo. Y tenía la oportunidad de ponerlo en práctica, aunque estuviera muerta de miedo. Ella era prudente y no se metía en los asuntos de nadie, y ese era el problema, que descubrió en ese instante que quién hubiera al otro lado le daba igual, con quien se acostara aquel hombre no le importaba. No estaba allí por ese motivo, solo quería ver qué hacían. Pensar en qué postura los encontraría si tuviera el valor de abrir le produjo quemazón entre los muslos.

Le encantaba la pornografía, a pesar de sentir que hacía algo malo cuando lo veía en la soledad en su habitación. Quizá porque siempre que le hablaban de sexualidad, los más mayores recalcan aquello de «No podéis fiaros de lo que veis en las películas pornográficas. Eso no es verdadero sexo. Como su nombre dice, son películas, y en ellas encontráis actores que representan un papel y que lo tienen todo más que preparado para actuar». Aun así, le producía un placer inmenso perderse en categorías diferentes y descubrir cuántos tipos de relaciones existirían. Y lo hacía desde muy pequeña. No sabía desde cuándo con exactitud, pero sí bastante.

Era tanto el placer que le provocaba que no podía evitar meterse una mano en los pantalones y rozarse por encima de las bragas, o por debajo, hasta que una ola enorme de algo indescriptible la hacía explotar en mil pedazos, obligándola a aferrarse con fuerza a las sábanas de su cama hasta calmarse. Sabía que lo que le ocurría era que se corría, y lo sabía porque estando en España había escuchado a decenas de amigas hablarlo entre risas y secretismos, aunque ella nunca intervenía. Se moriría de vergüenza si alguien descubriera que también hacía aquello. Por otro lado, le parecía fascinante que un hombre pudiera conseguir darte el mismo placer que una misma se proporcionaba en soledad.

Así que, sí, era prudente para muchas cosas, casi todas las de la vida, pero

aquello era una fuerza superior que la manejaba, que podía con ella y contra su pudor. Acarició la puerta muy suavemente, con mucho cuidado para que no sonara, mientras la abría unos centímetros y fijaba la vista en la imagen más espectacular que hubiera visto nunca.

La habitación estaba en penumbra. Podía apreciarse lo que allí ocurría, aunque no con toda la claridad que le habría gustado. Y vaya si lo apreció. Casi jadeó al encontrar las dos figuras de una manera tan íntima. La chica estaba tumbada bocarriba sobre la cama, con la espalda completamente arqueada y las manos aferradas a la sábana con la desesperación de quien cae si se suelta. Podía intuir los labios entreabiertos, incapaz de cerrarse gracias al gozo, y la cabeza echada hacia atrás. Entre medio de aquella silueta de piel trigueña se hallaba el hombre más espectacular que hubiera visto e imaginado. Era mejor que en sus fantasías. Mejor que aquellos vídeos que tanto veía. Alto, muy alto, con un cuerpo formidable, ancho y robusto que, de nuevo, como la primera vez que lo vio, parecía llenar la habitación. Le impresionaron sus piernas fuertes, su trasero bien formado, respingón y visiblemente muy duro, indicando el fin de una formidable espalda. Pero no era aquel conjunto de músculos y piel bien colocada lo que tanto la impresionó, sino la altura y la capacidad de mover el imponente cuerpo.

Cómo se movía. Con qué destreza golpeaba su cadera, incrustándose en aquella mujer, para después salir, mostrar la sombra de su miembro y volver dentro, arrancando un gemido de placer femenino, un nuevo arco en su espalda y un gruñido que era gloria para los oídos.

Se tapó la boca para evitar que su respiración descompasada se oyera. Nunca había sido consciente de su propio pulso hasta entonces. Después, esto de manera inconsciente, se frotó los muslos intentando aliviar la quemazón más grande que jamás la hubiera quemado. Si ya se sentía mal por ver vídeos subidos de tono, aquello era otro nivel. No sabía cómo aliviar aquella extraña mezcla de sentimientos y sensaciones que la estaban invadiendo, que la recorrían de pies a cabeza.

«Tienes que irte», se dijo. Sin embargo, no se movió. Y no lo hizo porque se mantuvo fija en el siguiente movimiento de Marc, que salió completamente de la mujer y se apartó un escaso metro para observarla. Los brazos de Nicolle se hormiguearon.

La chica de la cama alzó la cabeza, quizá preguntándose el porqué de aquel distanciamiento, y parecía ser que lo entendió con rapidez, pues soltó una risita pícaro. Fue esa risa amigable y joven la que Nicolle reconoció al

momento, también diferenció aquel rostro moreno que con una mueca juguetona miraba al hombre que estaba haciéndola sufrir.

Celine. Era Celine. La cocinera. La chica que tan bien le caía. La prudente mujer latina que le ofrecía comida mientras estudiaba.

Conocer a la otra persona que disfrutaba sobre el colchón por algún motivo la calentó aún más.

—Tócate —le ordenó Marc, y ella obedeció al instante.

Nicolle creyó morir ante la orden implantada y cumplida sin más. Y no por ver a la mujer que se encontraba sobre la cama tocándose con maestría, ella conocía aquello de sobra, la punzada que sintió entre sus piernas fue al ver a Marc sujetarse el pene, un pene erecto y muy grande. Tan grande y grueso que la estremeció. Cuando lo soltaba, este caía levemente hacia abajo, a pesar de estar duro, y la curvatura creaba una imagen preciosa ante la vista de la chica morena, que solo apreciaba la silueta oscura complementando al cuerpo masculino. Aquella visión duró poco, porque el padre de su amiga se la sujetó de nuevo y comenzó a moverla con lentitud, bajando su piel, subiéndola. Bajándola, subiéndola. Bajándola, subiéndola. Muy despacio, muy sensual. Creando una perfecta armonía con su mano y el ambiente, cargado de jadeos y de olor corporal, o eso le pareció a Nicolte, que comenzaba a sudar y a sentir la temperatura tan alta que no sabía si su cuerpo lo resistiría. El hombre añadió una mano más, la bajó hasta sus testículos gordos y los masajeó con mucho tacto. También podía apreciar aquello de perfil.

Qué imagen.

—Me encanta ver cómo te la meneas —murmuró Celine.

Si hubo palabras o gestos de respuesta por parte de él, Nicolte no lo apreció.

Marc decidió poco después que era suficiente. Soltó su miembro, dejando una perfecta visión de él mientras se movía con paso decidido hasta un lateral de la cama. Asió a Celine por la cintura de un solo movimiento, ahora de pie ambos, y consiguiendo que lo rodeara con sus piernas largas y desnudas a la vez que se ensartaba directamente encima de su polla. Fue casi de manera mecánica, o eso le pareció, observando con deleite cómo aquel hombre hacía parecer fácil algo que no creía que fuera. Tenía a la chica sujeta solo por la cintura, y aunque no podía verlo con claridad desde su posición asustadiza, asomada a una breve abertura, parecía que las grandes manos la envolvían por completo. Con una sujeción firme, la levantaba a pulso y volvía a bajarla. Rápido, veloz, experto, como si no pesara, como si no ejerciera esfuerzo

alguno para ello.

Los gemidos de la cocinera acrecentaron; los movimientos de él también. Nicolle estaba a punto de explotar. En cualquier otra ocasión se habría metido la mano entre las bragas para acallar aquellos gritos de auxilio que salían de entre ellas, pero allí no podía. De hecho no tenía especial interés, era más fuerte el morbo de mirar y el conocimiento de que un simple tocamiento no sería capaz de silenciar su deseo. Aun así, su mano se dirigió al epicentro de su cuerpo y lo frotó un poco por encima de la ropa.

De repente algo ocurrió, algo que la sacó de su ensimismamiento. Llevaban tan poco tiempo en aquella postura, de pie, que no creyó que fueran a cambiar con tanta rapidez. Pero Marc estaba tan eufórico que el movimiento que continuó fue rápido y no premeditado. Con la chica aún encima y sin salir de su interior, rodeó la cama en un segundo y se sentó en ella, apoyándose en el cabezal. Esa posición lo dejaba casi frente a Nicolle, quien se asustó tanto que se escondió veloz tras la puerta.

Cerró los ojos y soltó el aire muy despacio, como hacía en las clases de baile cuando intentaba tranquilizarse.

«Casi. Joder, casi».

Y repitió la acción de inspirar y expirar, intentando no hacer ruido, convenciéndose de que había sido suficiente, de que tenía que marcharse. Si llegan a descubrirla... De nuevo intentó eliminar el pensamiento de la posible represalia.

Decidió marcharse a su habitación. Por Dios que quiso hacerlo, lo deseó con todas sus fuerzas, pero sucedió algo que no le había ocurrido con anterioridad: su cuerpo no respondía a sus órdenes, no atendía sus súplicas. Era más fuerte el morbo, la necesidad de continuar mirando. Desplazó su cabeza unos centímetros y se asomó con sigilo de nuevo por la pequeña apertura.

Y ahí estaban.

Los ojos más oscuros y lascivos que había visto nunca.

Clavados en ella.

Fijos.

Los labios se le entreabrieron, la boca comenzó a salivarle y el corazón bombeó con la furia de un titán dentro de ella. Aquellas piernas que habían sido vigas ancladas hacían solo unos segundos, se convirtieron en gelatina, quebrándose, queriendo doblarse para hacerla descansar en el suelo. Sus manos comenzaron a temblar y sus dientes chocaron entre ellos. Al parecer ya

había cerrado la boca, pero no había sido consciente del gesto. A pesar de aquel cúmulo de sensaciones, no apartó la mirada del hombre que tenía encima de él a una chica desnuda, montándolo, refregándose con ansia de atrás hacia adelante, buscando profundidad, buscando placer sin ser consciente de que alguien la observaba desde el umbral y de que su compañero de juegos lo sabía.

Por algún motivo que Nicolle no llegó a entender, Marc no dijo nada, no hizo nada, no la descubrió ante Celine. Continuó instando con sus manos a que la chica lo cabalgara, gimiendo bajito, soltando gruñidos masculinos que salían de unos labios perfectamente alineados, entreabiertos, que cortaron la respiración de Nicolle, porque a pesar de tener encima a la cocinera, los emitía mirándola a ella.

Brillaban. Los ojos de Marc brillaban de deseo mientras el corazón de Nicolle se moría de miedo, sin saber qué ocurriría a continuación. Aunque lo averiguó rápido, pues Celine gimió más alto que hasta entonces y Marc apretó los dientes, la quitó de encima con rapidez, se incorporó para ponerse de rodillas, y mirando a la niña que se escondía detrás de la puerta entreabierta y no a su compañera de cama, agarró su polla y entre gruñidos descargó varios chorros de semen sobre el vientre de la mujer, que parecía esperarlo para que hiciera exactamente aquello.

Nicolle contempló extasiada cómo caía, cómo la bañaba sin que ella hiciera nada para evitarlo. El pene pareció más duro, más grande. Marc le pareció más hombre, incluso. Celine, menos cocinera, más mujer, más salvaje.

Cuando la lluvia se detuvo tras unos segundos, levantó la vista despacio para descubrir que él seguía mirándola con seriedad, con algo intenso en su rostro que no había visto antes, ni en Colin cuando se acercaba a ella o en cualquier chico de su entorno, ni siquiera en los vídeos.

Solo se tomó un segundo más para contemplar cómo la mulata, aún de rodillas, se relamía mientras refregaba con las manos y por su cuerpo desnudo la esencia de él, contoneándose como si bailara sobre el colchón, como si quisiera seguir provocándolo.

Ahora sí, pareció despertar del trance en el que había entrado y sus pies respondieron, ayudándola a darse la vuelta y salir corriendo hacia la habitación de Gala, quien seguía profundamente dormida.

Esa noche no dormiría, lo sabía de sobra. Tenía algo dentro de su pecho que no la dejaba apenas respirar, sin contar con la sensación de su estómago y entre sus piernas. Del mismo modo puso la alarma en el móvil de Gala,

asustada por levantarse tarde. Tenía, necesitaba, salir de aquella casa antes de que cualquiera se despertara. Debía ser la primera, así que programó el reloj bien temprano más por miedo que por necesidad, pues faltaba bastante poco para que sonara.

Se tapó la cabeza con la manta, dejando descubiertos solo los ojos, aquellos que lo habían presenciado todo. Los mismos que en ese instante estaban cubiertos de vergüenza, al igual que ella entera. Nunca lo olvidaría. Claro que no. De hecho, repitió la escena una, y otra, y otra vez.

Aun así intentó no pensar más y revisó de nuevo la alarma, convenciéndose de que tenía que levantarse pronto, que no podía cruzarse con Celine o con Marc, tampoco con Gala, que insistiría en que se quedara allí a desayunar, como las veces anteriores que había dormido con ella.

Pero ahí aprendería algo nuevo sobre él.

Nunca se despertaba tarde la persona a quien los monstruos no dejaban dormir.

Y Marc Ferrara estaba rodeado de ellos.

Capítulo 6

No hubo necesidad de que sonara el despertador. Cuando faltaba todavía un buen rato para hacerlo, Nicolle ya estaba fuera de la cama. No había invertido tiempo en vestirse, la habían acostado con la ropa puesta, por lo que salió incluso antes de lo previsto. Su amiga seguía durmiendo, así que lo hizo de puntillas, con los zapatos en la mano e intentando hacer el mínimo ruido. Abrió despacio, asegurándose de que no había nadie a un lado y a otro del pasillo, y bajó las escaleras.

Ya en el recibidor, recordó su bolso, donde seguramente estaría su móvil. No lo había encontrado la noche anterior, era muy probable que no lo hubieran subido. Maldiciendo para sí misma, entró en el salón y lo buscó con la vista. Nada. La otra posibilidad era la cocina, porque abajo, aparte de aquellas estancias, solo se encontraba un aseo y una alacena espaciosa dentro. Cruzó de nuevo el recibidor hasta el otro lado y entró, quedándose paralizada al encontrar a Marc Ferrara sentado en un taburete de la barra, con un periódico encima de ella y con la taza de café en una mano.

Estaba guapísimo, impresionante. Y eso que solo pudo ver la camisa blanca y la corbata azul marina anudada a su cuello. Peinado hacia atrás y con un rostro espléndido y despejado, atípico de alguien que se ha levantado a las seis de la mañana.

El rostro del hombre se alzó al escuchar el ruido, topándose con los ojos cristalinos de ella.

A pesar de haberlo pedido muchas veces, nunca en la vida, jamás de los jamases, había deseado que la tierra se la tragara para siempre. Era

insoponible la vergüenza que estaba pasando.

Cuando su cerebro pareció captar lo que estaba ocurriendo y sus pies se pusieron en funcionamiento, dispuestos a darse la vuelta, la varonil voz la detuvo:

—Buenos días —le dijo, pero ella no pudo contestar—. ¿Cómo te encuentras?

Silencio.

—Buenos días, Nicolle —le deseó otra voz. Celine apareció en su campo de visión, que en ese momento salía de la alacena con algo en las manos—. ¿Un café?, ¿Cola Cao?

Pensó que ahora era el momento en el que se ponía a llover, como en las películas, o que para su suerte caía una bomba y acababa con todo. Verlos a los dos en el mismo espacio la atemorizó. Estaban ahí, tan normales, como si nada... Podía que Celine no se hubiera dado cuenta de nada la noche anterior, pero él sí. Él la había pillado de lleno observándolos.

—Bue... buenos días —titubeó—. No, gracias.

—¿Cómo te encuentras? —repitió Marc, por lo que se vio en la obligación de responder mirándolo, aunque no lo hizo fijamente. Agachó la cabeza y enlazó las palabras lo mejor que pudo.

—Eh... Bien, estoy... bien.

—Al menos estás consciente. —Tuvo la sensación por el tono de voz de que aquello era una riña—. Ve a darte una ducha, te llevaré a tu casa después. Puedes coger ropa de Gala. Y deberías comer algo.

Se le cortó el cuerpo. Pensó que antes de que la llevara a su casa, se metía en la bañera y se tapaba la nariz hasta morir. Fue tanta la impresión, que dejó de tartamudear y habló con absoluta convicción:

—No, no, no es necesario, puedo ir caminando. Y estoy bien, no tengo hambre. Solo tengo ganas de llegar a casa, Silvana estará preocupada. Ya me doy la ducha allí con más tranquilidad.

Marc la analizó unos segundos que la tensaron. Después se levantó, le dio un último sorbo al café, arrimó el taburete a la barra y caminó en su dirección, esta vez sin clavar sus ojos en ella. Cuando estuvo a su altura, se detuvo. El corazón de Nicolle también lo hizo.

—Le prometí a tu madre que te llevaría yo mismo. La comida es negociable; el viaje, no. Te espero en veinte minutos. No tardes, tengo cosas importantes que hacer. —Y tras esas palabras, desapareció.

Ella no recordó el momento exacto en el que recuperó el pulso, tampoco

cómo subió, eligió ropa de su amiga al azar y se dio una ducha mientras temblaba de miedo. ¿Qué pasaría ahora que tenía que montarse con él en el coche, en un mismo espacio pequeño y solos?

Cuando quiso darse cuenta, ya había bajado y Marc la esperaba en el recibidor, pegado al móvil, moviéndose de un lado a otro, al parecer enfadado.

—Vamos a ver, Joe, que puede ser que no me esté explicando bien. —Se tocó el pelo con nerviosismo y Nicolle analizó aquel gesto, viendo cómo su camisa se amoldaba más al fuerte cuerpo. Sin pretenderlo, la visión de su torso desnudo le martilleó la cabeza—. Que me dan absolutamente igual las pegas que pongan. Se está haciendo con tiempo para que no ocurran estas cosas, y estoy hasta los... —al percatarse de que la muchacha estaba en el último escalón, rectificó el comentario—, harto de que solo surjan problemas y más problemas. Si tienen alguna protesta, que sea a mí directamente. No me llames ni una vez más, ni tú ni Telsa. Ya se lo advertí ayer. Estoy cansado de que os paséis la pelota unos a los otros. En dos meses estará abierto, y cuando abra, totalmente acondicionado. —Hizo una larga pausa, escuchando a su interlocutor—. Bien, tienes permiso para darle mi número. Adiós.

Se guardó el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón, haciendo que Nicolle le echara un vistazo, todavía sin moverse. Dio media vuelta buscando su chaqueta y se dirigió a por ella cuando la encontró en el perchero de la entrada. Se la puso y, sin abrochársela, le hizo un gesto con la cabeza a la chica para que salieran.

El coche estaba aparcado en la puerta, y Nicolle no recordaba haberse montado en uno igual. Era muy grande, negro, brillaba como si no lo usaran nunca, y en su interior podías hacerte un apartamento. El escrutinio del vehículo hizo que sus nervios se disiparan parcialmente, pero fue por poco tiempo. Justo el que tardó en darse cuenta de que el coche no arrancaba y de que su conductor estaba mirándola sin pudor, de manera directa. Tragó saliva siendo incapaz de devolverle la mirada y se hizo pequeña —más—, en aquel sillón de cuero de color ocre. Le entraron ganas de subir las piernas, rodearlas con sus manos y esconder la cabeza.

—Si no me das la dirección de tu casa, no podemos irnos.

Ella pegó un pequeño respingo interior, llamándose tonta. ¿Pensaba que la miraba por otro motivo?

—A la calle de Grenelle. Si continúas por la avenida de New York y giras en Alexandre III, te cae más cerca.

—Lo sé.

—¿Sabes dónde está el laboratorio de biología? Justo al lado está mi casa.

Sin decir palabra, Marc se puso en camino. Al rato, cuando ya casi habían terminado la avenida, habló:

—¿Conduces?

Ella, que iba sumida en el exterior, intentando pensar en cualquier otra cosa, lo miró.

—No.

—Me sorprende que sepas tan bien el itinerario. Gala me ha dicho que llevas poco tiempo en París.

—Casi no conozco ninguno, pero este sí. Silvana me lleva a veces a tu casa y, cuando no puede, voy caminando.

—Hay casi media hora caminando desde allí.

—Lo sé, pero el instituto y las clases de baile me cogen de camino y tengo que hacerlo sí o sí, pero estoy acostumbrada y me gusta andar. Además, siempre corto camino por el Pont d'Iena y ahorro unos minutos.

Ahí terminó la conversación. De nuevo, Nicolle miró por la ventanilla, preguntándose si en realidad no la habría descubierto la noche anterior y todo aquello habían sido imaginaciones suyas, fruto de los nervios. Porque estaba comportándose con mucha normalidad. Marc miró al frente y se centró en conducir, intentando no darles rienda suelta a sus raciocinios.

Después de más de ocho minutos, se detuvo frente a la puerta de su casa y pudo respirar tranquila. No sabía que había acumulado tanto aire en su interior.

Divisó a alguien que salía de su casa. Achicó los ojos, fijándolos, y pudo diferenciar a Cristóbal, su vecino de enfrente y también casero. Un hombre que rondaba los sesenta años y que, junto con su mujer, se habían comportado con ella y con Silvana como si las conociera de toda la vida. Temerosa de que la reconociera dentro del coche de un hombre, se encogió en el sillón, esperó a que cruzara la calle y se enderezó, nerviosa por marcharse y entrar en casa.

Estaba a punto de bajarse cuando miró su ropa, recordando que las mallas y el jersey eran de Gala.

—Se lo devolveré el próximo día que nos veamos —dijo, señalando su atuendo, y él asintió—. Adiós, señor Ferrara. Gracias por traerme.

—No hay de qué —respondió él, aún aferrado al volante.

Sujetó la manilla de la puerta con firmeza dispuesta a abrir. Al fin había acabado todo. Pero recordó que ya no lo vería más hasta, se suponía, el lunes.

Y que ese lunes no iba a llegar nunca porque su madre no estaba de acuerdo. Se dijo que no tenía que contarle nada, que Gala se encargaría de informarlo de lo que había ocurrido para que se buscara a otra chica para limpiar. Titubeante, aún decidiendo si abría o no y ante la atenta mirada de él, soltó la manilla y miró al frente, frotándose las manos en un claro gesto de nerviosismo. Si se sentía tan mal con ella misma era porque no estaba siendo responsable. Su abuela se lo recomendó una vez a la hora de tomar decisiones, asegurándole que tu propio cuerpo es una de las ayudas más factibles si eres capaz de escucharlo con atención. El suyo le decía que tenía que hacerlo, por mucha vergüenza que le diera seguir en el mismo espacio que él.

Lo haría rápido y sin mirarlo.

—Verá... —comenzó nerviosa—. Ya sé que habíamos hablado del trabajo en su casa y quedamos en empezar el lunes, pero es que ha surgido un problema.

Marc la miraba con curiosidad, fijándose en cómo frotaba sus manos, las metía de entre sus muslos y balbuceaba en mitad de la explicación, siempre mirando al frente o hacia abajo, o la manera en la que se mordía el labio inferior en los silencios. Miraba su cuerpo enfundado en aquellas mallas negras, ajustadas, que con anterioridad no había apreciado de la misma manera siendo de quien era. Después, aprovechando de la distracción de la muchacha, intuyó unos pechos pequeños debajo del jersey de color turquesa, aunque menos que los ojos expectantes que, ahora no, pero horas antes lo habían mirado muy abiertos, sin querer perderse ningún detalle.

Se había preguntado varias veces durante el camino cuándo le contaría que no trabajaría para él. Viéndola bajar, se había hecho a la idea de que no lo haría, pero había rectificado, y le gustó ese simple gesto que denotaba una madurez un tanto escasa en las chicas de aquella edad. Le dolía reconocérselo a sí mismo, pero Gala no lo habría hecho.

—¿Un problema? —preguntó, queriendo escuchar aquella dulce voz a la que le costaba explicarse.

Nicolle asintió.

—Cuando se lo comenté a mi madre, se enfadó. No quiere que trabaje. Lo siento.

Y, ahora sí, tocó la manilla para irse, pero una gran mano la frenó, sujetándola de la muñeca izquierda. Giró la cara y descubrió a Marc mirándola fijamente. Sus ojos color del café parecieron oscurecerse más, incluso parecían más grandes, más expectantes.

—¿Por qué estabas allí anoche, Nicolle?

Ella tragó saliva, esta vez sin perder el contacto visual. Claro que la había visto, claro que no eran imaginaciones suyas. Qué tonta había sido pensando que aquello podría no haber ocurrido. El escalofrío que sintió en ese momento dentro del coche era real, lo que experimentó la noche anterior mientras veía follar a aquel hombre que ahora tenía delante, a menos de un metro y sujetando su mano, era real.

Se detuvo en su pelo peinado hacia atrás, rozando su cuello, en sus ojos oscuros y su rostro varonil recubierto por una fina barba, y de nuevo le pareció el hombre más espectacular que había conocido.

—¿Por qué estabas allí? —repitió.

—N... no lo sé.

La mano varonil que la sujetaba se desprendió de la suya lentamente y fue bajando, posándose en su pierna de manera suave, sin querer alarmarla. Nicolle sintió que quemaba allí donde él había tocado y, de nuevo, escuchó a su cuerpo, desde donde saltaron todas las alarmas. Con rapidez abrió y se bajó del coche.

Solo miró una vez hacia atrás. Vio a Marc golpear el volante del coche con furia, pasarse los dedos por el cabello y, después, bajarse.

¿Adónde iba? Nerviosa porque pudiera verlo su madre en aquel estado y lo relacionara con ella, buscó las llaves con rapidez dentro de su bolso, pero los nervios le fallaron y no atinaba a cogerlas. Antes de que se diera cuenta, lo tenía a su lado.

—¿Adónde vas? —Dejó fluir sus pensamientos en voz alta, frente a la puerta, sin mirarlo.

—Le dije a tu madre que te traería y qué menos que hable con ella —respondió el de la misma manera.

—No es necesario.

—Sí, sí que lo es. Si te pregunta, le dijimos que te dolía la barriga y te encontrabas mal.

Al fin dio con las llaves y pudo abrir.

Como si los hubiera escuchado, Silvana apareció. Iría a algún lugar, porque vestía traje de falda y chaqueta, tacones, y estaba muy maquillada y peinada. De repente se sintió ridícula y avergonzada de su cuchitril de apartamento, con aquel hombre a sus espaldas ocupando casi la totalidad de la puerta de entrada.

—Buenos días, señora Harman —saludó Marc, con un tono que a Nicolle le

pareció más casual y simpático que el que usaba con ella.

—Señorita —corrigió ella con una sonrisa a modo de saludo.

Su hija la miró pasmada, todavía con las llaves en la mano. Silvana sonriendo. Un hecho insólito que muy pocos tenían la suerte de presenciar.

Él le dijo algo más; ella le respondió. Nicolle ni siquiera escuchó lo que hablaban, había visto suficiente. Al parecer ni su madre, que era una roca, podía resistirse a los encantos de aquel hombre. No la culpaba.

Se colgó el bolso en el hombro y antes de marcharse dijo:

—Todavía no me encuentro bien, me voy a la cama.

Y desapareció hasta su habitación sin que le prestaran la más mínima atención.

Desde arriba, recordando una y otra vez lo que acababa de ocurrir en el coche, escuchaba las voces entremezcladas que no paraban de hablar. Un buen rato después, su madre le gritó, con menos volumen de lo habitual, que se asomara a despedir al señor Ferrara. Con fastidio, se levantó y se dirigió a la mitad de la escalera, sin llegar a bajar del todo. Desde su posición podía ver a Silvana y Marc, uno frente al otro de la puerta abierta, hablando de algo que no logró escuchar.

—Gracias por traerme —dijo Nicolle de manera mecánica, a lo que Marc solo giró la cabeza para enfocarla y asentir. Aunque ya se lo había agradecido con anterioridad, sabía que era lo que Silvana esperaba exactamente que pronunciara—. Adiós, señor Ferrara.

—Adiós, Nicolle. Espero que te mejores pronto. Te veo el lunes. —Tras ello, se dispuso a salir—. Señorita Harman —recalcó mucho ese «señorita»—, ha sido un placer.

Como un halo de aire, salió y dejó aquel pequeño recibidor vacío. Nicolle se mantuvo unos segundos en la misma posición, observando cómo caminaba con una mano metida dentro del bolsillo del pantalón, que se adhería a la perfección, como dibujado, a aquel trasero prieto y respingón que había visto completamente desnudo. Después se subió en su coche negro y desapareció.

—¿Qué ha sido eso de subir a tu habitación antes de que el invitado se haya marchado?

Nicolle reparó de repente en que su madre seguía allí. La miró, todavía con la mente distraída. Más que por la vista de la que acababa de disfrutar, por el comentario del padre de su amiga antes de irse.

—Me encuentro mal. No tenía ganas de estar aquí de pie. Y no es un invitado, solo me ha traído porque se comprometió contigo.

—¡Qué menos! No va a dejar que vengas sola desde allí —expuso con las manos en la cintura—. Y tú, en vez de ser amable, te piras.

Pensó que hacía ese camino rutinariamente, ida y vuelta, a veces de día, muchas otras de noche, y nunca había puesto el grito en el cielo.

—¿Por qué se ha despedido hasta el lunes? —le preguntó con curiosidad, todavía con el comentario rondándole por la cabeza.

Silvana suspiró.

—Hemos estado hablando. Trabajarás en su casa, pero solo durante un mes, lo justo para ahorrar el dinero de ese estúpido viaje.

Los ojos de la chiquilla se abrieron mucho y casi saltó de alegría desde el escalón en que se encontraba.

—¿Eso significa que puedo ir?

—Eso significa que tienes que ganártelo. No cantes victoria, ya sabes que las cosas cambian mucho de un día para otro. —Se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Después sin mirarla, añadió en tono irónico—: Agradéceselo a ese hombre con el que has sido tan agradable, él me ha convencido, y además te ayudará en la preparación de la Baccalauréat.

Nicolle la siguió con los ojos sin ocultar una sonrisa que le ocupaba el rostro. Sabía que en el fondo su madre no era tan mala. A veces se cuestionaba por qué tanta severidad, por qué una búsqueda tan exhaustiva de la perfección y los modales siendo tan joven. Después recordaba que todo era por su bien, por su educación y su futuro, y era incapaz de guardarle ningún rencor. Quería la libertad que había apreciado en sus amigas de España, o en Gala, mismamente. No era gran cosa, nada exagerado, pautas acordes con la edad, negociaciones con sus padres, pero nada de prohibiciones estrictas como no verse con un chico o no dormir fuera de casa salvo algunos casos excepcionales.

En aquel momento todas aquellas restricciones le daban igual, estaba feliz, disfrutando de la noticia.

Subió bailoteando y se metió en su habitación. Abrió el armario y visualizó el vestido rojo, con cuello de hombros caídos, largo y con una leve abertura en la pierna derecha. Era básico, liso, predecible. Típico traje rojo y elegante que le sienta bien a casi todo el mundo, pero a ella le hacía especial ilusión porque sería la primera vez que llevara uno hasta los pies y con tacones altos. Y lo estrenaría en España, para casi cerrar el año, junto a todos sus amigos de clase.

Se tiró en la cama con una sonrisa, sin cerrar el armario para ver el vestido desde su posición y pensarse de maneras diferentes con él puesto.

¿Qué pensaría Colin cuando la viera?

Ya que habían usado la excusa del malestar, aprovecharía para descansar un poco. Mirando al techo y dejando a un lado el viaje, se preguntó qué habrían hablado para hacerla cambiar de opinión. Aunque claro, la propuesta de la preparación para la prueba era algo que le interesaba. Sabía que a su madre le encantaría pagarle las clases, pero no podía permitírselo, por lo que quizá había sido una pequeña tregua, sabiendo que sus notas se verían beneficiadas. ¿Y qué más le daba a ella que fuera solo durante un mes? Si en aquel tiempo iba a ganar lo que necesitaba, le daba igual. No tenía especial ilusión por limpiar una casa, mucho menos una gigante, y después de clases, clases particulares y clases de baile, por lo que se dijo que sería perfecto.

De repente cayó en la cuenta de que cada tarde tendría que sentarse frente al padre de su amiga para atender a las explicaciones. La sonrisa se le borró de golpe y el recuerdo de la mano fuerte, muy grande y llena de venas sobre su muslo, la paralizó.

«¿Por qué estabas allí?», le había preguntado.

Aunque hubiera tenido valor, no habría podido responderle. Algo sobrehumano se había apoderado de ella recordando esos ojos oscuros que, si hacía un momento la habían mirado con intensidad, no era nada comparable a la noche anterior, cuando la descubrió detrás de la puerta, mirando, observando cómo follaba. Rememorando todo lo acontecido, cerró los ojos, se llevó un dedo a los labios para humedecerlo con abundante saliva, levantó las mallas y las bragas con la otra mano y se frotó el clítoris una y otra vez, primero muy despacio, recreándose con su propio placer, como lo había hecho Marc delante de la cocinera, mientras esta le decía que le encantaba ver cómo se la meneaba. El recuerdo de aquellas palabras aceleró el ritmo del dedo, añadiendo casi toda la mano, que frotó su clítoris con rabia hasta deshacerse. Una vez, dos, tres... Hasta que el cansancio la venció, creyendo calmar lo que aquel hombre, como ningún otro, había despertado en su interior.

No lo calmó. Por mucho que frotó, disfrutó y se corrió, no lo calmó.

Y ese fue el problema.

Capítulo 7

El fin de semana pasó sin pena ni gloria. Como no había limpiado a fondo con su madre, como solía hacer en los descansos de esta, tampoco pudo salir a la calle. Si estaba enferma para una cosa, lo estaba para la otra. No le importó, tampoco tenía nada interesante que hacer, aparte de estudiar Biología para el examen del lunes.

Colin le había mandado varios mensajes que no fueron respondidos por su parte. Quería saber si estaba bien después de su repentino desmayo, tenía ganas de verla, según él, y por lo que había dicho con mucha insistencia, repetir lo que pasó. Para desgracia suya, había vivido tantas emociones aquella noche que prácticamente no reparó en el recuerdo del chico.

—No ha parado de hablar de ti —dijo Gala—. Y yo nunca lo he visto hablar tanto de ninguna chica. ¡Ah! Y Jan me contó, en confianza, por lo que no se te ocurra decir nada, que le encantó besarte.

—Pues siento que no sea recíproco, porque no me acuerdo de nada.

—¿No deberíais hablarlo?

—¿Cómo le digo que he besado un corcho? —le preguntó entre risas, mientras se pintaba las uñas sobre su cama.

Tenía el móvil en manos libres y, como Silvana había salido, podían hablar con total libertad. No así cuando estaba en casa. Aquel cuchitril era tan pequeño y sus paredes tan finas, que no podías toser sin que te oyeran.

Hacían mucho aquello. A su amiga le encantaba pasarse horas y horas hablando de nada en concreto, aunque fueran a verse al día siguiente. Pero aquel día más, ya que Nicolle no había salido y tenía que ponerla al día de

todo lo que había hecho el sábado —y con lujo de detalles— y de lo ocurrido durante el domingo por la tarde con Colin y Jan.

Aquellas eran las ventajas de las llamadas ilimitadas. Y los inconvenientes, se decía Nicolle cuando estaba deseando acostarse y la cacatúa al otro lado no se lo permitía.

—Esa frase podríamos ponerla en una camiseta o algo. ¿Sabes lo que te haría cualquier chica del instituto si te escuchara decir que no recuerdas cómo es besar a Colin? Por supuesto, si se lo dices a él, necesito estar delante para verle la cara. Estaría bien que de vez en cuando alguien lo pusiera en su sitio.

—Ni siquiera creo que sea buena idea seguir saliendo con él. En el grupo, me refiero —se apresuró a aclarar; sabía de sobra que no tenían absolutamente nada—. Es un chico guapo, y me halaga que hable de mí, pero no creo que estemos hecho el uno para el otro.

—Tres motivos —le pidió Gala con tono seco.

Sabía que a continuación venía la charla y el intento de convencerla de que sus pensamientos no eran ciertos. Si ella dejaba de salir con Colin, ya no serían la panda de cuatro que van a todos lados juntos y que se cubren los unos a los otros y Gala no tendría tapadera para perderse de vez en cuando con Jan.

—No hacen falta tres, con uno es suficiente: no es para mí. No estoy preparada para aguantar lo que Luisa soportó por los pasillos del instituto. Reproches y miradas acusatorias de gatas en celo a cada paso de él. No me va, lo siento.

—Pero ¡qué dices! Si esa Luisa estaba encantada. Por favor..., ¡si era el centro de todas las miradas! ¿No se notaba acaso solo en el caminar? Y...

—Da igual, Gala. No me va, ya lo sabes.

—Pero ¿te gusta?

Nicolle lo meditó. Sí le gustaba. Era muy guapo, ingenioso y se lo curraba cuando ella estaba cerca, pero no dejaba de ser popular y, sobre todo, de ser un chico. Si su madre se enteraba de aquello, ya podía despedirse del viaje.

—Sí, me gusta. Pero ahora no puedo hablar de eso, Silvana está al llegar —mintió, queriendo enfocarse en otro tema—. Hablando de ella, ¿sabes qué fue lo que le dijo tu padre para convencerla de lo del trabajo y el viaje?

—Ni idea —contestó su amiga, comenzando a masticar algo, reproduciendo el desagradable sonido de una vaca comiendo pasto a través del altavoz.

—Ya tuvo que ser bueno y convincente el argumento.

—Oh, Nicolle... Nadie se resiste a los encantos y las negociaciones de mi padre. Ni siquiera Silvana.

No sabía qué le estaba pasando. Bueno, sí, sí que lo sabía, pero reconocérselo a él mismo sería hacerlo más real, tanto casi como decirlo en voz alta, y no estaba dispuesto a permitirlo.

Llevaba todo el fin de semana ocupado con cualquier cosa. Durante la mañana del sábado había estado encerrado en el despacho, sumido entre papeles que no entendía, llamadas que solo auguraban problemas y correos electrónicos a los que tuvo que posponer una respuesta para que no sonara descortés. Después de comer salió con su hija al cine, como habían acordado, a cenar, y para terminar la noche, al teatro Fontaine, donde presenciaron a Les Virtuoses, un espectáculo protagonizado por un dúo muy peculiar que combinaba el piano, la magia y el humor, consiguiendo una función muy loca que, al contrario de lo que esperaba, llegó a divertirlo y distraerlo de su pensamiento principal.

Tras dejar a Gala en casa, y cuando la niña ya se hubo acostado, se perdió solo por algún que otro *pub*, terminando en el Whisper, donde disfrutó de aquellos espectáculos que tanto le gustaban. Las chicas bailaban sobre la tarima, desnudándose completamente, contoneándose, refregándose con habilidad contra aquella barra metálica central por la que subían y bajaban con maestría, a veces sujetas de los brazos o incluso de una sola pierna. Le encantaba presenciarlo, saber que en la mayoría de los casos no era más que un trabajo, un papel interpretado, pero, aun así, lo hacían llegar allí una y otra noche.

Se colocaba en la barra situada al fondo de la sala, pasando desapercibido. No por miedo a ser identificado, era consciente de que visitaba uno de los lugares más famosos del ámbito en París y de que a él también lo conocían, aunque eso le daba igual. Lo hacía para beberse su copa con tranquilidad, contemplando a aquellas chicas de cuerpos perfectos y caras bonitas e imaginándose por sus movimientos, por sus ojos, cuál de ellas estaba allí por placer, por necesidad o ambas. Y no era difícil averiguarlo. Si en algo tenía experiencia era en interpretar las señales del cuerpo, la sensualidad que una mujer podía transmitir sin ni siquiera proponérselo. El contacto visual, los movimientos ralentizados, la sonrisa, la seguridad al caminar, los zapatos, la ropa... Cualquier detalle era crucial para conocer a la persona que tenía enfrente y que, muy posiblemente, acabaría con él en la cama de cualquier hotel. Era la corta conversación durante el itinerario —a veces nula, lo que también quería decir algo— la que le indicaba hasta dónde podría llegar con

aquella chica. Cuánto podrían hacer.

Lo mismo le pasaba en el Whisper. Rara era la ocasión que no ocurriera. Unos ojos se cruzaban con los suyos mientras su dueña se contoneaba sobre el escenario. De repente ya no estaba allí, sobre la tarima, bailándole al grupo de hombres y mujeres, aunque en su mayoría hombres, que repartidos llenaban la sala. Estaba con aquel del fondo, el que apoyado en la barra de manera desenfadada sujetaba su copa para llevársela lentamente a los labios y saborear el contenido de ella. El de traje de chaqueta y porte espectacular. Entonces ocurría. Él también la miraba, y los movimientos de la chica, aunque la mayoría no lo supiera, pasaban a ser personales, dedicados a un solo individuo.

Cuando Marc soltaba el vaso, se ponía de pie y le sonría levemente y de medio lado, los ojos de la bailarina brillaban y él ya sabía que solo tenía que caminar hasta la puerta y esperar que el espectáculo terminara. La chica aparecería, ahora abrigada, y se acercaría con alguna excusa general que ya se sabía de sobra, y a las que respondía con cualquier otra frase, también aprendida de memoria.

Y ya.

A veces una copa, unas risas, una charla, y finalmente era suya. Solo por un rato, en pocas ocasiones la noche completa, pero la sentía suya. Nunca se cansaba, nunca les encontraba parecido más allá de sus comportamientos. Amaba a las mujeres, las idolatraba, las adoraba. El sexo femenino era su vida y su perdición, sobre todo su perdición. Cada una diferente, enseñándole algo nuevo.

Si había algo que le gustara más que una mujer, era saber sobre ella. Conseguir que se corrieran sin esfuerzo, sabiendo dónde y cuándo tocar. Viendo la sorpresa en sus rostros porque él, un desconocido con el que no había compartido apenas unos minutos antes de llegar a la cama, supiera de ella más que cualquier hombre. Aquello le otorgaba poder, y el poder placer. Placer que regalaba sin pedir nada a cambio. Hacerlas disfrutar ya era más que suficiente para satisfacerse él mismo. Si ya le añadías una mujer activa, muy sexual, que cubriera su cupo de prácticas...

El domingo fue más calmado, pasándolo con Esteban tomando cervezas mientras charlaban y se ponían al día sobre todo lo acontecido meses antes, el tiempo que hacía que no se veían.

Por la tarde llegó a casa. No había nadie, excepto Celine, que atendía la cocina y preparaba la cena, que ya olía en todas las estancias, a pesar de ser

temprano.

—¿Y Gala? —le preguntó Marc tras saludarla.

Celine apartó los ojos durante un momento de la carne que especiaba en una fuente de cerámica.

—Ha salido hace un rato. Me informó de que no tardaría. —Marc se dijo que estaría por ahí con ese chico con el que ya la había visto en algunas ocasiones. Después se preguntó si también estaría con ella aquella niña morena, pero con rapidez sacudió sus pensamientos—. Ah, señor —añadió cuando él ya se disponía a darse la vuelta—, Paulette ha llamado. Vendrá a última hora para recoger las pertenencias que han quedado y para despedirse de usted y de la niña.

Asintió a la respuesta de Celine.

—Bien. Estaré arriba mientras tanto. —Y desapareció. Aprovecharía que no había nadie.

Subió y se dirigió a la sala completamente blanca que solo contenía un enorme piano negro en el centro. Era indescriptible la sensación que sentía al entrar en un cubículo uniforme, espacioso, y ver aquella maravilla que brillaba sin una mota de polvo, llamándolo.

Se sentó en el pequeño taburete cuadrado, negro también, tapizado de cuero, situándose en el centro del piano. Colocó la espalda recta, cómoda, que no se resintiera. Tocar era un placer, y nunca continuaba de no sentirse bien sobre aquella banqueta. Los dedos encorvados y relajados, con la palma ligeramente más arriba, y los pies apoyados. Empezó con cautela a tocar, como siempre hacía para calentar, y antes de darse cuenta ya tenía la mirada fija al frente y los oídos puestos para deleitarse con la música.

Era una peculiaridad suya tocar cuando no había público. No siempre cumplía esta regla, pero casi. Su hija lo había escuchado y visto algunas veces, pero él prefería saberse en soledad. Paulette nunca abría la puerta cuando él estaba dentro y, si alguien del servicio lo oía, nunca decían nada.

Tocaba aquel instrumento desde muy pequeño, pero lo sentía un acto tan íntimo que no le gustaba compartirlo con nadie. Incluso cuando comenzó las clases siendo apenas un niño, odiaba tener que exponer sus avances delante de los demás alumnos. No tocaba para brillar; brillaba cuando tocaba.

Nunca pensaba lo que iba a ejecutar, se regía por su estado de ánimo dejando que fuera él quien decidiera. Se sabía la mayoría las piezas de memoria, y no tenía preferencias. Pasaba desde Mozart, por Yiruma, Chopin, Ludovico Binaudi en sus momentos más intensos y profundos, hasta Korsacov

o Rachmaninoff en los más frustrantes. Cuando ninguna adecuada se le pasaba por los dedos, improvisaba. Lejos de ser melodías perfectas, eran terapéuticas. Y en aquel momento, tras todo un fin de semana repleto de horas en las que intentaba mantener su mente alejada de malos pensamientos, sin éxito, necesitaba soltar todo aquello que lo atormentaba.

Era otra peculiaridad suya. Jamás había tocado otro piano que no fuera aquel y nunca lo había hecho por hacer. Todas y cada una de las piezas que habían sonado hasta ese mismo día, dentro de aquella habitación, retumbando a veces con furia contra las paredes blancas y otras llenándolas, impregnándolas de sentimientos, todas, absolutamente todas, habían sido por algún motivo.

El motivo de aquel día, el que lo llevó a meterse con urgencia en la habitación, tenía nombre propio, era menor de edad y se paseaba por su mente mientras deslizaba los dedos sobre el teclado y sus manos se cruzaban.

Allí no se sentía mal por pensar en ella. Allí no se sentía mal por pensar en nada, de hecho. Por acordarse de aquellos ojos cristalinos y muy brillantes que de repente había descubierto asomados a través de una breve abertura en la puerta de su habitación. Estaban cargados de curiosidad, de morbo, y casi no parpadeaban. No podía olvidar el rostro pálido de mejillas sonrosadas que, como intruso, tenía delante un mechón de pelo negro que se escapaba de una melena desordenada, ni obviar lo que sintió al sorprenderla estática, con el valor de no marcharse, a pesar de que ya había reparado en que él la observaba.

Su polla se puso dura, y tampoco se sintió mal. No en aquel momento en el que las notas volaban de un lado a otro y volvían a caer sobre el piano. Se puso tan dura como cuando tenía a la cocinera encima sin dejar de observar a la amiga de su hija en la puerta.

Recordó cómo entreabrió la boca con sorpresa al verlo incorporarse y correrse salvajemente sobre el cuerpo oscuro de la mulata, donde su leche se diferenciaba aún más. Había sido tan intenso, tan placentero descargar mirando esos ojillos curiosos y sorprendidos mientras pensaba que lo miraban desde abajo, en el lugar que ocupaba Celine, mientras era su cuerpo, o su cara, o su boca lo que se empapaba de él...

Sintió la necesidad de apartar las manos del teclado y llevarlas a su pantalón, pero no lo hizo, notando que su dureza palpitaba nerviosa e impaciente.

Ya había mirado una vez a aquella niña de manera inapropiada desde detrás

de la mesa de su despacho. Sí, le gustaban las mujeres, y probablemente habría mirado a algunas más jóvenes que él, pero no a una que compartía amistad con su hija. Por Dios, era como Gala. Y cuando se dio cuenta de que un instinto poco fraternal se había despertado en su interior con la belleza de aquella chiquilla, se sintió una basura. Más de lo que hacía asiduamente. ¿Había hecho cosas mucho peores que pensar en follarse a una joven? Claro que sí, muchísimo peores, y sin embargo aquello lo martirizaba más.

Ni siquiera sabía por qué le había dicho que sí a aquella propuesta de trabajar en su casa, mucho menos por qué había convencido días atrás a su madre para que le permitiera ir. Sabía de sobra que aquello sería como pillar el cartucho de cocaína y ponerlo sobre la mesa de su despacho, para verlo cada día y a todas horas, llamándolo.

Quizá fuera hora de volver a ver a Enara, se dijo. Aunque rechazó la idea con rapidez, convenciéndose de que no era nada inusual que una niña tan bonita llamara la atención de cualquier hombre, sobre todo si la encontrabas observándote mientras follabas.

Pero ¿era usual lo que había visto en ella en aquel momento o había sido fruto de su desconcierto y morbo ante la situación? Porque había vislumbrado en sus ojos un fuego que pocas veces había ardido de forma tan intensa, ni en mujeres experimentadas, muy sexuales y lujuriosas. Un fuego con llamas que habían llegado a la cúspide cuando lo vio correrse sobre Celine.

No supo las horas que estuvo allí metido, pero fueron muchas. Hasta que Gala golpeó la puerta con los nudillos y él salió. Ella ya llevaba más de media hora en casa, Paulette acababa de llegar y la cena estaba lista, esperándolos para cuando quisieran empezar.

Le pidió unos minutos para darse una ducha mientras Paulette recogía lo que le quedara por llevarse. Sería rápido. Tardaría lo suficiente para quitarse el sudor que surcaba su camisa.

Apoyado en los fríos azulejos oscuros, volvió a pensar en la niña. Se dijo que lo mejor era mantenerse alejado de ella y parar de darle vueltas a aquel absurdo recuerdo de una chiquilla a la que lo que le había pasado, casi con seguridad, era que cruzaba por allí y que, como cualquiera de su edad —una edad llena de confusiones, curiosidad y preguntas respecto al sexo—, se había encendido al encontrarse con aquella imagen. Solo esperaba que no le contara nada a Gala, no le gustaría tener que darle a su hija explicaciones de ningún tipo.

Había sido una gilipollez en mitad de un calentón. Una gilipollez que lo

había mantenido alterado como a un chiquillo todo un fin de semana.

Parecía haber puesto en orden sus pensamientos tras la ducha de agua templada y su tarde aislado de todo, porque pudo quitarse aquella absurdez de la cabeza y se centró en la despedida de Paulette. Una señora que, a pesar de no ser muy cariñosa ni habladora, había servido en su casa durante muchos años. Desde que Gala nació, prácticamente. No solo se había encargado de la limpieza de la casa; también había sido una figura familiar para la niña, aunque ella nunca la hubiera visto de manera plena como tal. Alguien en quien Marc había podido confiar ciegamente desde el principio.

Su despedida le afectaba, aunque lo ocultó bajo sonrisas y bromas a los que la señora, como pocas veces, reaccionó riéndose a mandíbula batiente. La animó a quedarse para la cena, a lo que ella se mostró reticente por momentos. Para sorpresa de su padre, fue Gala la que insistió en que era la última cena juntos en casa, y Paulette, visiblemente conmovida, aceptó.

Gala, Marc, Paulette y Celine disfrutaron de aquella exquisita carne especiada con patatas que había preparado esta última, mientras recordaban viejas anécdotas de la niña cuando era pequeña, arrancando más de una carcajada. Como aquella vez que se quedó dormida dentro del váter, esperando a que la Nana fuera a encargarse del estropicio. Después, Marc le informó a su hija sobre sus próximos viajes, sus idas y venidas de la ciudad durante aquellas semanas, y la vieja lo reprendió como a un niño pequeño, como al muchacho que había conocido diecisiete años atrás, pidiéndole que tuviera cuidado, que el estrés pasaba factura y que tenía que centrarse más en él. La última mirada profunda y reprobatoria le hizo entender que aquella mujer sabía más de lo que decía. Mucho más.

Tras la cena y un buen postre de tarta de galleta, flan y chocolate, todos se despidieron de ella dándole un gran abrazo frente a la puerta de casa. Cuando Gala la vio caminar unos pasos con una bolsa en las manos, girarse y admirar todo su alrededor con el rostro cargado de recuerdos, se dijo para sí misma que no había sido tan horrible como ella creía, que solo había hecho las veces de una madre que nunca había estado para regañarla o vigilar lo que hacía y que, a pesar de no haberle dado cariño, con ella nunca le faltó de nada. Algo se le encogió en el pecho, dándose cuenta de que no había valorado aquella figura que ahora se hacía lejana en la oscuridad de la noche.

Solo hubo un momento más en el que Nicolle se paseó de nuevo por la mente de Marc, aquel en el que, con el brazo sobre los hombros de su hija y tras cerrar la puerta, recordó que al día siguiente Paulette ya no estaría y ella

comenzaba a trabajar en su casa. También daban comienzo las clases particulares que él mismo se había comprometido a impartirle.

Capítulo 8

El comienzo de semana había sido tedioso para Nicolle. El motivo principal era que tenía la fea costumbre de empezar en lunes, como siempre, y eso ya de por sí era hacerlo con mal pie.

Por suerte, aquella mañana Silvana no estaba de especial mal humor y el desayuno fue tranquilo. En silencio, la más joven repasaba el temario para el examen teórico que le realizarían a tercera hora, y la mayor leía las noticias en el móvil mientras bebía de vez en cuando su taza de café. También la llevó al instituto en coche, por lo que se ahorró el frío matutino.

Las primeras horas las pasó con los pies y las manos inquietas, sin poder prestar atención a las explicaciones de las demás asignaturas y con algo entre los dedos que poder mover para tranquilizarse, sin llegar a conseguirlo. Se había preparado el examen, como todos, y lo único que tenía que hacer era repasar de manera diaria, como un día cualquiera con sus apuntes por delante. Pero no era eso lo que la tenía de los nervios, pues la parte teórica estaba más que superada si nada se le torcía. Aunque no era lo único importante, porque sin la prueba oral superada, la escrita también estaría suspensa, a no ser que la nota media estuviera de su parte.

La prueba oral sería el viernes y para eso nunca estaba lista. Daba igual lo mucho que ensayara su pronunciación con Gala o a solas, lo bien que se supiera el temario o las veces que hubiera realizado una simulación frente al espejo de su habitación. Cuando llegaba el momento y el profesor pronunciaba su nombre para que saliera a la pizarra, tenía la sensación de que todos los demás se quedaban en silencio y la observaban de manera detenida, esperando

un posible fallo de la española que pronunciaba las eses de manera diferente, las erres muy marcadas, las i muy cortas, y a veces hasta acertaba palabras. Si ya de por sí le costaba hablar en francés, era terrible cuando tenía que hacerlo delante de treinta personas más, con un profesor valorando y hablando sobre el proceso de la separación de las partículas coloidales.

El examen había ido bien, pero no estaba satisfecha del todo. No solo porque quedara la parte difícil, también se le añadía que comenzaban las semanas cruciales de entrenamiento en clases de ballet antes de la prueba definitiva. Y que comenzaba el trabajo aquella misma tarde y ella no había trabajado nunca.

Se encontraban sentadas en la bardilla de piedra de siempre, situada en un rincón del patio, cuando Gala le preguntó qué le pasaba. No había desenvuelto el bocado que sujetaba con ambas manos y casi no hablaba. Ella alzó la cabeza, sonrió y negó que le ocurriera algo, después intentó intervenir en la conversación que mantenían los cuatro, como cada día, intentando aparcar sus preocupaciones.

Colin no le quitaba los ojos de encima, inspeccionándola, y ella se daba cuenta. Normalmente no le prestaba mucha atención dentro del insti, más allá de lo habitual, que eran conversaciones banales en la hora de descanso. En los pequeños intervalos entre clase y clase, por ejemplo, nunca lo veía. Sin embargo, aquel lunes parecía tener un imán, porque estuviera donde estuviese Mansson aparecía allí como si nada de manera casual. Se preguntaba si era tan casual como aparentaba o si el beso del viernes anterior tendría algo que ver.

Al finalizar el descanso, el chico se acercó sin hablar y delante de todos le quitó el bocado de las manos, le entregó un papel doblado mientras le sonreía y de nuevo colocó el pan envuelto donde estaba. Ella contempló en silencio cómo le hacía un gesto de cabeza a Jan y juntos desaparecían en el interior del edificio.

Cuando se quedaron solas, Gala dio saltitos alrededor de ella, instándola a abrirlo, impaciente y emocionada. Sin opción tuvo que hacerlo, descubriendo que dentro solo había una frase escrita que a Nicolle no consiguió cambiarle el rostro:

Quiero verte esta semana.

—¡Quiere verte esta semana! —exclamó Gala tapándose la boca con las manos—. No te negarás, ¿no? Porque veo cero ilusión en tu rostro.

—No es eso —y no mintió, porque muy dentro de ella algo había pegado un pequeño saltito también—, es que no puedo perder tiempo. Ya sabes cómo estoy con todo, y este viernes es el oral...

—Excusas. Una tarde puedes salir, aunque sea solo una.

—Ya veremos —comentó, arrugando el papel y tirándolo en la papelera que le cogía de paso.

—Eso significa que sí.

Pero se equivocó, porque al llegar a clase escribió una nota corta que le entregó a Colin al salir. Lo hizo con rapidez, tenía que pasar por casa para comer, ver a Silvana y llegar a tiempo a las clases de baile. Así que se la dio en las manos aprovechando para despedirse de Gala y Jan, que estaban con él, y salió corriendo.

Entre semana es imposible, pero prometo que nos vemos durante el finde.

El chico la leyó, contempló cómo Nicolle desaparecía y chasqueó la lengua.

En clase de ballet se palpaban ya los nervios y la exigencia debido a las fechas. La Navidad llegaba y con ella, aparte de la actuación, llegaba la gran audición. Solo uno sería el elegido, y pensar aquello le oprimía el pecho mientras se mantenía en la parte posterior a la espera de su turno mientras observaba a sus compañeros. Unos mejores, otros peores, pero todos tenían algo en común: eran más buenos que ella. O al menos eso creía. Siempre les veía más delicadeza, más perfección, más técnica... Como si todos llevaran a cuenta muchas más horas de ensayo, incluso años. Después, cuando tocaba su turno, se decía que si estaba en una escuela de tanto prestigio era por algo, y se empeñaba en ser todas esas cosas en las que se creía inferior a los demás. Ahí estaba, en la cúspide, cuando Víctor aparecía y la avergonzaba delante de todos. Aunque la pieza fuera bailada en grupo su nombre era el primero en aparecer, y aquello era lo que acababa de ocurrir. Justo cuando la música se detuvo y todos se quedaron bocabajo tumbados en el suelo, aparentando dormir, como la coreografía exigía, la voz de Víctor se escuchó:

—Solo la sangre que corre por ese cuerpo diminuto pero ágil, pequeña Harman, debería bastarte para ponernos los bellos así. —Con cuatro dedos rectos de la mano izquierda acercados al brazo derecho imitó los bellos de punta—. ¡Y no te basta! —Alzó los brazos—. ¡No te basta!

Se levantó sin mirarlo, giró sobre sus talones y se dirigió a un rincón de la sala de color ocre, donde bebió un trago de su botella de agua, se secó el

sudor con evidente cansancio y abandonó la estancia bajo la mirada de la mayoría de sus compañeros que la observaban con pena. Ellos se llevaban broncas, pero pensaban que lo de aquella chica era excesivo.

Se dio una ducha rápida en los vestuarios, se secó el pelo y con la bolsa a cuestas salió intentando no hablar con nadie. Tenía que llegar pronto a casa de su amiga.

Cuando llegó, Gala la esperaba sola en la cocina. Una pequeña punzada de decepción palpó en su interior al percatarse de que el señor Ferrara no estaba allí para ayudarlas con las clases, como le había dicho.

Tuvo que saludar a Celine. Lo hizo con la cabeza gacha y casi sin pronunciar. Al rato comprobó que la chica se comportaba con ella de la misma manera de siempre. Pensó que le estaba dando a todo más vueltas de las que debiera, era muy posible que la cocinera no se hubiera percatado de nada.

Se centró en las explicaciones de Gala, que intentaba grabarle a fuego el discurso que tendría que pronunciar el viernes. Se detenían en la pronunciación, en la forma de la boca o la manera de colocar la lengua para que sonara mejor. El temario era lo de menos; aquello se lo sabía de arriba abajo y del revés.

—Los españoles habláis con fuerza y nosotros con templanza. La lengua floja, Nicolle, y la boca relajada.

Lo intentaba, pero parecía que estaba borracha y Gala suspiraba y buscaba otra manera de explicárselo.

Al cabo de un rato, como siempre, Celine se acercó con una bandeja que contenía dos zumos de manzana y unos biscotes con queso untado y jamón troceado que le parecieron deliciosos y que devoró con ganas por todo lo que no había comido durante el día.

—Qué buenos están —le hizo saber mientras se chupaba los dedos, llenos de queso.

Celine se lo agradeció con una sonrisa y le ofreció más, pero la chica los denegó con educación. Tenía que cuidar su alimentación, era otra de las pautas que le exigía su profesor Víctor.

«Las focas a chapotear en el agua», decía siempre tirando del maillot de quien hubiera engordado visiblemente en aquella ocasión, y después lo soltaba con fuerza, haciendo resonar el elástico en el abdomen del alumno o la alumna que no podía quejarse, a pesar del dolor.

Con los dedos en la boca estaba cuando apareció Marc en el umbral de la puerta, con un maletín en la mano y el móvil en la otra, aunque esta vez sin

hablar con nadie.

—Buenas tardes —dijo, y las tres chicas respondieron. Observó de refilón a Nicolle, que se sacó los dedos de la boca con rapidez y guardó las manos debajo de la mesa, sin percatarse de la pequeña mancha de queso cremoso que se había dejado en el labio inferior, haciendo que él mirara su grosor y su color rojizo con más detenimiento del habitual. Cambió el destino de sus ojos y de sus pensamientos, y no quedándole más remedio, tuvo que disculparse—: Perdonad por no haber estado durante la hora de clase, me ha sido imposible escaparme de las obligaciones.

Nicolle movió los ojos en una clara señal de «no pasa nada», pero sin atreverse a mirarlo directamente. Gala, en cambio, se mantuvo fija en su padre sin cambiar el gesto.

—¿Un café, señor? —ofreció Celine, viendo que no interrumpía ninguna conversación.

—Sí, por favor. Súbelo al despacho. Nicolle, cuando acabes, estaré allí para hablar de la organización que vas a llevar en el trabajo.

Ella solo asintió y decidió que era hora de sumergirse de nuevo en el libro y en las explicaciones de Gala.

Enfrentó aquella puerta con mucho más nerviosismo que la primera vez, que ya era decir. Las manos le sudaban más que nunca y le daba la sensación de que de la cintura para abajo tenía el cuerpo hormigueado, casi dormido. No sabía qué iba a encontrarse, qué iba a decirle Marc, si en algún momento haría referencia a lo que pasó aquel viernes.

Era consciente de que no podía vivir con ello en la cabeza de por vida, pero también de la última pregunta que le hizo cuando habían estado a solas en el coche, antes de entrar en su casa. Y tenía en el pecho esa sensación que le oprimía cada vez que lo tenía a escasos metros, pudiera verlo o no, mezcla de expectación y miedo a partes iguales. Aún con todas aquellas impresiones revoloteando en su interior, tocó suavemente con los nudillos hasta que la potente voz masculina le dio permiso para entrar.

Tragó saliva, giró el pomo y abrió.

Lo primero que percibió fueron los dos botones desabrochados de la camisa rosa clara que llevaba puesta y que dejaba entrever el bello oscuro de su pecho al que, si seguías con los ojos, te llevaba a la barba recortada, tapando parcialmente un rostro cuadrado, perfecto, pareciendo enmarcar aquellos labios que siempre se mantenían juntos y serios, casi hasta para hablar.

«Es pelo —se dijo, sin apartar la mirada de su pecho—, solo pelo». Pero sin saber el motivo, aquello le pareció muy masculino. En mitad de su detenido escrutinio, los labios masculinos se movieron y supo que estaba hablando. Se enderezó y alzó la vista, intentando sin éxito captar lo que decía. Se mantuvo en silencio sin querer confesar que no lo había escuchado. Las piernas le temblaron más.

—Nicolle, ¿puedes tomar asiento?

Ahora sí lo había escuchado y dio gracias interiormente porque la petición fuera aquella, pues estaba abrumada y con la sensación de que se caería al suelo de un momento a otro. Era tímida y lo pasaba mal en muchas ocasiones, pero nunca tanto como aquel día. Lo empeoraba la sensación de que él sabía el caos interno que la poseía, porque la observaba con un detenimiento inusual, como si pudiera ver a través de su piel y descifrar todas y cada una de las sensaciones.

Se mantuvo en silencio y miró hacia arriba dándose de bruces visualmente con aquel cuadro que tanto le extrañó la primera vez que lo vio. Ahora, la segunda, la percepción era diferente. No sabía cuál con exactitud, pero diferente.

—El sueño de la esposa del pescador.

—¿Perdona? —preguntó Nicolle, mirándolo por primera vez de frente.

—El nombre del cuadro. Así se llama: *El sueño de la esposa del pescador*, de Katsushika Hokusai.

—Ah —articuló a decir ella mientras enlazaba lo de pescador con los pulpos que al parecer hacían gozar a la mujer.

¿Ese era su sueño? ¿Acostarse con dos pulpos?

—No te haré perder mucho tiempo, tampoco hay tanto que contar. El uniforme lo tienes en la habitación de Gala. Pruébatelo. Si no te está bien o te incomoda, coméntamelo y lo solucionamos. Los horarios —se echó levemente hacia atrás y la miró con fijeza—, como sé que estás limitada, podemos...

—Pero eso no tiene que influir —interrumpió ella con rapidez—. Póngame los horarios que sean necesarios, me adaptaré.

—Bien. De ocho de la mañana a dos de la tarde.

Nicolle abrió los ojos y lo observó, nerviosa de nuevo.

—Pero...

Él se mecía en su silla de derecha a izquierda, con las manos unidas y los dedos entrelazados. Un amago de sonrisa se asomó en sus labios sin poder remediarlo, curvándose parcialmente, y sus ojos cafés brillaron con malicia.

Estaba divirtiéndose.

—La casa necesita un mantenimiento diario y, si se hace adecuadamente durante la semana, siempre está todo en orden. Como estás limitada respecto al tiempo —repitió, haciéndole saber por qué se había burlado con anterioridad y que por mucho que ella quisiera no tenía la disponibilidad que quería aparentar— y será solo durante un mes, puedes administrar las horas como prefieras por las tardes. Eso sí, en la semana tendrá que estar limpio todo. Aunque tengas tu propia manera de hacerlo, si quieres te cuento un poco cómo lo hacía Paulette, para orientarte.

Ella asintió y él se dispuso a explicarle que la antigua limpiadora primero mantenía el orden diario y, después, se centraba en la limpieza profunda y completa de una estancia. Le comentó que no había problema con los horarios y que podía ir por la mañana o por la tarde durante las vacaciones, en caso de quedarse todo el mes. También le habló del pago de la semana, que sería de trescientos cincuenta euros. Nicolle evitó dar un saltito de la silla y palmadas ante aquella cantidad que para ella era una fortuna. Después, si se quedaba todo el mes, ya lo hablarían. Le indicó dónde encontraría todos los productos necesarios y, si necesitaba algo más o alguno se iba agotando, debería avisar a Celine para que se encargara de añadirlo a la lista de la compra o salir a por ello en caso de que fuera necesario, aunque no solían faltar los suministros. Por último, le aclaró que todo lo que no fuera limpiar estaría pagado aparte y por horas, como planchar o encargarse de algún recado.

Ella estuvo más que conforme con todo y su día por fin comenzó a mejorar.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó con entusiasmo, olvidándose por completo de los nervios.

—Ahora, si quieres.

—De acuerdo —dijo, asintiendo mucho.

Y aunque la conversación parecía concluida, Marc continuó hablando. No quería que se marchara aún.

—Cuando termines será de noche. —Giró su silla un poco y desplazó la cortina con una de sus grandes manos para mirar por la ventana—. De hecho, ya lo es. Así que te llevará Alfredo, el chófer —aclaró— o, en caso de que lo consideres necesario, puedes quedarte aquí y dormir en la habitación de Celine.

A Nicolle le dio la sensación de que aquella última frase había sido pronunciada un tono más bajo que todo lo demás, y lo confirmó cuando puso atención a los ojos del hombre y los descubrió más oscuros, más brillantes. Le

pareció extraño el comentario, que más que comentario le había sonado a proposición, sobre todo teniendo en cuenta que ella no dejaba de ser la amiga de su hija, la que en ocasiones dormía en la misma habitación. Cabían de sobra en la inmensa cama de Gala. Ellas y dos personas más, si fuera necesario. Y también estaba el dormitorio de Paulette. Era consciente de que las dos mujeres del servicio dormían separadas, cada cual en su propio cuarto.

Mientras cavilaba en todo aquello el brillo de Ferrara no se apagó, encendiendo en el interior de ella una alarma que le dijo que se levantara y se marchara y, como una chica obediente que era, lo hizo; se puso de pie.

—También puedes ocupar la que hasta ahora ha sido de Paulette. O en el caso de seguir queriendo estar con Gala, puedes dejar toda tu ropa de trabajo en el armario grande que hay en el lavadero.

Mientras decía todo esto, sabiendo que la reacción de la niña había sido debido a su comentario anterior y no queriendo que pensara cosas que no eran, aprovechó para observar con detenimiento su cuerpo menudo pero bien formado y marcado, demasiado. Sus caderas pronunciadas en aquellos pantalones vaqueros de color claro y los pechos que abultaban levemente el suéter naranja. Después, su cara angelical adornada de pecas claras y, a pesar de los labios gruesos y coloridos, eran los ojos los grandes protagonistas de aquella maravilla. Sin contar con su pelo, tan largo, tan negro, tan espeso. Se preguntó que sentiría al meter los dedos entre aquellos mechones, sujetarlos con brío y tirar hacia atrás mientras ella entreabría los labios y lo miraba, jadeando.

Podía ser que sí, que la muchacha estuviera asustándose con motivos al imaginar cosas que sí eran, porque no tendría reparos en arrancarle el recatado suéter, tumbarla en la mesa de su escritorio y hacerla gozar para que aquellos ojos celestes, tan tan grandes, lo miraran solo a él mientras brillaban, cerraran o alzaran de gusto, de puro placer.

Se preguntó cómo sería follando. ¿Recatada y asustadiza? ¿O una juguetona atrevida que durante el día se disfrazaba de dulzura y timidez? Le daba igual cualquiera de las dos opciones, solo pensaba en descubrir cuál era la verdadera.

Se enfadó con él mismo por permitirse aquel pensamiento y miró de reojo el único cuadro del despacho, recordando a los animales.

Volvió un poco a la tierra, pensando que lo mejor era que sí, que le tuviera miedo y huyera de él.

—Si hemos terminado, iré a por el uniforme y empezaré ahora mismo —

sugirió Nicolle casi en un susurro que pedía permiso para marcharse.

El comentario del uniforme no había sido el más adecuado teniendo en cuenta su estado. Un estado que se resumía en un miembro a punto de reventar los pantalones y que pedía a voces ser liberado y descargado con furia y urgencia. Con disimulo lo acomodó, aprovechando que desde su posición tras el escritorio ella no lo veía, y volvió a poner las manos sobre la mesa.

—Claro —le respondió. La chica se dio la vuelta, dispuesta a marcharse, pero entonces habló de nuevo, llamando su atención y haciéndola girarse para enfocarlo—: Por cierto, Nicolle, la obra es una xilografía erótica. Una técnica de impresión con planchas de madera para conseguir el relieve —le aclaró ante aquellas cejas casi áureas que se habían unido en una clara señal de desconcierto—. Y como a cualquier obra de arte, cada cual la examina y le encuentra su significado.

—Yo no entiendo de estas cosas —se apresuró a responder ella, ya con las mejillas encendidas, sabiendo que hablaban del cuadro de los pulpos.

—No hace falta entender, solo interpretar.

—¿Qué interpreta usted? —se atrevió a preguntar, relajando el rostro.

A él aquel atrevimiento repentino le gustó.

Se mantuvo unos segundos en silencio, como pensando, y después habló:

—Bueno, son muchas las cosas que veo ahí. Dependiendo de un día u otro, de un estado anímico u otro, lo interpreto de diferente manera. Es como esas imágenes de ilusiones ópticas que debido a la postura, colores o forma en que la mires, si al derecho o al revés, cambian de contexto. ¿Sabes cuáles? —Ella asintió, embobada por escucharlo hablar durante tanto tiempo con aquella voz ronca y varonil que parecía retumbar en la estancia. Hasta entonces no habían tenido una conversación tan larga—. El cuadro cambia de significado dependiendo cuándo y cómo lo mire. De todas maneras, durante dos siglos ha sido analizado por grandes entendidos del género, y de todos, me quedo con uno que leí alguna vez que decía que realmente la interpretación no era tan bizarra como creían, que iba mucho más allá.

—¿En qué sentido?

—Profundiza en los miedos, en esos que están guardados en nuestro subconsciente bajo llave y que nunca dejamos salir, pero que, cuando menos nos lo esperamos, en sueños, por ejemplo, cuando no somos dueños de nosotros mismos, aparecen sin poder hacer nada para remediarlo.

Después se mantuvo en silencio, aún duro, intentando no dejar salir ese miedo que lo atormentaba a él. No sabía por qué le estaba explicando aquello

a una niña de diecisiete años que ni había preguntado. Maldita fuera, si ni siquiera lo hablaba con nadie de su círculo, ¿por qué lo había soltado ahora?

Creía que se daría la vuelta, aburrida, que aquella mierda que había escupido no le interesaba lo más mínimo. Pero para su sorpresa, se giró un poco más, quedando completamente erguida frente a él, y preguntó:

—¿Cree que esa mujer le tenía miedo a los pulpos?

Negó, poniéndose serio.

—No, Nicolle. La cuestión no es tan rebuscada. No creo que les tenga miedo a unos pulpos, ni siquiera que los animales tengan ahí más que un sentido metafórico y para nada zoofílico. Pienso que el verdadero miedo es más general. Que el pánico reside en que, en caso de gustarte esos pulpos, los demás se enteraran y tu secreto se descubriera.

—¿Qué es zoofílico? —indagó con curiosidad.

—La zoofilia es el sexo con animales.

Al decir aquello, el horror se dibujó en su cara. Había visto y escuchado hablar de muchas cosas respecto al sexo, pero... ¿con animales? El mero pensamiento le removi6 el est6mago. Unos segundos después en los que se serenó, intentando no mostrar aquel asco y centrándose más en su última explicación de los miedos, se encogió de hombros y confesó:

—Pues no lo entiendo.

Él sonrió, cabeceó y alzó una mano, invitándola a salir.

—No importa. —Nicolle no le llevó la contraria, aunque seguía descolocada—. Vamos, se nos hará tarde a los dos para trabajar.

—Gracias por todo —le dijo ella de nuevo, consciente de la oportunidad que le estaba dando.

Él asintió y vio cómo desaparecía.

Capítulo 9

El uniforme le quedaba perfecto, como si se lo hubiera probado con anterioridad. Era igual que el de Celine; un vestido de rayas verticales, muy finitas, casi imperceptibles, blancas y celestes, otorgándole un tono claro en general. Le llegaba por las rodillas, tenía un bolsillo a la altura del pecho situado a la izquierda y, sobre la cintura, un delantal en forma de v con los filos completamente blancos, igual que la arista del cuello y de las mangas. Como estas últimas eran cortas, sobre la cama también había varias camisetas de color blanco y con apariencia de ser muy cómodas para ponerse debajo. A su lado, cinco pares de medias del mismo color; unas más gruesas y otras menos. En el suelo, dos pares de zuecos de plástico duro, también blancos, que coincidían con la medida de sus pies a la perfección. Dedujo que aquello era cosa de Gala, que compartía con ella la talla treinta y siete y habría tenido el detalle de informar a su padre.

Tras probárselo y contemplarse delante del espejo, decidió ponerse debajo la camiseta interior. También comprobó que pudiera moverse con facilidad y que, al agacharse, no se le viera nada. Pero el vestido era largo y podía maniobrar a la perfección. Tras completar el atuendo y recogerse el pelo en un moño grueso y desordenado sobre la cabeza, de la misma forma que lo hacía en su casa, se dirigió al lavadero, donde el señor Ferrara le había dicho que podía ocupar una parte del armario para su ropa. Lo prefería a acomodarse en la habitación, sobre todo sin saber si superaría la semana de prueba. Una vez lo averiguara, se lo plantearía.

Era madura, lista, responsable y obediente, pero todas aquellas virtudes no

quitaban que llevara viviendo solo diecisiete años, bastante pocos para razonar con más detenimiento y caer en la cuenta de que, si en sus manos había tres vestidos iguales y unas cuantas mudas de zapatos, de medias y de camisetitas, era porque la semana de prueba estaba más que superada y su mes en aquella casa más que asegurado.

Como comprobó que todo estaba recogido, preparó lo necesario y comenzó por el salón. Siempre le había fascinado aquella estancia tan grande, compleja y sencilla a la vez. Era un cuadrado rectángulo de tres paredes sólidas y una —la principal— completa de cristal, orientada a la calle. Aquel habitáculo solo disponía de una lámpara de diseño en un rincón, de un gran sofá *cheslong* de color blanco en el centro, una mesita pequeña delante, un televisor gigante colgado en la pared cristal y un vinilo inmenso y oscuro de París que ocupaba la que quedaba justo a tus espaldas si te sentabas en el sofá. Era curioso, porque si mirabas hacia delante, una parte de París se vislumbraba y, si mirabas hacia atrás, la fotografía que ocupaba la pared era la misma, como si ambas, la real y la ficticia, fueran una sola, un reflejo.

Nunca le había preguntado a Gala sobre aquello. Eran muy comunes los vinilos con fotografías de ciudades, pero siempre de monumentos específicos, no una imagen exactamente igual a la que veías si te asomabas al ventanal de tu casa.

No invirtió demasiado tiempo en concluir la limpieza debido a los pocos muebles, a pesar de haberlo hecho con aquel detenimiento y dedicación que su madre le había instruido desde muy pequeña, retirándolo todo y esmerándose con los detalles más insignificantes.

Después se dedicó al baño de la primera planta, mucho más pequeño que el de la segunda, se cambió y, antes de irse, estuvo un rato charlando con Gala en su habitación sobre cómo le había ido.

No había visto más al señor Ferrara, pero cuando estaba a punto de salir, despidiéndose de su amiga en la puerta principal, Alfredo apareció, saliendo de la nada como si estuviera esperándola, y le indicó que la llevaría.

—No es necesario, de verdad —insistió ella—. Puedo ir caminando, casi siempre lo hago. Mi casa no queda lejos.

—Son órdenes de mi jefe, señorita Harman. Disculpe, pero no puedo negarme.

Suspiró para sus adentros. Ni le gustaba que la trataran de usted como si fuera una vieja, ni estar todo el día recibiendo órdenes a diestro y siniestro

estuviera donde estuviese, sin embargo, no pudo negarse. Le dio un beso a Gala en la mejilla y subió al coche grande, largo y oscuro en el que aquel hombre siempre aparecía para recogerla cuando estaba con su amiga.

—¿Qué tal le ha ido el primer día? —preguntó el chófer, mirándola a través del retrovisor central.

A Nicolle siempre le había dado la sensación de que se montaba en el coche con Papá Noel. Alfredo era entrado en carnes, de estatura media y constaba de unos inflados y graciosos mofletes rojizos que destacaban sobre la piel pálida y el pelo blanco, tanto de la cabeza como de la barba. Siempre era amable pero cordial, y no se extendía con las conversaciones más allá de las preguntas de cortesía.

—Bien, mucho mejor de lo que pensaba. Llegué muy nerviosa, pero se me ha ido pasando poco a poco.

El hombre asintió y le sonrió.

—Me alegro. Espero que los días posteriores sean mejor aún. Si necesita cualquier cosa, no dude en buscarme. Si no estoy haciendo recados o con el señor, seguramente ande de un lado a otro de la casa.

—Gracias —se limitó a responder ella con sinceridad.

El resto del camino lo continuaron en silencio.

Ya enfrente de su casa, y aunque ella insistió en que no era necesario, Alfredo se apresuró a bajarse del coche y abrirle la puerta, tal y como había hecho para que se subiera solo unos minutos antes. Se desearon buenas noches, se despidieron, y Nicolle, con la mochila a cuestas, entró en casa.

Las luces estaban apagadas y sobre la mesa de la cocina había una nota en la que Silvana le decía que estaba fuera y que llegaría tarde. Últimamente ocurría. La venta de seguros no le iba del todo bien y necesitaba otro empleo con urgencia. Dirigió de nuevo la mirada hasta el bote de emergencias, aún vacío. Siguió leyendo: Dentro del horno estaba la mitad de la lasaña que había sobrado al mediodía, aquella que con los nervios y las prisas no había probado. Pero no tenía hambre. De repente se sentía cansada, como si el cuerpo hubiera soltado una gran cantidad de aire y ahora estuviera desinflado y sin vitalidad. Sustituyó la cena por un vaso de leche sola, se dio una ducha sin mojarse el pelo para no tener que secarlo, y se acostó, sumiéndose con rapidez en un profundo sueño.

El día había sido largo y se le había hecho cuesta arriba, pero lo había superado.

Estaba sentado frente a la barra de la cocina y se tomaba el café mientras leía el periódico cuando Gala entró como un huracán dando los buenos días a voces, llena de vitalidad. Celine le respondió mientras le dejaba el desayuno sobre la mesa.

Se acercó a su padre, le dio un beso en la mejilla y lo halagó, diciéndole que olía muy bien.

—Aduladora —le dijo sonriendo, sin esconder el encanto que le proporcionaban aquellos gestos de cariño. Conforme Gala crecía, se había preguntado cientos de veces cuándo sería el momento exacto en el que dejaría de besarlo o de decirle que lo quería, entristeciéndole solo el pensarlo—. ¿Por qué tanta prisa? —quiso saber, viendo que se metía una rebanada de pan en la boca con rapidez, manchándose la nariz de mermelada, mientras llenaba su mochila con varios libros que había sobre una de las sillas donde siempre estudiaba por la tarde.

—Si no me doy prisa, llegaré tarde. Ayer no preparé la cartera —balbuceó debido al pan— y Alfredo me está esperando. —Se colgó la mochila y se dio la vuelta, dispuesta a irse, pero entonces se volvió de nuevo, se sacó la tostada y le preguntó—: ¿Vendrás hoy a ayudar a Nicolle? Ayer nos quedamos esperándote.

—Lo sé, pero tenía compromisos que atender.

—¿No eres tú el que siempre insiste con eso de que no debo comprometerme con las cosas que no voy a poder hacer?

Alzaron las cejas a la vez, dándose así más parecido entre ellos. Era uno de los muchos gestos que realizaban prácticamente igual.

—También te hablo de las prioridades, y en este caso las mías eran otras.

—Y de los contrataques. Siempre dices que no hay que usarlos como argumentos, a no ser que sea un caso desesperado —añadió ella con atrevimiento, haciendo que Marc sonriera para sí. Cuando creía que todas sus charlas morales caían en un saco roto, ella las sacaba en su beneficio—. Sería de gran ayuda que estuvieras, está muy pegada todavía y no creo que así pase la prueba.

—Haré lo que pueda. Te lo prometo.

Gala sonrió con aquella euforia que siempre utilizaba cuando se salía con la suya, que era en muchas ocasiones. Con varios saltitos llegó hasta él, le dio otro beso y, ahora sí, salió corriendo.

Aquella semana Nicolle evitó las sugerencias de Colin todo lo que pudo, pero

finalmente tuvo que aceptar salir el viernes a dar una vuelta. No le quedaban más excusas. No había un plan concreto, más o menos lo de siempre: ir al Arrête, tomarse algo y terminar en el río hasta la hora de la recogida. Haber esquivado las proposiciones era sobre todo por no tener que enfrentarse a él y hablar de lo sucedido en la feria, algo que por un lado no había tenido tanta importancia pero que por otro la avergonzaba. No recordaba apenas nada de aquella noche, y tenía miedo de haber dicho todas las idioteces que escuchaba en sus amigos cuando se bebían unas cervezas o chupitos de más.

Las clases de baile fueron insoportables. Había comenzado con la asignatura de Contemporánea, una de las que menos le gustaba y peor se le daba, pero de las más necesarias para desarrollar los movimientos del cuerpo y mejorar los pausados y estrictos del ballet. Así había sido en España y así seguía siendo. La danza clásica era calculada, ensayada y se perfeccionaba con técnica. La contemporánea, aunque poseía todas aquellas características, tenía una mucho más importante: dejarse llevar. Y Nicolle no podía hacerlo delante de todas aquellas personas que parecían estar a la espera de un error para echarle en cara que no podía permitírselo.

El trabajo como limpiadora se agilizó. Lo que en un principio hacía con miedo a fallar, en un par de días comenzó a ser algo más rutinario y se permitía poner algo de música en el viejo iPod que había tenido abandonado durante años en casa. Ahora le daba uso sin haberlo actualizado, disfrutando de canciones que le traían recuerdos de años mejores, en Sevilla, con sus amigos de verdad, sin tantos quebraderos de cabeza como tenía desde que se había mudado.

En una de esas estaba, limpiando la habitación de la segunda planta transformada en gimnasio, cuando la puerta se abrió. Marc entraba dispuesto a entrenar un rato. Normalmente lo hacía por las mañanas cuando el trabajo se lo permitía, aproximadamente durante una hora, pero aquel jueves había tenido que reunirse con Telsa, a pesar de haberse negado en un principio dispuesto a dejar de escuchar pegos y problemas, para solucionar las gestiones de la nueva escuela que abriría, esa que estaba dándole tantos dolores de cabeza. Así que quiso aprovechar después de comer.

No sabía que ella estuviera allí. Según sus cálculos y gracias a la información de Gala —ya que él no había estado en casa durante las tardes anteriores—, a esa hora llegaba para estudiar con ella los días que no tenía clases de baile.

Pero allí estaba, agachada ligeramente, limpiando la cinta de la máquina de

correr y, al parecer no se había dado cuenta de su presencia, porque ni se giró, acto que aprovechó para poder contemplarla con tranquilidad desde el umbral.

Los separaban apenas dos metros y medio. Lo primero que observó fue el plano principal de su culo relleno el vestido celeste más de lo habitual debido a la postura, y las piernas dobladas sobre el suelo. Más allá de aquello, solo podía ver el pelo recogido en un gran moño desordenado de mechones oscuros que caían a su antojo. Pero le encantó verla arrodillada, expuesta, aunque sin estarlo totalmente, y distraída.

Tragó saliva.

Se imaginó caminando muy despacio hasta que notara su presencia, colocarse detrás de su espalda desde donde podría hablarle al oído y decirle todo lo que le haría mientras le subía el uniforme y, desde atrás, tocar su coñito joven y húmedo.

Nicolle se movió un poco, dándole un buen bofetón de realidad con el que consiguió volver a poner los pies en el suelo.

Marc descubrió por qué no lo había escuchado al entrar; tenía en las orejas unos auriculares blancos y al parecer la música sonaba, pues cuando se incorporó para continuar limpiando la parte superior de la máquina y se subió encima de esta, alzó los brazos con el trapo en una de sus manos y movió las caderas de derecha a izquierda con ritmo, mientras que tarareaba y cantaba a partes iguales, muy mal cantada, una canción en español que no supo adivinar.

Olvidando el sucio pensamiento anterior, se apoyó cruzado de brazos y disfrutó del espectáculo. Nicolle continuó como si nada, meneando también sus hombros y la cabeza mientras daba pequeños saltitos sin mover los pies de la cinta parada. Él sonrió extensamente, todavía en silencio, contemplando cómo se esmeraba con su trabajo.

Entonces se giró, dispuesta a coger el limpiacristales que se encontraba detrás de ella y con el que tenía que limpiar la pantallita digital de la máquina, pero se quedó a medio camino. Sobresaltada, se encontró con su jefe en el umbral de la puerta.

Estaba apoyado sobre el hombro izquierdo, cruzado de brazos y de piernas en una pose relajada e informal, dando la sensación de ocupar todo el marco con su gran cuerpo.

Tuvo que tragar saliva al comprobar que solo llevaba puesto un pantalón de chándal gris que marcaba de manera muy pronunciada la parte más privada de su anatomía. Muy muy pronunciada porque estaba dura y gorda, inclinada levemente hacia un lado. Aparte de aquel insinuante pantalón, no tenía nada

más, a excepción de los zapatos y de una toalla minúscula y blanca colgada de su hombro, el mismo que descansaba sobre la madera. Era la segunda vez que veía aquel torso desnudo, pero nada tenía que ver con la primera, a pesar de que aquella fue mucho más sugerente debido a lo que estaba ocurriendo con él desnudo. Pero ahora la luz del día entraba a raudales por las dos ventanas de la estancia, él estaba muy cerca y mirándola a fijamente. Aun así, no pudo evitar pasear sus ojos por el duro torso, muy marcado y trabajado, que dibujaba en relieve unos cuadraditos que captaban su atención. Y aquel vello visible en el pecho y en una fina línea que comenzaba desde el ombligo y bajaba hasta perderse en el interior del pantalón, que por cierto parecía estar pintado encima de él.

Marc le hizo una señal chasqueando los dedos y ella alzó la mirada, sintiendo cómo se encendía y el color llegaba a sus mejillas. No podía verse, pero sabía de sobra que ocurría siempre que notaba el rubor escociendo. Se quitó los auriculares todo lo rápida que pudo de manera torpe y nerviosa para escucharlo.

—Te decía —mintió Marc, que hasta entonces no había abierto la boca— que no es necesario que limpies con tanto ahínco la cinta de correr, ahí van los pies.

—Ya, pero da igual, cae sudor y huele. Todo hay que limpiarlo.

—Se manchará justo ahora, cuando corra.

—También deshaces la cama por las noches e igualmente la haces por las mañanas, ¿no?

Aquel comentario lo hizo morderse el labio inferior, tragándose una sonrisa. Sobre todo por el control que había tenido al hacerlo sin titubear a pesar de aquellos mofletes enrojecidos y rellenos que incluso le despertaron ternura.

La analizó durante unos segundos más, ahí parada, con el trapo en una mano, la otra lánguida a un lado de su cuerpo y los auriculares alrededor de su cuello saliendo del bolsillo del uniforme mientras una musiquita lejana se escuchaba en la estancia. La sangre acudió con rapidez a su polla y notó que se endurecía más.

Los enormes ojos turquesa bajaron hasta el pantalón, otra vez, y observaron impactados cómo aquello del hombre crecía más, aunque no lo creyera posible.

La expectación de la morena lo cautivó y, antes de que la cosa empeorara, se dio la vuelta y dijo:

—No te molesto más, volveré después. Sigue bailando, lo haces muy bien.

—Giró el rostro para comprobar cómo se avergonzó todavía más, creando dos círculos rojos y marcados en sus mejillas—. Cuando acabes, estaré esperándote para las clases. Hoy puedo quedarme un rato.

Y aquello acababa de decidirlo.

Capítulo 10

Estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina, completamente cubierta de folios escritos, libros, bolígrafos y subrayadores de colores. Marc observaba con detenimiento y sin hablar cómo Gala instruía a Nicolle, desesperándose con mucha facilidad cuando esta no pronunciaba con claridad.

—La prueba es mañana, Nicolle, ¡mañana! Y da la sensación de que hables con la misma dificultad que hace dos semanas, tía.

Marc pensó con cierta punzada de dolor que aquello de la poca paciencia lo había heredado de su madre.

La niña suspiraba, agachaba la cabeza y fijaba la vista en el papel, repasándolo de nuevo, anotando al lado la pronunciación de la palabra que Gala le había indicado y recalcándola con colores fluorescentes. Después volvía a intentarlo y, de nuevo, a fallar.

Le hacía gracia cómo intentaba convertir la erre en g de manera muy exagerada, y le extrañaba que siendo su madre francesa no se le pegara el deje. De vez en cuando su hija alzaba la vista para pedirle ayuda con los ojos, una ayuda que por su parte no llegaba. Solo sorbía de su taza de café y volvía a observarlas en silencio.

Más de cuarenta minutos después de analizarlo, creyó dar con el problema.

—¿De qué parte de España eres? —le preguntó repentinamente. Nicolle alzó los ojos y lo miró por primera vez desde que habían empezado. Suponía que por vergüenza a lo que había pasado un rato antes en el gimnasio—. A ver, de Andalucía seguro, pero ¿de qué provincia, concretamente?

—De Carmona, Sevilla.

—No la conozco. Sevilla sí, he estado muchas veces allí, pero no en Carmona.

—Lucero de Europa —dijo con orgullo y después le explicó brevemente—: Hay mucha historia en ella, muchas culturas que han ido dejando su rastro. ¡Y está entre los pueblos mágicos de España! Y unos dulces... —dijo golosa y cogiendo carrerilla, mordiéndose el labio inconscientemente— para chuparte los dedos.

Algo en él volvió a activarse al escuchar la última frase e imaginarla con uno de sus dedos blancos, finos y pequeños en el interior de su boca, chupándolos con maestría. Aquel pensamiento le hizo recordar por qué no había acudido a aquellas clases hasta ese momento, por qué la evitaba todo lo posible.

Continuó con la conversación, intentando apartar aquel monstruo oscuro que se le subía a los hombros de repente y que parecía sonreírle con una boca gigante y cargada de malicia, diciéndole que ya iban dos veces durante un solo día en el que había sido capaz de hacerse con él y con sus pensamientos.

—¿Qué dulces? —le preguntó.

—Tortas. Se llaman Tortas Inglesas, y están rellenas de..., de todo lo que quieras. Sidra, nata, chocolate, merengue..., hasta de frutos secos. Pero las originales son de cabello de ángel, las hacían las monjas cuando...

—No me lo cuentes —la interrumpió, dejándola cortada—. Piensa en todo aquello que te gustaría que supiéramos sobre tu pueblo.

—Y ahora, si no os importa, podríamos centrarnos en el examen. ¿Hace falta recordar que es mañana? —intervino Gala.

—Lo estamos haciendo —aseguró Marc—. No en el de mañana, ese es muy probable que esté suspenso ya —a Nicolle no le gustó aquella afirmación—, pero sí en los próximos. El problema es que el temario se lo sabe de memoria. Más que de memoria. Parece que lo traiga en la cabeza de nacimiento. Pero no sabe de qué está hablando en realidad, porque solo ha recopilado información y ahora la cuenta como una cacatúa. —Si el comentario anterior le había gustado poco, que la comparara con un pájaro hablador lo hizo menos, y él pudo descifrarlo en sus cejas claras, expresivas y confundidas—. No pongas esa cara, es la verdad. A mí no me está interesando lo que dices porque solo escucho algo sobre las composiciones de células y blablablá, pero nada que llegue a importarme.

—Ya, a mí también me interesan más las ofertas mensuales de Suncoo², pero no entra en el temario. ¿De qué va a hablar si no es de células, papá?

—Hablará de células cuando se le entienda con claridad lo que diga y el profesor lo capte y apruebe. Por eso quiero que te prepares otro discurso distinto y creo que hablarme de tu hogar puede funcionar, es algo que parece hacerte ilusión, y al explicarlo la pronunciación será más fluida.

A Nicolle, por muy extraña que le pareciera y dudando si le ayudaría, la idea le gustó. Al menos dejaría el temario aparcado.

—Lo haré.

—Y también deberías pedirle ayuda a tu madre. ¿Habláis francés en casa?

—A medias. A veces lo hacemos, pero casi siempre nos vamos al español sin darnos cuenta.

—Es normal que el cerebro busque la adaptación más sencilla para todo. Quizá deberías esforzarte un poco más en llevar las conversaciones en francés, aquí casi siempre lo haces y no te cuesta tanto, aunque la pronunciación no sea perfecta.

—Bien, a partir de ahora se hablará solo en francés. ¿Podemos acabar de una vez? Esta se sabrá muy bien el tema, pero yo lo llevo pegado —advirtió Gala, que no le veía fuste ninguno a aquel método que su padre había propuesto. Y ella que pensaba que sería de ayuda...

Pero en la siguiente media hora nadie estudió. Marc se retiró cuando Celine sirvió unos sándwiches, dejando a las muchachas con la merienda mientras charlaban, y poco después Nicolle recogió sus cosas y se fue a casa. Una casa que encontró de nuevo vacía, con una nota sobre la mesa de la cocina en la que indicaba que la cena estaba en la nevera para calentar.

Después de darse una prolongada y tranquila ducha, de secarse el pelo y acomodarse con el pijama, se calentó la cena y encendió la pequeña televisión de la cocina. Comió en la misma mesa donde desayunaba intentando concentrarse en un programa que apareció al azar, pero sin darse cuenta su cabeza se iba una y otra vez hasta Carmona, visualizándola, echando de menos todo aquello que nunca pensó que extrañaría. No solo eran personas ni momentos, también había calles empedradas, un castillo enorme que se elevaba en el centro de su pueblo, parques donde había pasado la tarde o cafeterías donde había creído perder mucho tiempo con sus amigas mientras hablaban de nada en concreto. Ahora se daba cuenta de que no lo perdía; lo invertía. Y todo aquello, lejos de entristecerla, le sacó una sonrisa.

Sí. Se dijo que sería de todo aquello de lo que le hablaría a Marc al día

siguiente. Ya no le parecía tan importante la prueba oral. Si suspendía, vendrían otras muchas más que quizá salieran bien.

Se levantó a por un papel y un bolígrafo que sacó de su mochila y empezó a escribir en francés los recuerdos que se le venían a la cabeza, como si a la tarde siguiente cuando estuvieran en las clases los fuera a exponer a modo de documental, dispuesta a que Marc conociera una parte más de ella.

La euforia se le pasaría justo al día siguiente, cuando los sucesos se desencadenarán menos de veinticuatro horas después. Sucesos que cambiarían su vida, su futuro y su manera de ver las cosas.

No solo él descubriría cosas nuevas de ella; ella también conocería una parte de él. Una parte oscura que lo perseguía, lo invadía y podía con su voluntad.

Le presentaría personalmente a su monstruo, y Nicolle no sería consciente en ese momento de si la asustaba o le atraía sin remedio. Porque en su interior también habitaba un pequeño ser oscuro llamado lujuria que, hasta ese día, nunca se había despertado de manera plena.

Pero ya no había vuelta atrás.

Estaba escrito.

Y debía cumplirse.

El examen oral le salió de pena, pero iba tan concienciada en que ocurriría, que no lo pasó tan mal a la hora de salir a la pizarra delante de todos y exponer el temario.

La profesora le dio ánimos. Nicolle era una alumna ejemplar y sabía de sus esfuerzos diarios, por lo que, al contrario de lo que ella pensaba, la señorita Alison Trendy solo tuvo palabras de aliento y una sonrisa acompañada de un aplauso cuando acabó.

Aquel día estuvo más receptiva con Colin y los demás. En el recreo su estado de ánimo se notó; se comía el bocadillo con ganas y participaba en la conversación más de lo habitual.

Hicieron «planes» para aquella noche. Planes que ella ya conocía y que solo variarían si el frío no les permitía sentarse cerca del río. Le daba igual, necesitaba desconectar de la semana tan intensa que había tenido y estar un rato con sus amigos.

Después de clases, fue a casa a ver a Silvana. La encontró preparando una ensalada que acompañaría a los macarrones con queso y huevo que ya se

disponían sobre la mesa. Le ofreció su ayuda y, cortando las verduras juntas, una al lado de otra, le contó escuetamente los sucesos de aquellos días. Omitiendo, por su puesto, el momento en el que se dio de bruces con su jefe a medio vestir. Momento que se había paseado varias veces por su mente. Le habló de Víctor, de lo cansada que estaba de él, y pensó en voz alta que por fin era viernes, y que ya no lo vería más hasta el lunes.

Silvana, que había ido asintiendo y preguntándole varias cosas mientras ella hablaba, se giró para mirarla con severidad, justo antes de apoyar la ensaladera en la mesa.

—Víctor es duro porque es un profesional. Nadie se forja con amabilidad, eso ya deberías saberlo. Y tienes suerte de que ahora es mayor, cuando yo comencé estaba lleno de vitalidad y carácter.

—No lo subestimes, tiene malhumor de sobra. Y conmigo se porta como un capullo —adjetivo que fue reprendido por los ojos oscuros de su madre—. ¡Es verdad! Se pasa la hora diciéndome que soy tu hija, que solo eso debería bastar para que mi danza sea perfecta.

Silvana negó, sabiendo que aquello era injusto, que nada tenía que ver. Entonces suavizó el tono.

—Bien, pero una cosa no quita la otra. Tienes que esforzarte.

—Lo hago.

—No lo suficiente si te reprende tanto. Cuando yo estaba en el conservatorio...

Y a continuación, asintiendo sin parar, Nicolle hizo oídos sordos a la historia de siempre sobre su esfuerzo, sus pies sangrantes dentro de las zapatillas que quemaba para endurecerlas, aquellas cremas con las que se cubría los pies por la noche para continuar durante horas y horas bailando sobre sus propios dedos y las frases que su profesor le repetía una y otra vez y que la llevaron a ser quien era.

Pero ella no quería que le sangraran los pies, pensaba cada vez que escuchaba lo mismo, quería ir a clases con ilusión y poder disfrutar de lo que hacía.

Cuando dejaron de hablar de ella, el tema cambió al trabajo de su madre. Fue parca en detalles y Nicolle supo que algo iba mal. Se atrevió a preguntarle por qué no volvía a bailar, pero la aludida se mantuvo en silencio, se levantó de la mesa para recoger su plato y cuando pareció estar dispuesta a contestar, el móvil le sonó y se fue de la cocina hablando con la abuela.

Ese día se fue caminando a casa de los Ferrara mientras repasaba una y otra

vez mentalmente su discurso pero, cuando llegó, Gala la esperaba en su habitación recién duchada y muy maquillada. Se cancelaban las clases particulares. La había llamado Jan y se iban a un club en el que de vez en cuando jugaban al billar. A pesar de hacerle ilusión la clase de aquel día, le pareció bien que no se llevara a cabo; era viernes y aún le quedaban por limpiar el dormitorio de Gala y el de su padre. También la planta superior, la tercera, pero Marc le había dicho que no era necesario, que aquellas solo se limpiaban cuando él lo ordenaba. Nicolle no hizo preguntas.

Siempre había envidiado la vida de Gala y todo lo que la rodeaba. A veces le daba la sensación de que su amiga no apreciaba lo que tenía. Mientras limpiaba su habitación aquel día, lo hizo más que nunca. Era enorme, de color amarillo pastel y adornada de una manera tan personal como acogedora. Por todos lados había fotos pegadas, pósteres, libros, revistas o pequeños adornos brillantes como si hubieran sido colocados por casualidad, pero si lo observabas con detenimiento, todo estaba pulcramente ordenado. Y la cama era tan grande que parecía tres de la suya.

Cuando acabó, más de hora y media después de haber limpiado todos los rincones y detallitos, trasladó los productos de limpieza al otro lado del pasillo, a la habitación de Marc Ferrara.

Al abrir se le encogió el estómago. Vio la cama, también enorme, en la que la anterior vez no se había fijado dada la actividad tan interesante que había encima.

La habitación era completamente blanca, excepto la pared principal, negra, donde se encontraba el cabecero de la cama, también blanco, resaltando. Nada tenía que ver con la personalidad del cuarto de Gala, lo único en común era la amplitud. Esta se veía más grande incluso, debido a la falta de objetos. Solo muebles, nada que hablara de él.

Caminaba despacio, mirando alrededor, cuando vio un arco que daba a un pequeño pasillo con dos puertas. Abrió la primera; daba a un baño, no tan grande como el principal, pero equipado con una ducha del tamaño de una bañera. Salió sin cerrar y abrió la otra. Sin quitar la mano del pomo, las piernas se le anclaron al suelo y el corazón se le paró.

Ante ella había un vestidor alargado, de repisas negras, con ropa colocadas tanto en la derecha; en estanterías con forma de cuadrados de diferentes tamaños, como en la izquierda; con muchos trajes colgados en perchas. En medio, aquello que la había inmovilizado al entrar: un cuadro gigante que ocupaba todo el hueco, tanto de alto como de ancho, captando completamente

su atención. En él aparecía sobre un fondo oscuro una mujer tumbada, desnuda por completo, con un cisne grande y muy blanco entre sus piernas. Supo que gozaba por su cabeza hacia atrás, sus ojos cerrados, el pelo desparramado y las piernas levemente alzadas, con los dedos de los pies tensos y estirados. Lo que no diferenció con tanta claridad fue el efecto que le provocó darse con él de bruces. Una sensación parecida a la que experimentaba cuando veía aquel de su despacho, el de los pulpos. Pero no era comparable. El otro la había repugnado y parecido fuera de lugar, este, en cambio, despertaba algo en su interior. Era erótico, sexi y, raramente, le transmitía paz. Se preguntó por qué aquel hombre poseía pinturas tan extrañas, exóticas y, sobre todo, eróticas representadas con mujeres y animales.

Saliendo de aquel emboque, se giró a la derecha y paseó los dedos por los trajes planchados minuciosamente y colgados como si fueran de exposición. Al otro lado, camisas, corbatas, correas y gemelos situados en sus correspondientes separadores. Nada que ver con su pequeño ropero donde amontonaba las cosas y que tenía que ordenar obligada por Silvana, nunca por decisión propia.

Le pareció estar dentro de un anuncio de colonias, solo fallaba su coleta despeinada y su uniforme.

Algo llamó su atención entre las cajas pequeñas que contenían las corbatas dobladas, ordenadas por colores. En un rincón, una estaba tapada. No supo por qué, pero cuando quiso darse cuenta su mano estaba elevando la tapadera rígida de color madera oscura. Nunca toqueteaba nada que no fuera suyo, mucho menos en casas extrañas, pero lo hizo. Al abrirla, un papel rígido bocabajo. Lo cogió, descubriendo que no solo había uno y que eran fotografías pequeñas. Al darle la vuelta a la primera, distinguió a una mujer joven, sonriente y embarazada. Supo que era la madre de Gala. Si siempre había creído que tenía gran parecido a su padre, era porque no había visto a su madre. Fue como si estuviera viendo a su amiga, con el pelo más largo y algunos kilos más. Pero aquella mujer era igual de bonita y tenía una sonrisa tan amplia como su hija.

La segunda foto la estremeció. Sin conocerlos, sintió algo fuerte que unía aquel hombre, un Marc mucho más joven, y a la muchacha que cogía en brazos como si fuera un saco de patatas. Le sonreía a la cámara, guiñando un ojo. Llevaba el pelo más largo que ahora y le dio la sensación de que portaba menos músculos. No parecía tan alto y enorme sin aquella masa muscular que lo componía. Sin embargo, había algo que lo hacía más atractivo. Felicidad.

Sí, era aquello. Estaba feliz, como si no fuera el hombre que paseaba con pasos firmes por la gran casa. Como si fuera alguien más despreocupado.

—No me gusta que toquen mis cosas —dijo una voz grave muy cerca de su oído, y la caja se le cayó al suelo.

Capítulo 11

Se dio la vuelta, sobresaltada, y se encontró de bruces con él. Estaba sudado, de nuevo medio desnudo y, lo que era más evidente de todo, muy enfadado. Nicolle tragó saliva. Era más grande que nunca, mucho más. Le pareció que ocupaba todo el hueco de la puerta y en su imaginativa mente lo visualizó dando un paso hacia delante, dispuesto a hacerle daño. Casi no se atrevía a mirar con fijeza los ojos oscuros y entrecerrados que la acusaban.

—Yo... Lo... Lo siento —se disculpó con el corazón latiendo muy deprisa en su pecho—. De verdad que lo siento. Estaba limpiando y... Y las cajas. Vi las cajas. Esta se cayó y...

Marc no quitaba sus ojos enfurecidos de encima y, sin tomar en cuenta aquellas excusas, se acercó, haciendo que la niña diera varios pasos hacia atrás, aunque ella no fuera su objetivo. Estaba aterrada. Se agachó a recoger la caja, descubriendo un anillo de oro que no había visto antes y que al parecer se había caído del interior, y se puso de pie de nuevo, dispuesta a guardarlo todo. Pero Marc le quitó con brusquedad el anillo y las fotos de la mano y, sin mirarlas, las metió en la caja que le correspondía para volver a situarla junto con las demás.

Ella seguía allí, esperando su reprimenda, con el pecho desbocado y las piernas temblorosas. No sabía si decir algo sería mejor o peor, así que se mantuvo en silencio. De algo estaba segura: su semana de prueba había concluido y, con ella, la posibilidad de continuar. Con los ojillos asustados observó a aquel hombre que de espaldas contemplaba sus corbatas. Su respiración era tan profunda que, aparte de oírla resonar en la estancia, hacía

que el cuerpo desnudo se moviera con brusquedad arriba y abajo, indicándole que estaba reprimiendo el impulso de girarse y gritarle, aunque no se contuvo por mucho tiempo. Se dio la vuelta y la encaró, de muy cerca, más de lo que le pertenecía. Y él lo sabía.

—Mira, niña —masculló con los dientes muy apretados—. Si algo valoro más que nada es mi espacio y mi privacidad. Que limpies lo primero, no te da derecho a hurgar en lo segundo. ¿De acuerdo?

Ella asintió muy deprisa y él observó sus ojos brillantes, muy asustados, a punto de echarse a llorar. Se habían enrojecido y el turquesa tan espectacular que con normalidad era casi cristalino, ahora parecía cristal de verdad. Si su piel de por sí era blanquecina, en aquel momento había perdido cualquier rastro de color.

«Maldita sea, tampoco ha sido para tanto», se dijo.

Pero la rabia lo había cegado al verla con aquellas fotografías en la mano. Contenían lo más grande de su vida privada, lo más oculto, y si no quería que nadie lo supiera era porque ni él mismo se permitía recordarlo. Nunca abría esas cajas, nunca hurgaba en los recuerdos materiales. Y aunque no estuviera bien tocar sus cosas, ella eso no lo sabía. No había sido justo entrar así de brusco y hablarle de esa manera.

—Estoy despedida, ¿verdad? —titubeó.

Marc se dio cuenta de su desesperación, de que quería seguir hablando y disculparse de nuevo, pero las palabras no le salían. Si sus labios ya eran carnosos y atractivos, temblando eran un jodido llamamiento al pecado. Por impulso, dio otro paso hacia delante, y ella hacia atrás, arrinconándose entre el cuadro y él, mirándolo asustadiza y preguntándose qué iba a suceder a continuación.

Lo observó de cerca pero muy por encima de ella. Tarea nada sencilla si no fuera porque estaba levemente encorvado y mirando hacia abajo. Un mechón de cabello, ahora no tan peinado como siempre y húmedo, al igual que su rostro y cara, caía sobre su frente, y sus ojos cafés se tornaron oscuros. Conforme el enfado desaparecía de ellos, la muchacha podía vislumbrar algo peor, mucho peor. No sabía qué, pero parecía un halo de oscuridad verdadera. De la que no se explica, solo se ve e intuye.

Marc sintió la necesidad de tocar aquel rostro simétrico y perfecto, y sin ser dueño de él mismo, sin pensar en quién tenía delante, alzó su gran mano y muy despacio lo acarició, contacto que consiguió que aquella boca se entreabriera a la vez que la niña cerraba los ojos, dejando que las pestañas reposaran en

sus pecosas mejillas.

Era tan bonita que dolía.

Todavía sintiendo la cercanía de aquel cuerpo sudado, el tacto de la mano enorme en su mejilla y una especie de aire caliente en su rostro, Nicolle abrió los ojos. Marc estaba a escasos centímetros y cada vez se acercaba más. Supo que iba a besarla, y no había otra cosa que deseara con más ganas en ese momento, a pesar del miedo y los nervios que acababa de pasar. ¿Por qué lo deseaba? No lo sabía. Era como si un imán la atrajera, aunque hasta entonces no se había imaginado que algo así fuera posible.

No con ella.

—Lo siento —dijo Marc, apenas en un susurro, rozándole los labios al pronunciar la disculpa—. Soy un bruto, no debería haberte hablado así.

Ella negó, moviéndose muy poco.

—No... Soy yo la que... —Y no le dio tiempo a decir nada más, porque él lo impidió.

Sacó la punta de la lengua y con ella, muy lentamente, repasó el contorno de aquellos labios con los que tanto había fantaseado en soledad. Lo hizo con calma, con deleite, casi con dolor. Después posó los suyos sobre ellos, solo un roce, y esperó una negativa de Nicolle que no llegó. Solo salió un delicioso suspiro y un llamamiento en sus ojos, enmarcados por aquellas cejas perfectas que parecían pintadas. Soltó un casto pero húmedo beso encima, manchándola débilmente con su deliciosa saliva, y se apartó. Por el momento.

—¿Sabes qué significa? —le preguntó él antes de besarla de verdad, porque la iba a besar, mirando tras ella sin mover la cabeza.

Nicolle supo que se refería al cuadro en el que se encontraba apoyada. Lo que nunca sabría era que él había estado en aquel vestidor todo el tiempo, observándola desde que había entrado mientras contemplaba la imagen durante muchos segundos.

Negó con la cabeza, otra vez casi imperceptiblemente, pero luego se atrevió a preguntar una duda que la corroía respecto a la obra:

—¿Es que te gusta el... sexo con animales?

Él sonrió ante el sonrojo que apareció en sus mofletes y dijo que no con firmeza.

—Nada que ver. Eso me parece monstruoso.

—Entonces, ¿por qué lo tienes ahí? ¿Y por qué también en el despacho? Los pulpos..., el cisne.

—Porque me recuerda a esa bestia que me persigue día y noche y a la que

no puedo controlar. Es una tortura autoimpuesta.

Las cejas morenas se fruncieron.

—¿Por qué querrías torturarte a ti mismo?

—Porque el dolor me hace sentir vivo —murmuró, sin apartarse de sus labios.

Incomprensiblemente, Nicolle se sentía segura, excitada y algo nerviosa, pero no en peligro. A pesar de tener a un hombre mayor frente a ella, cerca, rozándole los labios, acariciándole el rostro y diciéndole cosas que no llegaba a comprender sobre dolor escogido. Y así se lo hizo saber.

—No lo entiendo.

Marc cerró los ojos, suspiró y se maldijo por lo que estaba a punto de hacer. La besaría. Tenía que hacerlo. Después le diría quién era y la apartaría de él para siempre, pero primero tenía que probarla, aunque fuera como un chiquillo.

«Solo los labios —se dijo—. No la tocaré». Y se lo repitió como un mantra sin parar de mirarlos.

Ella los entreabrió, esperando que lo hiciera, sintiendo que los miraba como si no hubiera nada más delante de él, como si los anhelara, como si él sí se hubiera detenido a pensar alguna vez que aquello podría llegar a ocurrir.

Sin más, los atrapó y los poseyó a su antojo. Primero despacio, tanteando, saboreándolos, disfrutándolos, luego, cuando su dueña los abrió y asomó la puntita de su lengua, tuvo que tomar aire porque su pecho se había parado. Estaba tan caliente que no sabía si podría soportar aquello. Jadeó de manera involuntaria, se apartó para controlarse y, al ver los ojos celestes entornados, excitados y pidiendo más... Ahí, en ese instante, perdió la poca cordura que le quedaba.

La sujetó por la estrecha cintura y la pegó todo lo que pudo a la pared, aprisionándola con su cuerpo y devorándole la boca, chupándosela, atrapando la lengua cálida y tímida de la muchacha para disponer de ella a su antojo. Para su sorpresa, aquella niña introvertida y correcta que había conocido hacía poco le rodeó el cuello con los brazos con esfuerzo debido a su altura, lanzándose a él y buscando su calor. No se dio tiempo a arrepentirse, la levantó con facilidad, imponiéndole con el gesto que le rodeara la cintura con las piernas.

Lo hizo, provocando que el vestido del uniforme se subiera, dejando en libertad las medias blancas que él acarició con ambas manos, aprovechando que ella se sujetaba a él y que la pared los aguantaba a la perfección para

liberarlas.

—Nicolle... —murmuró ido, tocando aquellos muslos prietos, amansándolo sin ser brusco pero queriendo hincar los dedos en ellos. Rompiendo su propia promesa.

Qué pequeña era así, envuelta en su cuerpo, sujeta por él, perdida en su boca.

Qué bien olía.

Qué bien sabía.

Nicolle lo rodeó con fuerza y no paró de mover los labios. Era la primera vez que sentía un beso como tal y era lo mejor que había probado nunca. Nada que ver con los labios acolchados de Colin. Había tantas sensaciones correteando por su cuerpo, yendo directa a su sexo, que deseó que el momento no acabara. La tenía sujeta con brío, haciéndole saber que, si se soltaba, no se caería. Pero ella no lo hizo. Al contrario, aprovechó para meter sus dedos en el cabello de él, acariciarlo y tirar levemente hacia atrás, dejándose llevar por un impulso. Aquello tuvo que gustarle, porque Marc abandonó sus labios y soltó un gruñido. La nuez se movió debido al quejido del hombre, y ella tuvo un impulso de aquellos que no sabían de dónde venían, pero que le llegaban sin más en el instante en el que se calentaba. Tuvo un impulso y lo llevó a cabo. Sin soltar el agarre del pelo, sacó la lengua y le lamió el cuello desde abajo, casi en el nacimiento del bello del pecho, hasta arriba, dejando un reguero de saliva por el itinerario que llevaba hasta su mentón, el cual también chupó y mordió suavemente, haciendo que Marc se lamentara entre gemidos ahogados y varoniles.

—Maldita sea, Nicolle, vas a volverme loco.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada —dijo con preocupación, realmente sin saber. Era verdad. No creía haberle hecho nunca nada. No hasta ahora, al menos.

—Ese es el problema, que lo consigues sin hacer nada. —Le dio un beso, de nuevo húmedo, dejando un rastro que durante segundos dijera que él había estado ahí. Después, otro en la comisura—. Que me provocas sin pretenderlo. —Subió hasta su mejilla y la mordió suavemente, cosa que a ella le encantó—. Que me endureces sin proponértelo y me llevas empalmado por esta casa como si también tuviera diecisiete años. Joder, Nicolle, que estás haciendo con tu presencia que pierda la poca cordura que me acompañaba.

De nuevo atacó su boca, y la lamió, la saboreó, sabiendo que no ocurriría más, que era su única oportunidad. Sus manos también entraron en acción otra

vez, subiendo esta vez un poco más arriba de los muslos, rozándola por encima de las bragas muy suavemente, con un solo dedo.

—Dios, estás mojada —gruñó—. Estás empapada. —Ella se avergonzó por aquello y él se percató de que las mejillas volvían a encenderse—. No te avergüences. Es una delicia saber que soy yo quien te moja, quien te empapa...

Y al escuchar sus palabras, supo que podía continuar. Atrevida, bajó del cuello una de sus manos y le recorrió el rostro al hombre, acariciándolo mientras él la buscaba como un gato que ronronea ante el contacto de su dueño para besar la punta de aquellos dedos delgados de uñas cortas, rosadas y mal pintadas conforme bajaban por sus labios, su cuello y llegaban a su pecho.

—¿Puedo? —preguntó Nicolle.

Marc asintió en silencio, esperando el siguiente contacto. Los blanquecinos dedos desfilaban por su pecho oscuro que subía y bajaba tanto debido a la respiración que por unos instantes ella dudó si lo estaba haciendo bien o si su inexperiencia lo enfadaba. Justo cuando pensaba en aquello, él la miró tan hambriento que disipó toda duda. Notaba un bulto descomunal hincándose en su parte íntima, aprisionándola, y sabía a la perfección lo impresionante que era, porque lo había visto sin ropa de por medio.

Se dispuso a bajar despacio hasta él. Quería tocarlo, sentía la necesidad de seguir descendiendo hasta llegar a su miembro y sin percatarse lo hizo conforme lo pensaba. Estaba en el filo del pantalón, solo tendría que elevar su propio cuerpo un poco para dejarle espacio a su mano, ya que estaba totalmente pegado al de él. Pero cuando estuvo a punto de sumergir sus dedillos con cierto reparo, él habló, y el tono ya no era el de antes.

—Oh, *bonbón sucré*³, ¿qué estoy haciendo? —murmuró ido y cerrando los ojos.

De repente tocó el suelo con los pies, perdió el contacto, sintió el abandono en sus labios, el de su mano en la cinturilla del pantalón y ya no la envolvía aquel cuerpo fuerte. Aturdida, se recompuso en milésimas de segundo. Marc la había soltado, se había apartado y dado la vuelta.

Golpeó las cajas de corbatas con mucha fuerza, produciendo un sonido brusco que la hizo pegar las manos a la pared y parpadear, asustada.

¿Qué estaba pasando?

¿Por qué la había soltado?

¿Por qué estaba furioso de repente? Si hacía solo un momento...

—¡Yo soy ese maldito animal, Nicolle! —Señaló el cuadro con el dedo

índice, muy tenso—. Soy un jodido animal. Y tienes que apartarte de mí, porque ya sé que no razono cuando estás cerca, y después de esto...

—Pero... —intentó hablar, pero él no se lo permitió.

—Vete —le pidió, más bien exigió, bajando el tono de voz, apretando la mandíbula y apartándose a un lado para dejarle espacio. Después alargó el brazo en dirección a la puerta—. Por favor, vete. Y no le cuentes nada de esto a mi hija.

Obediente y todavía asustada, lo miró una última vez y salió del vestidor.

Con el corazón a mil por hora y la cabeza en otra parte se mantuvo en la habitación, limpiando lo que le pertenecía. Que hubiera ocurrido todo aquello no significaba que no fuera a cumplir con sus obligaciones. Aunque tuvo claro que durarían poco. Él no había respondido a su pregunta y no sabía si estaba o no despedida. Tampoco era que le importara demasiado después de aquello. Todavía no se explicaba qué había pasado allí dentro. Seguía nerviosa, temblando y con el corazón al borde del colapso. Si seguía palpitando tan rápido, reventaría. Así que se dijo que tenía que tranquilizarse y continuar.

Marc, escuchándola, no salió. Se metió en el baño y se mantuvo allí, mirándose en el espejo todo el tiempo que ella permaneció cerca. Se echó agua en la nuca y la cara, la frotó y volvió a mirarse, pero seguía encontrando el mismo reflejo oscuro y desesperado. De nuevo, el monstruo le sonreía apoyado en su hombro.

Una vez se hizo el silencio en el exterior, se metió en la ducha y se martirizó con agua helada cayendo sobre su cuerpo mientras cerraba los ojos, se sujetaba la polla erecta a punto de reventar y se aliviaba pensando en aquella boca que había devorado y en el cuerpo menudo que había tenido tan cerca. En ese momento, corriéndose en grandes cantidades mientras pensaba en que era ella quien recibía todo aquello gustosa, desnuda y arrodillada delante de su falo, gruñendo de placer, sacudiéndose con ferocidad, no sintió remordimiento. Después, los pocos que quedaron, se fueron por el desagüe, a la par de su leche y su vergüenza.

Gala la abordó en el pasillo. No le había dado tiempo de salir con los productos en un cubo, dispuesta a escaquearse, cuando su amiga se le echó encima.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó muy seria.

A Nicolle le fallaron las piernas y los argumentos.

«Mierda, me ha pillado —pensó—. Sabe lo que ha pasado ahí dentro. ¿Y si nos ha oído? ¿Y si se ha mantenido en el pasillo, detrás de la puerta, espiando? No hay tanta distancia entre la entrada y el vestidor... Puede haber escuchado el golpe de la caja, la conversación...».

Se percató de que continuaba esperando la explicación, plantada frente a ella y con los brazos cruzados.

—Eh... —balbuceó al tiempo que pensaba una excusa.

—¡Y sin arreglar! Jan ya está listo, y Colin seguramente también. —Fue entonces cuando se percató de que Gala iba con una ropa y un peinado diferente—. ¿Hola? Tierra llamando a Nicolle. ¿Has visto qué hora es? Te digo que tienes que ducharte y cambiarte.

Entendió que su única preocupación era la hora y la quedada. No sabía cuánto tiempo había invertido en la limpieza, y lo que no era la limpieza, y mucho menos recordaba sus planes para esa tarde-noche.

—Tengo que ir a casa.

—Ni hablar, llegaremos tarde, dúchate aquí. —La cogió por el brazo y la arrastró hacia la habitación—. Te buscaré algo sexi que ponerte. ¿Vestido?

Casi tropezando con sus propios pies y a punto de tirar el cubo, asintió mientras miraba una última vez atrás.

Arreglarse con Gala mirándote era como entrar en una película. Se plantaba frente a ti y emocionada sacaba prendas como si fuera una máquina programada. Nicolle pensaba que siempre descartaba los modelitos para no acabar con la diversión tan fácilmente. Aquel día, la escena duró mucho menos de lo habitual porque Gala tenía prisa. Así que no discutió con ella cuando eligió unos vaqueros muy ceñidos y una chaqueta negra, a conjunto con unas botas de tacón que ya le había cogido prestada a su amiga en otras ocasiones.

Como su pelo cogía aquella forma natural con volumen y rizos muy marcados en la parte inferior, con solo poner la cabeza bocabajo, meter los dedos, desordenarlo y echarle laca, quedaba como si hubiera salido de la peluquería. Se recogió la patilla izquierda con horquillas, peinándolo pulcramente estirado hacia atrás, y se maquilló.

Delante del espejo era otra. Más sexi, más mayor, más decidida.

Cuando bajaron a toda prisa la escalera, entre chillidos escandalosos, se encontraron a Marc cruzando desde la cocina hacia el salón.

—¡Papá! —gritó Gala, llamando su atención. Este se giró y enfocó a las dos amigas que bajaban, haciendo mucho ruido con sus zapatos de tacón—. ¿Puedo

llevarme la moto? Hoy no llegaremos tarde, te prometo tener cuidado.

Nicolle sintió cómo la miraba, aunque rápidamente apartó los ojos y se centró en su hija.

—¿Adónde vais?

—Al río.

—¿Y no cenáis?

—Nos comeremos algo en el Arrête primero.

—Puede llevaros Alfredo.

—Papá... —Y Gala sacó aquella parte mimosa que ponía ojitos y daba argumentos convincentes.

Mientras usaba sus armas de convencimiento, Nicolle observó a aquel hombre que hacía apenas una hora le había devorado la boca y tocado las piernas. Lo hizo sin disimular, estaban tan enfrascados en la discusión que no se percataría. Llevaba un pantalón vaquero y un jersey de color hueso. Podía oler su gel y perfume, a pesar del metro que los separaba. Y qué guapo estaba distraído, serio y discutiendo con alguien que no era ella. Cómo le gustaban sus cejas anchas y aquella barba que había rozado su rostro hacía tan poco. Y los labios, aquellos labios que ahora hablaban con determinación pero que antes... Se estremeció y una punzada de placer llegó a su sexo, haciendo que uniera sus muslos de manera inconsciente para aliviar el fuego que ahí se despertaba.

No supo en qué había quedado la conversación, y al parecer llevaban mucho tiempo enfrascado en ella cuando su amiga la apremió para que bajara los dos escasos escalones que faltaban y salieron al pequeño jardín. No sin antes girarse una última vez a mirarlo y, en esta ocasión, sí que fue correspondida.

—¡No entiendo para qué cojones quiero una moto! —exclamó Gala, haciendo sonar sus tacones con mucha furia mientras bajaba los escalones principales sin percatarse de la mirada que se estaban dedicando su padre y su amiga—. ¡Que para salir no, dice! Que ya es tarde, que es de noche. Entonces, ¿para qué la quiero? ¡Si quieres la uso por los pasillos!

Por supuesto todo esto lo exclamó mientras la puerta se cerraba y en un tono alto pero que no llegaba a penetrar en la vivienda. Gala tenía carácter, pero también educación, y ella sabía de sobra que no se atrevería a decirle todo aquello a su padre en la cara. Mientras esperaban a que Alfredo saliera, se puso a dar vueltas por el porche, alzando las manos y desatando su frustración.

—¿Qué más te da? Si de todas maneras nos van a llevar. —Nicolle se encogió de hombros y bajó con cuidado. Su manejo del tacón no era tan

experto como el de su amiga.

—Porque estoy harta de depender de alguien para todo. Me llevan, me traen, me cocinan, me limpian...

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Estás montando un drama de la nada. —Empezaba a desesperarse con aquella actitud de niña pequeña—. Sé realista, Gala. Si realmente quisieras demostrar que puedes hacer todas esas cosas, al llegar a casa te harías tú el almuerzo.

—Ya lo tiene listo Celine cuando llego.

—Pues le dices la noche antes que no lo haga. Punto. Y si no quieres que yo te limpie la habitación, se lo dices a tu padre y le explicas tus motivos. Cuando demuestres que de verdad quieres ser independiente, él lo entenderá y es muy probable que te deje la moto para salir, sin negociaciones de por medio. —En ese momento la puerta se oyó y Alfredo salió. Abridándose y saludándolas con una sonrisa se dirigió al coche y lo abrió—. Y no sé por qué te indigna tanto, yo estoy encantada de que me lleven y me traigan. —Le sacó la lengua a Gala mientras se acomodaban y esta sonrió, sin tener en cuenta el rapapolvo.

—Y encima le digo que no pienso beber conduciendo y me suelta que miento.

—Es que mientes.

—Ya, pero eso él no tiene por qué saberlo.

Y las dos rompieron en carcajadas mientras Alfredo las observaba por el espejo central, cabeceando divertido.

Capítulo 12

—¿Marc Ferrara? ¿A qué debo este honor?

Marc suspiró intentando que no lo oyera al otro lado del teléfono.

—Necesito verte.

—Mmm, está bien. Espera un momento... El martes a media mañana podemos vernos.

—No, Enara, no puedo esperar al martes.

—Pues intento hacerte un hueco el lunes a última hora.

—Tampoco —dijo. Con el móvil en la oreja se asomó a la pequeña ventana que daba al exterior y la contempló, montándose en el coche y sonriéndole a Alfredo—. Necesito verte mañana.

—Mañana es sábado.

—Lo sé, pero es urgente.

—No lo dudo, pero sigue siendo sábado.

—Enara, es urgente —repitió y ella suspiró.

—Sí, debe serlo, es la primera vez que me llamas tú y..., si no recuerdo mal, llevo como seis meses sin saber nada de ti.

Se sujetó el puente de la nariz y lo presionó, pensando qué decir.

—Lo sé. Te lo explicaré todo, pero de verdad, necesito que sea mañana.

—Está bien —claudicó la voz femenina al otro lado—. Si me dejas tirada de nuevo, será la última vez, Marc.

—Gracias. —Y colgó.

Después se mantuvo un rato ahí, fijo en el cristal, observando el coche alejarse y, cuando lo hubo perdido de vista, miró hacia la izquierda y enfocó

la cocina, que estaba encendida y donde Celine ya preparaba la cena.

Se dirigió a paso firme, tanto que sobresaltó a la muchacha al entrar. Al ver que era él, relajó los hombros y continuó enfrascada en el plato que estaba preparando, tarea que le duró poco tiempo, pues Marc se acercó por detrás, sujetó su cintura y posó sus labios en el cuello de color tostado que besó y lamió sin escrúpulo. Necesitaba desfogar de nuevo, y solo no le bastaba.

Hacía mucho frío para ir al río, incluso para ellos, que parecían no tenerlo nunca y aguantar temperaturas insoportables, así que se habían quedado en el Arrête tomándose unas cervezas y unas tapas que Séfora les había servido en la misma barra.

El lugar era económico y para nada acogedor, motivo por el cual le gustaba tanto a los adolescentes. La comida estaba exquisita, pero su bajo precio se debía a que eran platos que los padres de Séfora preparaban en un restaurante que tenían en la otra punta de París y que ellos calentaban en un microondas a la vista de todo el mundo. Aquel pequeño bar de tapas había estado al borde del cierre pocos años antes, pero Francis —el hermano mayor de la camarera—, que en aquella época seguía en la universidad, había expuesto como última opción convertirlo en un garete adolescente con paredes forradas de papel simulando ser ladrillo y recortes de todo lo que encontraban a bajo precio, en subastas o en otros bares a punto de cerrar. Lo mismo estabas en una mesa gastada de color rojo que en un sofisticado taburete negro y forrado de cuero. Sin hablar de los cuadros que tapaban agujeros o la acogida que a cualquier «artista» se le hacía con tal de tener rellena las actuaciones de los fines de semana. Y todo aquello sonaba fatal, sin embargo, lo tenían catalogado como una cervecería bohemia que lo mismo te ponía un burrito picante que un cóctel acompañado de frutos secos mientras escuchabas a un chico tocando el saxofón en la esquina del local.

Era muy normal encontrarte a la mitad de tu clase un viernes, y eso fue lo que pasó aquel. Cuando llegaron, los chicos ya estaban sentados donde siempre, guardándoles sus taburetes y, como no, pensó Nicolle, hablando con Séfora, quien se retiró unos centímetros al notar la presencia de las chicas. Estaba casi lleno, y eso que aún era temprano.

Incomprensiblemente para ella, Colin se giró en su taburete y le dedicó toda su atención mientras picaban algo. Le preguntó si había disminuido el estrés de aquella semana, cómo le había salido la prueba oral y por las clases de baile.

Estaban sumergidos en la conversación los cuatro, contando cómo Gala le

había pegado una paliza a Jan aquella tarde mientras jugaban al billar, cuando los ojos de Colin se distrajeron unos segundos. Poniéndole una mano en la pierna a modo de disculpa a Nicolle, se levantó y se abrió paso entre la gente.

Jan se encogió de hombros ante la mirada interrogativa de las chicas y la conversación se reanudó, aunque ninguna de las dos dejó de mostrar interés por la ida de Mansson, contemplando cómo se abría paso entre la gente con andar chulesco y desenfadado.

Nicolle lo entendió todo poco después, cuando lo vio manteniendo una acalorada conversación con Graciela, su exnovia. Ella estaba apoyada en una pared del local, alzando las manos, mientras él se frotaba la cara con desespero. No se les escuchaba, estaban lejos y había mucho ruido, pero no hacía falta. Incluso un grupito cercano los miraba y señalaban mientras hacían comentarios.

La conocía de sobra, a pesar de no haber cruzado con ella más de tres o cuatro frases. Era la envidia del instituto, el terror de los chicos y aquella que dejaba huella por donde pasaba. No lo entendía. Le parecía tonta, insípida, arrogante y maleducada. Muy guapa, sí, muy morena, muy alta, muy estilizada, con ropa muy guay y unas pestañas postizas, uñas postizas y pelo postizo que eran la envidia de todas las demás. Seguía sin comprender por qué una chica podía envidiar de otras cosas de quita y pon que, como su nombre indica, se pueden quitar y poner. Tanto Graciela como todas aquellas que las envidiaban. Si la conocía era solo porque en cuanto Colin comenzó a demostrar un poquito de interés en ella, Graciela se volvió loca y se le despertó un instinto desagradable contra Nicolle.

Nunca le había hecho nada que pasara de alguna frase con doble sentido, ni se lo haría, porque ella era muy guay y popular, pero Gala tenía cero reparos en soltar hostias como panes y, desde que llegó de España, su amiga había desarrollado una especie de instinto protector a su alrededor. Eso no evitaba las miradas con recelos ni que mascullara al pasar a su lado, cosa que a Nicolle le importaba poco.

—No pierde el tiempo, al parecer. —El comentario de Séfora hizo que Nicolle alzara la mirada por encima del botellín de refresco de naranja del que bebía y buscara lo mismo que la de la camarera.

Lo que hacía menos de un minuto era una pelea, ahora se había convertido en una escena pasional en la que Colin devoraba la boca de Graciela con furia, sin importarle las miradas de su público. Nicolle se dio la vuelta en el taburete giratorio y le contestó:

—Es un capullo.

—Creía que te gustaba —soltó con desenfado mientras rumiaba un chicle y fingía secar vasos, como siempre.

La morena, dándole otro trago al refresco, se encogió de hombros.

—Yo también —se sinceró. Después se mantuvo en silencio, comiéndose un trozo de tortilla.

No mentía, hubo un tiempo en el que Colin se paseaba con asiduidad por sus pensamientos. Era guapo y popular. Ahora sabía que también un gilipollas. Y, aunque no le hacía gracia que insistiera tanto con ella y se diera el lote con su ex delante de sus narices y las de todo el instituto y mitad de la universidad, tampoco le resquebrajó el alma.

Notó su cercanía poco después. Se sentó donde había estado y se internó en la conversación como si nada, haciéndose dueño de ella con facilidad. Nicolle hizo oídos sordos y con su mente se desplazó a un vestidor oscuro, a un cuadro peculiar de una mujer con un cisne entre las piernas y a la explicación que Marc le había dado sobre él. Era una bestia, le había dicho, una bestia de la que tenía que mantenerse alejada.

A pesar de aquella advertencia, mantenerse alejada era lo que menos le interesaba en ese momento, sobre todo después de aquellos besos, de sus palabras.

«Es una delicia saber que yo soy quien te moja», le había dicho con voz ronca y pausada mientras le toqueteaba las piernas.

Era una delicia. Ella. Y se lo había dicho el hombre más guapo, el tío más bueno que había conocido nunca.

—¡Nicolle! —gritó Gala, haciendo que la chica distraída pegara un pequeño respingo. Después miró a los demás y les explicó—: Lleva todo el día así. De verdad, ¿dónde coño te metes? Estás aquí físicamente nada más.

—¿Qué? —preguntó la aludida, obviando todo lo demás.

—¡Que te estamos hablando! Te decía que vamos a salir a fumarnos un piti. Ahora volvemos.

Un piti. Desde que comenzó su amistad, nunca había visto a Gala fumar. Entonces llegó Jan, con sus cachimbas y sus cajitas llenas de marihuana, y Gala se sumó a la fiesta. No todos los días, pero casi todos los fines de semana. Y ella odiaba cuando pasaban diez minutos y tenía aquella risa tonta de fumada que aparecía por cualquier idiotez y a la que todos acompañaban. Todos menos ella, que ni había bebido ni fumado.

Dados de la mano, se perdieron entre la gente hacia la salida. Se acababa de

quedar a solas con Mansson, y le hacía la misma ilusión que sumergirse en una bañera llena de cactus y frotarse el cuerpo con uno de ellos.

Colin no perdió la oportunidad y, antes de que posiblemente Jan y Gala hubieran llegado a la puerta, giró el taburete de Nicolle para que sus rostros quedaran unos frente al otro. Ella se encontraba absorta en un chico universitario que se había subido a leer un poema —admirándolo por su valentía, no por su potencial—, y el brusco giro la asustó.

—¿Qué haces? —le preguntó con poca simpatía y de nuevo destinó su atención al poeta.

Él entrecerró los ojos levemente y se mantuvo callado unos instantes, escudriñándola. Por un momento no le pareció la misma chica. No era la española tímida que se tragaba las palabras antes de lanzárselas a alguien.

—He pensado mucho en ti esta semana —le dijo con la voz muy ronca y posó ambas manos en sus piernas, acariciándolas con familiaridad.

Ella apartó la vista del chico menudo que recitaba y lo miró fijamente, con las cejas muy alzadas y los ojos interrogantes. Con rapidez le sujetó las manos y las quitó de encima suya. No quería aquel contacto; le asqueó. Cuán diferente había sido con el de aquella tarde... ¿Cómo dos personas podían tocar en el mismo lugar y hacerte sentir sensaciones tan antagónicas?

—Colin, ¿me estás diciendo en toda mi puñetera cara que me has echado de menos cuando acabo de verte dándote el lote con tu ex? ¿De verdad me lo estás diciendo?

—Me ha liado. No me gusta, de verdad. No quiero nada con ella, Nicolle, es una histérica. Me ha montado un numerito porque me ha visto contigo y...

—Has cortado el número comiéndole la boca.

—Nicolle, escúchame —murmuró bajando el tono y acercándose mucho a su rostro. Los labios, siempre marcados, ahora lo hacían más debido al enfado de la chica y Colin los deseó con fuerza—. Me ha besado ella porque quería que la vieras...

Lo interrumpió.

—Dale mi enhorabuena, porque he podido verlo yo y todo el local entero. — Séfora asintió, reforzando el comentario—. No creas que me importa, Mansson. Solo estoy disfrutando un poco de ver cómo te arrastras. Eres un cerdo al que le vale cualquiera de nosotras. —Se levantó del taburete, dejó diez euros sobre la barra para pagar sus consumiciones y se dirigió a Séfora, que seguía secando vasos. Al parecer tenía toda una fábrica de vidrio debajo de la pequeña barra—. Ya lo has visto con tus propios ojos, es un capullo. No te lo recomiendo.

Y sin más, desapareció entre la gente.

No sabía quién estaba más sorprendido, si el propio Colin, que se preguntaba en silencio que había pasado con la chica que él conocía, la camarera o ella, que se sentía estupendamente después de haberlo encarado.

—Eh, eh, ¿adónde vas? —Justo al salir, alguien la había sujetado por el brazo, gesto que la hizo girarse. Era Gala.

—A mi casa.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, abrochándose más el abrigo para combatir el frío—. Colin está dentro y...

—Colin, Colin, Colin. Estoy cansada de escucharte hablarme de él. Lo siento, Gala, pero no me gusta estar con él. ¡Se ha puesto a hablarme de su exnovia y después ha intentado acercarse! ¿Qué tipo de idiota hace eso?

—¡Estás celosa! —Mostró una sonrisilla—. ¿No te das cuenta? Eso es que te gusta.

Nicolle se metió las manos en la chaqueta, sin ganas de discutir. Era como darse contra un muro.

—Me voy a casa. El lunes nos vemos.

Cuando se dio la vuelta, la alcanzó de nuevo.

—Espera, espera. Está bien, vente a casa. Nos iremos ya. Es temprano, podemos hacer palomitas, poner una peli y hacer noche de chicas. Hace mucho que no hacemos una. ¿Qué te parece?

—Sabes que si abuso del privilegio un día Silvana se cansará, ¿verdad? —Pero no puso tantas objeciones como otras veces, porque tenía ganas de ir allí y tener posibilidades de encontrarse con Marc.

—Bag, de aquí a entonces aprovecharemos.

—La llamaré.

—Vale. Me despido de Jan y vuelvo.

Nicolle asintió mientras marcaba. Eran poco más de las nueve y Silvana estaba despierta. No puso inconveniente en que se quedara en casa de Gala, era en el único lugar en el que no lo hacía. Eso sí, al día siguiente bien temprano tenía que volver. Los sábados eran para limpiar, y ese fin de semana no iba a escaquearse, ya lo había hecho el anterior.

Cuando colgó, se apoyó en la fachada y se subió un poco más la cremallera de la chaqueta, intentando ocultar la boca en el interior y resguardarse de los seis grados que hacía. Se metió las manos en los bolsillos y echó un vistazo a la pareja, que unos metros más a su derecha terminaban de fumar entre besos y risas. Después miró al frente y observó cómo la gente caminaba por la calle

sin tener en cuenta la temperatura.

Allí todo era diferente. Nunca hacía demasiado frío, calor, niebla o incluso nieve... Nada que ver con Carmona, donde el frío asustaba, el calor era insoportable y las calles no se poblaban a no ser que hubiera algo importante en el pueblo o una fecha señalada.

Un grupo de chicos de su edad que fumaban en la puerta con sus botellines de cerveza en la mano se arremolinaron alrededor de alguien, en la acera de enfrente. Al principio no le hizo mucho caso, pero después de unos minutos de observar risas, miradas entre los componentes del grupo y asentimientos de cabeza, miró a Gala, que todavía fumaba y hablaba con Jan, y decidió acercarse para matar el tiempo.

Dentro del círculo encontró a dos chicos haciendo malabares. Uno iba disfrazado de payaso, con la cara completamente pintada y unos pantalones rojos, con tirantes del mismo color. Otro, vestido de negro, solo llevaba un corazón rojo pintado en la mejilla izquierda y un sombrero, negro también. Tenían en las manos una especie de bolos de colores, pintados como si fueran botellines de cerveza, con etiquetas grandes en las que se leían palabras escritas en mayúsculas como «Alquiler», «Exámenes», «Trabajo»... y que lanzaban al aire, se cruzaban y recogían con gran maestría. Unas veces mirando hacia arriba, otras al público, sonrientes, como si lo que estaban haciendo no fuera nada del otro mundo. Al final de la actuación, el chico del corazón rojo lanzó uno de los bolos al cielo, lo recogió con la frente, manteniéndolo ahí en pie unos segundos, y después se sacó del bolsillo del pantalón una pelota amarilla que también tiró hacia arriba y que se quedó colocada en la boquilla del botellín.

Una gran exclamación salió de la boca de los presentes y después rompieron en un gran aplauso. Ella se embobó contemplándolos y sonrió ampliamente. Descubrió por qué aquel dúo le gustaba tanto al público de su edad. Era un guiño a los estudiantes, a los malabares que tenían que hacer para conseguir lo que se proponía, y mientras aplaudía eufórica ella se preguntó si se vería en la misma circunstancia cuando ingresara en la universidad.

El aplauso cesó y la gente fue retirándose, pero ella se mantuvo unos segundos más viendo cómo colocaban los bolos de manera ordenada a un lado de la acera y sacaban más pelotas de una mochila que había en el suelo. El chico disfrazado llamó a su compañero y este levantó el rostro para mirarlo. Entonces, como un reflejo, de manera indirecta, se quedó fijo en la chica que con las manos metidas en los bolsillos los contemplaba. No pudo ocultar una

sonrisa al verla allí, en mitad de una noche fría de mucha niebla, bajo la nítida luz de una bombilla anaranjada que acrecentaba la belleza que poseía.

Nicolle arrugó el entrecejo ante aquel chico que tanto la miraba. No lo conocía, pero su cara le sonaba de algo.

No, no era su cara, eran ¿sus ojos?

En pleno análisis se encontraba cuando le sonrió ampliamente dejando la mochila a un lado, se levantó y, sin apartar la mirada, se acercó a ella.

—¿Tú? —le dijo, como si la conociera.

—¿Nos conocemos? —preguntó Nicolle, haciendo una mueca con los labios.

—Claro que nos conocemos, te confesé mi amor la semana pasada.

Ella alzó mucho las cejas.

—Creo que te equivocas de chica.

—Oh, no... —Sonrió aún más. Mucho más—. Créeme, no lo hago. Ni yo me enamoro tan fácilmente ni te podría confundir con ninguna otra.

Aquello hizo que ella también sonriera. Era muy guapo. Muy muy guapo. Tenía el pelo claro, sin llegar a ser rubio del todo, y un rostro que parecía dibujado. Ojos grandes, ambarinos y... Sí, lo conocía. De repente se acordó de él. Visualizó la escena de la semana anterior, cuando caminando hacia la caseta de la feria se chocó con alguien que la sujetó por los brazos y le dijo que se había enamorado de ella. Aquellos tres puntitos marrones que formaban un tres en raya en uno de sus ojos eran un detalle inconfundible.

—Me acuerdo de ti —reconoció de repente—. No mucho, la verdad, iba un poco...

—¿Dónde estabas? —exclamó una voz aguda detrás de ella, sobresaltándola—. ¡Joder, que me has asustado, llevaba un rato buscándote!

—Eh... —Nicolle le señaló a los chicos, y Gala suspiró—. Solo estaba haciendo tiempo mientras terminabas.

—Hola —saludó al chico con poco interés, dedicándole una sonrisa cortés, después se dirigió de nuevo a Nicolle—: Ya he terminado, ¿nos vamos?

Asintió.

—Encantado. De nuevo. —El chico del corazón estiró el brazo, ofreciéndole su mano. Ella la aceptó—. Soy Eric.

—Nicolle.

—¿Sueles venir por aquí?

—Sí, casi todos los fines de semana.

Le sonrió ampliamente.

—Bien. Porque sigo enamorado de ti, Nicolle. No lo olvides.

Se despidió con una sincera sonrisa y caminó en sentido contrario, sintiendo la mirada de su amiga sobre ella, que no esperó ni medio minuto para interrogarla.

—¿Quién era ese chico?, ¿os conocéis? La cosa es que me suena su cara, pero no sé si...

—No nos conocemos. Me lo crucé la semana pasada, en la feria. Bueno, más bien chocamos.

—¡Ya me acuerdo! Pues es muy mono. Un friki callejero, pero muy mono. —Nicolle puso los ojos en blanco y continuó caminando. No habían llamado a Alfredo—. Bueno, volvamos a lo importante. ¿Qué ha pasado con Colin? ¡Estaba que echaba humo!, Graciela estaba montando el numerito de nuevo cuando yo salía y Séfora partiéndose el culo de risa. Esa tía está loca, lo que yo te diga, a Graciela, me refiero, y él me ha preguntado por ti al salir.

Caminando bajo la fría noche, le contó todo lo sucedido. Gala no podía creerse que la española lo hubiera dejado plantado ahí y después de llamarlo cerdo, por lo que el camino estuvo lleno de exclamaciones y risas.

Cuando llegaron, la casa completa dormía. No había luces que evidenciaran lo contrario, así que entraron intentando no hacer ruido, se descalzaron y prepararon una bandeja que llevarse a la habitación. Refrescos, palomitas con mantequilla recién hechas y golosinas.

Tras discutir, como siempre cuando tocaba elegir películas, se quedaron con *La excepción a la regla*. Gala no era enemiga de las películas románticas, pero sí amante de las de terror. Nicolle jamás había visto entera una de estas últimas, mucho menos a solas con su amiga y en la habitación a oscuras. Por lo que cuando una se quejaba de tener que ver siempre «los pastelones con final feliz», la otra le decía que las de miedo las podía ver cuando ella no estuviera. Siempre se salía con la suya.

Aquella ya la había visto alguna vez. No recordaba si lo había hecho con Gala, y tampoco le vio más significado que a cualquier otra película. Pero esa noche sí que la contempló con otros ojos y su contenido la martirizó durante horas.

Cuando acabaron con toda la comida de la bandeja, apagaron la televisión y charlaron un rato, Gala cayó profundamente dormida, pero ella continuó bocarriba, con los ojos abiertos y pensando en los protagonistas. Ese chófer y la actriz que llevaban a cabo un amor prohibido.

Prohibición.

La palabra se repetía en su mente una y otra vez, acompañada de una imagen varonil, de pelo oscuro peinado hacia atrás, barba y labios carnosos y expertos. Cómo la había besado y enredado con su cuerpo en cuestión de segundos. Cómo le había revuelto el estómago y encendido el sexo sin apenas tocarla, solo con arrinconarla contra aquella pared.

Y el cuadro... Él era la bestia.

Una bestia que debía mantener lejos.

«Bestia», se dijo.

«El padre de mi amiga».

«Prohibición».

¿Sería aquella última palabra lo que la llamaba?

Cerró los ojos intentando conciliar el sueño con todo aquello resonando en su cabeza.

Aquella noche soñó con un susurro que la llamaba por su nombre, haciendo que se acercara. No quería ir, todo a su alrededor olía a peligro, incluso la voz que la nombraba sonaba amenazadora, pero sus piernas, aunque sigilosas, no dejaban de caminar. Un pie delante del otro. Un paso, otro y otro, resonando a la par de su corazón acelerado. Y el susurro que la llamaba con voz pausada, ronca, masculina y cada vez con más claridad. No tuvo duda de a quién pertenecía aquella voz.

De repente, un pasillo blanco, siniestro y con muchas puertas a ambos lados. Al final, una oscura, más ancha que las demás, completamente negra.

Supo que caminaba hacia la opacidad, que había otras muchas opciones, que podía abrir la primera puerta de la izquierda, o la de la derecha, daba igual, y no encontraría nada malo al otro lado. Sin embargo, no era ella quien decidía aquello. Siguió caminando hasta el final de la galería, hasta la puerta negra, con las pulsaciones cada vez más arrítmicas. Cuando puso una mano sobre el pomo oscuro, su corazón ya no palpitaba con fuerza, se le había parado. Lo sintió como un reloj viejo y oxidado al que de repente se le detienen los engranajes. Respiró profundamente y se mantuvo unos segundos quieta y dudosa, pero la voz volvió a envolverla, pidiéndole avanzar. Giró el pomo y abrió sin más.

En mitad de una sala blanca había una gran hoguera que consumía, haciéndolo ceniza sin piedad, un cuadro gigante que representaba a una mujer desnuda, con un cisne blanco entre sus piernas que la hacía gozar.

Lo identificó, asustada. Ella sabía cuál era aquel cuadro, a quién pertenecía.

Corrió para salvar la obra, pero las llamas se alzaban fieras sin permitirle el paso. A pesar del peligro, estiró el brazo, intentándolo con todas sus ganas. No sabía por qué tenía esa necesidad de arriesgar su integridad por una obra que, a pesar de reconocerla, no le importaba tanto, de hecho, nada en absoluto. Aunque en su interior la desesperación era latente y algo le pedía que lo hiciera, que lo sacara de ahí.

Lo sujetó con fuerza, internándose en el fuego, y sintió el calor. Un calor desgarrador e intenso que consumía su piel por segundos. Cuando se dio cuenta de que era imposible salvarlo, recuperarlo intacto de las llamas, pegó un salto hacia atrás, apartándose y cayendo al suelo. Se miró el brazo quemado y al cuadro de nuevo, teniendo una última visión de la cara de placer de la mujer desfigurándose debido a las llamas.

Gritó, angustiada, dolorida por las quemaduras y con la respiración descompasada, diciéndose a sí misma que no tenía por qué hacerlo, que se quemaría de nuevo. Pero esa sensación de protección, ese halo invisible que la empujaba a acercarse, volvió. Se levantó y se acercó para intentarlo, pero al llegar, ya era tarde. La obra se había quemado, consumido.

Entonces lo comprendió. Allí, de pie, exhausta y asustada, al fin comprendió.

Ella era la mujer.

Él, el cisne. La bestia entre sus piernas.

Juntos eran el fuego que acabaría con todo.

Y, a pesar de que algo la avisaba de que huyera, de que corriera en dirección contraria al tentador calor, supo que siempre se arriesgaría a quemarse y, con ello, a convertirse en ceniza.

Se despertó sobresaltada y sudando.

No había sido la pesadilla la que había irrumpido su sueño, sino un ruido.

Capítulo 13

Eran los acordes de un piano, o eso le pareció. Miró a su alrededor, desorientada, y comprobó que Gala dormía como si nada, haciendo oídos sordos al ruido que escuchaba sobre su cabeza. Ojeó el reloj y comprobó que eran más de las dos de la mañana.

¿Quién se ponía a tocar el piano como si nada a aquellas horas?

Desvelada entre el ruido y la pesadilla que acababa de tener, se incorporó en la cama y puso los pies en el suelo. Después agudizó el oído y se concentró en la canción. Sabía cuál era. Se las sabía casi todas, de hecho. En clases de Clásica siempre ensayaban con Roque al piano tocando en directo, aunque a veces eran los chicos del conservatorio quienes lo hacían para subir notas o simplemente para mejorar.

Se puso de pie, tomó un poco de agua de la botella que había sobre la mesilla y con el móvil en la mano salió de la habitación, siguiendo las notas pausadas de *Una mattina*. Fingió dirigirse al baño, alumbrada por la luz de la pantalla de su teléfono, y se detuvo a un paso de la escalera que subía hacia la tercera planta, de donde procedía el sonido. Aguardó unos minutos, escuchando la música con los ojos cerrados. Adoraba el piano a secas. Casi siempre en clase era acompañado del violín, pero le parecía increíble lo que podían conseguir dos únicas manos que se cruzaban y fundían como un puñado de ellas.

—Nicolle —la asustó una voz a su espalda, minutos después.

Había sido un susurro, pero el susto fue tan grande que el móvil se le cayó de las manos y casi lo hace ella del primer escalón.

Gala estaba detrás, con los pelos desmarañados y la cara somnolienta. Nicolle cogió el móvil con rapidez y se sujetó el pecho.

—Joder, me vas a matar. ¿Qué haces aquí?

—Me he despertado al escucharte y he venido a hacer pis.

—Pues casi vas al entierro de una amiga también.

Gala sonrió y le habló en susurros:

—Anda, acompáñame y vámonos a la cama. A mi padre no le gusta tener público.

—¿Es tu padre el que toca?

Gala asintió mientras se dirigía al baño y ella la seguía.

—Sí.

—¿Y no tiene otra hora? ¿No os molesta que lo haga de madrugada?

—Estamos acostumbradas. —Entraron al baño, y se sentó en el váter mientras Nicolle se apoyaba en la puerta cerrada, esperándola—. Casi siempre toca cuando no hay nadie o no lo escuchamos, que suele ser por la noche. Y cuando lo hace..., malo.

—¿Por qué?

Estaba tan intrigada que ni siquiera se percató de que su amiga había acabado y se estaba levantando para marcharse. Dispuesta a seguir con la conversación, se sentó ella a hacer pis.

—Pues porque está frustrado, enfadado, triste o con ganas de matar algún trabajador. ¿Podemos seguir hablando mañana? Estoy deseando volver a la cama.

Nicolle tuvo que acatar aquel deseo y volver a la habitación. Era la primera vez que se dormía bajo el efecto de los acordes de un piano, pero tuvo que ser efectivo, porque a pesar de haberse desvelado, al otro día no recordaba apenas el haber apoyado la oreja en la almohada.

Era temprano cuando Marc salió de su casa. Tanto que todavía no había nadie merodeando por ella. Como sabía que Enara no estaría disponible hasta al menos un par de horas después, se fue a una cafetería cercana a leer el periódico mientras se bebía la primera dosis de su café.

Odiaba matar el tiempo, pero se había dicho por el camino que aquel día dejaría todo el trabajo a un lado.

Cuando el reloj marcó las ocho y media de la mañana, pagó y salió. No había concretado ninguna con Enara, pero sabía que era una mujer que aprovechaba el tiempo y que empezaba el día desde bien temprano, como él.

Sin equivocarse, cuando llegó la puerta estaba abierta. No del todo, como cualquier día laboral, pero sí para que supiera que estaba dentro.

Pasó sin entretenerse en la decoración de la pequeña sala recibidora; se la sabía de sobra. Después, como detrás del mostrador no había nadie, se dirigió a la única puerta que había en el local, a excepción del baño, y golpeó un par de veces con los nudillos.

—Adelante.

Pasó a la habitación color miel. Enara estaba detrás de su escritorio, enfrascada en unos papeles.

—Buenos días.

—Buenos días, Marc. —Alzó los ojos y le sonrió—. Llevas el pelo más largo.

—Y tú más rojo, aunque creía que no era posible. —Le devolvió la sonrisa.

Ella estiró su brazo y lo invitó a sentarse en el diván.

Marc suspiró, miró al techo para tomarse un segundo y, sin protestar, algo extraño en él, lo hizo.

Estar sentado ahí le resultaba un sinónimo de locura.

—Bien, cuéntame. ¿Qué es tan importante para hacerme madrugar un sábado y estropearme el perfecto plan que me esperaba de un desayuno en la cama? ¿Qué es tan urgente para volver después de no haber dado señales de vida en meses? Tengo tu expediente aquí delante y pone claramente tus últimas declaraciones en las que, como siempre, te negabas a tener un problema.

—Y no lo tengo.

—Ajá. Entonces estás aquí porque...

—Porque me gustas y ya no sabía cómo hacerlo para verte.

Ella soltó una carcajada, cabeceando. Aparte de la relación profesional que los unía, se conocían desde hacía muchos años, desde la universidad. Enara era una buena amiga a la que veía poco pero siempre tenía ahí.

—Marc, no me mires así. Yo no soy una de esas a las que cazas con tus ojitos oscuros y tu palabrería.

Salió de detrás de su escritorio y caminó hasta el sillón que había junto al diván bajo la atenta mirada del hombre que la devoraba. Siempre bromeaba con ella, pero no podía negar que tras aquellas palabras adornadas de risa se encontraba el deseo de follarse duramente a la mujer de curvas exuberantes y pelo rojo pasión. Era impresionante, y no solo físicamente. Tenía un aplomo y una endereza que él admiraba. No solía atraerle que las mujeres tomaran el control en la cama, pero con ella era diferente. Tenía tanto carácter, era tan

directa y cortante, que se imaginaba cómo sería tenerla encima, debajo o de cualquier manera, pero gritando de placer gracias a él. Ella que siempre llevaba el control de la situación, rendida ante él.

—Eso es porque nunca me lo he propuesto en serio. —Le guiñó un ojo.

—Lamento decirte que estoy conociendo a alguien. Túmbate.

Él obedeció.

—Si lo lamentas, es porque preferirías probar conmigo que con...

—Alex.

—Alex —repitió él.

—Vamos, ahora dime la verdad. Ya que me quedo sin desayuno, apuesto por un almuerzo en condiciones, y a este paso...

Su sonrisa desapareció, sus hombros se tensaron y volvió a la realidad. No estaba allí hablando con una amiga, no. Tuvo que apartar los ojos hacia otro lado para confesarlo:

—Creo que he vuelto a recaer.

—¿Por qué? —preguntó, ya con la libreta y el bolígrafo en la mano. Marc ni siquiera había visto de dónde los había sacado.

—Porque me siento mal.

—¿Te has acostado esta última semana con mujeres?

—Sí.

Lo apuntó.

—¿Todas diferentes?

—Sí.

Volvió a apuntar.

—¿Has repetido con alguna?

Lo pensó un momento, recordando a Celine.

—Sí. Con una.

—¿Y es esa que te trae de cabeza directo a mi consulta?

—No.

—Bien.

Se tomó unos segundos en las anotaciones. Era la parte que más odiaba, más incluso que la de hablar y contar en voz alta lo que lo atormentaba. Saber que Enara sacaba sus propias conclusiones y las anotaba todas lo exasperaba. Al principio había intentado grabar las sesiones, pero él se había opuesto sin negociaciones y con rotundidad. Lo conocía mucha gente y si alguna vez aquello salía a la luz...

Enara se cruzó de piernas, apoyó la libreta en una de ellas y lo miró.

—Marc, sabes de sobra que la adicción sexual no puede medirse y mucho menos diagnosticar como tal a la ligera, pero sí es un problema, una realidad, y se identifica. Llevamos mucho tiempo tratando esto sin llegar a una conclusión. Tu adicción viene de algún lugar, está arraigada. Solo hay que buscar esa semilla sembrada que lo empezó todo. —No contestó, pero no hacía falta que buscaran nada, él sabía a la perfección cuándo y quién la había plantado—. Eres consciente de ello, por mucho que lo niegues en voz alta o te lo niegues a ti mismo. Si no lo identificaras, no estarías aquí hoy. Dime, ¿cuál es la principal diferencia entre tener ganas de sexo o necesidad?

—El control —respondió con seguridad, mirando al techo—. El poder decidir cuándo, cómo y con quién.

—Bien. De todas las mujeres con las que te has acostado desde que no vienes, ¿cuál ha sido la diferencia que te ha marcado con la mujer de la que hablamos ahora?, ¿qué ha pasado para que te replantees venir y buscar una solución?, ¿o no ha sido una mujer en concreto y el cúmulo es lo que te ha hecho recapacitar?

Negó.

—La diferencia entre todas y ella, es que con ella no he follado.

A la terapeuta la respuesta la cogió por sorpresa, pero no lo demostró. Nunca lo hacía. Antes de anotar, quiso saber más.

—No te entiendo. —Cruzó las manos encima de la libreta.

—Tiene la edad de mi hija —la miró a los ojos—, de hecho, es amiga de mi hija, y trabaja para mí.

Si a Enara le había escandalizado la información, tampoco lo demostró, pero Marc sabía que aquel era su trabajo, que estaba acostumbrada a escuchar de todo y que pocas cosas conseguían sorprenderla a aquellas alturas.

—Es decir, que la tienes en casa.

—No interna, pero sí cada tarde.

—Y eso, evidentemente, refuerza la atracción.

—Evidentemente.

Ahora sí anotó algo.

—¿Y cuál es el problema?

Marc la miró con las cejas alzadas y se incorporó, sentándose y bajando los pies al suelo.

—¿No me has escuchado? Tiene la edad de mi hija. Diecisiete años, Enara. Diecisiete. Es una niña, me cago en la puta, es menor.

—No debería ser esa tu mayor preocupación. ¿Qué es la edad, Marc?

—En este caso, un delito —farfulló.

—¿En serio me hablas de mayoría de edad? Ni siquiera sé si es moralmente correcto decirte esto como profesional, pero ya que tú te has tomado la licencia de levantarte y sentarte sin que te lo indique, me la tomaré yo de decirte lo que pienso. La mayoría de edad no es más que la determinación de la capacidad y madurez para desarrollar cierto tipo de actos como conducir, beber o poder votar quién quieres que gobierne tu país. Me parece algo ridículo, porque nosotros mismos lo echamos por tierra. ¿Crees que en Francia se puede tomar decisiones a los dieciocho que en Albania se toman a los catorce? Por esa regla de tres, si hubieras nacido en otra porción de tierra diferente y te acostaras con ella, no sería delito, ¿no?

»Hay otros muchos factores más importantes que los años que lleva viviendo. El primero, ¿sabe esa chica algo sobre ti, sobre lo que te pasa?, ¿le gustas?, ¿ha habido algo entre vosotros que te otorgue su consentimiento? —Marc no contestó. No pensaba contarle lo que había pasado en el vestidor, así que solo negó—. ¿Crees que podrías aportarle algo?, ¿que te lo aportaría ella a ti?, ¿piensas que puede haber algo más que sexo? Necesitas reflexionar sobre muchas cosas, y necesitas aclararte primero. ¿Has vuelto a fumar desde que no te veo?

—No.

—¿Has elegido con qué chicas acostarte?

—Sí.

Casi siempre, aunque eso tampoco lo confesó.

—¿Te has negado a mantener relaciones con alguna de ellas?

—Sí.

—¿Te has acostado con alguna menor?

—No, que yo sepa.

La pelirroja cerró los ojos, suspiró y le sonrió.

—¿Te has planteado que todo esto no tenga nada que ver con tu adicción y que simplemente esa chica te guste? Si todo lo anterior es cierto, hasta ahora has tenido tú el control.

—Pero vuelvo a perderlo —murmuró, recordando todo lo que experimentaba cuando la tenía cerca y lo difícil que le estaba siendo mantenerse a raya. Recordando todo lo que había pasado hasta entonces.

—Las personas nos hacen perderlo constantemente, Marc, y no por ello hay una adicción detrás. Mira —se giró un poco y soltó la libreta y el bolígrafo sobre la mesa, lo que significaba que dejaba de ser su terapeuta para darle un

consejo de amiga—, piénsalo bien, plantéatelo de esa manera. Y si crees que esto solo son complicaciones, tanto para ti como para ella, si piensas que podrás empeorar teniéndola cerca, solo tienes que mantenerte lejos. Las drogas apartadas del drogadicto. El vicio lejos del vicioso. —Le sonrió, mencionando la frase que él siempre decía antes de salir de la consulta—. Enfócate en otra cosa. Por supuesto, que no afecte tu bienestar. Nada de tabaco o alcohol. ¿Entendido?

Asintió, levantándose. De repente todo le parecía absurdo. La llamada a Enara, su visita...

—Siento haber estropeado ese desayuno matutino.

—Recompénsamelo tomando algo. Hace mucho que no nos vemos y tienes que ponerme al día.

—¿Tienes algo que hacer ahora? Te invito a una cerveza.

—Sin alcohol. —La pelirroja alzó el dedo, advirtiéndolo.

—Por supuesto —fingió él—. Sin alcohol. ¿Tienes algo que hacer o no?

Negó.

—Pero es muy temprano para una cerveza, ¿no?

—Pues te invito a un *brunch*. Aunque antes tengo que pasar por casa. Será solo un minuto, después me cuentas sobre ese tal Alex y te doy un par de consejos para hacer disfrutar a una pelirroja despampanante y que puedas trasladárselo.

—¿Trabajo? —le preguntó risueña, omitiendo su último comentario, y él asintió—. Los sábados no se trabajan. A no ser que seas una pringada y no sepas decir que no.

Marc soltó una carcajada y le prometió:

—Será solo un minuto. Coger un papel importante por si recibo la llamada que espero y nada más.

—Si esperas a que organice un poco esto y cierre la consulta... Serán menos de diez minutos.

—Claro. Lo haré en la puerta, fumándome un cigarro.

Ella lo fulminó con la mirada, pero no pudo evitar soltar una carcajada. Juntos recogieron, dispuestos a pasar la mañana poniéndose al día después de mucho tiempo. Antes de salir, Marc dejó sobre la mesa una cantidad muy razonable de dinero que pagaba la consulta y las molestias con creces.

Antes del *brunch* prometido, pasaron por la casa de Marc y Enara entró, a pesar de haber insistido esperar en el coche. Él de ninguna manera lo habría permitido. Así que la hizo pasar y tomar asiento en la cocina mientras Celine

le ofrecía algo de beber.

Se conocían de veces anteriores, por lo que enseguida se pusieron a conversar. Cuando Marc bajó con el papel ya guardado, se añadió a la charla a la espera de que Enara se tomara el refresco que le había servido.

Entre risas, fueron completamente ajenos a la chica morena que apresurada bajó las escaleras desde la segunda planta. Había quedado con su madre para la limpieza de los sábados y se le hacía tarde.

Pisó el último escalón oyendo alboroto. Iba a despedirse de Celine, que seguramente ya estaba manos a la obra en la cocina, preparando los desayunos, y supuso que Marc estaba también, porque Gala seguía durmiendo y en la cocina se oían voces entremezcladas.

Se emocionó al pensar que lo vería, pero, muy al contrario de lo que imaginaba, se quedó inmóvil en el umbral. Había alguien haciéndole compañía y pudo examinarla desde su posición. Él estaba de espaldas y ella de perfil. Una exuberante mujer de pelo larguísimo, muy rojo, del color de la sangre, metida en un vestido oscuro que hacían resaltar sus pechos y, lo que le pareció, una estrecha cintura. La pelirroja rio, echando la cabeza hacia atrás, y pudo ver lo maquillada que estaba y lo guapa que era. Desprendía belleza y seguridad por los poros. No le gustó que una mujer así estuviera con él, en su casa y haciéndolo reír. Se le veía cómodo, con naturalidad, lo que la hizo sentir mucho peor.

Notó un latigazo en el pecho a la vez que se hacía pequeña.

Sin despedirse de Celine, a la que ni siquiera había visto, se dio la vuelta y se marchó.

Alfredo, que al parecer ya había sido informado por su amiga la noche antes, la esperaba sonriente junto al coche.

Le dio los buenos días y subió.

El chófer la observó más que nunca a través del espejo. Admiraba la belleza marcada de la joven y la educación que poseía. Le divertía la insistencia de cada día por convencerlo de que no era necesario que la llevara a casa, que podía volver caminando. Él le recordaba que era su trabajo y que no le molestaba, y aunque ella lo aceptaba, al día siguiente se lo repetía de nuevo. Pero aquel día no se negó, ni siquiera habló. Iba sumida en el exterior a través del cristal de la ventana.

—No ha estado muy habladora hoy —advirtió mientras se bajaba del coche para despedirse. No le abrió la puerta. Como siempre, se había adelantado. Ella inclinó la cabeza y lo miró con desaprobación mientras se colgaba la

mochila en un solo hombro y él enseguida supo el motivo—. Quiero decir que no has estado muy habladora hoy —recalcó el tuteo, consiguiendo una sonrisa por parte de Nicolle.

—Estoy un poco cansada —se limitó a decir—. Feliz fin de semana, Alfredo.

—Igualmente —le deseó el hombre mientras esperaba a que entrara y cerrara la puerta.

Sabía que mentía. Sus ojos celestes estaban apagados y preocupados, pero ¿quién era él para inmiscuirse en los problemas de una adolescente? Nadie.

Cuando llegó el lunes, se dio de bruces con que Marc no estaba. Habían sido un par de días largos, de imaginar quién era aquella mujer pelirroja, qué pasaría cuando se vieran de nuevo, de qué hablarían, si seguía trabajando allí, porque después de su encuentro no había tenido oportunidad de concretar nada, y lo más importante, el beso. Los besos. Su boca. Su olor, que parecía perseguirla a todas partes, impregnándose en ella para que su recuerdo no desapareciera con facilidad. ¿Habría supuesto lo mismo para él?, ¿la recordaría a todas horas?, ¿también su olor lo acompañaba adonde quisiera que fuera? Tenía muchas preguntas, dudas que correteaban desbocadas por su mente, no obstante, todas se quedaron en el aire cuando la clase particular de aquel lunes comenzó y solo estaba Gala.

Ni rastro de su padre.

La decepción la acaparó por completo.

Dudosa, le preguntó por él. Esta le respondió sin importancia ninguna que le había salido un asunto urgente que solucionar en Le Mans. Algo sobre un talento para la discográfica que Nicolle no entendió. No sabía a qué discográfica se refería, pero le daba igual, lo único que supo era que allí no estaba.

—¿Por cuánto tiempo? —quiso averiguar mientras tomaba asiento.

—Creo que dos o tres días, ¿por qué?

—No, por nada especial. Solo que no hemos hablado de si continúo trabajando o no.

—¿Por qué no ibas a hacerlo?

—Porque estaba en la semana de prueba y eso fue lo último que supe.

Celine, que prestaba más atención a la conversación de las muchachas de lo que lo hacía habitualmente y que no le quitaba ojo a las reacciones de la morena, intervino:

—El señor Ferrara ha dejado aquí un sobre, Nicolle, y me ha pedido que te lo diera.

Aunque intentó no inmutarse, los ojos le brillaron mientras la cocinera le acercaba el sobre blanco. No lo abrió, pensando en la posibilidad de que pusiera algo privado que Gala no pudiera ver, y la clase comenzó sin más.

Cuando terminó, impaciente se metió en el baño de la planta inferior con la excusa de hacer pis y abrió el sobre temblorosa y expectante por lo que pudiera decirle. Pero cuando metió la mano en él solo había trescientos cincuenta euros, tal y como habían acordado, y una nota muy pequeña que decía:

Si estás conforme, puedes continuar durante todo el mes.

Marc Ferrara

Le dio varias vueltas al papelito, al sobre, y buscó entre los billetes, pero allí no había nada más. Nada, absolutamente nada.

Decepcionada, se cambió de ropa y comenzó a limpiar.

Lo que en principio eran dos o tres días de ausencia, se convirtió en una semana completa. Una semana que Nicolle pasó con la cabeza en otro lugar, en otra persona. Las clases fueron monótonas y aburridas y apenas se enteró de nada. No le interesaban en absoluto, por mucho que quisiera convencerse de lo contrario. Por las noches, los repasos diarios que le daba al temario los hacía por costumbre, pero cuando quería darse cuenta había acabado en la pasta de la libreta, garabateando sin saber qué había leído.

Se refugió en sus punteras y disfrutó de las clases de baile todo lo que le fue posible, que aquella semana parecieron darle tregua y no fueron tan insoportables y tediosas como siempre, y la limpieza ya se hizo parte de su rutina. Lo único que sobresalió ligeramente de aquel hábito fue la limpieza de la cocina y la alacena, a la que Celine se unió. Mientras ella limpiaba, la cocinera ordenaba. Al parecer le gustaba hacerlo para que no le movieran nada de sitio. Agradeció la compañía y la conversación.

Se enteró de que la chica era poco mayor que ella —veintitrés años— aunque aparentaba mucho más debido a su exorbitante cuerpo, que era procedente de Puerto Rico y que había viajado a Francia con una hermana y con la clara intención de quedarse. Trabajaba y estudiaba, al principio solo de día, después Marc le ofreció la oportunidad de encargarse de más tareas y de vivir allí, y aceptó encantada. Con lo que cobraba y quitándose de encima el

alquiler, la luz, el agua y cualquier impuesto, era casi como recibir dos sueldos al mes.

También conoció un poco más a Alfredo en sus idas y venidas, aunque este era más prudente y mantenían conversaciones banales.

Por otro lado, pasó poco tiempo con Silvana, que seguía buscando trabajo encarecidamente, y una de las tardes en casa de su abuela Frida, a la que en las últimas semanas había visto en pocas ocasiones.

Colin no se acercó a ella más de lo estipulado. Pasaban los recreos juntos, como siempre, pero no se dirigían la palabra más allá de la cordialidad o de los temas que tenían que compartir sí o sí. Nadie habló de lo ocurrido el viernes anterior y no se había cruzado con Graciela por los pasillos ni el recreo. Lo agradeció, no se veía capacitada para lidiar con algo más durante aquellos días, mucho menos con una estúpida de aires subidos incapaz de accionar dos neuronas para razonar con alguien.

Gala decía que estaba insoportable y ella se dedicaba a desmentirlo una y otra vez, disimulando, o intentándolo, su frustración.

De nuevo, conforme la semana avanzaba, se preguntaba qué ocurriría cuando volviera y se vieran otra vez. Se repetía millones de veces al día que en aquel sobre no ponía nada porque podría ser comprometido que alguien de la casa lo leyera. Después, de nuevo, se perdía en un vestidor, en un pecho duro y sudado, en unos brazos que la rodeaban... Y por la noche no necesitaba ver aquellos vídeos porno que tanto le gustaban; con el recuerdo de aquel hombre devorando su boca le bastaba para retorcerse de placer.

Cuando rememoraba la belleza pelirroja de la cocina de nuevo la efusividad se esfumaba y volvían los nervios, la incertidumbre y el miedo. Entonces caía sobre ella aquel complejo de inferioridad tan grande e intentaba convencerla de que había muchas posibilidades de que en la nota no pusiera nada porque no quería ponerlo, sin más. Porque no le gustaba, porque para él solo era una cría.

Y la pelirroja volvía a su mente. Tan alta, tan madura, tan guapa, tan despampanante, tan segura de sí misma. Tan, tan, tan. ¿Se habría ido con ella?, ¿sería su novia?, ¿la habría besado justo después del encuentro que tuvieron en el vestidor?

Cuando las horas eran agonizantes y ya no había pensamientos para nada ni nadie que no fuera él, llegó el lunes siguiente. Según Gala, algo se había complicado y requería su presencia, no sabían durante cuánto tiempo. Ya nada tenía que ver con la discográfica —que se enteró que poseía gracias a Celine

durante el día de limpieza juntas—, sino a una de las escuelas. No preguntó más, tenía miedo de parecer más ansiosa de lo que debería y que Gala se diera cuenta de algo.

Aquel primer día de la semana llovía. El sudor de su cuerpo, debido a la dureza de su clase de baile que había terminado apenas diez minutos antes, se mezclaba con la humedad del camino. Estaba sentada en la cocina de su amiga, quien la había recogido en la moto. Gala, que no iba preparada, se había mojado más que ella, que siempre llevaba un chubasquero de plástico guardado en la mochila por lo que pudiera pasar.

Gala había subido un momento a su habitación a cambiarse de ropa y Celine estaba dentro de la alacena. Ella se había negado a ponerse otra ropa; no estaba tan calada y tras la clase particular sudaría de nuevo limpiando.

Preparando los apuntes sobre la mesa estaba cuando escuchó cerrarse la puerta principal, soltar las llaves en algún lugar sonoro y los pasos firmes acercándose. Entonces, el día que menos esperaba, cuando por unas horas se había olvidado de él y conseguido centrarse en lo que debía, alzó la cabeza y se lo encontró parado en el umbral, como la primera vez que lo vio.

Todo el dolor, la agonía, el miedo y los pensamientos negativos acababan de desaparecer de un plumazo.

Capítulo 14

«Madre mía, qué guapo está», pensó mientras le dedicaba una tímida sonrisa.

Él seguía sin moverse, como si no supiera qué quería hacer, pero Nicolle no se percató de eso, porque el tiempo se había parado para que pudiera examinar con detenimiento sus piernas largas enfundadas en los pantalones finos y grises, en la camisa blanca y ajustada a un pecho y unos brazos anchos y el rostro despejado que reflejaban pocas gotitas que lo habrían alcanzado del coche a la puerta. Estaba peinado hacia atrás y con la barba oscura perfectamente recortada. Guapísimo, o eso le pareció, mucho más que de costumbre.

—Buenas tardes —dijo al fin, entrando en la cocina.

Pero Nicolle no contestó. No escuchó lo que dijo, ni a Celine saliendo para saludar, tampoco a Gala bajar las escaleras, porque cuando despertó de aquel letargo en el que se había sumido, su amiga ya estaba enganchada al cuello de su padre, dándole un beso en la mejilla.

Él le sonrió y con rapidez la puso al día, aunque Nicolle no prestó más atención en cuanto escuchó varias palabras técnicas que no entendió. Solo esperaba el momento en el que le dijera algo a ella, pero no llegó. Ni siquiera la miró. Como si no estuviera.

—Papá, ¿te quedas para ayudarnos con las clases?

—No —respondió seco—. Ni hoy ni el resto de la semana, tengo cosas importantes que hacer. —Después se giró, otra vez sin mirarla, y se dirigió a Celine—: Súbeme un café bien cargado al despacho en quince minutos, por favor. Me daré una ducha.

—Claro, señor —respondió ella mientras Marc salía de la cocina.

El sonido de la lluvia volvió a sonar fuerte contra los cristales, todos los electrodomésticos que indicaban el funcionamiento de la cocina también. Apreció la voz de su amiga, el vaivén de la cafetera en manos de la cocinera y a su corazón volviéndose a acompasar.

Otra brecha dolorosa se abrió al decirse a sí misma que había pasado todo lo contrario a lo que esperaba cuando lo viera. Sus sospechas eran ciertas; estaba con aquella mujer de pelo rojo.

Fingió prestar atención a la clase sin poder centrarse durante toda la hora.

Celine, quince minutos después, como había estipulado, subió con la bandeja a la segunda planta. No había parado de observar a la limpiadora. Desde hacía un tiempo atrás sospechaba que algo ocurría con ella, pero no podía asegurar con certeza sus deducciones. Había atado algunos hilos, todos de ellos despuntados, y no sacaba nada en claro, por lo que ahora prestaba más atención. Sobre todo después de las preguntas que le había estado formulando la semana anterior. Eran escasas y salteadas, pero todas tenían un mismo objetivo: su jefe.

Golpeó suavemente con los nudillos y esperó la contestación al otro lado. Cuando el permiso fue obtenido, empujó la puerta con un pie y entró con la bandeja en la mano. La dejó sobre la mesa. Fueron unos segundos, pero en ese tiempo escaso palpó el ambiente tenue, debido a la escasez de luz, el sonido de la lluvia brava y el estado de ánimo de su jefe. No estaba trabajando ni haciendo nada importante, como había dicho. Se encontraba recostado hacia atrás, pensativo.

Olía bien. Su perfume limpio a recién duchado se esparcía por la estancia y Celine disfrutó de ello.

—¿Algo más, señor? —preguntó.

—Nada. Gracias. —Y comenzó a endulzar el café en silencio.

Salió confusa. Al volver de una larga estancia fuera de casa, siempre se la follaba sin necesidad de cruzar palabra. Nunca era necesario hablar, pero menos tras un tiempo sin verse. Era rutinario pedirle el café, esperar a que subiera y, mientras ponía la bandeja sobre la mesa, le sujetaba las muñecas y se acercaba a su cuerpo. Unas veces en silencio, cuando algo le preocupaba o torturaba; otras, pasaba el tiempo calentándola con todas aquellas palabras sucias que salían de su boca en forma de murmuro varonil. La subía sobre sus piernas y le mordisqueaba el cuello mientras le decía lo mucho que la había echado de menos y había fantaseado con aquello por el camino. Siempre

sucumbía sin esperar nada más de él. Ninguno deseaba más que sexo y ella nunca lo pedía ni se insinuaba. Aquel día no iba a ser diferente, y no le importó, solo fue un dato más que memorizar para poder formar el puzle que se esparcía en su cabeza.

La semana de Nicolle volvió a pasar sin pena ni gloria. Un día detrás de otro, rutina, rutina y más rutina. Entre medias, pensamientos negativos, clases en las que solo estaba físicamente y una ausencia que le escocía.

Marc era otro hombre diferente al que había conocido unas semanas atrás. Cuando esporádicamente se encontraban, la ignoraba. Como si no existiera, como si no hubiera una figura delante de él. Saludos por educación y poco más. Las escasas ocasiones en las que le había hablado para algo había sido seco y cortante, y Nicolle comenzó a plantearse qué había dicho o hecho para que se comportara así con ella.

De tanto en tanto, mientras limpiaba, lo escuchaba subir a la tercera planta y comenzaba a sonar el piano. Solo había reconocido un par de composiciones, las demás o no las había oído nunca o se las inventaba. A veces eran lentas, tranquilizantes y calaban; otras, en cambio, desgarradoras e inquietantes. Fuera la hora que fuese, nadie mencionaba nada sobre aquellos conciertos espontáneos, la casa parecía estar acostumbrada a ellos.

Una tarde, tras terminar la jornada y a la espera de que Gala se duchara para irse juntas en el camino de vuelta —ella se iría a su casa y su amiga se quedaría con Jan—, no pudo resistir la tentación de conocer la planta superior y subió sigilosa las escaleras. Tocaba algo desconocido pero bonito y tranquilo, así que dedujo que era el estado de ánimo de aquel día, aunque no había tenido oportunidad de cruzárselo por los pasillos para comprobarlo.

Al terminar las escaleras solo había dos habitaciones, una a la derecha y otra a la izquierda, imaginó que muy pero que muy grandes, pues tenían la misma magnitud que todas las de las plantas inferiores juntas.

Se sentó en el pasillo, al lado de la puerta izquierda, aunque alerta. Si el piano dejaba de sonar tenía tiempo de levantarse e irse. Y con lo que tardaba en arreglarse Gala, podía disfrutar de unas cuantas notas. Relajó los hombros lo que pudo, cerró los ojos y escuchó. Cuando terminó la primera pieza, la que sonaba cuando subió, abrió los ojos y se preparó para irse, pero enseguida los dedos se posaron sobre el teclado y *Kiss de rain* comenzó a sonar. Parecía no tener pensamiento de terminar pronto, por lo que no evitó relajarse completamente y disfrutar de los acordes pausados que se escuchaban con

claridad. Yiruma era uno de sus favoritos, entre muchos otros, y le agradó que él lo tocara, añadiendo que lo hacía muy bien.

Durante los cinco o seis minutos siguientes, sus músculos se aflojaron tanto que cuando el hombre acabó no estaba preparada para salir corriendo. La puerta se abrió a la vez que ella se incorporaba y, mientras daba los primeros pasos, nerviosa, con el corazón latiendo tan fuerte y rápido que molestaba, la voz grave de Marc la frenó en seco.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

No se atrevió a girarse.

—He subido porque... pensaba que... quizá —mientras balbuceaba, pensó una excusa convincente, todavía dada la vuelta—, que quizá quería que limpiara estas habitaciones y...

—Mírame —le exigió con dureza y ella se dio la vuelta con la mirada clavada en el suelo, sumisa y asustada—. Ya te he dicho que cuando lo necesite te lo pediré.

—Lo siento. Solo creía que...

—No tienes que creer nada —espetó, observando la figura temblorosa que no se atrevía a encararlo—. No me gusta tener público. No vuelvas a subir por aquí.

Ella asintió en silencio. La semana de Nicolle volvió a pasar sin pena ni gloria. Un día detrás de otro, rutina, rutina y más rutina. Entre medias, pensamientos negativos, clases en las que solo estaba físicamente y una ausencia que le escocía.

Marc era otro hombre diferente al que había conocido unas semanas atrás. Cuando esporádicamente se encontraban, la ignoraba. Pero como si no existiera, como si no hubiera una figura delante de él. Saludos por educación y poco más. Las escasas ocasiones en las que le había hablado para algo había sido seco y cortante, y Nicolle comenzó a plantearse qué había dicho o hecho para que se comportara así con ella.

De tanto en tanto, mientras limpiaba, lo escuchaba subir a la tercera planta y comenzaba a sonar el piano. Solo había reconocido un par de composiciones, las demás o no las había oído nunca o se las inventaba. A veces eran lentas, tranquilizantes y calaban; otras, en cambio, desgarradoras e inquietantes. Fuera la hora que fuese, nadie mencionaba nada sobre aquellos conciertos espontáneos, la casa parecía estar acostumbrada a ellos.

En una ocasión, tras terminar la jornada y a la espera de que Gala se duchara para irse juntas en el camino de vuelta y bajó las escaleras a toda

prisa. Con la misma velocidad se cambió y esperó a Gala en su habitación, que todavía tardó casi veinte minutos más en salir.

El viernes, dos días después de aquel suceso, Nicolle se encontraba en la habitación de Marc, ya casi acabando, cuando él entró.

Estaba colocando un ambientador de varas sobre la gran cómoda cuando lo vio aparecer completamente enchaquetado y acicalado. Solo había abierto la puerta y adentrado un pie en la estancia, pero cuando la descubrió allí, se dio la vuelta dispuesto a marcharse.

Ella, envalentonada y cansada de todo aquello, cansada de sacar conclusiones de aquí y de allí, de pensar qué le ocurriría y de culparse una y otra vez sin un motivo real mientras se hacía añicos, añadiéndole el hecho de la ignorancia completa o de lo hiriente que era en las pocas palabras que le dedicaba, decidió hablar. Se convenció de que debía ser valiente y preguntarle sin más. Si no acababa con aquello, si no aclaraba lo que sucedía, acabaría consumida por dentro, además de no ser capaz de centrarse en algo que no fuera él.

—Espere, señor Ferrara. ¿Podemos hablar un momento?

—Tengo prisa.

—No le quitaré mucho tiempo.

Se desabrochó el primer botón de la chaqueta y fijó los ojos en los puños de su camisa, que sobresalían apenas unos centímetros, y se los recolocó falsamente, pues estaban perfectos. Pero no podía mirarla a ella o se perdería en esos ojos a veces celestes, otras, turquesa y, otras, casi cristalinos, que lo observaban expectantes.

No es que se esperara nada en particular, pero la reacción de ella lo pilló desprevenido.

Nicolle dejó a un lado el respeto, la cortesía del tratamiento de usted y el papel de trabajadora. Salió de ella la impotencia, los verdaderos diecisiete años que estaba cansada de ocultar.

—¿Se puede saber qué te pasa conmigo? ¿Qué te he hecho para que me trates así?

Marc alzó las cejas y el rostro y la enfocó, analizando la postura altanera de la muchacha.

—¿Disculpa?

—Que qué te he hecho para que me trates así —repitió ofuscada.

—¿Así cómo?

—¿Te estás burlando de mí, Marc? ¿Es eso? —Apoyó las manos en su cintura y él no evitó mirar ahí, a las curvas marcadas bajo el uniforme. Después volvió a centrarse en su cara que mostraba enfado e indignación, pero él solo pudo enfocar los labios gruesos sacados hacia fuera, enfurruñados, mientras recordaba su calidez y sabor. Aquel berrinche lo divirtió, pero no movió un solo músculo del rostro—. Sé de sobra que me estás ignorando.

—Y si lo sabes de sobra, ¿para qué preguntas?

—¿Intentas ser borde conmigo para alejarme? —comentó derrotada, bajando las manos y dejándolas laxas a cada lado de su cuerpo.

Él se cruzó de brazos, a la defensiva.

—¿Alejarte? ¿Por qué tendría necesidad de alejarte a ti?

—Me besaste.

Soltó una cínica carcajada.

—¿Me estás montando todo esto porque te di un beso?, ¿por un calentón? Eres una niña con cuerpo de mujer que estaba delante de mí, con ese uniforme —la señaló— y que me produjo un calentón tonto, nada más.

Los ojos de Nicolle comenzaron a brillar. Después de todo lo que lo había pensado y añorado, aquellas palabras escocían dentro de ella, pero no lo demostró. Sorprendida consigo misma, dejó a un lado los remilgos y, cruzando también los brazos sobre su pecho, soltó:

—A lo mejor fue más que un simple calentón y por eso estás así. Tú mismo me dijiste que eras una bestia. ¿Es eso?, ¿te sientes mal por ello y quieres mantener las distancias?

—Mira, Nicolle —recalcó mucho su nombre y dio varios pasos en su dirección, aunque frenó cuando aún quedaba casi un metro para llegar a su altura—, vamos a dejar las cosas claras para que puedas quitarte de la cabeza todas esas paranoias que te has montado. Eres una niña, la amiga de mi hija, para empezar, pero, aunque no lo fueras jamás tendría nada contigo, ¿lo entiendes?

—Perfectamente —respondió con el pecho tan agrietado como nunca, sintiendo una desazón, una frialdad tan latente, que no sabía que fuera posible experimentar por dentro.

—Bien. Porque solo fue un beso tonto, sin importancia.

—No lo parecía —atacó, porque para ella había sido lo más importante y emocionante que le había pasado en la vida—. No cuando me subiste encima de ti.

Él volvió a reír, descolocado por aquella reacción. Estaba enfrentándolo y

aparentando seguridad e indiferencia, pero sabía que por dentro era un manojo de nervios que temblaba como una hoja. Incluso parecía dolida con todo aquello. Sus ojillos brillaban con tanta intensidad que de repente todo aquel temple que lo componían comenzó a desaparecer. ¿Y si de verdad la había herido con su comportamiento?

Fingía con tanta fuerza la decepción que acababa de sentir ante sus palabras, que lo emblandeció y unas repentinas ganas de acortar la distancia y besarla se apoderaron de él. Se visualizó haciéndolo cálida y tranquilamente, con pausa, recomponiendo a aquella muchacha que, aunque era evidente que no estaba vivida, que no tenía calle, sí mostraba una madurez y valentía alucinante.

Pensó en él con diecisiete años y ni por asomo conocía la determinación como ella.

El enfado comenzó a menguar y la diversión apareció en el rostro del hombre, curioso por saber cómo continuaría la situación.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no lo parecía? —quiso descubrir, ocultando esa diversión.

Y entonces la respuesta de Nicolle hizo que se tambaleara ligeramente.

—Tus ojos eran diferentes a la vez que te... vi —dudó—, que te vi con Celine en la cama.

La diversión se esfumó. Más que esfumarse fue fulminada por completo, como quien con un zapato aplasta a un insecto.

Marc cerró los ojos unos segundos, intentando desviar la conversación, diciéndose que no podía seguir por aquel camino, pero la sangre de su cuerpo corrió veloz, dirigiéndose a un mismo sitio, poniéndolo duro de repente. Y a Nicolle aquella dureza no le pasó desapercibida, porque a pesar de que el pantalón era negro y la oscuridad una aliada para ocultarlo, el bulto de aquel miembro enorme y grueso era mucho mayor e imposible de disimular.

Quizá ella no solo era fruto de su adicción, pero esta seguía ahí y, cada vez que resurgía, perdía los papeles.

«No —murmuró para sí—, ahora no puedes permitirte perderte».

Pero entonces la pregunta salió de su boca sin pensar, sabiendo que sí, que acababa de perderse un poco, que estaba guiando el camino adonde él quería.

—¿En qué se diferenciaban?

Sin mirarlo, se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo hacían. La necesidad era mayor. —Cuando Marc pensaba que hablarían de ello, de aquella noche que lo descubrió con Celine, le cambió de tema, descolocándolo de nuevo—: Esa mujer, la pelirroja que

estaba en tu cocina..., ¿es por ella? ¿Es tu novia o algo así y por eso me ignoras?

Aquello sí que lo pilló por sorpresa. Sobre todo, porque no sabía que los había visto juntos.

—¿Enara? —preguntó—. ¿Me estás diciendo que estás celosa, Nicolle? ¿Que te he dado un beso porque estabas ahí, como podría haber sido cualquier otra, y estás celosa?

Y no se lo dijo, pero aquello lo conquistó. Lo emblandeció del todo. Le daba una de cal y una de arena. Le hacía ver que no era una adolescente más y, a continuación, le demostraba que sí, que por mucho que quisiera no tenía los suficientes años para forjar experiencia. Que el beso que le había dado no carecía para él de importancia, como cruelmente estaba intentando hacerle ver, pero tampoco había tenido tanta para crearse aquellos castillos en el aire. Y verla celosa, después de un simple beso... se la puso mucho más dura.

—No estoy celosa. Solo quiero salir de dudas.

Se había nublado, lo sabía. Había claudicado. Algo dentro de él le decía que todo el esfuerzo invertido hasta entonces no valía para nada. Había estado fuera sin tener verdaderos motivos, había alargado su estancia lejos de la ciudad para mantenerse apartado de la tentación, tomando en cuenta los consejos de su terapeuta. «Las malas hierbas se arrancan de raíz, Marc, de raíz», le había dicho la pelirroja durante aquella mañana juntos. Y él había obedecido. Había ignorado a Nicolle, incluso la había tratado mal, y todo para mantener las distancias. Pero ella no era una mala hierba, maldita fuera. Ella era una rosa resplandeciente y delicada. Nada malo había en sus raíces.

Él era la mala hierba, solo él.

Y ahora... Ahora quería acercarse, decirle que tenía razón en todo lo que había dicho, aunque él lo desmintiera para protegerse. Que estaba siendo un gilipollas para no perderse en su boca, en ese rostro angelical y bonito que lo desconcertaba. Que sus ojos eran diferentes cuando la besó porque la prohibición era demasiado grande y poderosa.

Ella no era Celine, claro que no. Celine nunca llegaría a proporcionarle, follándoselo de cualquier manera posible, una mínima parte del placer que le había aportado ella con un beso. Un jodido simple beso.

A lo mejor no era tan ilusa ni tan fantasiosa, a lo mejor había visto en él que sí podía montarse aquellos castillos.

Dio un paso hacia delante, dispuesto a todo, apartando de un manotazo a esa voz que le suplicaba darse la vuelta y desaparecer. Y la niña volvió a temblar,

seria, fija en él.

—Voy a besarte —le dijo—. ¡Joder, Nicolle! Te voy a comer esa maldita boca hasta que me supliques que pare, y después probablemente te tumbe sobre mi cama y te haga mía hasta que no pueda más. Así que vete. Vete ahora si no quieres que ocurra, porque no podré parar.

Ella no supo a qué se debía el cambio en el comportamiento, por qué le había dicho aquello, de dónde salían las ganas de besarla de repente, pero su cuerpo aceptó la propuesta con gusto, excitándose sin su consentimiento, haciendo que sus palabras fueran directas a su sexo, que quemó y palpitó con fuerza. Mientras tanto, quieta, totalmente inmóvil, esperándolo.

Marc, aceptando que no se iba, dio varios pasos más y se posicionó frente a ella, muy cerca, rozando con su nariz el mechón liso, rebelde y muy oscuro que salía de su moño malhecho sobre la cabeza. Aspiró su aroma dulce, a vainilla, y cerró los ojos, disfrutándolo.

—Debería irme de aquí —comentó muy bajito ella, mirando hacia arriba y viendo los ojos hambrientos del hombre.

—Sí, deberías.

Posó su mano sobre la mejilla pálida y la acarició, queriendo borrar con sus yemas aquellas pecas, o lamerlas, comérselas a besos, y apartó el mechón de pelo negro como la noche, colocándolo detrás de su oreja. Después acercó la boca muy lentamente a pocos centímetros de la suya, respirándola.

—Señor Ferrara.

La voz de Celine tras la puerta hizo que ambos se separaran con rapidez. Nicolle se dio la vuelta y volvió a su tarea, fingiendo estar enfrascada con el ambientador, y Marc se movió por la habitación, intentando ocultar la erección que no desaparecía.

Carraspeó, pensando que atrasar la respuesta solo daría más motivos de sospecha cuando entrara y lo viera allí con Nicolle.

—Adelante.

Tras el permiso del jefe, Celine solo tardó unos segundos en entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó él con calma, toda la que le faltaba a la limpiadora, que casi no sentía el corazón bombearle dentro del pecho.

—Telsa pregunta por usted, dice que es importante. Está esperándolo en el salón.

Marc cerró los ojos. La visita de su asistente solo vaticinaba problemas y complicaciones. Miró una última vez a Nicolle antes de salir y cerró la puerta tras él.

Hasta ese momento, la muchacha no pudo respirar con normalidad.

Bajando las escaleras tras su jefe, Celine sonrió para sí. Si necesitaba datos para atar los cabos sueltos, ya los tenía todos.

El engranaje de su mente comenzó a funcionar, planeando en silencio el siguiente paso, que no tardaría en llegar.

Capítulo 15

A Gala solo le faltaba echar humo por la nariz. Repiqueteaba con las uñas sobre la barra del Arriête con gesto marcado, mostrando su indignación, mientras se quejaba y gesticulaba mucho. Nicolle la miraba con diversión, y Séfora, como no, mascaba chicle mientras secaba un vaso. El mismo durante más de diez minutos.

Era domingo, mediodía y, por suerte para Nicolle, estaban solas, sin los chicos. Había terminado las tareas de casa y quedado con Gala, que le había propuesto invitarla a almorzar en el bar de siempre. Unas tapas y listo. Después pasarían la tarde separadas, porque ella había quedado con su ya casi oficial novio y Nicolle pasaba de irse con ellos y quedarse a solas con Mansson.

—Le he dicho que quiero sacarme el carné de conducir, que me falta muy poco para cumplir los dieciocho y que puedo ir preparando el examen teórico y dejar solo el práctico para cuando los cumpla —comentó Gala en dos tonos más altos del habitual.

Nicolle miró alrededor y pudo comprobar que, a pesar de haber poca gente, estaban a su rollo y nadie reparaba en ellas.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Séfora, refiriéndose a su padre, del que hablaban y el que había causado aquel enfado.

—Primero me ha reprochado que acabo de conseguir la moto y que ya estoy cansada de ella. ¿Cansada de ella? —Hizo una pausa para mostrar, más, su indignación—. Pero ¡cómo voy a estar cansada, si apenas la uso! ¿Cansada de admirarla desde la ventana?

—¿Y para qué quieres el coche, entonces? Vas a usarlo lo mismo que la moto.

Gala le dedicó una mirada de reproche a Nicolle.

—¿Estás de su parte?

—Para nada. Solo digo que, si no te deja usar una cosa, ¿por qué lo haría con la otra?

Como la respuesta de su amiga no le había gustado lo más mínimo, siguió narrando:

—Y después de discutir todo la jodida mañana, me suelta que vale, que sí, que le parece bien. Pero con esta cara —se señaló su rostro, apacible.

—¿Dónde está el problema? —quiso saber la camarera.

—Que mi padre no acepta las cosas así como así, a cambio de nada. Se llama Marc Ferrara Tratos. Siempre hay un as bajo la manga, algo que pueda usar en su favor. Si lo quiero, tendré que pagarme el carné yo sola y comprarme el coche.

—Vaya —comentó Nicolle, juntando sus dientes en una mueca—, ¿y cómo lo harás?

—Trabajando, evidentemente.

—Creía que eras una niña mimada que todo lo tiene —bromeó, sabiendo lo que le molestaba aquel comentario.

—Que me lo de todo no significa que antes no me haya hecho ganármelo. Dice que tengo que aprender a valorar las cosas, saber lo que cuestan, que así no me cansaré tan rápida de ellas, como de la moto —matizó con tonito.

—Si quieres puedo hablar con mi hermano, ya sabes cómo se pone esto los fines de semana. Te podrías venir a echar una mano —propuso Séfora enseñando su chicle rosado—, no es que ganemos una pasta, pero creo que en unos meses podrás pagarte el carné. El coche es más complicado. —Sonrió, aunque a Gala no le hizo gracia.

—¿No querías demostrar que quieres tanta independencia? —Nicolle señaló el bar haciendo un círculo con el dedo índice sobre su cabeza—. Aquí tienes la oportunidad.

—Ya —respondió desanimada—. Está bien, habla con tu hermano y me dices algo. Así puedo darle en las narices. Porque también me ha dicho con tonito que si no encuentro nada, me echará una mano, que puedo ayudar en las academias o en la discográfica. Limpiando el recinto —matizó con desagrado—. Limpiando, yo. —Ante la mala cara de su amiga y dándose cuenta de lo que acababa de decir, añadió—: A ver, quiero decir... No te ofendas, no

quiero decir que... Lo que quiero decir...

—No me ofendo —la cortó Nicolle—. No soy yo quien se avergüenza de su trabajo, Gala. Eres tú la que de nuevo demuestras que quieres toda esa independencia de boca para fuera. Por una vez, demuestra que no eres la niña de papá que todos creen. No por los demás, sino por ti. A ti misma.

Gala, ignorando visiblemente lo que le había calado aquella opinión, cambió de tema.

—Y encima me dio una charla... Parece ser que me ha visto varias veces con Jan, y claro, intuye que vamos en serio. Así que hablando de ser responsable ha aprovechado para sacar el lado padre-madre, como yo lo llamo, en el que se sienta delante de mí y con seriedad empieza a hablarme de sexo.

—Venga ya —dijo sorprendida Vaso Seco—. Dios, se sienta mi Calvi a hablarme de sexo y me muero. Es mi madre quién se encarga en casa de esas cosas, y no te creas que no le cuesta, que a veces parece que se le enreda un nudo en la lengua. Sobre todo cuando está mi hermano delante.

Nicolle pensó que a ella nadie le hablaba de sexo. Su madre se limitaba a prohibirle acercamientos y relaciones con chicos sin más explicación que la de «No quiero que te pase a ti lo que me pasó a mí».

—Pues él no tiene más remedio que encargarse de esto y de todo. ¿Qué creéis que me soltó cuando le dije que si lo que le preocupaba era si mi virginidad seguía intacta? —Las dos chicas la apremiaron con la mirada para que continuara. Nicolle con las cejas alzadas, sabiendo que esa afirmación era falsa, llevaba muchos meses acostándose con Jan—. Que la virginidad no es más que una invención social, una falsa etiqueta. Bueno, bueno... Comenzó a hablarme del himen y de los mitos que lo envuelven, de que no debe preocuparme la supuesta pureza que lo identifica, que nada de eso es importante. Después comenzó con la chapa de los condones, las enfermedades y embarazos. Qué mal rato.

—Y tú ¿qué le dijiste?

—Pues nada, qué le voy a decir —bebió de su vaso—, me morí de vergüenza en silencio mientras fingía desinterés.

Las tres rieron, encauzando la conversación hacia otros temas, y pasaron al menos dos horas más entre charlas sin importancia y carcajadas.

Cuando salieron del bar, caminaron juntas los pocos minutos que compartían de trayecto. Nicolle se quedaría en su casa, que estaba de paso, y Gala continuaría un poco más.

Mientras esta última hablaba y hablaba, Nicolle no dejaba de darle vueltas a lo que había contado sobre las responsabilidades de Marc como madre y padre. Nunca le había interesado qué pasó con su madre ni había intentado calmar la curiosidad tan grande que medio París parecía tener respecto a aquel hombre y su vida pasada, pero desde que había visto sus fotos en la habitación de Ferrara, eran muchas las incógnitas que paseaban de un lado a otro de su cabeza.

Interrumpiendo una conversación de la que no tenía ni idea porque prácticamente no estaba enterándose de nada, la miró y le dijo:

—Antes has dicho que Marc hace de padre y madre en todo. —Gala cambió el gesto desenfadado por uno alerta, intuyendo lo que venía a continuación—. ¿Qué pasó con ella? No tienes que contármelo si no quieres, eh —se apresuró a decir, extendiendo las manos—, solo es que nunca hablamos de ellos y...

—Se marchó. —Nicolle se quedó sin habla ante la naturalidad con la que lo dijo—. El canguro me mantuvo en la bolsa durante seis meses, y después se marchó.

—¿Seis?

—Seis. Nací antes de tiempo y sin mucha esperanza de vida; mis órganos no estaban completamente formados. Pasé muchos meses en el hospital, metida en una incubadora y dándole algún que otro susto a mi padre. Ahora sobrevivo, ahora no —bromeó, sonriendo ampliamente—. Ya lo ves, dando por culo desde tiempos inmemorables.

El sol dio de lleno en sus caras, obligándolas a fabricarse unas viseras con las manos. El paso se había ralentizado y ya no parecían dos chicas corriendo para llegar a casa, si no dos personas que tienen algo importante que contarse. Aquello lo era, aunque Gala estuviera quitándole hierro; aunque Nicolle lo tratara como si fuera cualquier otro tema.

—¿Se fue estando tú en ese estado?

Asintió.

—Depresión postparto. Un miedo atroz a que no sobreviviera y no lo soportara. —Rio con ironía.

—Pero sí soportó irse sin saber si sobrevivirías... —advirtió Nicolle con dolor, más para sí que a su amiga—. ¿Nunca has sabido nada más de ella?

—No. Ya era algo mayorcita cuando le pregunté a mi padre por lo ocurrido. Supongo que me impulsó el descubrir que los demás niños tenían una figura femenina que a mí me faltaba. Físicamente, me refiero, nunca he necesitado nada de ella. Mi padre me contó todo lo que acabo de decirte, que tras eso nos

mudamos de Le Mans, donde nació, y ya nunca más se habló del tema. No sé nada de ella, de su familia o de la mía propia, y no tengo interés alguno, como comprenderás.

Nicolle tragó saliva al escucharla hablar con tanta calma de algo que parecía tan trágico. Entonces decidió que era su turno, para estar en igualdad de condiciones y porque nunca lo había hablado con nadie.

—Mi padre dejó a Silvana cuando supo que estaba embarazada. No sé quién es, ni nada sobre él, pero debió hacerle bastante daño. Ahora resulta que tenemos más cosas en común de lo que creíamos. —Ambas rieron, sabiendo que se referían a todas esas veces que coincidían en no parecerse en nada.

Entretanto, llegaron a la puerta de Nicollet, frente al pequeño trocito de jardín comunitario, y se detuvieron.

—No es por quitarle importancia a lo tuyo, me temo que debe ser igual de jodido, pero al menos tu padre no te conoció. —Le dio un beso en la mejilla y le dijo—: Nos vemos mañana.

Nicolle asintió y contempló a su amiga marcharse. Entendió lo que había querido decir. Tenía que ser muy duro saber que tu propia madre dio a luz, te vio la cara al nacer y te abandonó sin miramientos.

Aquel mismo día, pocas horas después, mientras estudiaba tumbada en el sofá y envalentonada por el tema que había tratado, apartó el libro de su cara, lo soltó a un lado y observó a Silvana. Estaba en el otro extremo del sofá, apoyada sobre el reposabrazos y con el mando en la mano mientras veía una película mala típica del domingo por la tarde.

Apreció sus rasgos. Tenía el pelo de un castaño oscuro natural, justo a la altura de los hombros, en ese punto exacto en el que se te moldea si no lo tienes extremadamente liso, como en su caso. Sus ojos eran claros, una mezcla de verde y color miel, algo rajados que nada tenían que ver con los grandes, turquesa y espabilados de ella. Era también mucho más alta, y su cuerpo duro y estilizado gritaban a voces que había pasado más de media vida en constante movimiento. Era atractiva y su carácter acrecentaba esta belleza aún más, pero si no fuera porque sabía que era su madre, apenas les encontrabas parecido una a la otra.

Se preguntó cuánto se parecería ella a aquel hombre que la abandonó. Por qué lo habría hecho. En qué circunstancias dejó a Silvana.

—Silvana —dijo con suavidad, llamando su atención. Esta se giró a mirarla un segundo—, ¿qué pasó con mi padre?

Comprobó cómo todos los músculos de su cuerpo se tensaban. Había sido

tal el impacto de la pregunta que cada cambio en ella se notó visiblemente. Los hombros se le alzaron y la mandíbula se le marcó mucho. En su mano, el mando se quedó suspendido, a punto de caer. La había cogido desprevenida, de lo contrario, nunca habría titubeado.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó con un tono defensivo.

Nicolle se encogió levemente, queriendo volver atrás y rectificar lo que acababa de hacer, pero ya era tarde.

—¿Por qué te dejó? ¿Qué motivos te dio? Me gustaría saber un poco más de él.

—Si quieres saber algo sobre el hombre que te engendró para no molestarse ni en conocerte, saber si estás viva o si te ha hecho falta algo, puedo hacerme con su número y que vayas a buscarlo.

La respuesta fue lo suficientemente brusca como para que Nicolle desviara la mirada, cogiera el libro y fingiera volver a estudiar.

Durante todo el día y hasta que se fue a la cama, Silvana no volvió a dirigirle la palabra.

Tras las dos semanas anteriores, había cogido la organización de la casa perfectamente para que desde el lunes hasta el viernes diera tiempo de darle la vuelta completa. Había captado lo que su jefe quería y cómo tenía que ensimismarse más con una habitación u otra, dependiendo del estado de esta o del tiempo. La semana anterior se había empleado a fondo con la cocina y la alacena, por ejemplo, que era una de las partes de la vivienda más laboriosas, y aquel lunes lo haría con el gimnasio. Eran muchas máquinas, un lugar donde se sudaba y que prácticamente se pasaba el día hermético. Pero antes de comenzar con él y, aunque no era una tarea que le habían encomendado, salió de la casa, dispuesta a arreglar el pequeño jardín.

Le había pedido todo lo necesario a Alfredo, y entre él y Celine se lo habían proporcionado, advirtiéndole que no tenía por qué hacerlo. Pero ella los ignoró. Era la parte de las tareas que más le gustaba, y en casa siempre se ocupaba por petición propia. Nada tenían que ver aquellas rosas de distintos colores, vivas y grandes, custodiadas por un arco de enredadera verde. Ella apenas tenía un rosal, y la falta de tiempo y la escasez de sol le dificultaban mantenerlos como los de los Ferrara, de los que normalmente se encargaba el chófer.

Cuando acabó con las malas hierbas, que había pocas, y lo había regado todo, comenzó con el gimnasio, que de sobra sabía le ocuparía todas las horas

de limpieza invertidas aquella tarde.

Se permitió el lujo de poner la radio de la habitación. No sabía si estaba insonorizada para cuando su jefe se metía allí a sudar sobre las máquinas, pero no tenía importancia porque era consciente de que él no estaba en la casa; ni él ni Gala.

Llevaba un rato allí, limpiando el gran ventanal de vidrio que daba a la calle, cuando Celine apareció por detrás, dándole un susto de muerte.

—Hola —saludó sin más, entrando con naturalidad. Una naturalidad que sorprendió a Nicolle, que no estaba acostumbrada a verla merodear por las plantas superiores a no ser que fuera necesario.

—Hola —respondió ella sonriéndole, y continuó limpiando el gran ventanal de cristal que daba a la calle. Al ver que no se marchaba, le preguntó—: ¿Necesitas algo?

—He venido a echarte una mano. Sé que has perdido tiempo en el jardín y que irás un poco justa. —Al ver el ceño fruncido de la morena, trató de seguir hablando para convencerla—: Y he terminado el pastel de carne para esta noche, así que no tengo mucho que hacer. He escuchado la música al pasar y veo que estás más entretenida que yo. —Sonrió ampliamente.

—¿No está insonorizado?

Celine asintió.

—Sí, pero la puerta estaba entreabierta. —Después se situó a su lado con entusiasmo y cogió uno de los trapos limpios que tenía amontonados—. Venga, ¿por dónde empiezo?

Nicolle seguía un poco extrañada y recelosa con tanta amabilidad. Le caía bien aquella chica y siempre se había mostrado amable con ella, pero no tanto para querer ahorrarle un trabajo que luego solo cobraría una.

—Si te ve el jefe aquí, se va a enfadar.

Y entonces Celine vio la oportunidad perfecta para entablar la conversación que deseaba.

—No, no lo hará. —Se agachó a mojar el trapo en el cubo de agua tibia, lo escurrió y comenzó a limpiar la primera máquina que vio a su izquierda con una fina capa de polvo—. Contigo no.

Aquello llamó su atención.

—¿Por qué no?

Y la cocinera fue a por todas.

—Porque lo vuelves loco. —Al comprobar que la niña enrojecía de repente, le dijo en un tono desinteresado—: No te avergüences, no tienes por

qué. Lo sé todo, y no pienso contárselo a nadie, igual que hiciste tú.

Lo sabía. Celine sabía que los había visto. ¿Lo había descubierto sola o se lo había contado él? Creyó morir de vergüenza al ver la fijeza de los ojos castaños clavados en ella y la seguridad de su voz.

—¿Te lo ha contado él? —Aunque quiso aparentar determinación, la voz le tembló.

—No hace falta, Nicolle. He notado el cambio; tu manera de mirarme es distinta. Y también te he visto diferente desde que llegó, al igual que él, que para empezar nunca pasa tantos días seguidos en casa, y ahora no falta. O no ha faltado hasta que esto ha comenzado a írsele de las manos, porque se le está yendo, ¿verdad? —Ella no respondió—. Lo conozco, son muchos años a su lado.

—¿Te gusta? —le preguntó, cayendo en la cuenta por primera vez de que aquella mujer simpática que le ofrecía la comida por las tardes era ahora su competencia.

La cocinera rio y continuó fingiendo que limpiaba con naturalidad.

—Claro que me gusta, ¿a quién no? Es perfecto, educado, amable, cuida de sus empleados y en la cama es inigualable. —Aquel comentario se clavó un poco en el estómago de la mujer más joven. La otra se encogió de hombros—. No tengo queja. Pero si a lo que te refieres es a si estoy colada por él, la respuesta es no. Lo pasamos bien desde hace mucho tiempo, pero no pasa de ahí. Alguien como yo no está hecho para alguien como él, además, estoy conociendo a un chico y vamos en serio.

—¿Por qué sigues acostándote con él, entonces?

—Porque mientras dictaminamos si es totalmente en serio, no tengo porque privarme de otros placeres. Y tú, Nicolle, ¿te has acostado con él?

Las mejillas se le caldearon de nuevo. Ni siquiera sabía cómo y por qué estaba hablando de aquello con ella. No obstante, y cautivada por el sendero que estaba tomando la conversación, le respondió. Era la oportunidad perfecta para saber más sobre él.

—No.

Celine abrió muchos los ojos.

—¿No?

—No.

—¿Por qué? ¿No quieres?

Ahora fue la morena quien rio y, dispuesta a abrirse y desahogarse con alguien, se lo contó. Se lo contó todo desde el principio, incluido las ganas de

estar con él, sus desplantes, sus ausencias, los ahora sí, ahora no... Y lo que aquello estaba acarreado. La falta de apetito, el tenerlo todo el día en su pensamiento, la escasez de concentración en clase... Cuando quiso darse cuenta, ambas estaban sentadas sobre el banco de abdominales y hablaban relajadas. Era como haberse quitado un gran peso de encima y hubiera soltado litros de veneno que la consumían, porque todo aquello comenzaba a destrozarla por dentro.

—Y al parecer el problema es mi edad y que soy la amiga de su hija —concluyó.

—El problema es él, que no puede controlarse, no sabe cómo hacerlo y recurre a ese comportamiento infantil. —Alargó la mano hasta el rostro de la niña y lo acarició—. Eres un caramelo jugoso para él, Nicolle. Eres bonita, joven y discreta, pero a la vez fuerte, madura y muy inteligente. He podido apreciarlo durante tus clases. Lo cazas todo al vuelo y no necesitas que te repitan las cosas. Pero, por otro lado, no dejas de ser igual que su hija, y es lo que le impide dar un paso más.

—Veo que eres muy observadora.

—Son muchas horas en esta misma casa. —Sonrió y volvió a desviar la conversación—. Lo conozco bien, sé cuando algo lo atormenta, le gusta, lo agobia o lo controla, y tú consigues todas esas cosas sin proponértelo. No sabes de lo que serías capaz si te lo propusieras. —Percibió el brillo de los ojos celestes, grandes y muy abiertos, y supo que era el momento—. ¿Estás dispuesta a volverlo loco? ¿Loco de remate?

Nicolle, cautivada por todos aquellos halagos, asintió. Y Celine supo que era la ocasión perfecta para divertirse de verdad.

Ella también lo estaba deseando.

Capítulo 16

Ocurrió a los dos días de aquel episodio. Durante dos tardes completas, Celine había sacado tiempo concienzudamente para meterse con Nicolle en la habitación que estuviera limpiando y ayudarla mientras conversaba con ella. Como Gala tras ayudarla con las clases desaparecía a su habitación o a dar una vuelta, pudo hablar con la cocinera a solas y claramente, explicándole todo lo que supuestamente debía saber.

Al principio, oír hablar a Celine con tanta claridad, usando un vocabulario directo y obsceno, la aturdía. Al cabo de un rato, con la conversación ya más que encarrilada, disfrutaba como una loca con los detalles sexuales que le contaba sobre su jefe.

—¿Sabes lo que le encanta?

—¿El qué? —preguntaba con mucha curiosidad y los ojos muy abiertos.

—Que le hables mientras folla.

—¿Hablar?

—Sí, decirle cosas sucias, demostrarle lo que te gusta que te haga, aunque esto último creo que les gusta a todos por igual, pero él se pone muy duro cuando conversas con naturalidad, diciéndole cosas guarras.

Las mejillas de Nicolle se encendían al pensarlo y casi nunca respondía, pero almacenaba y almacenaba en su mente, por si acaso.

Aquella tarde de miércoles estaba muy nerviosa. Gala había salido y Alfredo se encargaba de llevarla y traerla, por lo que la esperaría parado en algún bar o aprovechando para hacer sus propios recados, como casi siempre. Solo

estaban ellos tres, y era seguro porque Celine se había encargado de confirmar que su jefe no partiría a ningún lugar. Todo estaba saliendo como la mayor de las jóvenes había planeado, y eso solo conseguía que Nicolle estuviera al borde del desmayo. Después de todo, albergaba una leve esperanza de que algo fallara, las cosas salieran mal y se cancelaran. Pero no. Y en el momento de los planes todo fue morboso y divertido de imaginar. Durante las dos noches anteriores no había pegado ojo. Metía las manos bajo las sábanas y se tocaba una y otra vez pensando en lo que ocurriría. Después, cuando los orgasmos la hacían conciliar el sueño, soñaba con ello y volvía a levantarse húmeda.

—Soy virgen —le había confesado días antes mientras ordenaban la estantería de libros de Gala.

—¿Y? No importa, no harás nada que no quieras, mucho menos perder tu virginidad. Hay muchas maneras de disfrutar del sexo sin llegar a la penetración.

—Lo sé, masturbándose —aclaró ella, dándole a entender que no era la mojigata que seguramente creía.

La cocinera rio.

—Te sorprenderá saber todo lo que puedes hacer aparte de esas dos cosas.

Y con paciencia, le explicó y explicó, consiguiendo que se excitara y que en poco tiempo entre ellas se creara un vínculo amigable, carente de tapujos. Ni con Gala hablaba de aquellas cosas.

Esperaba en el último escalón ascendente que daba a la segunda planta. Llevaba ahí más de veinte minutos en los que el corazón se le paralizó cada vez que escuchaba un ruido, para después latir frenético y sin control, teniendo que sentarse porque sus piernas no le correspondían.

Iba a ocurrir.

Ya no solo eran fantasías ni suposiciones; iba a hacerlo.

Concienciándose estaba cuando la puerta del despacho de su jefe se abrió lentamente. El sonido era casi inaudible, pero estaba tan alerta y pendiente, que pudo reconocerlo desde su posición. Sin querer ser descubierta asomó levemente la cabeza y entonces vio a Celine hacerle un ademán con la mano para que se acercara.

Tomó aire, se puso de pie, se descalzó para no hacer ruido y se alisó el uniforme. Inspiró con profundidad, enfundándose valor, y caminó con pasos cortos hasta el final del pasillo, donde Celine la esperaba con el mismo traje

claro a rayas. Pudo apreciar antes de entrar que sobre la piel morena de la mujer había unas pequeñas perlas de sudor queriendo salir y que sus mejillas estaban más encendidas que de costumbre.

Pensar en lo que podrían haber hecho allí dentro le atravesó el pecho duramente, pero sabía que sin ella como intermediaria era difícil conseguir su propósito. Porque se había propuesto volverlo loco, loco de remate, pero él había vuelto a ser aquel hombre indiferente y dañino que la mantenía lejos.

Quería que pensara en ella de la misma manera que ella lo hacía en él. Que su ausencia doliera. Que cada vez que se acostara con alguna mujer, ya fuera Celine, la pelirroja o cualquier otra, su recuerdo apareciera y no fuera capaz de evaporarlo. Quería castigarlo por la indiferencia mostrada, por todo en general. Pero, además, detrás de aquello había un motivo oculto: Necesitaba estar cerca de él de forma íntima una vez más, y sabía que le habían ofrecido la opción más factible. Y más morbosa.

Celine se colocó un dedo sobre los labios, pidiéndole silencio absoluto. Nicolle asintió y esperó a que abriera la puerta en su totalidad para pasar.

Sus pies se bloquearon cuando vio y sintió lo que había dentro.

Sonaba una canción de fondo, aunque con el volumen bajo. Era erótica y pausada, pero rompedora gracias a una voz femenina y aguda. El despacho estaba en penumbra debido a la oscuridad que ya proporcionaban las altas horas. Era miércoles, uno de los tres días de la semana en los que empezaba a trabajar una hora más tarde debido a sus clases de ballet, por lo que ya el sol había caído hacía rato. Las cortinas oscuras estaban cerradas y la luz principal apagada, solo iluminaba la estancia un flexo pequeño sobre la mesa colmada de papeles. Pero no era la lobreguez lo que la había hecho experimentar aquella cálida sensación, sino el ambiente. Como si todo el morbo, toda la excitación que hubiera habido durante los veinte minutos anteriores, se hubiera concentrado en el habitáculo.

Y después estaba él, que solo verlo hizo que su sexo se encogiera ante pequeños estímulos que no podía controlar. Su coño se encogía y palpitaba solo.

La silla negra de cuero que habitualmente estaba tras el escritorio, en esta ocasión se encontraba mucho más separada, a un metro y medio al menos, casi en la esquina. Sobre ella, el enorme cuerpo de su jefe.

Pudo contemplarlo con tranquilidad porque un pañuelo oscuro cubría sus ojos. Él todavía no era conocedor de su presencia.

Respiró tranquila al comprobar que Celine lo había conseguido, que todo

seguía marchando como esperaban. Después centró su atención de nuevo y completamente en el hombre. En sus muñecas atadas a cada lado de la silla. En ese cuerpo grande y fuerte en el que no había evidencias de resistencia, al contrario; se encontraba relajado, recostado y todavía cubierto por ropa. Una camisa torcida de color blanco que por el extremo izquierdo se salía del pantalón negro. La prenda mal puesta solo fue el primer indicio de lo que allí podía haber pasado entre aquellos dos. Otros muy significativos fueron su pelo, siempre impoluto, ahora despeinado, cayendo un mechón por su frente; el color de su rostro, más encendido de lo habitual, y el bulto, el gran bulto de su pantalón.

Quiso preguntarle a la cocinera todo lo que había ocurrido en su ausencia y la buscó con una mirada cargada de reproche que no pudo ocultar. Pero cuando la enfocó se percató de que la mulata, a su lado y quieta, la observaba fijamente con los ojos clavados y brillantes, y pudo comprobar que incluso estaba excitada ante aquella inverosímil situación. Se lo dijeron sus grandes pechos oscuros que subían y bajaban con rapidez dentro de un uniforme que pedía a gritos ser desabotonado para darle la libertad deseada a sus tetas. La niña supo en ese momento que había un interés mayor en todo aquel numerito; no solo estaba ayudándola a acercarse a Marc, también estaba cumpliendo un deseo propio. Recordó todos los piropos que le había dedicado aquellos días y las caricias proporcionadas en el rostro de manera despreocupada, como cualquier amiga habría hecho. Pero no, ahora se daba cuenta de que todo lo dicho u ocurrido había sido por algo.

«No solo seré capaz de volverlo loco a él», se dijo.

Atrevida, entrecerró los ojos en dirección a los pechos, después a los ojos oscuros de la cocinera y, de nuevo, al canalillo. Celine entreabrió la boca y dio un paso hasta ella, acercándose. Se miraron muchos segundos en silencio, pensando qué intenciones había en la mente de la otra, pero no hizo falta penetrar en ellas para saber lo que ocurriría a continuación. Sus rostros se acercaron paulatinamente y sus bocas quedaron muy juntas, casi pegadas.

—Te oigo respirar.

Ambas dieron un respingo hacia atrás al oír la voz profunda y ronca de Marc. Esta vez no fue solo el corazón de Nicolle el que bailó con frenesí.

La extraña e íntima burbuja que se había creado alrededor de ellas acababa de pincharse con aquellas palabras, así que Celine le dedicó una última mirada que guardaba una promesa, sonrió de lado, se giró y caminó hasta colocarse tras la silla, pegándose a él por detrás. Con movimientos muy

pausados, sujetó las sienes de Marc e hizo que apoyara la cabeza en sus pechos a la vez que le hacía una señal a Nicolle, que sabía cómo proceder. Así lo hizo. Retiró los papeles con cuidado de no hacer ruido y se sentó encima del escritorio.

La mulata masajeó el rostro del hombre, pasándole las manos por la incipiente barba hasta llevarla a su cuello y toquetear de manera pausada los rizos oscuros que asomaban de la camisa. Marc recibió aquellas caricias gustoso, con la boca levemente entreabierta y el bulto de la entrepierna creciendo más y más.

La música de fondo acrecentaba el erotismo de la situación.

Nicolle, lejos de molestarse con la imagen como había pensado que ocurriría, se excitó muchísimo. Le entraron ganas de deshacerse de sus medias y acariciarse ella misma, pero se enfundó calma y paciencia y solo hizo lo primero, dejando que con las medias blancas también se fueran sus braguitas, quedando puesto solo el uniforme. De la camiseta interior que solía llevar se había desprendido con anterioridad.

Desde atrás, la cocinera continuó moviendo las manos, desabrochando la camisa, a la vez que bajaba la boca hasta el cuello del hombre y lo besaba con vehemencia, arrancando gemidos roncós y suaves de la garganta masculina. Los besos eran húmedos, pues podía escuchar desde su posición el sonido de los labios ensalivados. Igual de húmedos que su sexo en aquel momento, pensó a la vez que apreciaba aquel torso duro y marcado que la camisa abierta dejaba al descubierto.

Entonces ocurrió algo que ya estaba planeado, pero que la cogió tan de sorpresa como si no lo estuviese: Celine habló. Lo hizo suave, cerca de la oreja de Marc, pero con los ojos clavados en ella.

—Señor, le tengo un regalo —lo anunció en un perfecto español, con aquel tono latino tan exótico que poseía.

A Nicolle le sorprendió que, a pesar de la intimidad que estaban compartiendo, el trato siguiera siendo respetuoso. Entonces advirtió que Celine movía las manos, deshaciendo el nudo del pañuelo que cubría sus ojos, y todas las tonterías se evaporaron de su cabeza. Estaba a unos segundos de descubrirla, solo a un puñado de segundos. Las pulsaciones aumentaron en su pecho, en sus muñecas y garganta, y se quedó fija en él, sin cambiar la postura, sin ser capaz de respirar, a la espera de la reacción.

Y por fin, el pañuelo cayó y sus ojos hambrientos se encontraron.

Se enderezó todo lo que sus manos anudadas a la silla le permitieron y se

tomó unos segundos para creer lo que veía. Todo a su alrededor se detuvo y solo podía enfocarla a ella.

Nicolle estaba sentada encima de su escritorio con las piernas cruzadas, una sobre la otra, y con el uniforme puesto. A diferencia de cada día cuando la veía limpiar, llevaba el pelo suelto, comenzando liso y cayéndole hasta la cintura en forma de onda. Estaba seria. Sus gruesos labios lucían perfectos, casi dibujados, y los ojos... Aquellos despampanantes y enormes ojos turquesa lo miraban fija y provocativamente, sin vergüenza, como si los portaran otra persona. No era la muchacha de otras veces, era alguien cargada de determinación que estaba en aquel despacho con un objetivo.

Alarmado y nervioso por su presencia, buscó a Celine, echando hacia atrás la cabeza.

—¿Qué coño es esto? —le preguntó, también en español, para que Nicolle comprendiera a la perfección todo lo que hablaban.

Ella sonrió sin dejar de acariciarle el pecho desde atrás.

—Un regalo, ya se lo he dicho. Y sin estrenar.

Entonces rompió el contacto que los unía, caminó de manera pausada hasta el escritorio y se situó al lado de Nicolle. A Marc le daba la sensación de que todo pasaba a cámara lenta, de que aquello ni siquiera era real.

¿Por qué estaba allí?, ¿qué pretendía?, ¿por qué con Celine?, ¿le había contado algo?

Las preguntas se le agolpaban en la cabeza y lo aturdían. De repente cayó en la cuenta de que alguien podía entrar, de que estaban en su casa, de que Gala... Pero todos sus miedos se evaporaron, porque Celine se acercó mucho más a Nicolle y le acarició el rostro con pausa sin que la niña dejara de mirarlo a él directamente. Y, cuando creía que no era posible, le giró el rostro y acercaron mucho los labios.

—A decir verdad, es un regalo para ambos —puntualizó. Se mojó los labios y esperó que Nicolle le diera su consentimiento. Fue la mirada la que dio el pistoletazo de salida.

Lo hizo lento, muy lento, tanto que los ojos cristalinos se desviaron de su objetivo y se cerraron, saboreando el momento. La voluptuosa boca de Nicolle comenzó una pelea pasiva con los gruesos labios de la latina devorándose con calma, lamiéndose.

Le gustaba, era palpable. Estaba disfrutando de verdad con aquello. No solo era una provocación hacia él, sino un experimento para ella misma.

Marc tiró con fuerza de las corbatas que Celine había elegido para atarlo,

pero fue en vano; el trabajo estaba premeditadamente bien hecho. Gruñó fuerte, queriendo que pararan. No porque no le gustara lo que veía, sino porque no podía hacerle aquello a una niña. ¡Era virgen, joder! Ni siquiera había probado un hombre y lo estaba haciendo con una mujer. No, no y no. Tiró con furia una vez más, rompiendo el contacto íntimo de ambas y consiguiendo que abrieran los ojos para mirarlo.

—Nicolle —la llamó. Lo miró y lo que vio en sus ojos no le gustó. Estaba muy excitada, mucho—. Vete de aquí.

—¿Por qué? —preguntó ella, hablando por primera vez. La voz fue apenas un susurro ronco—. ¿No te gusto?

Marc cerró los ojos y alzó la cabeza hacia el techo.

¿Cómo no le iba a gustar, maldita fuera?

Suspiró.

Maldita fuera ella y el momento en el que se cruzó en su camino.

—No me hagas enfadar, vete. Es una orden.

—He terminado la jornada, no puedes exigirme nada.

Y no mentía. A pesar de estar en horas de trabajo, la cocinera se había encargado durante aquellos días de ayudarla para adelantar faena y poder utilizar la tarde para llevar a cabo sus planes.

—No juegues conmigo —le advirtió a la vez que tiraba de nuevo con fuerza de las muñecas—. Estás en mi casa, y en mi casa mando yo —adjudicó enfadado, pero no funcionó, porque nadie se movió del sitio—. Celine, marchaos.

Y ante aquella orden que ninguna estaba dispuesta a acatar, Celine tocó la rodilla blanquecina de la niña, consiguiendo que esta desdoblara las piernas y, sin parar de mirarlo, las abriera.

A Ferrara le faltó la respiración cuando vio aquellas piernas tiernas desprovistas, no solo de medias, sino también de ropa interior. Las mismas que poco tiempo atrás había sobado con intensidad. Y después, la imagen más bonita que había visto nunca. Un recuerdo imborrable que se quedaría en su mente para los restos. Su sexo rosado no estaba cubierto por tela, sino expuesto, abierto, mostrándose en toda su plenitud, y él no podía hacer nada, solo observarlo. Era suyo, era para él, pero no podía tocarlo. Tan cerca y tan lejos. La polla saltó con tanto brío dentro de su pantalón que supo que sería capaz de correrse solo con el roce de la tela si seguía contemplando algo así.

Cerró los ojos y respiró profundo. No podría controlarse mucho más. Aunque de todas maneras, en su situación, ¿qué otra cosa podía hacer que

mirar y disfrutar? Después se encargaría de reprender a aquellas dos desobedientes.

Sin parar de toquetear sus muslos, Celine bajó lentamente hasta arrodillarse y colocarse entre ellos. Al hacerlo, su uniforme se elevó y dejó a la vista el ligero blanco que sujetaba las medias y el tanga con el que Marc había jugado poco antes al sumergirse en las piernas de la mujer de la misma manera que ahora lo estaba haciendo ella con Nicolle.

Creyó morir cuando observó cómo acercaba su boca a aquel sexo apretado, rosado, y la pequeña morena echaba la cabeza hacia atrás, gozando de la caricia, dejando que la larga melena se desparramara por la mesa. Porque solo fue una caricia con los labios, tanteando el terreno, y después la atrevida cocinera sacó la lengua y lamió aquel coñito nuevo, sin estrenar, que nadie había probado.

—¿Te gusta, Nicolle? —le preguntó la mulata, todavía entre sus piernas.

Marc alzó la mirada para encontrarse con que su niña, su dulce niña, se mordía el labio con los ojos cerrados y las cejas fruncidas de placer.

—Oh, sí, sí, me gusta, me gusta mucho.

Le volvió loco la idea de no ser el primero en degustarlo y en escuchar aquellas palabras.

No había querido pervertirla y ahí estaba, dejándose lamer por una mujer y delante de sus propias narices.

—Vete —le pidió, ahora en un ruego, con la voz rota de excitación al escucharla gemir bajito.

—¿No... no te gusta? —titubeó ella, buscando sus ojos de nuevo. Marc negó, mintiendo, desesperado porque se marchara o no se haría responsable de sus actos. Ante aquello, la niña se armó de nuevo de una determinación que hasta entonces no conocía y con picardía le dijo—: Es una lástima, porque a mí me está encantando.

Celine sonrió sobre su rajita húmeda, aunque nadie se percató. Porque todo estaba yendo según lo previsto y, al final, quien más estaba gozando era ella. Provocadora, se levantó, le abrió las piernas a la niña todo lo que pudo para que su jefe viera bien lo que acababa de comerse, pasó el dedo índice por los apetitosos y mojados labios vaginales y se lo llevó a la boca, chupándolo y relamiéndose. Todo el contorno de sus labios y el mentón brillaban empapados por la saliva de ella y los fluidos recibidos.

Nicolle no le quitaba ojo a los movimientos de la mujer, a las expresiones de Marc. Quería memorizar cada sensación vivida y poder recordarlas a solas

y siempre. Estaba tan caliente, notaba algo tan fuerte dentro de ella..., una sensación de gusto al ser saboreada por una boca en su parte más íntima, de miedo y prohibición a la vez. Esa opresión en el pecho que solo crece y crece cuando estás haciendo algo malo. Pero ni pizca de pudor. Como si no fuera la misma persona que hacía escasos minutos temblaba esperando el aviso para entrar. Porque solo habían pasado minutos, ¿no?

Los pasos de Celine la sacaron de sus pensamientos. Se acercó a Marc mientras él seguía el contoneo con la mirada fija y brillante. Muy despacio aproximó el dedo húmedo que acababa de pasear por su sexo y Nicolle contempló impresionada cómo Marc lo buscaba desesperado con su boca. Pero ella lo apartó, negándole el placer, cosa que parecía volver más loco al hombre, al que se le tensaron las venas de los brazos y ya no mostraba una pose relajada. El acto era sensual, pero para ella solo era un dedo, ¿por qué tanta emoción? Cuando al fin llegó a su boca, él lo atrapó con ansias y lo chupó con los ojos cerrados, deleitándose, metiéndolo hasta el final, pasando la lengua por todos los pocos centímetros del dedo delgado y moreno.

—Dios, qué bien sabes —murmuró mientras lo chuperreteaba con fervor, ido, desbocado.

Cuando abrió los ojos, se los mostró a Nicolle. Estaban tan oscuros que asustaban, ni rostro del color café. Parecían negros como dos pozos sin fondo. Ahí supo que el causante de aquel ardor era su sabor y se sintió poderosa, tanto que se bajó de la mesa, dio unos pasos hasta él y se quedó a escasos centímetros, esta vez con menos determinación que antes. Su cercanía le afectaba y la convertía en la chica que en realidad era. Pero no se vino abajo ni dejó que el momento se rompiera. Si verlo la intimidaba, tenía que buscar una alternativa. Así que se colocó detrás, como había hecho Celine, rodeó el cuello del hombre con sus manos y acarició su pecho. Ambos cerraron los ojos para recrearse con el contacto.

Marc nunca había sentido unas caricias tan verdaderas, tan puras. Notó sus pequeñas manos inmiscuirse por su pecho y abdomen, curiosas por lo que encontraban a su paso. Resopló, enloquecido. Ella acercó la boca a su cuello y lo besó despacio, erizándole el vello de todo el cuerpo. La música se volvió cómplice del momento y se tornó más erótica, o eso le pareció a él, que tenía los sentidos alerta, pendiente de todo.

Entonces, le habló bajito y al oído:

—No me eches, por favor, no me eches... Quiero estar contigo.

Marc asintió, claudicando ante aquel ruego que lo derretía, aunque sin

haberle rogado sabía que ya no sería capaz de hacerlo, quizá nunca más. Quería apartarla, tenerla lejos, que no se cruzara en su vida, pero qué mierda, se dijo, ya se había cruzado. Ya estaba dentro, muy dentro, y aunque sabía que no lo llevaría a ningún lugar, se había rendido, al menos en aquel momento en el que su polla pensaba con más claridad que su cabeza.

—Date la vuelta, Nicolle, quiero verte.

No es que quisiera, lo necesitaba con urgencia, pero eso no lo diría en voz alta.

Y ella obedeció.

Capítulo 17

Se colocó frente a él con la cabeza agachada y se sujetó la cremallera del uniforme con una mano. Después la deslizó, abriendo el traje por la mitad, y se desprendió de él. Celine, a su lado, esperaba pacientemente.

Durante todo el proceso Marc había dejado de respirar. Era la primera vez que la vería desnuda, y una parte de él se enfureció al pensar que compartiría ese momento con alguien más.

Se había follado a mujeres de dos en dos, de tres en tres y hasta de cinco en cinco y sin saber quién era una u otra, pero todas aquellas veces había disfrutado sin más. Esta era diferente, quería exclusividad, y supo que no la tendría porque la maleante de su cocinera lo había preparado todo a conciencia. No le cabía duda de que era la artífice y por sus ojos dedujo que estaba disfrutando más que cualquiera de aquello.

Echó un vistazo a sus muñecas atadas. No estaba en condiciones de exigir y sabía que el tiempo se le echaba encima. Miró a Nicolle y le pidió:

—No te lo quites completo, eso es algo que quiero solo para mí.

Aquella frase le sonó a promesa. La quería solo para él.

Dejó caer las manos a ambos lados, con el uniforme abierto y el sujetador blanco todavía puesto. Marc dedujo debajo unos pechos pequeños pero turgentes que formaban un canalillo no muy marcado pero más que apetecible. Deseaba arrancárselo, pero no le daría el gusto a Celine de saborearlas antes que él. Pensó en esas tetas y de nuevo su pantalón vibró, llamando la atención de las dos mujeres. Sobre todo de la mayor, que miró a su jefe con lascivia y cierta sabiduría, sabiendo lo que se proponía hacer.

De los tres, ella era la que más dispuesta estaba a jugar, después de todo la niña estaba colada por el jefe y él comenzaba a volverse loco por ella, así que era la única persona que podía arriesgarlo todo sin perder nada. Sujetó a Nicolle por la cintura, le dio la vuelta dándole la espalda a Marc y la sentó sobre él, que cerró los ojos al notar que la niña se acomodaba sobre su pecho mientras la cocinera le abría las piernas de nuevo.

No podía alzar las manos para tocarla y eso lo carcomía por dentro. Sentía su dureza contra el culo de ella y deseó más que nunca liberarla y descargar de cualquier manera con tal de acabar con aquella tortura. Dulce tortura. Y como no podía deleitarse con el tacto de las manos, acercó la boca al cuello y se metió entre su larga melena, aspirando su olor dulce a vainilla y queriendo impregnarse de ella.

Nicolle se apartó el pelo sobre el hombro izquierdo, dejando el lado derecho libre para ser degustado por Marc. Él aprovechó para meter la nariz en el hueco de su cuello para aspirar su olor y morderlo suavemente, conteniendo las ganas de devorarlo. Gimió ante aquel contacto y expuso más el trozo de piel mientras sentía, acelerada, cómo la otra chica se arrodillaba y de nuevo le daba placer con la boca. Era delicada, rítmica y paciente con sus movimientos, como si supiera dónde y cómo golpear con la lengua, volviéndola loca.

Ferrara se percató de que Celine le colocaba los tobillos de Nicolle sobre sus manos atadas. Lo hizo con delicadeza, como si él fuera un caballete de consultorio, quedando abierta completamente, recostada con la espalda sobre su pecho desnudo, mientras él le abría a otra el camino de la gloria, aunque los sujetó gustoso, sabiendo el placer que recibirían todos debido a aquella postura. Ella por la abertura máxima que facilitaría todos los movimientos y toqueteos que la mulata tuviera en mente, y conociéndola, sabía que no iban a ser pocos, y él con el cuerpo de Nicolle sobre el suyo, caliente y desnudo, mientras se retorció de placer y él controlaba los espasmos debido al agarre. La polla le palpité tanto al pensarlo que la niña se movió un poco frotando el culo contra ella para provocar el placer del hombre, pero se detuvo con rapidez, asustada, al notar que su compañera de juegos entraba en acción, y sus dedos le tocaba su botoncito exterior, que ahora estaba más hinchado de lo habitual, lo chupó unas cuantas de veces como un cachorro inexperto que te lame con rapidez y deslizó los dedos hasta su agujero, donde los incrustó un poco. Solo un poco. Apenas notó la primera falange, pero se asustó mucho.

—N... no —musitó, recordándole con ojos asustadizos que nada había

entrado todavía ahí.

—No te preocupes —la tranquilizó Celine, torciendo esos mismos dedos hacia arriba y tocando una zona que ella no sabía que existía—. Este es tu punto G, Nicolle, del que te hablé ayer. No es necesario romper el himen para darte placer y que te corras, tranquila.

Aquello hizo que Marc se removiera con el cuerpo de ella encima. Ni siquiera pesaba, era ligera como una pluma a la que manejar a su antojo. Sus pensamientos lo llevaron a posturas bárbaras en las que cogerla a pulso y hacerla correrse como una loca.

Celine, en vez de meter y sacar los dedos, como ella pensaba, los movió de una manera extraña que la hizo abrir mucho la boca y los ojos. Era como si pedalearan muy muy lentamente en su interior, casi sin moverse, pero rozando un lugar específico que la llevaba muy arriba, tensándole los músculos y las extremidades, y luego se mantenía ahí, en la altura, expectante y cargada de placer sin saber cuándo iba a bajar. Pero no descendía, porque la mulata añadió su lengua, pasándola como una experta por su clítoris, sin rastro del cachorrillo inexperto de antes, moviéndola sin cesar, rápida y rítmicamente.

—¿Te gusta? —le preguntó, sin dejar de mover los dedos dentro de ella de esa forma tan peculiar.

—Oh, Celine, me encanta. Me encanta —murmuraba entre pequeños gemidos que Marc quería tragarse solo para él. Quería darle placer, ser quien le otorgara aquellos momentos.

—Sí, sí que te gusta —afirmó en su oído, mordiéndole la oreja que ella apoyaba sobre él, ronroneando, buscando su contacto. Tensó más las muñecas alrededor de los tobillos—. Te estás retorciendo, Nicolle. Estás sudando, a punto de correrte. Y mi polla va a reventar. Vas a hacer que me derrame con el movimiento de tu cuerpo sobre ella, como si fuera un adolescente pajillero que no ha probado mujer. Avísame —le pidió—. Avísame cuando explotes.

—Oh, Marc, creo que ya llega. —Su espalda se arqueó, y él aprovechó para ver a Celine agachada, devorándole el coño con ansias y maestría.

—Vamos, mi niña.

Y entonces pasó algo que asustó y mató de placer a Nicolle a partes iguales, algo que nunca le había ocurrido. Marc tuvo que sujetar con fuerza sus tobillos porque convulsionó sobre él, elevó el trasero sin ser consciente de ello y grandes y enérgicos chorros salieron de su interior, cayendo sobre ella misma, salpicando las piernas y parte de los brazos de Marc y, todo lo restante, la mayor parte, sobre Celine, que acercó su boca con rapidez para atrapar con

premura aquel caño de néctar y saborearlo. Desde su postura contempló extasiado, ido, cómo los pelos oscuros de la cocinera se mojaban como si estuviera debajo de un aguacero, empapándola.

—Oh, no, *petite*⁴, no me hagas esto, por favor —le pidió desbocado, sabiendo que arrancarían las putas corbatas con tal de sujetarla, darle la vuelta y poder mirarla mientras se corría de aquella manera tan intensa.

Eran pocas las mujeres que lo habían premiado con una visión tan espectacular de sus orgasmos. Y casi perdió el sentido cuando se vio salpicado de aquella esencia, a la vez que las piernas y el cuerpo completo de la niña se relajaban sobre él intentando que su respiración volviera a la normalidad.

Celine se levantó mojada y totalmente fuera de sí debido a la excitación del momento, sujetó a Nicolle por la cintura, bajándola, y la hizo arrodillarse frente a Marc a la vez que ella también se agachaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nicolle, casi laxa, mientras obedecía posicionándose.

—Que te has corrido, preciosa. Te has corrido dándonos uno de los mejores momentos que hayamos vivido. —Celine se acercó a ella y la besó en la mejilla—. Ahora es el momento de hacer disfrutar un poco al jefe. —Sonrió con malicia.

Con rapidez y necesidad desabrochó el pantalón del hombre, y Nicolle contempló desde muy cerca y embelesada cómo aquel miembro inmenso saltaba delante de ellas como un resorte. Era tan largo y, sobre todo, tan grueso, que verlo tan de cerca consiguió asombrarla. No sabía cómo la mujer que tenía al lado podía ensartarse en él con facilidad y moverse arriba y abajo sin que le causara daño.

Marc disfrutó de aquella expectación, siendo consciente de la virtud que tenía entre las piernas y que tanto placer había proporcionado.

La boca entreabierta de la niña se acercó un poco cuando Celine la instó con la mirada y, viendo que no llegaba a convencerse del todo, la mulata se acercó con premura, cogió el miembro con una mano sin dejar de prestar atención a la novata y, como si él no estuviera allí, como si no fuera su polla la que tuviera a su disposición para disfrutar a su antojo, le indicó:

—Así, como te he explicado. —Acercó la lengua al glande hinchado y morado y la paseó con vehemencia alrededor, trazando círculos perfectos que hicieron jadear al hombre—. Despacio... La lames despacito, juegas con ella,

la rodeas con tu lengua... Y así conseguirás matarlo de placer. —Ferrara no lo negó, tampoco es que pudiera hacerlo. No podía hablar, solo gruñir. Al placer de la experta se le añadían las ganas de que la boca rosada de fresa se acercara de una jodida vez—. Después, cuando esté húmeda —le escupió encima y movió su mano arriba y abajo, desplazando la piel del miembro—, puedes metértela entera en la boca y acompañar al movimiento con tus manos. —Y de la teoría pasó a la práctica. Solo unas cuantas veces, después sujetó el cabello de su compañera y la instó a repetir su acción.

Nicolle lo hizo, dudosa. Sacó de sus gruesos labios la lengua rosada sin que Marc perdiera detalle y la paseó con suavidad e inexperiencia por el glande. Una exquisita inexperiencia que mareó al hombre gracias a los movimientos torpes y atropellados junto con la sensación de ver a la dulce morena arrodillada ante él mientras acercaba su mano pequeña a la polla, sin ser capaz de rodearla entera. Después dibujó círculos, recreándose en ese escalón de placer y lo miró.

—¿Lo hago bien? —Su maestra era Celine, pero a ella solo le importaba la opinión de su hombre.

—Oh, mi niña, lo haces muy muy bien. Pero necesito que te la metas en la boca, por favor, sentir el calor de tu boca.

Y ella lo complació sin tener en cuenta, sin hacerse una mínima idea de que aquello pudiera gustarle a ella también. Al principio porque un leve olor a excitación le inundó las fosas nasales, creyendo que se transformaría en sabor, pero no había sido así cuando paseó su lengua por aquella punta gorda y casi morada que la llamaba, así que finalmente se decidió y, abriendo todo lo que pudo la boca, consiguió meterla. No toda, ni por asomo, solo poco más de la puntita, arrancando un gemido de lo más profundo de la garganta del padre de su amiga, que enderezó su cuerpo, ahora ya sin indicios de relajación, y luchó por alcanzar más profundidad dentro de aquella rica boquita.

No podía creerse que estuviera haciendo aquello. Era prohibido, y ese hecho le gustó mucho más. Accionada por ese pensamiento, movió la mano tal y como le había aleccionado Celine. Le sorprendía la facilidad con la que su piel subía y bajaba y que, cada vez que eso ocurría, Marc se retorciera debajo de ella, con los dientes apretados y gimiendo roncamente. A su acompasado movimiento lo acompañó el vaivén de su cabeza, esa que Marc deseaba sujetar para mover a su antojo, cosa imposible que lo excitaba más y más.

En un momento dado, ensimismada en su tarea, se percató de que la otra chica se acercaba mucho a ella, sacaba la lengua y se unía, casi en una postura

imposible, muy por debajo, lamiendo los testículos del hombre que se movía nervioso sobre su asiento.

—Le gusta esto —le instruyó a la niña—, le encanta que se los chupes y empapes de saliva, que bajas un poco más con la lengua —continuó mientras bajaba su cabeza un poco, sin dejar de mirarlos, y detenía en ese punto liso que separa los testículos del ano— y chupes aquí, poniéndolo nervioso porque no sabe si ascenderás y volverás a su polla, o bajarás un poco más a la zona prohibida.

Marc gimió fuerte. Le entraron ganas de decirle que estaba ahí, que las oía, pero solo le dedicó una sonrisa a Celine. Qué guarra era y cómo le gustaba que lo fuera. Cómo le satisfacía encontrar compañeras de cama que lo comprendieran, que supieran qué sí y qué no. Aunque él a muy pocas cosas había dicho que no.

No pudo más ante la visión de las dos mujeres compenetradas que lo saboreaban sin descanso. Celine, que lo conocía y sabía que aquello sería demasiado para la primera vez de la muchacha que seguía allí, con la mano arriba y abajo, con su lengua rosada paseando a su antojo como si él fuera suyo, con sus ojos grandes, azules y bellos clavados en él como la más experta de las mujeres, la apartó con rapidez al notar todos los músculos de su jefe tensarse y la polla endurecerse hasta el límite, dando la sensación de que las venas de su tronco reventarían de un momento a otro. Iba a correrse, y conociéndolo, habiéndolo visto en tantas ocasiones, sabía que sería apoteósico. Marc parecía guardar suministro y, fueran las veces que fuesen las que descargara en un mismo día, siempre lo hacía en grandes cantidades y chorros salvajes. Así que le soltó el miembro que solo, sin ninguna ayuda, palpitó fuerte y se derramó de una manera bestial sobre su propio abdomen, entre gemidos y espasmos del hombre y ante las dos mujeres que a escasos centímetros, de rodillas y medio desnudas, lo observaban.

Para Nicolle era la primera vez que apreciaba algo así de tan cerca. Había comprobado la cantidad de semen que era capaz de soltar en aquella ocasión que lo espío detrás de la puerta entreabierta, pero de cerca y siendo la gran causante, impactaba mucho más. No podía apartar los ojos del abdomen bañado que subía bajaba. Después el rostro de Marc, echado hacia atrás, con la boca entreabierta e intentando recomponerse. Jamás lo había visto tan masculino, tan potente como en aquel instante.

Por un momento todo se quedó en silencio y solo la música y las respiraciones agitadas se escuchaban en el despacho. Como con una varita

mágica, todo el entorno cálido y caliente desapareció, al igual que las buenas sensaciones que Nicolle había vivido. La abandonaron sin miramientos y dentro se le instaló un malestar que la oprimía. La sensación de haber hecho algo malo pero multiplicada por cien. No sabía por qué. No habían hablado, no se habían movido... Y, sin embargo, algo había desaparecido. El morbo se había esfumado.

Inoportunamente pensó en Silvana. No la quería cerca de los chicos y ahora... Joder. Pensó en Gala, en lo que acababa de hacer con su padre.

Su padre.

«Y con una empleada de su casa», se recordó, martirizándose.

Y la sensación de hacer algo malo multiplicada por cien, ahora era por mil.

Se puso de pie, acelerada, con el corazón palpitante y con la angustia comiéndosela por dentro. Era inmensa la vergüenza que sentía, indescriptible.

Celine se levantó también y se dispuso a soltar a Marc.

Le pareció que hablaban entre ellos y que le preguntaban algo, pero no los escuchó. Estaba tan nerviosa que solo quería salir de allí, y eso hizo en cuanto se cerró el traje, buscó sus medias y sus bragas y las escondió en el bolsillo del uniforme a toda prisa.

Lo último que vio fue aquel cuadro macabro que, vacilante, parecía acusarla con un dedo, diciéndole que los dos pulpos pervertidos ahora eran ellas, y no al contrario.

Sin mirar atrás, salió a paso rápido, recuperó sus zuecos abandonados en el pasillo y bajó las escaleras. Entró en la cocina, buscó frenética su mochila y se dirigió a la puerta principal. No había escuchado a Alfredo, pero era posible que estuviera fuera.

Abrió la puerta y no vio el gran coche negro que siempre la llevaba a casa. No le importó, se iría caminando, necesitaba que el aire despejara todas aquellas sensaciones negativas que la invadían. A punto de cerrar, una mano firme la frenó.

Se giró para comprobar que era Marc, todavía despeinado y enrojecido, pero con la camisa abrochada a falta de dos botones y dentro de los pantalones.

—Nicolle, espera —le pidió, jadeante. Debía haberse dado prisa para alcanzarla—. ¿Estás bien?

Ella asintió.

—Sí. Tengo que irme, es muy tarde.

Marc asomó la cabeza y descubrió que el coche de su chófer no estaba.

Todo desapareció de su mente, incluso Nicolle, y apreció asustado la noche cerrada.

Con los ojos muy abiertos y sin soltar su brazo, se dirigió a ella.

—¿No ha llegado Gala? —Negó—. ¿No sabes nada de ella? —Volvió a negar.

—Solo me dijo que volvería pronto y nos veríamos un rato.

La soltó de inmediato y buscó el móvil en sus bolsillos. No estaba. Con una evidente preocupación, se dio la vuelta y se dirigió a los escalones que subió de dos en dos. Ante aquellos nervios del hombre y los que comenzaba a sentir ella, Nicolle no pudo irse como si tal cosa y esperó a que bajara para saber sobre su amiga.

Menos de dos minutos después, Marc aparecía hablando por teléfono. Cuando llegó a su altura colgó, la miró con los labios convertidos en una fina línea y le explicó:

—Era Alfredo. Al parecer se han entretenido más porque Gala ha parado en una tienda de ropa y tardarán un poco. —Frunció el ceño; ella también—. Este hombre calla más de lo que cobra. —Entonces le dedicó una mirada relajada, y los dos supieron que se refería al rollo de su hija con Jan, hecho que suavizó la expresión y los nervios de ambos—. Anda, venga, te llevo a casa.

No se negó, supo que sería inútil, y tampoco se sintió mal por saber que se quedarían a solas. Después de lo que había pasado, ¿qué podría ser peor? Toda la carga que llevaba encima era por lo que acababa de hacer con tal de acercarse a él. Un trío, había participado en un trío, y lo que era peor, le había encantado la experiencia.

Subieron al coche en silencio. La noche estaba abierta y estrellada, a pesar del frío. Hasta que la baja temperatura no caló sus huesos, no se percató de que no se había puesto las medias, la camiseta interior ni cambiado de ropa. Cuando emprendieron el camino, lo observó de reojo y se atrevió a hablar:

—¿Puedes parar un momento en algún lugar? Tengo que ponerme las medias. Si Silvana me ve... —Lo dejó en el aire.

La marcha del vehículo aminoró enseguida. El trayecto era muy corto y tenía que aprovechar la oportunidad de su parada. Estacionó al lado del río, en el lugar más oscuro de la avenida, aunque no completamente velado.

Ella buscó las medias y las bragas en su bolsillo, las estiró y miró alrededor, comprobando que no pasaba nadie. Después miró a Marc, que la observaba con detenimiento. Lo hacía porque temblaba sobre el sillón. Al principio creyó que de nervios, ahora, sintiéndose estúpido, supo que era de

frío.

—¿Puedes mirar para otro lado? Tengo que levantarme la falda. —Sin dejar de mirarla fijamente soltó una risa irónica que enseñó sus perfectos y alineados dientes. Ella, que no estaba acostumbrada a verlo sonreír, le preguntó confusa—: ¿De qué te ríes?

—Acabas de montar un numerito de película porno, has dejado que otra mujer te coma el coño, te has corrido a chorros encima de mí, has hecho con tu boca que me corra..., ¿y ahora quieres que mire para otro lado porque vas a ponerte las bragas? —Enrojeció instantáneamente, con tanta vergüenza que no supo si la soportaría, y él apreció con dulzura aquel rubor que se había apoderado de ella. Alargó el brazo y le acarició la mejilla en un acto reflejo —. No tienes que avergonzarte de nada, Nicolle. No estás haciendo nada... malo. —Ni él supo si creerse aquello. Si no era malo, ¿por qué lo evitaba?—. No lo es hablar de sexo explícitamente y, mucho menos, disfrutarlo.

En silencio, asintió, echó un nuevo vistazo alrededor, se quitó el cinturón de seguridad y se levantó la falda. Se tumbó un poco más para poder desprenderse de los zapatos y comenzó a subirse las medias ante la mirada atenta de él, que esperó impaciente a que elevara el trasero para terminar de colocárselas y así ver de nuevo aquel sexo pequeño, apretado y, para su sorpresa, como había comprobado pocos minutos antes, completamente rasurado. Ella notó aquel escudriñamiento, pero disimuló que no lo hacía.

Una vez había disfrutado del corto espectáculo, Marc se bajó del coche pidiéndole con la mirada que lo esperara, se dirigió al maletero y buscó algo que proporcionarle para el frío. No había cogido la camiseta de manga larga y atrás casi siempre había ropa de más. Encontró un jersey oscuro que le ofreció cuando volvió a su asiento.

Ella se lo puso, agradeciéndoselo con una pequeña sonrisa que no llegó a sus ojos, y después de unos segundos en silencio le dio rienda suelta al pensamiento que la atormentaba:

—Si no es malo, ¿por qué tengo esta sensación tan mala que me duele aquí?
—Se tocó la boca del estómago.

—Porque acabas de hacer algo nuevo. ¿Te ha gustado? —preguntó, más por saciar su curiosidad morbosa que por cualquier otro motivo.

Ella asintió casi imperceptiblemente.

—Pero sigo sintiendo que no está bien. Pienso en Silvana... Madre mía — soltó una risa nerviosa—, pero ¡si me tiene prohibido acercarme a los chicos! Si se entera...

—¿Te tiene prohibido acercarte a los chicos? ¿Por qué?

—Porque quiere que me centre en mis estudios, saque la carrera, me posicione en un buen trabajo y, entonces, haga con mi vida lo que quiera. Eso dice, pero en el fondo sé que tiene miedo de que alguien juegue conmigo.

—Y cree que alejarte del sexo masculino es la solución. —Cabeceó, indignado—. Está consiguiendo lo contrario; despertar más curiosidad en ti, a la vista está. Supongo que todas esas normas habrán sido desobedecidas.

—No. Bueno, a medias. He besado a un chico, pero no llegamos a más. Fue la noche de la borrachera, así que ni me acuerdo.

A Marc se le paralizaron las extremidades.

—¿Me estás diciendo que no has tenido ningún tonto con otro tío?

Negó.

—Ya te he dicho que soy virgen.

—Pero ¡que seas virgen no significa que...! —Callo, incapaz de continuar. Aquello solo lo hacía sentirse peor con él mismo y gritar no serviría ya de nada—. ¿Nada de nada? ¿Solo un beso?

—Solo un beso, y ya te he dicho también que no lo recuerdo.

—¿Quieres decir que el día del vestuario...?

Nicolle desvió la mirada y asintió antes de que él continuara.

—Sí, fue la primera vez que un hombre me besó de verdad.

—Joder. Me cago en mi puta estampa.

Nicolle lo vio tan arrepentido por lo que acababa de ocurrir que la sensación anterior de angustia, ahora se había convertido en una punzada de dolor y vergüenza. Estaba haciendo el ridículo. Ella, ilusionada, haciendo lo posible por captar su atención, loca de contenta porque fuera el primero en todas aquellas cosas, y él arrepentido.

—Podemos irnos —dictaminó abochornada.

Pero en los planes de Marc no estaba el correr tanto.

—¿Por qué lo has hecho, Nicolle?

—¿El qué?

—Todo lo de antes.

Lo pensó un momento, pero al final decidió contar la verdad.

—Porque quería estar contigo. Todo este tiempo me has evitado, incluso tratado mal. —Aquel último comentario junto con una mirada turquesa cargada de dolor punzó el estómago de Marc—. Solo quería demostrarte que no soy la niña estúpida que crees, que yo también puedo darte lo que quieres. Y no me da miedo que seas esa bestia que dices ser. —Atrevida, se giró un poco hacia

él, aunque bajó los ojos—. No creo que seas un monstruo.

—No, *bonbon sucré*, no... No eres una niña estúpida. Eres la chica más lista que he conocido. Eres buena, dulce y educada, pero a la vez una pequeña fiera que se transforma cuando está envuelta en placer. —De nuevo, alargó la mano y acarició su mejilla. Ella cerró los ojos ante su contacto—. No he conocido a nadie tan atrevida como tú, al menos no con tu edad, que disfrute del sexo y le brillen los ojos de esa manera, transformándose mientras disfruta. —No dejó de acariciarla con cariño—. En el fondo no somos tan diferentes...

—Entonces, ¿por qué me apartas? No te gusto, ¿verdad? Soy poco para ti.

Él sonrió.

—Sí, si me gustas. Me gustas mucho. Me gustas desde el primer día que te vi —recalcó, para que no quedaran dudas—. Eres una belleza en todos los sentidos, una belleza exquisita, y demasiado para mí, pero comprende que esto no puede ser recíproco. ¿Sabes cuántos años tengo? —Ella negó—. Treinta y cinco. Nos separan más del doble de años.

—No me importa —se apresuró a aclararle.

—Pero a mí sí. Tienes la edad de mi hija, Nicolle, eres su amiga. ¿Qué crees que pensaría Gala si se enterara de lo que ha pasado hoy? Y tu madre..., ¿qué crees que pensaría tu madre?

Sintió un escalofrío recorrerle la columna vertebral. Tenía razón. Aquello era una estupidez y las consecuencias serían mucho peores que el disfrutar un ratito, como lo había hecho. Porque lo había pasado genial, como nunca, había vivido algo... indescriptible, pero ¿a qué precio? Ahora tenía un agujero negro que la engullía y no la dejaba salir.

Pensó unos segundos y finalmente habló:

—Tienes razón.

—Bien. Me alegra que lo entiendas. Tienes que centrarte en tus estudios, en aprobar esa prueba, en tus clases de baile, y olvidarte de este viejo estúpido. —Le arrancó una sonrisa, sin dejar de tocarle la cara, de mirarle los ojos, las enarcadas cejas, la pequeña nariz, las deliciosas pecas, los gruesos labios... Quería esos detalles en su mente y para siempre—. Cuando termines todo eso, conocerás a un chico de tu edad que podrá corresponderte como te mereces y que también te merecerá, pero no yo.

Ella asintió en silencio, reprimiendo las ganas de llorar que la habían inundado de repente. Había sido tan tonta, tan ilusa. Todo lo que había montado para nada.

Ante la ausencia de palabras, Marc puso el coche en marcha y recorrió los pocos kilómetros que quedaban, transcurridos en un silencio absoluto. Se detuvo en su puerta sin parar el motor y esperó a que Nicolle saliera.

Ella sujetó la maneta, pero no podía irse de allí sin aclarar unas cuantas dudas que la consumían.

—¿Es por ellas? ¿Estás enamorado de Celine o de aquella mujer pelirroja?

De nuevo sus celos y dudas le parecieron dulces y lo ablandaron. Si cualquier mujer después de acostarse con él quisiera indagar en su vida privada, le habría pegado un buen corte y aclarado que no le importaban una mierda aquellos detalles, pero no a ella.

Negó.

—No hay ninguna mujer especial, es solo sexo.

—¿Te acuestas con más mujeres aparte de Celine?

—Sí.

—¿Con la pelirroja?

—Se llama Enara —aclaró, viendo que tenía especial interés en ella—. Y no nos acostamos, somos amigos.

La pesadez abandonó un poco el cuerpo de la joven.

—Entonces con las otras solo sexo, nada de amor.

—Así es —respondió con diversión.

—¿Y en qué se diferencia?

—Pues... —Pensó cómo explicárselo correctamente, aunque de aquellas cosas no entendía demasiado—. Cuando alguien es especial para ti, supongo que sientes otras cosas diferentes cuando te acuestas con ella. Cuando solo es sexo, disfrutas sin importarte nada más.

—¿Lo de hoy ha sido solo sexo? —quiso saber—. Porque jugar con Celine me... me ha gustado —reconoció, azorada—, pero contigo es diferente.

Aquellas palabras calaron al hombre, que incapaz de reconocer lo que le afectaba la sinceridad que estaba mostrando, intentó desviar el tema y convencerla de otra cosa.

—Porque te gustan los hombres y se te ha despertado la curiosidad por una mujer, Nicolle, pero es algo natural, nada exclusivo que tenga que ver conmigo.

—¿Lo has hecho antes?

—¿El qué?

—Acostarte con dos chicas a la vez.

—Hoy solo hemos jugado, no me he acostado con nadie. —Y pensando que

se estaba excediendo en detalles, concluyó—: Me estás sometiendo a un interrogatorio y es tarde.

Dándole la razón, abrió la puerta un poco.

—¿Y las clases?, ¿seguirás ayudándome para poder superar la prueba?

Ferrara lo meditó un momento. Sabía que no era buena idea estar cerca, pero si lo habían aclarado todo, ella no volvería a provocarlo y él se controlaría. Tenía que hacerlo.

—Claro, ¿por qué no?

—Bien. Gracias. —Abrió del todo, cogió su mochila y salió. Justo antes de cerrar, lo miró una última vez y le dijo—: Los chicos de mi edad no me gustan, me aburren. No saben de arte erótico, de autocastigos, de idiomas, de sexo, no dejan respuestas a medias sobre si se han acostado con más mujeres juntas ni hacen cosas tan interesantes como mostrar sus estados de ánimos a través de un instrumento. —Alzó las cejas, impresionado por aquello último—. ¿Sabes? Si supiera tocar el piano, probablemente la melodía que se escucharía esta noche en mi casa sería *Hoffnungslos*⁵. Buenas noches, Marc.

Anduvo con lentitud mientras la observaba con su jersey puesto, muchas tallas más grandes de lo que le pertenecía, llegándole a las rodillas y cubriendo al completo el uniforme, y desapareció ante los expectantes ojos oscuros del hombre asombrado que acababa de descubrir en una fase mucho más madura de la muchacha que, aunque no la creía estúpida, sí una cría. Y se había atrevido a una gran locura con tal de tenerlo cerca, y le había desvelado que sabía de él mucho más de lo que pensaba, y confesado que él era diferente... Sin mencionar su conocimiento sobre la música clásica. Pero ¿de dónde había salido aquella criatura? Seguramente del infierno, enviada desde allí para torturarlo con sus ojos cristalinos y sus pestañas interminables.

No supo cuánto tiempo estuvo dentro del coche, pensando en todo lo que había ocurrido aquel día, analizando lo que sentía.

Cuando completó aquel estudio sobre sí mismo, se puso en marcha de nuevo y se dirigió a casa, donde su hija ya lo esperaba preparando la mesa con Celine. De nuevo era solo su empleada. Ni rastro de la mujer que había provocado, sin saberlo, que su vida se viera arrasada de repente por un huracán.

El huracán Nicolle.

De madrugada, sin poder conciliar el sueño, buscó la pieza que nunca había tocado y la estancia blanca se llenó de las notas tristes, lentas y sencillas que componían *Hoffnungslos*. En cada acorde aparecieron sus ojos, sus labios, sus caricias.

En cada arpeggio, con la canción, ella le decía que aquella noche le había partido el corazón.

Y el suyo propio se emblandeció un poco más sin poder evitarlo.

Capítulo 18

Gala no se había presentado en el instituto, respondido a los mensajes ni contestado a sus llamadas. Había probado en todos los cambios de clases, sin éxito. Era extraño y estaba alarmada, primero porque no solía faltar casi nunca, a no ser que el motivo fuera grave, y segundo porque si lo hacía la avisaba primero.

Cuando el reloj anunció que era la última hora, salió sin distraerse con nada, a la espera de saber algo. Iría a casa a almorzar y, si mientras tanto no recibía noticias, en cuanto llegara al hogar de los Ferrara se enteraría de qué había pasado. De todas maneras, revisó su móvil por si tenía alguna llamada. Nada.

En ese instante, alguien chocó contra ella, haciendo que el móvil se le escapara de las manos y el bolso se descolgara de su hombro, cayendo al suelo también. Un montón de papeles esparcidos y su móvil desmontado la rodeaban. Se apresuró a cogerlo todo e intentar guardarlo antes de que alguien lo pisara. Los alumnos salían desbocados de sus aulas y los pasillos estaban a rebosar.

—A ver si miras por dónde vas, guapita.

Aquel tono de voz chulesco y desafiante hizo que levantara la cabeza. Delante suyo, el cuerpo de cuatro chicas altas se erguían imponentes. Entre ellas, Graciela, con cara de pocos amigos, contemplándola con desprecio. Volvió a agacharla, dispuesta a evitar la discusión que seguro se avecinaba, terminó de meter los folios en el bolso mezclados de cualquier manera, cogió las tres piezas del móvil y también las guardó. Ya lo montaría cuando saliera.

Se encaminó, o eso intentó, porque la mano de la tipa que estaba al lado de Graciela, con el pelo pintado de rubio a la mitad, la frenó en seco al apoyarse en su hombro.

—¿Tienes prisa? —preguntó esta, que a pesar de parecer menos poderosa que Graciela, le sacaba bastantes centímetros. Ella intentó moverse de nuevo, pero no se lo permitió—: Te he preguntado si tienes prisa.

—A lo mejor se ha dejado la lengua dentro de la boca de Colin, porque me han contado que la vieron metida hasta el fondo en aquella feria —esta vez fue la exnovia de Mansson quien habló—. Venga, le daremos otra oportunidad. ¿Tienes prisa?

La gente comenzaba a arremolinarse a su alrededor, al parecer ya sin tantas ganas de salir. Todos sabían que si Graciela y su grupo de hienas paraban a alguien en mitad de un pasillo era por un buen y jugoso motivo, y lo sabían tan bien que ya tenían los móviles alzados y preparados, seguramente grabando, por si tenían que capturar algún tortazo. Eso apabulló a Nicolle, que miraba a todas partes, deseando salir de allí y acabar con algo que no tendría que haber empezado.

—¡No te escucho, españolita! ¡Que si tienes prisa! —exclamó otra de las acompañantes, dando también un paso adelante para acobardarla más.

Nicolle respiró profundo y se dijo a sí misma que no podía dejarse amedrantar, y menos delante de todo aquel público que se había formado. Solo acrecentaría sus egos. Después, respondió:

—Sí, es que tengo la fea costumbre de querer almorzar cuando terminan las clases.

El coro abucheó, metiendo cizaña, diciendo que la española las estaba vacilando.

—¡Vaya! Colin te dejó la lengua en su sitio.

—Mira, Graciela, no quiero nada con tu exnovio, tu novio, o lo que sea en estos momentos. Solo salimos en el mismo grupo de amigos, no hay más. Para ti con un lazo grande, no lo quiero. —Y dispuesta a concluir, se abrió paso, acto que alimentó el ansia de los demás, que gritaron muy alto, provocando a aquellas chicas.

—Los amigos no se comen la boca, y si pasa, la novia del supuesto amigo se encarga de partírsela para que no se repita.

Alguien tiró de su bolso, haciendo que se frenara bruscamente y, cuando fue a darse la vuelta, un puño se estampó contra su cara y un cuerpo se le echó encima. Fueron una sucesión rápida de golpes que la sacudieron y turbaron

durante segundos sin que pudiera hacer nada, como si fuese de trapo y no pudiera mover las extremidades. Pero duró poco. Dispuesta a no recibir más, o evitar todo lo posible, cerró las manos y ahora fue ella la que estampó sus puños en quien fuera que tenía encima, blandiéndolos contra la carne de alguien que intentaba defenderse pero no podía, a pesar de estar encima y pelear con ventaja. Como el cuerpo de la chica estaba muy cerca del suyo, no había bastante recorrido para propinar con fuerza, aunque sí el suficiente para hacerle daño.

Era extraño, porque lo vivía en sus propias carnes, no obstante, le daba la sensación de no ser ella la que forcejeaba con alguien mientras un grupo coreaba y gritaba a su alrededor. Y sentía los golpes y los tirones del pelo, pero no le dolían lo que creía que debían doler.

En ello pensaba cuando una voz grave resonó por encima del gentío y, un segundo después, el peso que tenía encima había desaparecido. Se levantó y descubrió a Colin encolerizado, sujetando a Graciela y gritando algo sobre que siempre era igual y que lo tenía hasta los cojones.

Nicolle no esperó a nada más para levantarse y se marchó con rapidez, recorriendo el pasillo casi a trote. Su cuerpo temblaba de los nervios y todo aquel dolor que no había sentido ahora aparecía de manera intensa instalándose en su labio, nariz y, sobre todo, en su ojo izquierdo, al que comenzaba a pesarle el párpado solo segundos después del impacto.

Aquello no era buena señal, se dijo.

—¡Nicolle! —gritó Colin detrás de ella, pero no se detuvo. El chico corrió más hasta conseguir alcanzarla, poniéndose delante y cortándole el paso. Ella, sin mirarlo, con los ojos clavados en el suelo, lo sorteó y continuó, viendo ya la salida—. Eh, espera, ¿estás bien? Nicolle, espera —insistió mientras bajaban los pocos escalones de la entrada y cruzaban el aparcamiento—, solo quiero saber si estás bien.

—Perfectamente. ¿Puedes dejarme en paz?

—Pero ¿qué te pasa conmigo? ¡Yo no tengo la culpa! He visto que os estabais peleando y...

—¡Sí, sí la tienes! ¡Todo esto es por tu culpa! —gritó. Estaba tan nerviosa y asustada que tenía ganas de llorar, pero no se lo permitiría delante de él—. ¡Todo culpa tuya! Si le dejaras las cosas claras a esa... tipa de mierda, nada de esto habría pasado. ¡Vuelve allí con ella y satisface su puñetero ego, que es lo único que quiere! Y de camino aprovechas y le dices que no te gusto y que no tiene por qué preocuparse.

—Es que eso no es verdad —dijo mirándola, consiguiendo que detuviera sus pies de una vez. Después alargó el brazo e intentó llevarlo hasta su nariz, de la que brotaba sangre, pero ella le apartó la mano con furia—. Me gustas, me gustas mucho, y si no lo entiende es su problema.

—Pues también es el mío, al parecer —le recordó, señalándose el ojo—. Nunca he querido tener nada que ver con ella ni con sus jodidas lameculos y mira ahora... —Calló, sabiendo que aquello solo era el principio de algo peor, que se ensañarían con ella hasta que llegara otra persona a la que acosar o joderle la existencia durante un tiempo—. Y esto pasa por no dejarle las cosas claras e intentar jugar a dos bandas. Si estuviera delante de personas con algo de inteligencia, le habría explicado que el causante de todo esto eres tú, que juegas con nosotras mientras nos peleamos y tú sales airoso. Tú deberías tener el ojo morado, y no yo. Pero ¿qué le explico a una gilipollas que solo ve a través de tus ojos?

—Yo no estoy jugando a nada.

—Ah, ¿no?

—No. Ya te he dicho que me gustas, que no quiero nada con ella ni...

—¿Nicolle? —La voz entrecortada de Gala hizo que ambos dejaran la discusión a un lado y la enfocaran. Estaba en el aparcamiento, a unos metros de ellos, subida en su moto y con muy mal aspecto, aparte de un reflejo palpable de preocupación—. ¿Qué te ha pasado?

Apresurada, se bajó de la moto, se acercó y le cogió la cara entre las manos, observando el ojo que con premura se había hinchado y puesto violáceo, la nariz y el labio aparentemente partido. Mientras la escudriñaba, Nicolle lo hizo con ella, preguntándole en silencio por el rostro pálido, los ojos enrojecidos y entrecerrados y la voz ida. Pero no necesitó respuesta, enseguida supo lo que pasaba.

—Nada importante. ¿Estás bien tú?

—¿Cómo que nada importante? ¡Tienes la cara reventada!

—¿Dónde has estado?

—¿Quién le ha hecho esto? —Se giró hacia Colin, y Nicolle supo que estaba evitando responderle.

Suspiró con profundidad y le preguntó:

—Te has saltado las clases para irte a fumar porros con Jan, ¿verdad?

Gala desvió la mirada y evitó mostrar una sonrisa, evidenciando que estaba fumada, pero volvió a ponerse seria y a repetirle la cuestión a Mansson.

—¿Que quién le ha hecho esto?

—Graciela —respondió Colin—. Ahora mismo.

—¡Me cago en su puta madre! —exclamó, caminando hacia la puerta, dispuesta a buscarla.

—Déjalo, Gala —le pidió Nicolle en un tono bajo—, ni merece la pena, ni quiero más problemas ni estás en condiciones.

Su amiga asintió y suspiró.

—Venga, vámonos. Ya me encargaré de esto más tarde.

—No pienso montarme en la moto contigo con la fumada que llevas.

—¡Eh! ¿De qué hablas? ¡Estoy bien, solo han sido un par de porros! Y hoy estaré unas horas en el Arrête para ver cómo va aquello, que empiezo este finde. Esperaba que vinieras.

Colin intervino, diciendo algo que Nicolle no oyó, pero su voz la enervó más. Cansada de todo y sintiéndose estúpida por lo preocupada que había estado por su amiga durante la mañana, se giró.

—¿Por qué no me dejáis en paz? Tú puedes irte con tu novia y olvidarte de mí, y tú —miró a Gala, dolida y decepcionada—, y tú puedes irte a emporrarte con Jan.

—Cualquiera diría que tienes algo en contra de él —le reprochó Gala.

—Cualquiera lo diría, ¿verdad? —ironizó.

—¿Y qué se supone que te ha hecho?

—¿A mí? Nada. Deberías preguntarte qué te está haciendo a ti.

Y sin más, se fue, dejando a las dos figuras observando pasmadas cómo lo hacía.

No fue a su casa, no sabía cómo explicarle a Silvana que llevaba la cara medio desfigurada gracias a una pelea debida a problemas con un chico, y seguía, ahora menos, sin ganas de comer, así que caminó con lentitud para hacer tiempo, se sentó en un parque cercano a la casa de Gala y esperó bajo el cielo gris de la tarde, del que caían algunas gotas esporádicas, que llegara la hora de trabajar, suplicando que no lloviera con intensidad. Por suerte la ciudad no estaba muy concurrida a aquellas horas y evitó miradas curiosas.

Cuando llamó al timbre y dijo por el telefonillo que era ella, la puerta se abrió. Siempre entraba directa en la cocina, pero hizo una excepción yendo a las escaleras para subir al lavadero a cambiarse. A pesar de llevar casi tres semanas allí, no se había instalado en ninguna habitación, como había dicho de hacer al principio. Se encontraba subiendo el primer escalón cuando la voz de Marc sonó detrás de ella:

—¿Has hecho novillos hoy con las clases particulares? —preguntó con un

aparente y extraño buen humor—. ¿Cómo se dice en España?, ¿novillos, pellas? —Pero Nicolle ni respondió ni se dio la vuelta—. ¿Y Gala, dónde está? Creía que hoy ibais al bar donde comienza a trabajar.

—Sí, pero ha tenido que ir sola, yo no podía —mintió mientras subía, hablando casi atropelladamente y dispuesta a desaparecer con rapidez.

Marc dedujo que le ocurría algo por su voz y sus pasos apresurados, aparte de que ocultaba igual de mal las cosas como mentía.

La siguió sin que apenas se percatase. Estaba tan deseosa de quitárselo de encima, que no oyó los pasos detrás de ella.

—Nicolle, ¿ocurre algo? —Su gran mano rodeó la muñeca pequeña y blanquecina de ella, de la que tiró suavemente, frenándola. Le buscó el rostro y ella rehuyó, mirando hacia otro lado, pero Marc insistió hasta descubrirlo. Cuando lo hizo, sus ojos se abrieron mucho y el rostro amigable que había mostrado hasta entonces desapareció. De hecho todo su buen humor de aquel día lo hizo de un plumazo. La preciosa cara de aquella muñeca estaba completamente desfigurada. Lo que más llamaba la atención era la sangre algo reseca que bajaba por su nariz, aterrizando en los labios gruesos y rosados que tanto le gustaban y que ahora lucían una fea herida en la parte superior. Se detuvo en ella unos segundos, pensando si sería superficial, y después subió hasta sus ojos. El izquierdo estaba casi cerrado, hinchado y en el interior tenía un pequeño derrame, cubriendo la belleza turquesa—. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Nada —repitió con ironía y subiendo el tono de voz—. ¿Te has metido en problemas?

Se sacudió con fuerza, soltándose del agarre del hombre, y continuó ascendiendo.

—¿Y a ti qué más te da?

—Claro que me da.

—¿Por qué? —Se detuvo y se giró a enfrentarlo.

—Porque me preocupo por ti. —Cuando los apagados ojos de la morena brillaron un poco, añadió—: Tienes la edad de mi hija, podrías ser ella. ¿Tiene Gala algo que ver en todo esto?

Cerró los ojos unos segundos, enfundándose una calma que ya no existía, recordando la noche anterior.

—A lo mejor ese es el problema, que me ves como a una hija. No lo soy, Marc. No soy tu hija, tu responsabilidad ni nada parecido, por lo que puedes estar tranquilo. Y no, Gala no tiene nada que ver en todo esto. ¿Puedoirme a

trabajar?

—No, no puedes —dictaminó serio. De repente las facciones de su cara se endurecieron y pareció volver aquel hombre que había visto por primera vez, tres semanas atrás—. ¡Celine! —clamó para que la cocinera lo oyera. Esta apareció apresurada, como si hubiera estado esperando aquella llamada—. Prepárame lo necesario para limpiar y curar esas heridas —señaló a Nicolle con la cabeza— y súbelo a mi habitación. Antes de que Nicolle se negara, que sabía que lo iba a hacer por su rostro fruncido y enfadado, la sujetó del brazo instándola a subir—. No soy tu padre, pero sí tu jefe, y ahora estás en horario laboral. Vamos.

Como si fuera una cría que ha enfadado a su padre y, todavía sujeta por el brazo, la arrastró prácticamente hasta su habitación. Pasaron al baño de Marc y Nicolle se mantuvo en silencio, a la espera de indicaciones. Se dijo que podrían haberse quedado en la parte de abajo, en el aseo pequeño, en la cocina o en cualquier otra estancia, sin embargo, después de todo lo que se había dicho a sí misma, después de lo convencida que estaba sobre los beneficios de distanciarse de él, no pudo más que sentir su pecho saltar con ímpetu al saber que estaban de nuevo juntos en una misma estancia. Una parte le decía que aquel hecho no era beneficioso para ella, cuanto más tiempo pasaba a su lado, más le gustaba y por ende más sufría cuando la apartara, pero de todas maneras no podía evitar sentirse mejor con él a poca distancia.

Celine apareció con un maletín blanco en las manos. Lo abrió mientras Marc le indicaba a Nicolle que se sentara sobre la tapadera del váter.

—Hay gasas, alcohol, agua oxigenada... y hasta puntos de esparadrapo que, creo, serán necesarios para el labio —opinó la mulata observando la fea raja—. ¿Necesita que me quede y les ayude?

Marc negó con la cabeza mientras exploraba el contenido del maletín.

—No, gracias. Puedes retirarte.

Celine asintió, le dedicó una última mirada a Nicolle y, aprovechando que su jefe seguía concentrado en los enseres, la contempló con preocupación y le mostró una sonrisa de aliento.

Marc se hizo con una gasa que empapó con agua oxigenada, se arrodilló muy cerca de ella y en absoluto silencio la aproximó a su rostro con delicadeza. Nicolle, al ser consciente de su cercanía, su respiración y el varonil olor a la vez que el corazón le palpitaba con fuerza, apartó la mirada a ningún lugar en concreto y esperó paciente.

—Supongo que no me vas a contar qué ha pasado —dedujo mientras

paseaba la gasa por debajo de su nariz. Ella no habló—. Bien. Solo te quitaré la sangre reseca para que no tengas que frotar en la zona dolorida. Date un baño con calma, te dejaré ropa de Gala sobre mi cama. Cuando acabes, te curaré las heridas.

—No hace falta que...

—También te traeré algo de su baño para el pelo, no va a ser fácil desenredar eso. —Dicho lo cual, se levantó, salió un momento y volvió con unas toallas blancas que dejó sobre el lavabo—. En el mueble hay esponjas y manoplas. —Definitivamente se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Nicolle contempló alrededor mientras suspiraba, como si no conociera la estancia ni fuera ella quien se encargaba de su limpieza.

«Bueno, no es lo mismo estar trabajando que dándote una ducha en el lugar donde lo hace él y usando sus cosas», pensó para sí.

Después se levantó y se miró en el espejo, comprobando por primera vez la gravedad del asunto. No habría maquillaje para disimular aquello delante de Silvana.

Cuando terminó, salió envuelta en la toalla blanca y se encontró encima de la cama un chándal turquesa de Gala. Tuvo que sonreír al descubrir los más de seis productos diferentes para el cabello. Los leyó uno a uno. Serum, desenredantes, aceites, anticalor... Al parecer Marc Ferrara entendía mucho de mujeres, pero solo a medias.

Salió de la habitación ya vestida cuando consiguió cepillarse el pelo, tarea que no fue fácil, tal y como había augurado Marc. Al abrir la puerta principal de la habitación, lo encontró en el pasillo, cruzado de brazos, sin moverse, con su escandaloso y enorme cuerpo apoyado en la pared. Él también parecía haberse duchado, o al menos aseado un poco y cambiado de ropa. Llevaba un chándal oscuro que le sentaba estupendamente. Creía ser la primera vez que lo veía vestido casual sin estar en el gimnasio o venir de él, aunque en esas ocasiones siempre estaba a medio cubrir.

Marc, viendo que no hablaba, le dedicó una pausada mirada de arriba abajo y tomó la iniciativa:

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

Caminó hacia ella, pasó por su lado y se adentró en el baño. Segundos después salió con el maletín en la mano.

—Bien. Curaremos esas heridas, pero he pensado hacerlo en un lugar que te gustará más y que quiero enseñarte.

Comenzó a caminar hacia el otro lado del pasillo y se detuvo al lado de las escaleras.

—Tengo que trabajar.

—Tienes la tarde libre.

Y en vez de bajar, como había pensado la muchacha que haría, subió y la instó a seguirlo.

Sorprendida y curiosa lo hizo.

¿Le enseñaría la sala del piano? Estaba deseosa. No obstante, cuando llegaron a la tercera planta, esa que constaba solo de dos habitaciones, Marc se puso delante de la otra puerta. Se dio cuenta entonces de que nunca se había preguntado con demasiado interés qué habría detrás de ella. No le dio tiempo de impacientarse, porque él abrió, dejándola con la boca abierta, literalmente.

Capítulo 19

De todo lo que hubiera podido imaginar tras esa puerta, lo que nunca esperaría era lo que vio.

Buscó a Marc con los ojos muy abiertos y una sonrisa de sorpresa, después volvió a contemplar el gran cuarto, que más que un dormitorio parecía un salón recreativo de esos que a ella siempre le habían parecido muy frikis. Las paredes no se veían, estaban recubiertas de pósteres de videojuegos. Delante de ellas, estanterías repletas de figuritas pequeñas de muchos colores. Justo enfrente suyo, una silla que parecía sacada de una nave espacial y una pantalla gigante y extraplana.

—¿Qué es esto? —preguntó con asombro.

—Una farmacia.

Ella hizo una mueca de fastidio, poniendo los ojos en blanco, y volvió a inspeccionarlo todo.

—¿Todo es de videojuegos? —Marc asintió—. Madre mía, ¡eres un frikazo! ¡Jamás habría pensado que tú tendrías algo así en tu casa!

—¿Por qué? —Levantó una ceja, sin saber muy bien si aquellos comentarios eran buenos o malos.

—No lo sé, no te pega. Siempre con tus... trajes, tu vida de empresario atareado y... no sé, ¡tocas el piano!

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? Tú haces ballet, te gustan las piezas de piano y después te emborrachas mientras bailas, no te pega juzgar a nadie.

Pero Nicolle no contestó, hizo caso omiso a aquello último. Invasada por la

sorpresa, se adentró un poco más y lo inspeccionó todo con detenimiento. No conocía la mayor parte de figuras de las estanterías ni las imágenes de los pósteres porque no estaba muy familiarizada con el mundo de los *gamers*, pero le parecía muy curioso que él lo estuviera de lleno.

—¡Tienes estantes de chuches! —exclamó cuando descubrió aquella variedad de chucherías metidas en cajas de metacrilato transparente, arrancándole una sonrisa al hombre que la miraba desde el umbral, maravillado por tanto entusiasmo.

—Vamos a curarte y después sigues con la excursión —le dijo con sorna—. Con ese labio partido no creo que puedas comer muchas chuches.

—Haré el esfuerzo —bromeó con el humor visiblemente mejorado.

Marc giró la silla de colores eléctricos y le indicó que se sentara. Después, repitió la acción del baño y se arrodilló con el maletín abierto.

La observó, diciéndose que no podría hacerlo durante muchos minutos, pero es que era inevitable recrearse con esa sonrisa entusiasmada, haciendo que su gran boca destacara en el rostro, y los ojos, a pesar de tener uno casi cerrado, brillaban con emoción.

Qué bien olía, se dijo mientras se hacía con los enseres. Primero puso con delicadeza una pomada alrededor del ojo, haciendo pequeños y suaves círculos con la yema de su dedo.

—Esto te bajará un poco la hinchazón.

Cerró la crema y la dejó en su sitio, luego llevó con sigilo dos dedos hasta el grueso labio superior y tocó la herida, abriéndola un poco para determinar la profundidad, aunque apenas cedió.

La sonrisa de Nicolle desapareció y se le cortó la respiración al tenerlo tan cerca. Ahora más que antes, quizá porque se encontraba más relajada y perceptiva, pudo captar con deleite el aroma masculino y limpio que lo caracterizaba. Se recreó con sus ojos marrones aprovechando que no estaban fijos en ella, sino en la herida, y también en la barba recortada que acrecentaba el marcado rostro de facciones duras.

Volvió a decirse que no había conocido hombre como él, perfecto en su totalidad.

—¿Te duele? —le preguntó Marc, todavía con sus labios entre las manos.

Sus ojos se encontraron.

Ella negó despacio, casi sin moverse por miedo a romper aquel extraño aura que se había creado en torno a ellos.

—No mucho —murmuró.

—Mentirosa —susurró él, acentuando el adjetivo con el movimiento de los labios.

Se percató de que Nicolle entreabría la boca ligeramente, jadeaba muy bajito y su pecho subía y bajaba con más intensidad. También de la dolorosa dureza que se erguía en su pantalón.

Se levantó con rapidez, como si su cercanía lo quemara, y se apartó, metiendo los botes de curas en el maletín de manera distraída.

—Creo que no necesitas puntos, no está muy abierta. De todas maneras, si te sangra de nuevo o sigue doliendo, deberías ir al médico.

Ella asintió, sabiendo que aquel distanciamiento había sido provocado. Al levantarse frente a ella, miró con descaro el gran bulto que destacaba en el pantalón del hombre, el mismo que estaba teniendo él al no ocultar su empalme. Estaba acostumbrada a que los chicos se avergonzaran de aquellas cosas. Jan, por ejemplo, hacía posturas impensables para disimular después de haberse besado con Gala. A ella le hacía gracia apreciar todas aquellas cosas en silencio. Sin embargo, y eso ya lo había comprendido hacía mucho, Marc no era uno de esos chicos de su edad con los que lidiaba día a día. Era un hombre. Y qué hombre.

Él seguía guardando cosas bajo su atenta mirada mientras ella se preguntaba por qué la estaba cuidando, por qué la había llevado hasta allí y por qué se tomaba tantas molestias, sobre todo después de lo borde que había sido aquella tarde con él en la escalera. Entonces suspiró y habló, porque sentía que se lo debía.

—Una chica y sus amigas me han parado en el pasillo cuando iba a salir del insti y ha pasado esto —se señaló la cara.

Marc alzó la cabeza.

—¿Sin más?

Miró a otro lado y suspiró. Le parecía muy ridículo para contarle en voz alta.

—Ha sido Graciela, la exnovia de Colin, el chico con el que me besé en la feria.

—¿Te han echado la cara abajo por un tío? —Se puso de pie.

—No —se apresuró a responder, luego lo meditó mejor—. Bueno, sí, pero no como crees. A mí Colin no me gusta. Salimos juntos en el grupo y nos quedamos más tiempo a solas porque... —Alzó la cabeza y lo miró, dándose cuenta de que estaba a punto de desvelar lo de Gala y Jan. Y aunque según Gala ya lo sabía, no se sentía nadie para hablar de ello con su padre—.

Porque me gustaba un poco, o eso creía, y hemos estado... se puede decir que intentándolo. Pero hasta aquel día en la feria no había pasado nada. Pues creo que Graciela o alguna de sus amigas nos vio, y poco después nos encontrábamos en el Arrête...

—Ahí es donde trabajará Gala, ¿no? —la interrumpió y ella asintió.

—Pues nos vio allí, sentados en la barra. Después se apartaron para discutir y terminaron liándose delante de todos.

Su inocente explicación lo tensó y no pudo evitar preguntar:

—¿Te molestó que se liara con ella?

Nicolle negó, y él se detuvo en su pelo húmedo y muy largo, ahora aparentemente un poco más oscuro, peinado hacia atrás, despejando su claro y bonito rostro.

—No. Y no sé qué película se ha montado, pero aquella noche me encargué de dejarle claro a Colin que no quería nada con él.

Los pulmones de Marc se vaciaron. Se cruzó de brazos, todavía muy pendiente de sus palabras.

—Pues parece que no lo ha entendido bien.

—No, parece que no, porque después de la pelea, que ha sido él quien nos ha separado, ha venido a buscarme de nuevo. Pero no se les puede exigir más. Entre los dos suman neurona y media, y pedirle que funcione durante veinticuatro horas es complicado.

Lo hizo reír débilmente, y su preciosa y amplia sonrisa que encogían sus ojos enmarcados por unas atractivas arruguitas la contagió.

—¿Crees que tendrás más problemas?

La bonita sonrisa de Nicolle se apagó y en su lugar apareció la preocupación.

—El problema acaba de empezar, Marc. No es ella quien me preocupa, al menos no quien más. No sé cómo explicarle a Silvana lo que ha pasado.

—¿Por qué?

—Porque nunca sabes cómo va a reaccionar, pero bien no, eso es seguro. Si se entera que estuve con Colin y que encima me he metido en problemas por ello, puedo quedarme sin viaje, sin trabajo y encerrada de por vida.

Marc suspiró, se giró hacia el *stand* de chucherías y lo desplazó hasta su lado gracias a unas ruedas pequeñas en la parte inferior. Después cogió una silla de ordenador, mucho menos sofisticada que la de la nave espacial, y se sentó junto a ella. Abrió todas las cajitas de metacrilato y la invitó a coger. Él eligió un regaliz que se metió en la boca con rapidez, mientras Nicolle sonreía

al descubrirlo despreocupado.

—A ver, estamos hablando de una madre, no de un monstruo. —Ella hizo una mueca, alzando las cejas y frunciendo los labios a la vez que elegía una chuche—. ¿Por qué la llamas Silvana?

—Porque es su nombre —resolvió con obviedad.

—Muy graciosa. En serio, ¿por qué la llamas por su nombre y no mamá?

—No lo sé, nunca lo he pensado.

—Mientes. —La miró fijamente, masticando su regaliz de color rojo.

—¿Por qué siempre estás tan seguro de que estoy mintiendo?

—Porque eres muy predecible y no sabes hacerlo. Pero no te desvíes del tema, ¿por qué lo haces?

Apartó la mirada.

—No lo veo nada grave.

—Que mi hija nunca me llamara papá sería una de las peores cosas que me podrían pasar en la vida.

Lo miró y supo que decía la verdad. Sus palabras habían sonado sinceras y sus ojos la contemplaban muy fijos y brillantes.

—Supongo que nunca... No sé, no la he sentido... No sé cómo explicarlo.

—¿Como una verdadera madre?

—No es eso —titubeó con tristeza.

—No está mal decir lo que pensamos ni debes sentirte mal por hacerlo.

—No es mala madre, pero no negocia como tú con Gala, ni intenta que entiendas sus motivos. Ella impone y punto. Lo que dice va a misa y vuelve y, si ha tomado una decisión, poco hay por hacer. A veces claudica, muy pocas, pero me cuesta muchísimo, como con el viaje o el trabajo, que si no hubieras hablado con ella jamás habría aceptado. Y después están las prohibiciones. Nada de chicos, nada de fiestas, nada de alcohol, nada de escapadas por la noche... Con Gala y en su casa, poco más, y siempre recogíendome antes que todo el mundo. A veces me gustaría... hacer cosas diferentes. Intento demostrarle que puede confiar en mí, pero nunca es suficiente. No bebo — Marc alzó las cejas, recordándole aquella noche y ella apartó la mirada, sonriendo—, bueno, eso pasó solo una vez, pero nunca lo hago. No bebo, no fumo, no llego tarde, doy lo mejor de mí en el instituto, en clases de baile, en casa... Y nunca es suficiente.

Escuchándola atento, se acomodó un poco más sobre la silla. Le gustaba oír la hablar durante tanto rato y no tenía intención de que parase.

—¿Por qué crees que se comporta así? No te conozco demasiado, pero no

pareces el tipo de adolescente rebelde a la que hay que controlar a todas horas o alguien con quien no se pueda razonar.

Nicolle se encogió de hombros.

—Mi abuela dice que no siempre fue así. Nunca el alma de la fiesta, desde luego —sonrió—, pero no como ahora. Habla poco, nunca se ríe y solo va de casa al trabajo y del trabajo a casa. Cuando le pregunto a mi abuela no lo reconoce, pero sé que ella también piensa que cambió desde que me tuvo a mí.

—Tonterías, ¿por qué iba a ser ese el motivo?

—Mi padre la abandonó cuando supo que estaba embarazada. Silvana era muy joven cuando ocurrió, dejando su país y su carrera para centrarse en mí —conforme lo decía, se percató de que Marc apartaba la mirada y dejaba de comer, yéndose lejos de allí. Solo un instante, pero había viajado mentalmente.

Después de unos segundos, habló:

—Creo que tu madre solo es una persona a la que le hicieron mucho daño y adoptó ese escudo invisible que la protegió. Ahora solo tiene miedo de que te ocurra algo parecido y únicamente busca un buen futuro para ti.

—Lo sé —reconoció, y después se quedó muy callada, pensando si preguntar lo que tenía en la punta de la lengua, hasta que finalmente lo soltó—: ¿Es lo que te pasó a ti?

Él la miró fijamente y en silencio durante muchos segundos que consiguieron enturbiar el buen rollo creado hasta el momento.

—Deberías intentar animarla. Estoy seguro de que solo necesita tu cercanía y apoyo. No ha debido ser fácil para ella y, aunque tú no tengas la culpa de nada, ni mucho menos, la ayudará hacerle saber que la quieres y cómo te sientes. Explícaselo del mismo modo que lo estás haciendo ahora.

—No es tan sencillo hablar con ella como contigo. —En ningún momento se le ocurrió reprocharle que había evadido por completo su pregunta—. Todo era más fácil en Carmona. Allí seguía bailando, aunque fueran pequeños espectáculos, y no se pasaba el día trabajando fuera de casa y de tan mal humor. Además, no había chicos complicados, exnovias locas, pruebas en distintos idiomas, clases particulares ni trabajo extra —terminó con una sonrisa, volviendo a recuperar el ambiente calmado de antes.

—Háblame de aquello.

—¿De qué?

—De Carmona. Creo recordar que tenemos una clase de francés pendiente en la que me contabas cosas sobre tu hogar.

Una ola de felicidad la invadió de repente y no ocultó la sonrisa que le provocaba recordarlo. Tampoco habría podido porque, aunque ella no lo supiera, los ojos le brillaban con intensidad, tanto que Marc no pudo despegar los suyos de aquel mar durante todo el relato.

Tras carraspear y disculparse por las barbaridades que pudiera soltar al confundir algún término, comenzó con entusiasmo:

—Es curioso, porque si me hubieras hecho esta misma pregunta estando allí, mi respuesta habría sido muy diferente. Siempre me ha parecido un lugar aburrido para tanta dimensión, porque es muy grande, ¿sabes? —Lo miró, descubriendo que estaba muy atento a sus palabras. Inocentemente pensó que intentando sacar algún fallo de su pronunciación—. Tiene casi treinta mil habitantes, pero después es como un pequeño pueblo en el que todo el mundo se conoce. Y tiene muchos monumentos que siempre me han parecido..., no sé, solo estaban ahí, y los veía día a día sin darle mayor importancia. Ahora me encantaría detenerme frente al castillo que antiguamente rodeaba la ciudad y verlo de noche. Es naranja cuando los focos lo alumbran y el cielo está oscuro. Y delante, justo delante y en medio, hay una fuente que salpica agua y brilla con él.

»Ahora no lo definiría como aburrido, sino como un hogar en calma. La gente no se aglomera en los pasos de peatones, no te empujan al caminar y no da la sensación de que siempre vayan con prisa. Se saludan, se paran a hablar, se preguntan con calma... No hay necesidad de taxis ni metro o problemas con el aparcamiento.

»También podía salir por cualquier parte sin que Silvana me pusiera límites. Tenía amigas de mi mismo barrio, pero también de otros mucho más alejados. Daba igual, porque lo mismo andabas por un lado que por otro.

—¿Qué es lo que más extrañas? —quiso saber el hombre, embobado por aquellos labios que, incluso heridos, eran irresistibles mientras hablaban, sobre todo haciéndolo con tanto entusiasmo, sin que se parara a pensar qué estaba diciendo.

No se percataba, pero estaba tan ensimismada en lo que narraba que no había nada de preocupación por la pronunciación, por lo que estaba siendo bastante buena, entendible y fluida.

—Jugar a las cartas cerca de mi casa hasta la hora que quisiéramos. Y el sol, el calor que tanto odiaba allí y que ahora echo de menos. O la sensación de tumbarte bajo el aire acondicionado en un día en el que hacían más de cuarenta y cinco grados. —Él abrió mucho los ojos—. Sí, sí. Cuando llegué

aquí y vi que no estaba el aparatito, creí morir. Después Silvana me explicó que no sería necesario. Y también echo de menos a Gracia, mi profesora de baile, que nada tenía que ver con el capullo de ahora.

—Me alegra saber que el profesor capullo es el de baile y no el de clases particulares. —Ella rio con ganas—. ¿Por qué le tienes tanta estima a este nuevo?

Le narró lo acontecido con Víctor y los compañeros en todas y cada una de las clases. Le contó sobre la audición de Navidad en el Teatro Real y el premio; el ganador se marcharía durante todo un año a la Academia estatal de coreografía de Moscú, una de las más reconocidas y antiguas del mundo en la que todos los instructores y coreógrafos eran personajes de renombre.

—Será la noche previa a la Navidad, y ya debería estar preparando el número.

—¿Lo eliges tú?

Asintió.

—Tengo la música pensada pero no el baile ni la caracterización.

—¿Cuál has elegido?

—Nuvole Bianche.

—Previsible. Muy previsible.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero me da igual. Es la que me gusta, mi favorita. Y si necesito una canción que corone un momento mágico de mi vida, sin duda tiene que ser esa. —De repente se mantuvo en silencio, recordando las palabras de Víctor; podían elegir músicos y bailarines de apoyo para el número. Hasta ahora no le había dado importancia, tenía claro que Roque tocaría para ella de la misma manera que lo hacía en clase y que nadie bailarían a su alrededor, básicamente porque no tenía quien lo hiciera. Una idea se le pasó por la cabeza. Quizá en otro momento no la habría expuesto siquiera, pero se sentía cómoda y capaz de hacerlo—. Toca para mí en la audición.

Capítulo 20

—¿Qué? ¿Yo? —preguntó descolocado.

Ella asintió, sonriente y entusiasmada con la idea.

—¡Sería perfecto! —Casi saltó—. Podríamos incorporar un piano, quedaría precioso. Y podríamos pensar en un vestuario original, ¡algo que nadie se espere! O hacerlo sencillo, aunque sea predecible, como la canción, pero muy emotivo, sin salirnos de lo clásico...

—Oh, no, Nicolle, Nicolle, frena —la cortó, haciéndola callar de golpe—. No me gustan todas esas cosas de tocar en directo o para alguien. Odio tener público y hacer espectáculo y, de hecho, nunca lo he tenido.

—Pero siempre hay una primera vez. —Su tono de voz disminuyó.

—No me van estas cosas. Ni los escenarios, los conservatorios... Ni siquiera sé tocar lo que me imponen. Seguro que encuentras a alguien que te ayude más que yo. Lo siento.

Y no hubo nada más que decir. Ella desvió la mirada, avergonzada por el subidón momentáneo que había sufrido y por lo rápido que él la había bajado, y no insistió, ocultando su decepción y volviendo al punto de partida en el que la audición, aparte de mucho miedo, de nuevo no le despertaba nada competitivo en el interior.

Tras un largo e incómodo silencio, Marc decidió intervenir de nuevo, retomando la conversación en el punto que la habían dejado:

—Y supongo que tu objetivo es ser la elegida y disfrutar de esa gran oportunidad.

—Mi objetivo es ser igual de feliz que antes mientras bailaba. Si no tengo

eso, ¿para qué quiero irme a Rusia? Aunque no me importaría alejarme una temporada de aquí, si soy sincera. —Suspiró y, pidiéndole permiso con los ojos, cogió una chuche con forma de fresa, intentando apartar lo que había pasado anteriormente—. ¿Y sabes qué es lo peor? Que cuando llegue esa audición y después de la caña que me han dado durante el curso, nadie reparará en mí. No valorarán lo que Nicolle Harman haga sobre el escenario o lo que haya ensayado para llegar ahí, porque todas las miradas curiosas estarán puestas sobre la gran Silvana, a la que le besarán los pies cuando entre en el teatro. Tengo claro que siempre viviré bajo la sombra del tutú de mi madre —concluyó con indiferencia.

Una falsa indiferencia que a él lo desarmó por completo, evidenciando la falta de cariño y protagonismo que vivía día a día. Le seguían impresionando aquellas respuestas tan maduras que lo hacían olvidarse de la edad que tenía. Odiaba comparar porque sabía que cada adolescente vivía aquella etapa de una manera diferente, pero durante las pocas conversaciones que habían tenido, nunca había visto a una niña caprichosa, preocupada por los asuntos comunes de alguien con diecisiete años. No era Gala, con su moto, su insistencia en tener coche y sus mentiras intentando ocultar que salía con aquel chico. Y por un lado lamentó que no lo fuera, porque aquellas deberían ser las preocupaciones de una muchacha, y no con las que lidiaba diariamente.

—No te conformes con vivir bajo la sombra de nadie, ni ahora ni nunca. No te he visto bailar, pero sí hablar de ello, y sientes lo que haces, Nicolle. Para llegar lejos hay que sentirlo, da igual la manera. Si tu objetivo es Rusia, ve a por esa audición. Si eres feliz aquí, bailando a solas, no dejes que tu madre te fuerce a otra cosa. Díselo sin miedo a las consecuencias, la peor que puedes sufrir es convertir una pasión en una pesadilla. —La niña había dirigido la mirada al suelo, y él supo que no tenía intención de responder al igual que de enfrentarse a su madre, así que se enderezó y cambió un poco el rumbo, bromeando—. ¿Y se supone que tu madre te dejará ir a Rusia? ¿Sabe que allí también existe el género masculino?, ¿que dormirás durante todo un año fuera de casa? —Ella sonrió—. ¿O piensa ir también y controlar tu vida allí?

—No lo creo. Ahí ya da igual, porque según ella tendré la Baccaauréat aprobada y podré empezar la carrera que quiera. Alcanzando los objetivos que ella ha marcado, no hay peligro con el género masculino. Así que espero que sepas un poco de ruso, porque se ve que me hará falta unas clases extras.

—No veo que te preocupe.

—Bah, claro que no. —Movi6 la mano en un gesto desenfadado—. Sé de

sobra que no voy a ser la elegida. Pero no hablemos más de esto, cuéntame tú algo. ¿Qué conoces de Sevilla? Dijiste que habías ido alguna vez.

Marc no le contestó seguidamente porque de repente ya no estaba en aquella habitación. Se había perdido en un lugar que no le gustó; un sitio de su mente en el que algo que no sabía describir con exactitud lo obligaba a dejar de pensar, le anulaba la razón y lo forzaba a hacer algo diferente a lo que se proponía. Le exigía dejarse llevar. Y odiaba dejarse llevar, porque nunca sabía con exactitud hacia dónde se dirigía.

Se había perdido una vez, una sola vez en su vida, pero le había costado tanto volver que nunca más se arriesgó a que alguien lo guiara.

Por eso intentó retener el comentario en su lengua, tragárselo, pero no pudo.

—Lo haré —dijo.

—¿Contarme algo sobre Sevilla?

—Tocar para ti en esa audición. —Aguardó unos segundos, mirando a la niña de ojos claros para averiguar por su gesto si era real que había dicho en voz alta lo que había pensado. Al parecer sí, porque ella no pudo contestar nada con aquellos labios que se entreabrieron por la sorpresa—. Sí, voy a tocar —se autoconvenció—. Y vamos a ganar. —Y como si no hubiera ocurrido nada, como si no hubiera conseguido que el corazón de Nicolle brincara de emoción, Marc sonrió y añadió—: Y también voy a hablarte de Sevilla. Conozco poca cosa porque casi siempre voy a lugares muy específicos. A uno, en concreto —dejó caer, sembrando su curiosidad.

Ella intentó que su voz saliera clara y poder ocultar la emoción que la poseía por aquella aceptación a su propuesta. No sabía por qué había cambiado de opinión tan rápido, pero le daba igual. Solo quería que no lo hiciera de nuevo. Se concentraría en la conversación sobre su ciudad y lo distraería, sin darle opción a arrepentirse. Así que le preguntó:

—¿A qué lugar?

Podría haber mentido, inventar la excusa de que viajaba hasta la ciudad por negocios y zanjar el tema, pero por algún motivo estaba más receptivo de lo normal y menos controlador consigo mismo. Más bien, cansado de medir siempre sus palabras para no estropear la imagen que todos tenían de él. La de jefe en su trabajo, la de padre en casa, la de hombre de negocios en la calle, y ahora, con ella, la del adulto responsable que tiene que controlar todo lo que dice y lo que hace. Algo dentro de él quiso contárselo, saber su reacción ante aquello, hasta dónde le gustaría llegar a aquella ardiente muchachita.

Le sonrió con malicia.

—Al club liberal de unos buenos amigos. Sevilla Liberal.

—¿Club liberal? —preguntó la morena con el ceño fruncido—. ¿Qué es eso? ¿Son esos sitios a los que acude mucha gente para practicar sexo?

—Para disfrutar del sexo —la corrigió, ocultando la leve sorpresa que le había causado que supiera algo sobre el tema—. Ni siquiera sé si debería hablarte de ello.

—Tiras la piedra y escondes la mano —protestó enfurruñada—. Otra vez estás con lo mismo; mirándome como si fuera tu hija. ¿Crees que voy a asustarme porque me hables de... eso? —Se enderezó, envalentonada, pero le duró poco la altanería—. Yo... veo muchos vídeos.

Marc evitó una carcajada y mostrar que empezaba a divertirse con aquello. Le encantaba ponerla nerviosa.

—¿Qué tipo de vídeos?

—Oh, vamos, sabes de sobra a qué tipo de vídeos me refiero —exclamó azorada.

—Si quieres que te hable abiertamente de sexo como si fueras una adulta, compórtate como tal. Si estuviera con Gala dándole una charla de educación sexual, sería más o menos así. Si estoy con una mujer con la que converso —la miró con intensidad y decisión—, lo hago con claridad, con términos reales. Allí no practico sexo; follo.

Aquel comentario acompañado del rictus serio y voz calmada le sentó como una patada. Volvió a erguir su cuerpo y se tragó la chuche con rapidez.

—Vídeos porno de todo tipo. De todo tipo —puntualizó de nuevo—. Así que no va a asustarme lo que me cuentes.

—Te sorprenderías, te lo aseguro. A ver, ¿de qué tipo?

Sabía que la estaba poniendo a prueba, así que no se aminoró, aunque no pudo ocultar por completo el tembleque de su voz.

—Ya te lo he dicho, de todo tipo. Hetero, tríos, lésbicos, en grupo... —Selló sus labios, sin apartarle la mirada.

A Marc se le puso dura, muy dura. Si había estado intentando evitar aquello, la falsa determinación de Nicolle lo había superado.

—Ajá —dijo él—. ¿Alguno más?

—Si alguno que me llame la atención se cruza, pues lo veo —añadió, creyendo que él no estaba sorprendido.

—¿Y qué haces mientras? —Su voz ronca no fue capaz de ocultar la excitación que lo poseía y Nicolle bajó la vista hasta el pantalón de chándal que lo evidenciaba.

Ahora sí era poderosa. Ahora, de nuevo, tenía la certeza de que provocaba algo en aquel hombre. Sin ser tan guapa como la pelirroja, tan potente como Celine y, seguramente como ninguna de las mujeres con las que él se acostaba, había algo que lo excitaba, que conseguía que su cercanía lo endureciera.

Él quería alejarla de su vida, pero Nicolle deseaba todo lo contrario, así que clavó su mirada en la oscura del hombre y dijo:

—Tocarme.

Ni un rastro de vergüenza acompañó a su respuesta.

No obstante, Marc necesitó tragar saliva, tomarse unos segundos para serenarse y continuar.

—Bien, pues eso no es una mínima parte de lo que puedes encontrar en un lugar como aquel.

—¿Y qué puedes encontrar? —preguntó, curiosa.

—¿Cómo te lo imaginas?

Nicolle pensó un momento y después hizo una mueca.

—¿Sucio? —Él negó mientras la instaba a seguir—. Con muchas personas fo... follando por todos lados y acechándote al entrar. Tampoco creo que todos sean como tú. —Lo señaló.

Alzó una ceja.

—¿Como yo? ¿Y cómo soy yo?

—Guapo, elegante, bien vestido, oliendo bien... —enumeró y, sin maldad, se acercó un poco y aspiró su olor, tensando al hombre—. Siempre hueles a perfume caro, pero también a jabón y a limpio, llevas la barba perfectamente recortada y ni una arruga en la ropa. Seguro que son viejos y viejas que ya no tienen con quiénes follar y allí pillan cacho.

Dejó escapar una pequeña exclamación que mezclaba lo halagado que se sentía y lo sorprendido.

—Te equivocas en todo. No hay nada de suciedad, no estás dentro de una película porno en todo momento, nadie te acecha por las esquinas y lo que menos hay, como tú dices, son viejos y viejas queriendo pillar cacho. Pero da igual lo que te diga, porque pensaba lo mismo que tú, y estos sitios son una clara evidencia de que no puedes opinar de nada sin antes haberlo comprobado por ti mismo.

—Quiero comprobarlo por mí misma.

Aquello sí que derrumbó todas las defensas del hombre. Por el amor de Dios, pero ¿qué estaba diciendo?

Se la imaginó entrando allí, en el lugar de luces veladas, de música de

fondo, de cuerpos deseosos, de fantasías prohibidas que siempre se hacían realidad.

—No puedes, eres menor.

—Pero cumplo los dieciocho a finales de enero —fue un murmullo, pero un murmullo con mucha determinación.

—Será curioso escucharte responder cuando tus amigas te pregunten qué quieres para tu cumpleaños y tú le cuentes que ir a Sevilla a un club de intercambios.

—No tiene por qué enterarse nadie. Total, empiezo a acostumbrarme a ocultar información... —Ella la tiró y él la cogió al vuelo, no obstante, no dijo nada más—. ¿Por qué lo comprobaste tú?

Se encogió de hombros.

—Un amigo me llevó una noche y lo que vi me gustó.

—¿Y ya está?

—Y ya está. Cuando me apetece voy, y cuando no, no.

Con aquella falsa respuesta intentó obviar su mundo, su realidad.

Su adicción asomó de repente la cabeza, recordándole que estaba allí, que comenzaba a descarrilarse.

«Es el momento de parar», se dijo.

Por suerte, siempre había un instante previo a pecar en el que aquel fantasma le daba la oportunidad de echarse atrás, planteándole en silencio si aquello era lo que quería y si le merecía la pena un rato de placer desbocado para luego torturarse día tras día y sin compasión.

Incómodo por el rumbo de sus pensamientos, los sacudió, y le preguntó a Nicolle:

—¿Quieres un refresco y palomitas?

Sin esperar respuesta, Marc se dio la vuelta sobre la silla rotatoria y buscó el interfono negro, pequeño y cuadrado que había sobre el mostrador de cristal que sostenía la gran pantalla. Lo pulsó y le habló a Celine, indicándole el pedido.

La muchacha no tardó en subir una bandeja con refrescos y un recipiente lleno de palomitas con mantequilla. Cuando la dejó sobre el mostrador transparente, le preguntó a Nicolle cómo se encontraba.

—Mejor, gracias.

—Si necesitan algo...

Marc, examinando a la mulata e intuyendo demasiado interés en ayudar, tanto antes como en ese momento, la despachó con rapidez. Le parecía que ya

había hecho suficiente.

—Estamos bien. Puedes retirarte. —Y la última mirada de advertencia le indicó que lo hiciera sin decir una palabra de la presencia de Nicolle en aquella habitación donde, los pocos que habían entrado a excepción de Gala, lo habían hecho para limpiar.

Aquella interrupción consiguió exactamente lo que él quería; que la conversación se desviara. Por los ojos brillantes y curiosos de ella, sabía que deseaba continuar, pero la breve pausa lo había hecho recapacitar y decirse a sí mismo que aquel no era el camino. Si había tomado la decisión de mantenerla lejos, no podía flaquear a la primera de cambio.

—¿Te gusta algún videojuego? —quiso saber, y ella se encogió de hombros.

—Creo que no, pero si me gusta alguno, seguro que lo tienes en tu gran colección. —Movi6 su dedo en círculos, señalando el entorno.

—La mayoría consiste en matar.

Nicolle alzó las cejas y asintió varias veces con sorna.

—Vaya. Muy educativo.

—No lo son, pero relajan. ¿Quieres probar?

—No creo que sea buena idea, tengo muy mala puntería —se excusó.

—¿Y si te imaginas la cara del profesor capullo o de la exnovia loca?

—Mmm... Sí, puede ser que así mejore. —Sonrió abiertamente, estirando tanto el labio que un dolor punzante le recordó la herida—. Me gusta el plan para pasar mi tarde libre.

La tarde había empeorado. Lo que antes eran unas gotas se había intensificado y la lluvia chocaba en el cristal de manera violenta y algunos truenos resonaban imponentes sobre ellos. Además, se sentía cómoda con él, le daba igual si hablaban o pasaban el rato con videojuegos y refrescos.

Tras encender la PS4, le dio unos cascos enormes de color blanco y él se colocó otros muy parecidos. Graduó las ruletas de unos pequeños altavoces que habían colocados a ambos lados de la pantalla y le explicó que podrían hablar entre ellos y con otros jugadores en línea.

Nicolle vio aparecer en la pantalla a su personaje vestido de militar, armado y en mitad de una explanada que parecía un pueblo bombardeado. Marc se acercó con los dos mandos inalámbricos, olvidó el suyo unos segundos sobre sus piernas y se centró en el de ella, explicándole lo que debía hacer. Cómo correr, apuntar, disparar, cargar las armas, agacharse o tirar artefactos. Muy segura de sí misma le prometió que lo había entendido todo y que estaba lista para empezar.

La partida comenzó y, mirándolo de reajo para no reconocer que no se había enterado de nada, copió el movimiento de sus dedos sobre los *joysticks*, apretando hacia dentro uno de ellos y a la vez elevándolo. Mientras todos los militares corrían hacia delante con destreza, el suyo se había desviado hacia una pared que le impedía el paso. Movía las piernas, pero no se desplazaba.

—¡Marc, que no puedo salir de aquí! —exclamó nerviosa.

Este se carcajeó al ver al muñeco ahí, luchando contra la pared. Le cogió el mando con rapidez y le indicó cómo salir.

—Se suponía que lo habías pillado.

—Parecía más sencillo —se defendió.

Nicolle no supo si fue mejor enfrentarse a la batalla o haberse quedado castigada en la pared; en cuanto puso un pie en el terreno principal la acribillaron a tiros. Unas quince veces. En dos minutos.

Refunfuñaba como una niña pequeña o se enfadaba y se ocultaba en un mismo lugar sin moverse. Marc la regañaba o le toqueteaba el mando a traición para que saliera de su escondite.

—¡Que no me hagas eso!

—Que salgas de ahí. Eso está muy mal visto entre los jugadores —le decía cuando otros de los que estaban en línea la insultaban al encontrarla tumbada en el suelo tras unos arbustos o algún coche.

—¡Me da igual! Peor visto está despertarme siempre en la casilla de salida. ¡No me dejan avanzar, están por todas partes!

—Ese es el objetivo, morena. ¿Qué sentido tiene esconderse?

—Pues que no me matan.

—Pero entonces no juegas.

—Pero no me matan.

Divertido, Marc suspiró mientras negaba.

Ella lo miró de reajo, observando a aquel hombre, siempre serio y enigmático, que ahora parecía joven y despreocupado. No era el mismo de camisa y pantalón fino. No era el tipo que necesitaba castigarse a sí mismo por algún motivo que aún desconocía.

—¡Nicolle! —exclamó, asustándola, pero sin apartar la vista de la pantalla ni los dedos nerviosos del mando—. ¡Uno en la ventana, a tu derecha! —la advirtió, totalmente ajeno a aquel escrutinio.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba muerta.

—Tarde. Muerta otra vez.

—Si no te pusieras en mitad del mapa... Eres el centro de la diana, joder,

una diana estática, con un cartel luminoso y con un imán para las balas. He visto gente jugar mal, pero lo tuyo es insuperable.

La tranquilidad que la caracterizaba se desvaneció por completo cuando casi una hora después se levantó de la silla y tiró el mando, insultando y gritando.

Marc, sin medirse, como hacía siempre, se reía a carcajadas sin reprocharle nada; él era peor cuando se enfadaba.

—Si quieres cambiamos de juego —le propuso entre balbuceos debidos a la risa.

—¡No! No hasta que no cruce el mapa entero sin que me maten.

—Le diré a Celine que vaya preparando la cena, entonces.

Lo fulminó con los ojos.

Siguió intentándolo durante mucho tiempo y él volvió a explicarle el procedimiento y los controles del mando. Insistió en cambiar de juego, o al menos de mapa, pero ella era testaruda y se negó en rotundo una y otra vez.

Persistente, lo consiguió. Acabó con un jugador por sus propios medios, sin estar agazapada en cualquier lugar, y logró cruzar el mapa sin que la mataran.

Casi tirando la silla, se levantó, alzó los brazos y gritó emocionada mientras bailoteaba. Al otro lado la escuchaban, pero le dio igual. Ni siquiera había caído en la cuenta y, total, nadie la conocía. Marc la miró divertido mientras celebraba eufórica su victoria, moviendo las caderas como aquel día que la encontró en el gimnasio con los auriculares puestos, ajena a su presencia. Nunca le diría que no había cruzado ni por asomo el terreno completo, solo de casa a casa, y mucho menos que al que había matado era un jugador de su propio equipo, porque verla tan contenta por una chorrada de aquel tamaño lo hizo sentirse tan pleno como hacía mucho tiempo.

No recordaba lo que era ser feliz a causa de algo tan pequeño.

Era un placer embobarse con ella, con sus gestos, con su naturalidad, con su transparencia. Era jodidamente increíble saber que él había conseguido que dejara a un lado a la muchacha asustadiza y tímida que era día a día para sacar una parte divertida.

Nicolle se giró con una sonrisa enorme y lo descubrió pasmado. Marc tenía la cabeza muy lejos de aquella habitación, pero eso ella no lo sabía, ni siquiera se percató. En aquel instante parecía absorta de todo. De la manera en que la miraba, embelesado a la vez que impuros pensamientos paseaban por su cabeza, y de todo lo que había pasado con anterioridad, olvidando incluso aquel ojo, ya menos hinchado, y un labio rajado parcialmente. Entusiasmada y

apretando los dientes, dijo:

—Si supiera tocar el piano, en este momento tocaría el vuelo del abejorro.

Marc ni siquiera tuvo tiempo de meditar su respuesta cuando ya había sido pronunciada.

—Si pudiera tocar, en este momento te convertiría en piano.

La niña se dejó caer en la silla con lentitud, sin apartar su mirada de los ojos del color de la noche que la devoraban. Entreabrió los labios, dispuesta a decir algo que nunca llegó a pronunciar ya que Marc se perdió. No de nuevo, sino para siempre.

Estiró su mano hasta rozar la mejilla blanquecina y suave de ella y la paseó con lentitud hacia abajo, contorneando su rostro. Le costaba retenerse, siempre le había costado, pero lo hizo despacio, deleitándose con el contacto y con la reacción de Nicolle, que cerró los ojos unos segundos sin poder disimular lo que las yemas de sus dedos la hacían sentir. La respiración de ambos se volvió más pesada y todo alrededor pareció cambiar, desaparecer. Cuando elevó los párpados, Marc repasaba cada rincón de su rostro con parsimonia mientras dirigía los dedos hasta su nuca, enredándolo en su pelo aún un poco húmedo, y se acercaba con la misma tranquilidad que lo había hecho todo hasta ahora.

Quería pedirle permiso, que le diera tiempo de asimilar lo que ocurriría solo segundos después.

Ella pudo ver cómo el hombre por el que pasaba las noches en vela volvía a su encuentro. Pudo sentir el acercamiento como si ocurriera a cámara lenta. Incluso saboreó su aliento antes de rozar su boca. Y, entonces, llegó el contacto como todavía antes no había llegado. Fue suave y exquisito, apenas un roce, un movimiento suave que atrapó su labio superior con delicadeza y lo lamió con la puntita de la lengua, muy sutil, conforme lo besada. A continuación, apresó el inferior, repitiendo el mismo procedimiento. Fue como si quisiera transmitirle anhelo. Al menos ella dejó entre esas dos bocas deseosas el sabor de la añoranza que había experimentado al apartarla de su lado. Porque no lo diría en voz alta, y mucho menos a él, pero la noche anterior había llorado hora tras hora conforme vivía en primera persona la sensación de un corazón nuevo, sin estrenar, que se grieteaba sin compasión ante el primer hombre que había tenido poder para manejarlo.

«Un corazón no debe tener dueño más que uno mismo», le decía su madre constantemente. Por desgracia aprendió en ese mismo instante que, aunque siempre quieran lo mejor para sus hijos, los padres no siempre tenían razón.

Si él no era el dueño, ¿cómo podía catalogarse a la persona que tenía el

poder de apretar tu corazón y convertirlo en polvo?

No quería sufrir como había pasado con anterioridad, cuando la echó de su lado. Cada paso que daba hacia a él era un trozo de su interior que se exponía a la destrucción.

Pensó en la posibilidad de que la alejara de nuevo tras aquel encuentro y volviera a sentir aquel abrasador dolor. Se apartó de él, rompiendo el contacto, separando sus labios, y enfocó el rostro confundido del hombre que con el ceño fruncido intentaba comprender su repentina reacción.

Observó aquel dolor momentáneo en los ojos masculinos, la desazón de su rechazo. Y también su rostro perfecto, cuadrado, rudo y tierno a la vez que esperaba expectante mientras ella se decía que nunca pisaba allí donde sabía que el pie se podría enterrar, y él era arenas movedizas. Que nunca cruzaba una franja si al otro lado podía haber minas, y él era un campo de batalla.

De nuevo aquel brillo oscuro que le decía que detrás había algo más.

De nuevo esa pizca de dolor que le indicaba que no le era totalmente indiferente.

No sabía de relaciones, no sabía de amor, no sabía de sentimientos, pero sí supo que no eran cosas que se aprenden. Se sentían y se vivían, y ella lo estaba sintiendo.

Sí, se exponía a la destrucción, pero qué manera más bonita de exponerse.

Se acercó a él y unieron sus labios.

Esta vez no hubo tanta calma. La lengua de Marc se abrió paso entre sus dientes y devoró cada resquicio de su boca, saboreándola con ganas, sabiendo que por su cabecita se había paseado la duda por unos segundos. Le dolió que lo hiciera. Había sido durante poco tiempo, pero se le había detenido el pulso al imaginar que se levantaba y se iba. Y toda la tensión acumulada en un breve instante la soltó sobre su boca, aunque tuvo que contener su hambre para no hacerle daño en el labio superior.

Sabía tan bien que dolía.

Tiró el mando al suelo sin importarle el golpe, alargó su otra mano para sujetarla por la cintura y la subió sin dificultad sobre él a horcajadas, con las piernas abiertas a cada lado y el trasero sobre su dureza, que se hincaba en ella recordándole que estaba allí.

La besó y besó, sin dejarla respirar, sin parar la excursión por su boca, captando aquel sabor que empezaba a volverlo loco.

Nicolle se separó jadeante solo unos centímetros y apoyó la frente sobre la de él. Porque, aunque no quisiera pensar, el miedo al rechazo seguía en su

cabeza.

Sus pechos subían y bajaban y ambos respiraban descompasados, calientes.

—Fuiste tú quien dijiste que esto no podía ser, que nos separaban más del doble de años, que tenía que fijarme en chicos de mi edad...

—A veces digo muchas tonterías, *bonbon sucré* —murmuró.

—¿Por qué haces esto ahora, Marc? ¿Por qué vuelves cuando empezaba a comprender que tenías razón?

Él la separó un poco más, la contempló unos segundos y suspiró.

—¿Alguna vez has probado la droga, Nicolle? Cualquiera de ellas —le preguntó a la vez que le apartaba un mechón de pelo oscuro que usurpaba su rostro.

—No —reconoció en tono muy bajo.

—Primero sientes curiosidad —le explicó, deseando acabar para volver a probarla—. Lo haces por saber qué ocurrirá. No te atrae por ningún motivo en concreto, solo quieres matar ese interés que se ha despertado en ti. Después repites porque te ha gustado, porque te has sentido bien, o al menos mejor de lo que esperabas. Te dices que nunca volverá a ocurrir, que no ha sido para tanto. Sigues tu vida como si nada, tu rutina, pero un día la ves ahí sobre la mesa y la miras fijamente durante varios segundos. La evitas, porque no es necesaria, porque sabes que tienes el control. —Se detuvo un momento para contemplarle el rostro y repasar el contorno de su boca con las yemas de los dedos—. Y una noche, sin venir a cuento, sin motivo alguno, te descubres pensando en ella y sufres las famosas cinco etapas de todo duelo: negación, ira, negociación, depresión y aceptación.

»Te dices que es absurdo, que eso no puede ocurrirte a ti. Te enfadas, porque tu mente te traiciona otra vez, y otra, y otra, descubriendo que piensas más en ella de lo que quieres reconocer. Con el paso de los días comienzas a preguntarte si hay alguna posibilidad, por muy pequeña y remota que sea, de que eso te ocurra a ti, negociando contigo mismo. Te encierras en una habitación vacía a tocar piezas de piano que griten a nadie en concreto todo eso que te abrumba para, finalmente, coger la droga, llevártela a un cuarto, probarla de nuevo y aceptar que eres adicto. Que estás metido hasta las trancas y que salir de ahí va a ser difícil, casi imposible. —Se acercó a sus labios, los besó con lentitud y detuvo el movimiento para hablar sobre ellos —. Tú eres esa droga, Nicolle. Mi maldita droga dura.

Capítulo 21

Todos tenemos un monstruo dentro, una parte oscura. Algunos nacen con ella dados de la mano y otros mueren sin haberla conocido, pero está ahí, a la espera de ser activada. Como todo lo oscuro en esta vida, opaca la claridad. Es ese eclipse que turbia. La mezcla de colores que, al mojarlos, destiñen. Y aunque hacemos ver que la luminosidad siempre gana, que la bondad vence, mentimos.

Marc era esa negrura que cubriría por completo la luz que componía a Nicolle.

Y no podía frenarlo.

La bestia de su interior lo empujaba hacia a ella, por mucho que su parte sensata hubiera luchado durante semanas para evitarlo.

—¿Sabes lo peor? —le preguntó, sin soltarla de su agarre—. El autoengaño, no querer ver lo que ya está grabado en tu retina. Fue suficiente encontrarte en la jodida mesa de mi cocina para saber que me volvería un demente por ti. Pero el otro día, *petite*, casi me vuelves loco de remate. —Negó repetidamente con la cabeza—. No puedo borrar de mi mente el momento en el que, encima de mí, con las piernas abiertas, te corrías apoyada en mi hombro, jadeante y convulsionándote. No puedo parar de imaginar cómo será tenerte debajo, siendo yo quien haga que te corras hasta que me supliques que pare, o encima, cabalgándome.

Le desabrochó la sudadera y la sacó de sus brazos. Con la misma lentitud se desprendió de su camiseta, dejando una preciosa vista de su cuerpo medio desnudo sobre él, un vientre liso, una cintura estrecha y unos pechos no muy

grandes que subían y bajaban debido a la excitación de la niña, cubiertos por un sujetador violáceo. La rodeó con sus manos, acariciando su contorno, y fue directo a desabrochar aquella prenda que lo incomodaba. Se recreó paciente mientras bajaba los tirantes y dejaba al descubierto las tetas que admiró lo que a Nicolle le pareció mucho tiempo.

Estaba clavado en ellas, sin respirar casi, sin moverse, y sintió vergüenza ante aquella devoción que un hombre como él le estaba dedicando a sus pechos pequeños que tan poco le gustaban. Al parecer, Marc opinaba todo lo contrario. Movi6 la cabeza lentamente hacia delante y, cuando estuvo a la altura de ellos, a un solo centímetro de sus pezones, alz6 la mirada encontrándose con los ojos expectantes de la muchacha. Se relami6 con lentitud y malicia. Esa misma lengua empapada que recorría sus propios labios, sali6 despacio y se acerc6 al pez6n izquierdo. Lo lami6 de abajo arriba, de abajo a arriba, de abajo a arriba... Y Nicolle se irgui6, curvando su espalda y echando la cabeza hacia atrás debido al placer. Una punzada directa a su coño le hizo abrir los ojos y mirarlo asustada. Él sonri6, sabiendo lo que pensaba, y complacido ante todos aquellos interrogantes que se le pasaban por la mirada y la cabeza.

Complacido porque sería él quien resolviera todas sus dudas.

Porque sería él quien le mostrara el placer más absoluto.

—Sí, pequeña —murmur6—, te estoy lamiendo aquí —borde6 su botoncito con la lengua— y te está gustando aquí —baj6 su mano hasta la entrepierna y la toc6 de manera superficial por encima de la tela—. Te sorprenderá saber las maneras posibles que existen de placer. No tenemos vida para conocerlas todas. La sexualidad no solo está en las manos y en los cuerpos, también está en la mente.

—¿En... en la mente? —pregunt6 ella de manera atropellada y en apenas un susurro, intentando recomponerse de las pequeñas pero intensas punzadas que sentía.

—Si dejo de tocarte y de lamerte —apart6 sus manos de ella y se recost6 hacia atrás, rompiendo el contacto de su boca—, pero te miro fijamente mientras te cuento todo lo que me gustaría hacer contigo, también sientes esos calambrazos aquí. —Esta vez no la toc6, solo fue un leve roce sobre sus pantalones.

—¿Y qué me harías?

Marc cerr6 los ojos un instante.

—No quieras saberlo. Eso sería demasiado para ti todavía.

—Pero yo quiero saber.

—Porque eres muy curiosa, pero, créeme, aún no estás preparada.

Alzó las cejas.

—Porque tú lo dices.

—Sí, porque yo lo digo.

Se creó un pequeño silencio que hizo creer a Marc que su determinación en el último comentario había cerrado por completo el tema. Nada más lejos de la realidad. Nicolle había captado a la perfección aquello de la mente y el placer, y también se había ido percatando, encuentro tras encuentro, a pesar de haber sido cortos y escasos, que el hombre difícilmente se negaba a algo cuando había contacto de por medio.

De manera muy sutil movió las caderas, rozándose contra el gran bulto que sentía debajo y consiguiendo que la mirada de él cambiara a una más feroz. Conocedora de lo que siempre habían impactado su color de ojos y la amplitud de esto en cualquiera que los observara más de unos segundos, los entornó, provocativa, y alzó sus largas pestañas una sola vez antes de acercarse a él, aprovechando que estaba recostado en la silla, y besar su mejilla suavemente para después bajar por su mentón marcado, repasando su barba con los labios, hasta el cuello, donde se detuvo, sacó la lengua y lamió con astucia.

—Cuéntame todas esas cosas que harán que salga corriendo o que me quede para siempre —dijo Nicolle cerca de su oído. Después, le proporcionó un pequeño bocado que lo hizo gruñir, rodearla con sus brazos y pegarla a su dureza.

—Pequeña diabla, sé lo que intentas.

—¿Y voy a conseguirlo?

Asintió, sintiendo la lengua recorrerle el cuello, cada vez de manera más descendente, hasta llegar a su pecho.

—Claro que vas a conseguirlo, *sucré*. Vas a conseguir de mí todo lo que te propongas.

—¿Qué has hecho, Marc? Cuéntame todo lo que has hecho este tiempo atrás, todo lo que has visto en ese lugar al que vas en Sevilla. Quiero que me enseñes. ¿Alguna vez...? —La seguridad la abandonó, pero se refugió en su cuello, subiendo de nuevo hasta él para no verle la cara y poder seguir alternando sus palabras con los besos—. ¿Alguna vez habías estado con dos chicas a la vez, como con Celine y conmigo?

La sacó de su escondite y la irguió, dejándola como antes: sentada encima, a

horcajadas y mirándolo. Si quería aprender, lo primero sería a fulminar por completo el pudor que le provocaba hablar de sexo.

—He estado con muchas mujeres a la vez. ¿Es eso lo que quieres saber? ¿De verdad te interesan esos detalles?

—Sí.

Lo meditó, porque lo habitual en las mujeres con las que se acostaba más de una vez era no querer escuchar detalle alguno de su vida, de sus relaciones pasadas. Y sabía que entrar en aquello era peligroso, que por mucho que se nublara, seguía siendo aquella chiquilla de la misma edad de su hija. Era inevitable pensarlo, por más que quisiera dejarlo al margen. Si algún tío de su edad, con su experiencia, le contara aquel tipo de cosas a su hija, sabiendo lo que tenía a cuestas y en el mundo que podía involucrarla...

Sin embargo, astuta y atrevida, llevó las pequeñas manos hasta su polla, alzó un poco el culo para facilitar la bajada del pantalón que ella misma estaba llevando a cabo y se la sacó, dejándola erguida ante la vista de los dos.

Seguía sorprendiéndola aquel falo grande y grueso que veía por tercera vez y, aunque la avergonzara pensarlo, ya había probado.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Marc, olvidando todas aquellas dudas anteriores al percatarse del deseo de Nicolle.

Ella se mordió el labio con timidez mientras asentía.

—Me gustas todo tú. Enterito, de pies a cabeza. Y me gusta esto —le señaló el miembro sin dejar de morderse el labio, azorada. Él sonrió ante aquella sinceridad y espontaneidad.

—Tócala —le pidió a la vez que se llevaba una mano a la boca, escupía en ella y esparcía suavemente la saliva por toda su longitud—. Despacio, pequeña. Mientras, yo te contaré todo eso que quieres saber.

Le sonrió mientras rodeaba el contorno resbaladizo con su mano blanquecina y movía la mano de arriba abajo con lentitud, apagando la mente del hombre, llevándolo al cielo. En un momento dado, bajo la atenta mirada de él, Nicolle tocó el líquido transparente que brotó de su glande, hizo varios círculos sobre él y se lo llevó a la boca, lamiéndolo como él había hecho con el dedo de Celine tras tocarla a ella.

—¿Con cuántas has estado?

—Con muchas...

—A la vez —especificó ella.

—Con muchas —repitió—. No sé cuántas.

—¿Y... más hombres también?

—Bien, niña curiosa —jadeó ante el vaivén de la mano que, de repente, se había acrecentado—, vas a escuchar todo lo que quieres.

Con furia, casi violento poseído de morbo por aquel atrevimiento, apartó la mano de la niña, la cogió en brazos y ambos se levantaron. Con prisas se desnudó completamente, olvidándose de dónde estaba, hizo lo propio con ella y volvió a sentarse. Sin ropa que lo impidiera, dejó que su falo descansara sobre su abdomen y, tras deleitarse con el cuerpo menudo pero desarrollado de Nicolle totalmente desnudo, la cogió con la misma garra, la sentó encima de él y dejó que aquellos labios depilados y chorreantes se situaran justo encima de su polla. Le agarró el culo, aferrándose a él, y la movió encima, solo rozándose.

Necesitaba calma para disfrutar el momento, para contemplarla más. Mucho más. Su piel clara; sus pezones rosados, pequeños y erectos; sus bellos alzados que, a pesar del cabello tan negro que poseía, eran muy claros. Descendió los ojos por la cinturita que era capaz de rodear con sus manazas grandes, manejándola sobre él y después el pecado más apetitoso conocido hasta ahora.

Se sentía primitivo por pensarlo, pero solo imaginar que aquel coñito rasurado era suyo, que no había experimentado nada igual, que nunca había estado en contacto con una polla... La meneó sobre él con más intensidad, subiendo y bajando su piel, intentando concertarse en otra cosa que no lo hiciera irse como si no tuviera control ninguno sobre él mismo.

—Oh, Marc...

—He follado de tantas maneras que no tendría memoria para contártelo, Nicolle. —Le mordió un hombro, estremeciéndola—. Tríos y orgías, compuestos de hombres y mujeres. —La movió, acrecentando el roce, gimiendo ambos—. He visto cómo una chica se deshacía corriéndose sentada en una silla, sin tocarse, solo porque su marido se estaba dejando lamer la polla por un desconocido. Otras que lo han hecho mientras le chupaba los pies, completamente vestidas... —Notó cómo la respiración de la niña se desbocaba sin disimulo y cómo se frotaba con fuerza sobre su falo, sin ocultar los grititos de satisfacción que lo ponían tan cardíaco que temió por las palpitations de su corazón—. He visto cómo grupos de hombres se follaban a la misma mujer y se corrían sobre ella. Y he follado sin ver, entrando en cuartos oscuros, disfrutando como un loco sin saber nunca quién estuvo ahí conmigo. ¿Sabes lo que excita esa incertidumbre? ¿Sabes cómo son las horas siguientes, sentado en la barra del club, observando a todo el mundo, preguntándome quién sí y quién no estaría allí dentro? Apoteósico. Es

apoteósico.

Por esos entonces Nicolle había llegado dos veces a un punto máximo, a la cúspide, de donde había bajado de manera intencionada, evitando que la ola de placer rompiera. No quería correrse, todavía no, porque el relato acabaría y su curiosidad nunca sería saciada.

—¿Qué más? —preguntó, paseando sus manos por el pecho duro y fuerte que tenía debajo, tocando aquel bello escaso que otras veces había visto asomado.

Él sonrió, negando, incrédulo, excitado, sorprendido... Lo hacía pasar por tantos estados de ánimos diferentes y todos a la vez, que no era capaz de descifrar todo ese cúmulo de emociones juntas. Si alguien le hubiera contado a él aquellas cosas siendo virgen, cuanto menos se habría asustado. Pero ella quería más, más, más.

—Joder —murmuró, sintiendo que se correría pronto. Intensificó el movimiento del cuerpo pequeño y manejable, echando hacia atrás y hacia delante la piel de su polla empapada por los propios fluidos femeninos—. Lo siento, caramelo, tendrás que dejarlo para el próximo capítulo.

Llevó su mano hasta el clítoris y lo frotó a la vez que movía sus caderas enérgico, acompañándola en el movimiento que se descompasó.

—Marc... Oh, Marc...

—Córrete conmigo, por favor.

—Quiero hacerlo como ayer —dijo ella—. ¿Sabes hacerlo como Celine?

Apretó los dientes, extasiado.

—Mi niña, sé hacerte todo lo que quieras que te haga, y lo que no, lo aprenderé para ti.

Y sus deseos fueron órdenes. Con una mano siguió sujetándola por la cintura y la otra abandonó su botoncito para incrustarlo solo un poquito, con cuidado de no introducirlo más de lo debido, tocando aquel punto exacto que la haría temblar y, con suerte, correrse salvajemente. Él no creía en la suerte; sí en la técnica, pero es que nunca había masturbado de aquella manera a alguien virgen. Cuando lo alcanzó con la yema de su dedo, lo movió repetidas veces y la morena apretó los dientes y los ojos. Él siguió y siguió, notando que el cuerpo menudo se contraía, las piernas le flaqueaban, el trasero se apretaba y los dedos que la sujetaban se hincaban para ayudarla, para que se moviera un poco. La cúspide estaba ahí de nuevo. Llegó de una manera indescriptible, gritando, imaginando todo aquello que le había contado. Y tocó la cima, sintiéndose victoriosa, notando como esos chorros desconocidos hasta el día

anterior salían disparados y empapaban a Marc. Cuando cesaron cayó en picado, en todos los sentidos.

Al recobrar el sentido, estaba sobre el pecho musculado que había estado acariciando y que ahora se encontraba empapado del orgasmo que él, al igual que ella, acababa de tener del simple roce que le había proporcionado, pringándolos a ambos sin que a ninguno le importara.

—Apoteósico —imitó las palabras del hombre, luchando por respirar—, como todas esas horas sentado en la barra.

Marc sonrió y metió los dedos entre el oscuro y espeso cabello, acariciándolo como tantas veces había imaginado. Se mantuvo ahí, quieto, acompasando la respiración mientras la tocaba con paciencia. Dejó un beso sobre la cabeza que reposaba encima y sin proponérselo confesó:

—Cambiaría todo lo vivido por sentir una y otra vez cómo te corres encima de mí.

Nicolle alzó el rostro, emocionada porque le estuviera diciendo aquello, y al hacerlo vio que los ojos oscuros y lujuriosos se llenaban con rapidez de arrepentimiento. No supo si por lo que había dicho o hecho hacía unos segundos, pero Marc se levantó, la apartó de encima y se dio la vuelta, buscando algo con lo que limpiarse y, después, su ropa.

Buscó en una estantería, le tendió un paquete de pañuelos sin mirarla y se agachó para darle sus bragas y pantalones.

—Vístete. —Al ver que no se movía, que seguía allí, quieta y con los brazos a cada lado de su cuerpo, subió dos tonos de voz—. ¿Es que no me has oído? Que te vistas. Puede llegar alguien.

Pero ella no se inmutó ante la rudeza de aquella voz grave y arrepentida.

Sí, sin duda era arrepentimiento.

Comenzaba a enfurecerse, pero contuvo el enfado, sustituyéndolo por un tono chulesco que se atrevió a preguntar:

—¿Ese es el lado oscuro que te tortura?

La pregunta lo pilló desprevenido, dando vueltas por la habitación en busca de una calma que no hallaba por ningún lado.

—¿Cómo?

—Que si la penitencia que arrastras es tu manera de disfrutar del sexo.

—El problema no es disfrutar de algo, es no saber pararlo.

—¿No puedes pararlo? —Frunció el ceño, confusa.

—No, no puedo pararlo. ¿Es que no lo ves? —Dio un paso atrás a la vez que Marc lo daba hacia ella, transformándose en otra persona. Ya no era

cariñoso, divertido o pasional. Comenzaba a tensarse y sus músculos imponían más. Podía apreciarlos a la perfección, porque no estaba completamente vestido—. Cada vez que te tengo cerca cometo locuras. Si no me hubieras hecho correrme en dos minutos y solo rozándote, como un jodido quinceañero, probablemente te habría follado y destrozado, Nicolle. ¡Eres virgen, por el amor de Dios!

—Tú siempre le dices a Gala que eso es solo una invención de la sociedad, que no debe preocuparse por ello.

El rostro del hombre cambió.

—¿Estás usando las confianzas de mi hija a tu favor?

—No, Marc, estoy demostrándote que aquí el adulto no eres tú. Los adultos predicán con ejemplo. ¿Qué te importa a ti mi virginidad? Es mía, no tuya, y a lo mejor no me hubiera importado que fueras tú quien se la llevara.

—Estás loca —dijo dándole la sudadera, que también estaba por el suelo—. ¿Te estás pillando, Nicolle? ¿Te has enamorado de alguien con quien te has visto tres veces?

—Ahórrate decirme otra vez que soy solo un calentón —espetó molesta, arrancándole la sudadera de las manos y buscando su camiseta y sujetador, que eran las únicas prendas que le faltaban—. Aquí el único loco eres tú, que no sabes ni lo que quieres. Un día me buscas, otro me apartas... Te pasas el día cuidándome, me dices que soy tu maldita droga, me besas el pelo mientras reconoces que lo cambiarías todo con tal de verme correrme encima de ti, y minutos después haces que me sienta como una mierda. No hay nada que te diferencie de todos los demás. De Silvana, de Víctor o de Colin.

Se vistió a toda prisa, enfadada, muy enfadada, con movimientos secos y rápidos.

—Nicolle...

—También puedes ahorrarte el numerito de preocupación. No tienes por qué hacerlo para que te haga una paja, ya la has conseguido. Cuando puedas, págame lo que me pertenece, puedes dárselo a Gala y que me lo haga llegar. Ya no me verás por aquí ni sufrirás por caer en la tentación de probar la droga.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Él, todavía descolocado por el giro de acontecimientos, dio dos grandes zancadas e intentó evitar que se fuera, sujetándola por la muñeca.

—Espera. No quiero que te vayas así. No tienes por qué dejar el trabajo...

—Suéltame. —A la petición le acompañó una mirada para que apartara sus manos de ella y salió.

—No puedes irte. —La severidad se había apoderado de nuevo de él, sin querer demostrar la desesperación que lo invadía de repente al verla en aquel estado—. ¡Está lloviendo a mares y es casi de noche!

Pero a ella no parecía importarle nada de aquello.

Se giró y lo miró. Él observó la chispa encendida de sus ojos, el pelo oscuro revuelto, los labios hinchados de los besos y las mejillas encendidas por lo que acababa de pasar.

Supo que nunca olvidaría esa imagen.

—A mí no me da miedo tu oscuridad. Eres tú el cobarde que no se atreve a enfrentarla.

Cerró de un portazo y, por última vez, descendió las escaleras y salió de la casa de los Ferrara sin despedirse de nadie y sin pensamiento de volver.

Capítulo 22

París oscurecía y Nicolle lo hacía con él.

Siempre le había parecido un espectáculo observar desde el otro lado del gran río el intercambio de luces de la ciudad con el agua. El movimiento calmado de esta conseguía que los edificios parecieran bailar y, en su mente, también alzaba las punteras y lo hacía con ellos un buen rato. Después, si tenía que volver a casa, se alejaba a paso rápido. Entretanto, imaginariamente danzaba durante todo el recorrido, inventando coreografías, entusiasmada por la inspiración que aquel lugar le aportaba. Era como vivir un videoclip propio que duraban los mismos minutos que tardaba en llegar a casa, donde desaparecían las luces, la música y las ganas de bailar, dándose de bruces con su realidad. Aquel día fue diferente. Como si el videoclip de su vida hubiera cambiado y ya nunca más fuera a ser la misma chica que era.

Y en cierto modo, tenía razón.

Empapada por la lluvia, cruzaba con lentitud hacia el otro lado, observando cómo sus pies se entrelazaban al caminar sobre charcos ya formados con anterioridad. Cuando llegó a la mitad del puente, decidió recrearse con su imagen y se detuvo. Apoyó las manos sobre la piedra fría y mantuvo la vista fija en el agua tambaleante. Los edificios bailaban, la Torre Eiffel bailaba, el reflejo del puente bailaba, pero ella no tenía ganas de hacerlo. Y la sensación de observar un mismo paisaje durante un año nunca había variado, pero aquella tarde era diferente. No había paz, ni música ni danza, solo oscuridad, lluvia y luces desenfocadas.

Tomó una bocanada de aire, llenándose los pulmones de frío y, al soltarlo,

se dio de bruces con una realidad. La imagen que tenía delante de ella era la misma de siempre, era la persona que lo admiraba quien había cambiado.

No era el objeto, era el sujeto.

Su móvil sonó, pero se demoró unos segundos en cogerlo. Cuando vio un número desconocido y, a sabiendas de quién podía ser, descolgó.

—¿Sí? —preguntó desganada, mirando al frente, todavía con una de sus manos apoyada en la piedra del puente.

—Nicolle... —Cerró los ojos al oír la voz derrotada al otro lado. A punto de interrumpirlo, él le pidió que la escuchara y terminó por guardar silencio—. Déjame llevarte a casa. Hablemos.

—¿Para qué? ¿Para que me digas todas esas cosas bonitas que me ilusionan y luego vuelva a casa llorando? —le reprochó con una templanza impropia de su edad—. No es justo que siempre ganes en todo, Marc. Y no es justo que yo sea parte de ese juego en el que siempre vences. Para ti esto es diversión, lo sé, pero yo... —Hizo una breve pausa intentando controlar la lágrima que por cuenta propia comenzaba a descender por su mejilla—. Yo... —Colgó, incapaz de contener todas las que siguieron a la anterior, y se vino abajo.

Apoyó ambas manos, una de ellas todavía con el móvil sujeto, y lloró. Lloró sin vergüenza, lloró agradecida por no haber pronunciado la última frase, lloró sabiendo que todo había acabado.

«Yo... creo que me he enamorado de ti», habría admitido.

«Creo que desde que te cruzaste en mi jodida vida, la has jodido mucho más».

«Creo que ya no me importa nada, que solo tú eres capaz de cruzarte en mi cabeza mientras estoy en clase, mientras estudio, mientras trabajo...».

Se apoyó de espaldas al paisaje y se permitió derrumbarse arrastras por la pared, hasta quedar en el suelo empapado, haciendo que el frío calara su ropa, sus huesos y su alma. Era por Gala, por Colin, Graciela y Silvana. Por la distancia interpuesta entre su hogar y su nueva casa. Por su nuevo instituto, las pruebas a superar y, lo peor, llegar a esa casa y que nunca la estuviera esperando nadie.

Y era por Marc.

Sobre todo, por Marc.

Porque, sí, se había enamorado. Nunca se había relacionado tanto con un hombre ni había tenido ese resguardo y seguridad a la que comenzaba a acostumbrarse.

Otro duro golpe llegó, mucho más duro que el de aquella mañana. Silvana

tenía razón; todos los hombres eran iguales. Parecía estar escuchando a su madre, reprochándole que se lo advirtió, que llegaría quien la conquistara y poco a poco le cambiara los pensamientos y las prioridades. Y le habló de un corazón roto. Del dolor, de la sensación de desquebrajo, del vacío.

Sí, Silvana tenía razón.

Allí, tirada en el suelo de un puente solitario de París mientras poderosos truenos brillaban en el cielo, Nicolle sintió su metamorfosis, algo prácticamente inusual. Uno sabe que es un gusano o que es una mariposa. Uno se da cuenta de que ha cambiado cuando ya ha pasado todo, cuando se ha producido el cambio. Ese día que abres los ojos y ya no eres quien eras. Tienes motivos, claro, porque siempre hay un motivo para las transformaciones. A veces no sabemos ni que está ahí; otras, lo identificamos sin dificultad.

El motivo de Nicolle medía casi dos metros, tenía la espalda más ancha que había visto en su vida y los brazos más grandes en los que refugiarse en sus peores días. Tenía un rostro precioso, unos ojos más oscuros que aquella noche cerrada y la boca más perfecta que pudiera existir.

El motivo de Nicolle se bajó del coche y, entre la oscuridad y un manto de lluvia, apareció.

Sabía por dónde caminaba para llegar a casa; se lo había contado una vez.

Tras unos segundos sin saber qué hacer, gruñendo y maldiciendo en voz alta en la puerta de su casa, se montó en el coche.

«No tienes que hacerlo», se había dicho muchas veces seguidas.

Ella no era su responsabilidad, no era nada.

¿Qué era, entonces? Se había preguntado, pero no había tenido valor de responderse.

Mejor que seguir ahondando, rechinó los dientes mientras se hacía con las llaves del vehículo, pegó un portazo que dejó temblando la casa y se montó en el coche.

No podía estar muy lejos, pero el clima cerrado no ayudaba. Los limpiaparabrisas trabajaban sin descanso y, aun así, no conseguía ver con claridad. La ciudad estaba prácticamente vacía. Pocos caminaban por allí con los chubasqueros puestos y los paraguas abiertos, pero Nicolle no llevaba de lo uno ni de lo otro.

Continuó avanzando, era imposible que hubiera ido tan lejos. Habían poco menos de diez minutos en coche y muchos tantos caminando, además de que

hacía relativamente poco tiempo desde que se fue. Se dio la vuelta y recorrió el mismo camino, mirando a un lado y a otro de la avenida, sin éxito.

Desesperado, suspiró, destensó los hombros y buscó el número en su móvil. Nunca había tenido necesidad de llamarla para nada, pero su número siempre había estado ahí. Desde que semanas atrás llegara y él aceptara la estúpida oferta de trabajar para él.

Se acercó el móvil.

Un toque, dos, tres... Y cuando pensaba que no contestaría, su dulce voz apareció al otro lado.

—¿Sí?

Marc contuvo la respiración, sin saber qué decir.

—Nicolle... Déjame llevarte a casa. Hablemos.

—¿Para qué? ¿Para que me digas todas esas cosas bonitas que me ilusionan y luego vuelva a casa llorando? No es justo que siempre ganes en todo, Marc. Y no es justo que yo sea parte de ese juego en el que siempre vences. Para ti esto es diversión, lo sé, pero yo... —Se mantuvo un segundo en silencio—. Yo... —Y colgó.

—¡Joder! —exclamó golpeando de nuevo el volante sin cesar. Después tiró el móvil al otro asiento y se removió el pelo con nerviosismo.

Le preocupaba la caída de la noche, la lluvia y que caminara sola. Le preocupaba como si fuera Gala, se dijo, y reparó con rapidez en que su hija había salido de casa con la moto. Cerró los ojos con fuerza, sintiéndose horrorosamente mal por no haberse percatado antes, y cogió su móvil de nuevo.

—¡Papá, no puedo hablar! —exclamó al otro lado del altavoz la voz de Gala, elevándose sobre el gentío. Solo aquello lo hizo suspirar, soltando todo el aire contenido—. ¡No había apenas nadie en el bar, ha empezado a llover con fuerza y se han metido todos aquí!

—De acuerdo. Llámame cuando acabes, iré a recogerte. Es peligroso que conduzcas así.

Para su sorpresa, Gala aceptó sin replicar, se despidió y colgó. Y en mitad de sus pocos segundos de tranquilidad, recordó las palabras de Nicolle el día que la llevó a casa, cuando le contó que siempre cortaba camino por el Pont d'lèna.

A toda prisa, aceleró y se dirigió allí.

Parado a un lateral del gran puente, lo observó, pero el manto de agua no le permitía ver nada más allá de su majestuosidad. No estaba a un lado y, cuando

había dado la vuelta, tampoco la había encontrado al otro. Resignado, sabiendo lo que tocaba, se bajó del coche, lo cerró y se adentró.

Entre la luminosidad azul de los truenos, el cuerpo menudo y encogido de Nicolle se atisbaba sentado en el suelo. Alzó la cabeza con los ojos cerrados, invocando a la paciencia y a la calma, y caminó hasta ella.

Nicolle ni siquiera escuchó los pasos, los hipidos no se lo permitían, pero cuando alguien pronunció su nombre, levantó la mirada, encontrándose con él.

Desde el suelo, Ferrara parecía mucho más grande, más impresionante. Lo observó un momento, sin creerse que estuviera allí. Durante un instante su corazón se tranquilizó, sumiéndola en una película de esas que tanto le gustaban en la que el hombre del que la protagonista estaba enamorada llegaba para calmar el dolor. Ella no estaba dentro de una y no tenía nadie que guiara su historia, pero la esperanza la embriagó. Había ido a buscarla, y eso tenía que significar algo. Además, era como un protagonista de película. Allí, serio, contemplándola, calado de agua bajo la cerrada noche que lo despeinaba, haciéndolo más guapo, más atractivo.

Pero Marc abrió la boca y todos los castillos imaginarios se derrumbaron.

—Levántate de ahí, estás empapada. Te llevaré a casa. —Rudo, exigente y cortante. Le ofreció la mano para ayudarla. Ella le mantuvo la mirada, desafiante. Después se levantó sin aceptar su mano y dando gracias a que la lluvia ocultara sus lágrimas. No quería parecer una mocosa herida. Dio media vuelta y comenzó a caminar—. ¡Nicolle, joder, para! —gritó muy fuerte, haciendo que la niña se encogiera y detuviera los pasos—. Estoy hasta los cojones de perseguirte. ¡Te he estado buscando!

—No tienes por qué, nadie te lo ha pedido —le espetó molesta, dándose la vuelta.

Se enfrentaron con los ojos.

—Pero me preocupo por ti.

Ella alzó las cejas.

—¿Como si fueras mi padre? Entérate, no lo eres. ¡No necesito un padre! Nunca lo he necesitado, no tienes que fingir que te preocupas por mí.

—No finjo nada —declaró serio.

—Sí, sí que finges. Te pasas la vida fingiendo. Finges que eres un hombre serio, respetable, y en la intimidad juegas a matar muñecos. Finges seguridad y te escondes en un cuarto a tocar el piano porque no te gusta el público. No es que no te guste, ¡es que le tienes miedo! Después de todo solo nos diferencian años.

Marc apretó la mandíbula y los puños y ella lo apreció.

Estaba empapado, y su pelo, siempre impoluto y peinado hacia atrás, ahora dejaba escapar mechones que se pegaban a aquel rostro creado por el dios de la perfección. Sus casi dos metros de cuerpo estaban enfundados en el chándal oscuro, y los pies, calzados con zapatillas de deporte, anclados al suelo. No se movía, solo respiraba de manera acelerada.

—Te estás comportando como una cría.

—Soy una cría. —Bajó el tono—. Te encargas de recordármelo a cada pocos minutos y sin necesidad de decirlo claramente. Incluso me miras como a una cría. Otra de las cosas que te dan tanto miedo, que te gusta una niña y eso rompe los esquemas de tu vida milimetrada, ¿no?

Él rio irónicamente, como si lo que salía por los gruesos labios de Nicolle fuera una completa estupidez.

—Pero ¿qué dices?

—¿Por qué estás aquí, entonces? —Marc no respondió—. ¿Por qué me acercas y me alejas, me acercas y me alejas? Porque estás acojonado —le recriminó entre dientes y él encogió las cejas, sin entender la expresión—. Miedo —tradujo—. ¿Quién fue?, ¿tu mujer?, ¿la pelirroja? ¿Quién te dejó hecho mierda para que ahora pague yo eso que te frustra?

—Te llevaré a casa, te tranquilizarás, meditarás bien lo del trabajo y mañana hablaremos con calma si quieres. Estás alterada.

—¡No me cambies de tema! ¡Estoy cansada de que hagas eso pensando que no me doy cuenta! ¿Sabes qué? Me da igual quién lo hiciera, lo que hayas sufrido o quién esté dentro de tu cabeza. Soy una idiota por haberme ilusionado contigo y pensar que tú y yo... —No lo dijo, se sentía tan ridícula de exponer sus sentimientos ahí en medio, que decidió callar e irse de una vez. ¿De qué absurda manera un hombre de sus características iba a pillarse por alguien como ella? Solo se había encaprichado debido al morbo de que fuera más pequeña, más ingenua que él. Así podría manejarla a su antojo como lo había hecho. No, claro que no iba a permitirlo. Allí se acababa toda la tontería, pero antes le dejaría algo claro—: No tengo nada que pensar, Marc, no voy a volver. Búscate a otra que trabaje para ti, sorpréndela en el gimnasio con tus músculos, métela en tu despacho y enséñale tus cuadros raros mientras le cuentas todo lo que llevas auestas. Ilusiona y destroza a otra, porque yo no voy a permitirlo. Silvana tiene razón; todos sois iguales. Estáis creados para destruirnos.

En aquel punto de la discusión, ya no le importaban las lágrimas ni que

Marc descubriera todo lo que estaba sintiendo por él. Solo tenía ganas de que fuera una pesadilla. Despertar y estar en su cama, en Carmona, sin saber nada de Francia.

Nunca lo había hecho, pero en ese momento odió a Silvana por haber modificado su vida sin derecho ni permiso, por haberla alejado de lo conocido y sumergido en todo lo que la consumía.

Caminó hacia el lado contrario del puente donde se encontraba él. Segura de que solo quería desaparecer y no verlo más, su cuerpo le pedía que la detuviera, la abrazara, la besara y le dijera que no tenía razón, que él no era como todos esos hombres, que no quería destrozarla.

Pero eso no ocurrió.

Ella nunca supo qué pasó después, porque se marchó sin mirar atrás.

Capítulo 23

Cuando llegó a su casa, la puerta estaba abierta y en el pasillo se encontraban Cristóbal y Silvana.

Ambos detuvieron la conversación al verla aparecer y se acercaron con rapidez.

—Por Dios, muchacha, ¿de dónde vienes? —preguntó el casero con preocupación.

No le dio tiempo a responder cuando su madre dio una zancada, se puso frente a ella y le elevó el rostro, sujetándola por el mentón.

—Nicolle..., ¿qué ha pasado? —Su voz era una mezcla de enfado y preocupación.

—Nada importante —murmuró la chica, haciéndole ver que no era oportuno hablar de aquello con Cristóbal delante. Y, usando los métodos del mejor maestro que había tenido para esquivar conversaciones, preguntó—: ¿Qué hace aquí, Cristóbal?

El hombre miró a Silvana y su rostro se tiñó de preocupación. Ella, descolocada por el mutismo de ambos, repitió la pregunta.

—Entra en casa, sécate y hablamos. Buenas noches, Cristóbal —le deseo Silvana, y Nicolle se hizo eco antes de cerrar la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Sécate y cámbiate de ropa, hay mucho de lo que hablar, al parecer. — Señaló su cara magullada.

Veinte minutos después, ambas se encontraban en la mesa de la cocina. Nicolle observó que Silvana se servía una tila y, al abrir la tapadera de la papelera,

vio los restos de muchas otras más.

—¿Pasa algo grave? —quiso saber.

—Primero vas a contarme qué te ha pasado en esa cara y por qué vienes caminando con la que está cayendo.

Le contó la verdad a medias. No mintió en la pelea, provocada por su relación de amistad con Colin, pero sí al convencerla de que solo había sido una confusión. Estaban juntos en un trabajo de clase y la novia de Mansson había malinterpretado su cercanía. Después reconoció que tenía miedo a su reacción y se había quedado fuera de casa un rato, a la espera de enfundarse valor para entrar y contárselo todo. Nada de novios, nada de amistad más allá del instituto.

Silvana fingió que se creía toda aquella historia y no ahondó más. Porque si algo era real en todo aquel discurso que su hija había soltado, solo era la parte en la que contaba el miedo a su reacción. Sin ganas de discutir y preocupada por problemas de mucha más envergadura, carraspeó y comenzó con dificultad:

—Tenemos que irnos.

Nicolle abrió los ojos y le prestó toda su atención.

—¿Cómo? ¿Adónde?

—De esta casa.

—¿Qué ha pasado? —Perdiendo la calma se incorporó brevemente, pero Silvana la miró con templanza y solo con los ojos le indicó que volviera a su sitio.

—Debo dos meses de alquiler.

Nicolle se cubrió la cara con las manos, se tomó unos segundos para relajarse, acordándose de las veces que se había encontrado al casero por allí, y entonces habló:

—¿Cómo que dos meses? ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por qué no me has pedido ayuda?

—¿Qué ayuda, Nicolte? ¿Qué ayuda me vas a dar tú?

—¿Pues podría haber trabajado antes o...!

—No quiero eso para ti —la interrumpió—. No hemos llegado hasta aquí y cambiado nuestras vidas completamente para que mi hija solo trabaje. Tienes que terminar tus estudios, aprobar la prueba y...

—¿Y qué pasa con los seguros? ¿No van bien? —No estaba dispuesta a escuchar el relato de siempre.

Silvana negó con la cabeza.

—No. La comisión es mínima y apenas nos da para comprar y pagar facturas.

—¿Y los bolos? Es que no entiendo por qué has dejado de hacerlos. Eso nos podría dar un resguardo y...

—¡No me quieren en ninguno! —exclamó de repente, dando un golpe en la mesa con las palmas de las manos—. ¿De verdad crees que soy tan idiota de rechazar bolos por mi reputación? —dijo con tonito, dejándole claro a Nicolle que sabía a la perfección lo que pensaba de ella—. Pues no, es porque no me llaman para ninguno. Le he dado la vuelta a París decenas de veces entrando a ofrecerme yo misma. ¿Sabes dónde me aceptan?, bailando sobre la barra de un bar, y permíteme negarme mientras pueda hacer cualquier otra cosa. ¿Dónde crees que estoy siempre? Buscando cualquier trabajo en el que incorporarme y ganar más dinero.

Volvió a enterrar la cara entre las manos sin querer ver a su madre nerviosa, moviéndose de un lado a otro, demostrando que la situación era más seria de lo que parecía. Era más fácil que tomara el rol de madre estricta y egoísta que de persona humana derrotada.

—¿Cuánto debemos de alquiler?

—Mil doscientos euros. —Los ojos se le abrieron de la impresión—. Bienvenida al mundo real, Nicolle. Esto no es España, ya deberías saberlo. El nivel de vida es otro, los costes son otros...

—Cuenta con unos mil —calculó, sumando las tres semanas trabajadas y restándole los días que le quedaban por trabajar y que no cobraría.

Silvana la miró de reojo, sabiendo a qué dinero se refería.

—Pero ¿qué dices? Si te mueres de ilusión por ir a ese viaje —soltó con recelo.

—No tanto —mintió, percatándose por primera vez de que tan falso no era su comentario. Se sentía tan mal por todo lo que estaba aconteciendo durante aquel día, que lo que menos le importaba era el viaje—. Cuenta con ello, y ya nos buscaremos lo demás para pagar.

—Cristóbal va a ser flexible en eso y nos dará unos meses, pero tenemos que irnos.

—¿Adónde? —preguntó angustiada.

—Iremos temporalmente a casa de la abuela y en cuanto podamos nos buscaremos un alquiler más económico.

Nicolle asintió y se levantó. Colocó la silla en su sitio, como siempre hacía, y caminó hasta la puerta de la cocina, dispuesta a irse. No tenía nada más que

decir ni ganas de escuchar.

Ya en el umbral, se giró a mirar a Silvana. Se bebía la tila con aparente calma, pero le temblaban las manos que sujetaban el vaso humeante y también el labio inferior. Supo que lloraría en cuanto saliera. Sintió una punzada en el pecho al pensarlo. Nunca la había visto en aquel estado.

Pensó en las palabras de Marc cuando habían hablado de la relación tan fría que mantenían y lo siguiente salió solo:

—Mamá —la llamó, y Silvana la miró, sorprendida por el apelativo—. Tranquila, vamos a salir de esta.

Pensaba que todo lo que llevaba auestas la ayudaría a dormir con tranquilidad, y ni siquiera la ayudó a dormir. Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, pensando, recordando y analizando cada momento, cada palabra que Marc le había dedicado; cada risa mientras jugaban despreocupados, comiendo chucherías; cuando se había corrido encima de él gracias a sus palabras, para después confesarle que era su droga. Su maldita droga dura.

«No soy su droga. Las drogas hacen daño, y yo no soportaría hacerle nada que le causara mal».

Pero él pensaba que sí, y ahí estaba el problema.

Miró su móvil a cada minuto. Ella se había ido porque él la había echado. Aun así, esperaba un mensaje, algo que le hiciera saber que estaba al otro lado, que también estaba desvelado, con los ojos mirando al techo, mientras pensaba en ella y en su día juntos.

Ese mensaje no llegó.

En esa misma casa, y apenas a un metro de distancia, otro cuerpo femenino se movía intranquilo bajo las sábanas, preguntándose qué iba a hacer, qué era mejor para el futuro de su hija.

Al otro lado del río Sena, una casa de fachada completamente negra absorbía durante horas los acordes atormentados de un piano que gritaba frustración, rabia y anhelo.

Entrando la madrugada, la última pieza que sonó fue *Cold days*. Porque después de haber disipado la rabia y la frustración, solo le quedó el frío.

Un frío incapaz de ser vencido con otra cosa que no fuera la presencia de la ausencia que lo causaba.

En alguna parte, ajena a todo, una chica caía al suelo. Al levantar el rostro surcado de lágrimas que se camuflaban con la lluvia, vio un cuerpo grande que la observaba con familiaridad.

Cogió el móvil de su bolso, también mojado, y pidió que la recogieran.

A ciento treinta metros de altura, en Montmartre, un chico se preguntaba, como muchas noches después de su primer encuentro, dónde estaría aquella diosa de pelo negro y mirada cristalina que no podía arrancar de sus pensamientos.

Al cerrar los ojos y quedarse dormido, las tres pecas de su iris desaparecieron.

Capítulo 24

—¡Eh, española! —Nicolle giró la cabeza y se encontró con Gala, que la esperaba en la acera de enfrente, de pie y cruzada de brazos al lado de la moto —. ¿Vienes?

Suspiró y se acercó. Nunca habían peleado, pero sabía que aquello no iba a durar mucho tiempo.

—Hola —se limitó a decir, pero Gala se comportó como si no hubiera pasado nada.

—Madre mía, cómo tienes ese ojo. Da gracias a que traigo aquí mi estuche de emergencias y voy a fabricarte una máscara de maquillaje.

A ella no se le pasó por la cabeza en ningún momento negarse, porque sabía que sería esfuerzo gratuito.

—¿Cómo te fue en el Arriête?

—Genial. Se nos llenó de gente con la tormenta y pensé que me daría un infarto, pero mira, no, me fue bastante bien y me desenvolví con facilidad. ¿Te vienes esta noche? Ahora tengo potestad para invitarte a algo. —Le guiñó un ojo, abrió el sillón de la moto, buscó algo durante unos segundos y sacó un estuche morado—. Aquí está. A ver, que empiezo.

En mitad de la calle se hizo con la brocha y un botecito pequeño y le untó maquillaje como mantequilla a un pan tostado. Con esmero fue cubriendo las zonas oscuras que rodeaban el ojo.

Nicolle, viéndola de cerca y recapacitando, le dijo:

—Gala, perdona por lo de ayer. No sé qué me ocurrió, estaba muy enfadada por lo de Graciela y me había pasado toda la mañana preocupada por ti, y vi

que venías de estar por ahí y... Lo siento. No soy nadie para meterme en tu vida.

—Deja de disculparte por todo, te pasas la vida haciéndolo. —Sacó un pintalabios rosa chicle y se lo aplicó con una brocha diminuta—. Tenías razón. No sabía que no te gustaba Jan, eso sí me cogió de sorpresa, pero tenías razón. Perdóname tú. Y ahora, vámonos, llegaremos tarde.

«Tiene a quien salir», se dijo mentalmente Nicolle, viendo la facilidad que tenía para evadir un tema.

Ya montada, con el casco puesto y ofreciéndole otro a su amiga, Gala se percató de que no subía.

—¿Piensas subir? Te juro que no me he fumado nada, no soy peligrosa.

Nicolle puso los ojos en blanco, cogió el casco y se acomodó detrás de ella. Gala, para escucharla, le dio mucho gas a la moto y salió patinando. Después se saltó un semáforo y tuvo que aguantar las voces de su copiloto durante todo el trayecto mientras le pegaba guantazos en el hombro, alterada.

Cuando se bajaron en los aparcamientos del instituto, Gala se giró a mirarla, divertida por el camino que habían tenido.

—A veces me pregunto qué vi en ti para dejar que fueras mi amiga. Y no solo eso, es que encima de lo plasta que eres, te quiero.

—Vete a la mierda —le respondió tirándole el casco.

Lo cogió con agilidad y entraron entre risas.

—Ahora vamos a esperar a que la señorita Graciela salga de clase. ¿Cuántos dientes apuestas que le van a quedar en la boca?

Marc se bebió el café de un trago, lo soltó en la barra, dejó un billete que cubría los gastos de ese y de cinco cafés más y cruzó la calle.

Al entrar, saludó a la chica del mostrador y le dijo:

—Necesito ver a Enara.

La trabajadora, con cara de poseer poca paciencia y menos a aquellas horas de la mañana, alzó la vista del ordenador y lo contempló.

—Aún no está pasando consulta.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

—Lo siento, hasta las nueve no está disponible. Incluso así, si no tiene cita...

El hombre resopló.

—Dígale que está aquí Marc Ferrara.

—A ver, Marc Ferrara, disculpe que me reitere, pero si no tiene cita...

—No te preocupes, Mery, déjalo pasar. Es un amigo —se escuchó decir a Enara detrás de la puerta de su despacho.

La chica se puso de pie con cara de fastidio, encaminó sus pasos hasta la puerta, extendió el brazo con una falsa sonrisa y lo hizo pasar.

Él no se detuvo a dedicarle ni una mirada más y entró.

—Buenos días.

—Buenos días, Marc. Supongo que no has venido a traerme el desayuno. — Estaba detrás de su escritorio, con las gafas puestas, un bolígrafo en la mano y la agenda abierta sobre la mesa. Pero él no estaba de humor, así que tomó asiento en el diván, echado hacia delante, con las rodillas separadas y las manos entrelazadas—. Sí, puedes tomar asiento —ironizó la sicóloga sin despegar la vista de la agenda.

—Vamos, Enara, no estoy de humor.

Ella suspiró, lo miró por primera vez y se mantuvo en silencio unos segundos, observándolo. Estaba dispuesta a decirle que tenía que acostumbrarse a que las cosas no se hacían cuando él quería y así como así, pero no pudo hablar. Siguió contemplándolo con atención un poco más. Iba aseado, peinado y perfumado. Tan impecable y atractivo como siempre, pero había algo en él que la descolocó. Eran sus ojos, su rictus en general. Lo conocía desde hacía muchos años, y solo una vez en su vida había visto aquella mirada hundida y desquiciada en Marc Ferrara. Soltó el bolígrafo, se levantó de su silla y caminó hasta el diván sin libreta para anotar, sin bolígrafo y sin grabadora. Solo Enara. Solo su amiga. Tomó asiento a su lado y le cogió una mano.

—¿Qué ocurre? —le preguntó y él tragó saliva—. Es esa niña, ¿verdad?

—Se me está yendo de las manos.

—No, Marc, de las manos ya se te había ido cuando me visitaste la primera vez, si no jamás habrías venido a contármelo. Ahora solo te has dado cuenta de que ha pasado, de que es real. —Al escucharla, se inclinó hacia delante y se frotó la cara con las dos manos. Tras unos instantes que necesitó para recomponerse, alzó la mirada y con la desesperación reflejada en ella, le preguntó en silencio qué debía hacer—. No puedes alejar a alguien de tu lado si solo piensas en tenerla cerca, y no puedes mantenerla cerca si solo piensas en alejarla. Necesitas aclararte, y no creo que al gran Ferrara se le resista una adolescente de diecisiete años.

»Ella es vulnerable y, muy posiblemente, debido a su edad, influenciable y manejable. Puede ser que sin darte cuenta, o dándotela —le reprochó

débilmente—, estés usando esos aspectos a tu favor. Pero nunca olvides que os separa experiencia, no solo edad, y que todo lo que tú has aprendido a mantener a raya con los años, ella no ha tenido oportunidad de hacerlo.

»No juegues con ella, ya sabes lo que se siente. —Lo miró con severidad y ambos supieron que se refería a Francesca—. Al levantar la cabeza, me ha parecido ver que quien estaba en mi diván era el mismo Marc perdido que llegó aquí hace unos años, y no el hombre seguro que se formó y que he conocido hasta ahora. ¿Merece la pena?

Cuando Marc salió de la consulta, no tenía claro qué había querido decir con la pregunta de si merecía la pena.

¿Qué le merecía o no la pena? ¿Seguir mintiéndose con tal de mantener su imagen o hacer lo que le apetecía realmente y aceptaba las —muchas— consecuencias?

Mientras lo meditaba, ya estaba montado en el coche y, antes de pararse a pensar en aquellas posibles consecuencias, se encontraba aparcado en la puerta del instituto.

Después de unos quince minutos de espera, vio aparecer la moto de su hija. Sentada detrás de ella iba Nicolle, como suponía, y por eso estaba allí. Pataleaban sobre la moto, gesticulaban exageradamente e intuía que debajo de los cascos reían divertidas.

Era una niña. Una jodida niña. Y había conseguido lo que ninguna, absolutamente ninguna mujer había hecho en diecisiete años: trastocar su vida y tambalear su seguridad.

Estuvo a punto de cuestionarse qué tenía ella que no tuvieran las demás, pero lo sabía de sobra. Lo supo desde el primer momento en que la vio, desde que despertó aquel deseo enfermizo en él. No poseía malicia ni intereses más allá de lo que sentía. No ocultaba lo que pensaba y se entregaba sin calcular los riesgos. Se entregaba porque no conocía el dolor de descubrir que te lo han quitado todo.

Ya no conocía personas así en el mundo en el que se movía, todos estaban igual de escarmentados que él, todos sabían que el amor era una farsa y una mierda y que lo que importaba en esta vida era disfrutar sin tener en cuenta quien sufra por ello y llenarte los bolsillos a costa de lo que —o quien— fuera. Pero Nicolle no, aún no tenía necesidad de manipular a nadie a su antojo para conseguir sus propósitos.

La miró de nuevo. Ella parecía no percatarse, pero conforme avanzaban los chicos se giraban para mirarlas. Su hija era consciente, claro que lo era. Su

manera de caminar, su seguridad, sus dedos coquetos tocándose el pelo... Pero Nicolle se adentraba ajena a todo. Ajena a lo bonita que era, lo apetecible que se veía ante cualquier hombre.

¿Qué podía salir bien? Nada.

¿Qué podía salir mal? Todo.

Cerró los ojos, apretó con fuerza el volante y se dijo que era el momento. Si ella lo había apartado de manera radical, tenía que aprovechar la oportunidad, centrarse en recuperar su rutina.

Sí, eso haría. La niña se mantendría lejos y él olvidaría lo acontecido.

Pero ese pensamiento solo lo había creado su mente en un momento frío.

Porque ya la había probado.

Había consumido de aquella droga.

Y aunque la apartes y no la tengas cerca, si estás enganchado a ella vas a ir a buscarla al fin del mundo.

Y, después de todo, Nicolle no estaba tan lejos.

—¿No tendrías sitio para una más? —preguntó Nicolle.

—¿Para ti? —intervino Gala mientras servía una Falsbourg⁶ y una clara con mucha destreza para no haberlo hecho nunca. Ella asintió.

Séfora levantó la cabeza y alzó una ceja. Intentaba arreglar las bombillitas que se habían fundido de la decoración navideña que ya inundaba el Arrête.

—A ver si pensáis que esto es una mina de oro.

—Pues sí —admitió desde el otro lado de la barra, sentada en el taburete y observando alrededor cómo los botellines de cerveza corrían de un lado a otro y cómo las cabezas de tanta gente junta quitaban visibilidad del local—. Si hoy estás hasta trabajando, no finges que secas un vaso.

Nadie preguntó por qué querría más trabajo alguien que ya trabajaba. Gala lo sabía, se lo había contado todo por la mañana en el insti, y por eso estaban allí. No por ganas de Nicolle, desde luego, sino porque su amiga había insistido en que encerrada en su casa no iba a solucionar el problema. Y tenía razón.

No había mencionado nada de que dejaba el trabajo de limpiadora, todavía no había encontrado el momento ni la excusa.

—¿Ya no estás currando? —quiso saber Séfora.

—Sí, pero necesito algo para los fines de semana.

—Si en algún momento necesitamos a alguien más, se lo comento a mi

hermano.

La conversación se vio irrumpida por varias presencias que llegaron y se situaron de pie muy cerca de ella. Al levantar Nicolle la cabeza, y para la sorpresa de las tres chicas, eran Jan, Colin y Graciela.

Las tres se enderezaron. Séfora porque podía mascar la tensión que se había creado en un segundo, Nicolle porque vaticinaba problemas y Gala porque tuvo que parar el impulso de saltar de la barra y estamparle la cabeza sobre cualquier mesa.

La había buscado durante toda la mañana por el instituto y ni rastro de ella.

—¿Qué coño hacéis aquí? —preguntó Gala, con los dientes muy

apretados y las manos sobre la barra en una clara actitud defensiva.

—Tranquila, fiero, que venimos en son de paz —le informó Jan en tono burlón mientras le guiñaba un ojo.

—Ya, en son de paz. —Se acercó mucho al rostro de Graciela, mirándola con fiereza—. La paz te la voy a meter yo a ti por el culo hasta que te rebose por la boca, la nariz y las orejas. —La aludida alzó la cabeza con una sonrisa chulesca—. Has tenido los ovarios de venir aquí porque sabes que estoy en mi puesto de trabajo y no montaré un espectáculo, pero ¿dónde estabas esta mañana? Porque he estado buscándote por todas partes, pero parecías haberte evaporado. —Chascó los dedos delante de sus ojos—. Da gracias a que no te encontré, porque te habría caracterizado la cara. Aunque veo que debajo de toda esa cantidad de maquillaje ya tienes un buen recuerdo.

—Mira, no vengo buscando problemas, solo quiero hacer las paces con Nicolle. —Miró a la morena que, sin creerse que todo aquello estuviera pasando, observaba en silencio a unos y a otros.

—Tú no buscas problemas, tú eres el problema —le espetó Gala.

—Gala, por favor, está aquí por mí. —Colin la acercó a su cuerpo, rodeándola por la cintura—. Está arrepentida.

«Patético», pensó Nicolle viendo la escenita que montaba después de todo lo que había dicho de ella el día anterior en el aparcamiento. Lo pensó para sí, pero Gala era más de pensar en voz alta, y ella también había estado allí.

—Qué ridículo. —Los señaló a ambos—. Me gustaría ver el numerito en directo repitiéndole a ella todo lo que le dijiste a Nicolle ayer. De hecho, ahí tienes el escenario, todavía no se ha subido nadie. Lo tienes libre para mostrarnos los teatros que te montas.

—Gala... —le advirtió Mansson con tono neutro.

—Oh, me gustas mucho, Nicolle —lo remedó con tonito, levantando las manos y poniendo caritas—, y si Graciela no lo entiende es su problema, que está loca, porque dijiste que lo estaba —recalcó, mirándolo de nuevo a los dos y acusándolo a él.

La gente comenzaba a girarse, pendiente de lo que pasaba.

—Por favor, ya está. No merece la pena —le pidió Nicolle casi en un susurro a su amiga, comprobando que se formaba revuelo. Después miró a Graciela. En el intercambio de sujeto, había visto de refilón que Séfora ya tenía un vaso y una bayeta en la mano—. Lo primero, Graciela, no somos enemigas. No tendríamos que habernos peleado por algo que ha provocado él y que él tendría que pagar. Pero viendo que eso no lo entiendes... —miró sus cuerpos pegados—, decirte que tienes mis disculpas, aunque no te quiero cerca. No cuando yo estoy en mi sitio de siempre y eres tú la que llega.

Graciela, todavía de pie, sujeta por Colin y ante la mirada atenta de todos, se tensó. Sus hombros se levantaron visiblemente y se mordió el labio inferior con fuerza. Estaba siendo más ridículo que una paliza en mitad del pasillo del instituto, sin contar con que también se había llevado un poco de aquello. Esperaba insultos, que le chuleara o intentara reírse de ella, sin embargo, Nicolle estaba serena y hablando con determinación.

—Mira, españolita, he venido dispuesta a hacer las paces y poder convivir en armonía ahora que vuelvo a estar con Colin —Gala fingió meterse los dedos en la boca y vomitar—, pero no voy a permitir que me digas dónde puedo estar y dónde no. Si te molesta, por donde pise tú te apartas.

Gala dio un manotazo en la barra, caminó hacia la derecha buscando el hueco para salir y se dirigió hacia a ella con gesto amenazador, dispuesta a soltarle un guantazo.

—Te voy a enseñar yo lo que es apartarse sin poner pie en el suelo.

Nicolle se levantó, haciendo mucho ruido al arrastrar el taburete y llamando la atención de los demás, Séfora soltó el vaso, sabiendo que tendría que intervenir, y Jan se interpuso entre el cuerpo de su novia y el de su amigo.

—Eh, eh, Gala —la frenó su novio posando una mano en su abdomen y mirándola a los ojos—, ni se te ocurra. Creo que tu padre acaba de entrar.

Un calambre cruzó la espalda de Nicolle al escuchar aquello, paralizándola.

Capítulo 25

Todo pareció apaciguarse de repente. El rostro de Gala, la tensión de Graciela y los pasos de Séfora, que se quedó a medio camino. Pero muy al contrario de todo aquello, el corazón de Nicolle bombeó con fuerza y aparecieron todos los nervios que no había sentido hasta entonces.

Giró la cabeza y miró hacia la puerta, encontrándolo. Porque entre aquella cantidad de adolescentes y universitarios, entre todo el movimiento, la música que se oía por todo el local y las cervezas que iban y venían, él resaltaba sin poder evitarlo. Su gran cuerpo, su ropa, que a pesar de llevar vaqueros, un jersey claro y una chaqueta de cuero marrón oscura, parecía llevar bordado en la tela un mensaje que dijera «Cuesto más de lo que vas a gastar durante el fin de semana», sumándole sus andares seguros hacia la barra mientras buscaba a alguien con el entrecejo fruncido y los labios convertidos en una fina línea.

—Joder. Me cago en... —masculló Gala, dándose la vuelta y volviendo con rapidez a su puesto.

Séfora le dedicó una mirada de «Da gracias a que no has montado el número, porque estarías de patitas en la calle» y fingió que nada ocurría cuando una voz varonil sonó tras ellos. Nicolle volvió a su taburete, sabiendo que ya estaba cerca.

—Gala.

—¡Papá! —exclamó con falsa sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

Como la niña estaba de espaldas a él, no apreció la rápida mirada que le dedicó Marc.

—He venido a tomar algo.

—Y ojear el sitio donde trabajo, lo sé. ¿Una cerveza?

Asintió y, para sorpresa de todo el grupo, que esperaba que se fuera, se apoyó en la barra al lado de Nicolle y esperó que le sirvieran para darle un trago a su cerveza directamente del botellín. Después miró alrededor, a los chavales que lo observaban con curiosidad, algunas más que otros.

—¿No nos presentas? —le preguntó a su hija.

—Oh, claro. Él es Marc Ferrara, mi padre. Esta es Séfora, mi jefa. —Nicolle inclinó levemente los ojos de su refresco para comprobar que, si a la chica de los tatuajes y *piercings* la presencia de Colin la incitaba mascar chicle provocativamente, con la de Marc casi se le cae de la boca—. A Nicolle ya la conoces. Y estos son Jan —bajó un poquito el tono mientras su padre se giraba y le ofrecía la mano, una mano que apretó más de lo debido con el mensaje implícito de que sabía de sobra quién era—, y estos son Colin, amigo de Jan, y..., bueno, esta es una hiena llamada Graciela que nos cae mal y que se ha presentado aquí por todo el morro. No la saludes si no quieres, no hace falta.

Marc se quedó estático un breve instante, recordando aquellos nombres. Después miró a la muñeca de cabello negro y ojos cristalinos que no se atrevía a levantar la cabeza en su presencia.

Así que aquel era el tipo colado por ella y la exnovia loca que le había pegado.

Sí los saludo, claro que sí, con un apretón de manos más potentes que el de Jan y una mirada abrasadora que traspasó a Colin y pareció hacer arder a Graciela, que soltó una risilla nerviosa.

—No se lo tenga en cuenta, señor Ferrara, ya sabe cómo es Gala y lo que le gusta bromear —fingió Graciela poniendo una mano sobre su brazo.

Nicolle, de reojo, no perdió detalle, poniendo los ojos en blanco y pensando que se comportaba como una cabra en celo. Por primera vez, y después de todo lo ocurrido, tuvo ganas de arrancarle la mano que estaba posada sobre la chaqueta de Marc.

Este fulminó con la mirada los dedos que ahí tocaban, miró a la tal Graciela y le dijo:

—No me gusta que me toquen. Y sí, sé cómo es Gala, mejor que nadie, por eso sé cuándo bromea y cuándo no, y no me parece que ahora lo esté haciendo.

—Venga, zumbando para otro lado, abejerro —le ordenó Gala a su nueva enemiga. Después, orgullosa de la respuesta seca y contundente de su padre, miró a sus amigas y les dijo—: De tal palo, tal astilla.

—Daremos una vuelta y volveremos pronto —le dijo Jan a Gala, acercándose para que su padre no lo escuchara y dejándole claro que la presencia de aquel hombre los incomodaba.

Todo volvió a la normalidad. Las camareras yendo y viniendo, atentas a los clientes, el grupo de tres desapareció sin despedirse, y Nicolle se mantuvo en la barra, tomándose su refresco. Mejor dicho, fingiendo que lo hacía, porque Marc seguía a su lado en silencio y sin mirarla, pero su presencia allí la ponía nerviosa.

Visualizó de reojo alguna que otra vez cómo alzaba uno de sus marcados brazos, se empinaba el botellín y volvía a dejarlo sobre la barra, sujeto por su mano, pasando su dedo pulgar por encima de arriba abajo y con la vista al frente.

Aunque estuviera sentada a su derecha, Marc no la miraba, no le hacía falta. Con los ojos puestos en las botellas que había en la estantería delante de él le valía para tener una visión de los movimientos de la niña, que eran escasos.

A los pocos minutos, aprovechando que la camarera se había acercado, le pidió otra cerveza. Dos tragos llevaba cuando vio que Gala estaba lo suficientemente lejos para no oír nada y la tal Séfora también se había alejado y entretenido hablando con alguien. Miró alrededor comprobando que nadie reparaba con interés en ellos.

O eso creía.

—Me ha contado Gala que tenéis que mudaros —soltó sin más.

Nicolle levantó los ojos del vaso y los posó también en las botellas.

Eran dos conocidos que fingían no conocerse mientras ambos imaginaban qué harían el uno con el otro.

Era tanto lo que podría ocurrir si sus ojos se encontraban, que ninguno se atrevió a hacerlo.

—Será chivata... —dijo entre dientes. Le había pedido expresamente que no contara nada.

Él ignoró aquel comentario.

—Puedo ayudarte.

—No necesito tu limosna. Solo es un bache y lo superaremos.

—No es limosna, Nicolle, es trabajo.

—Mi trabajo ha terminado.

—No tiene por qué. Si tú quieres, y Silvana lo permite, puedes quedarte a trabajar la semana de Navidad y todo el tiempo que quieras. Si el mes pasaba y tu madre decidía que podías quedarte, no pensaba buscar otra limpiadora. —

Se sacó un sobre del bolsillo interno de la chaqueta y lo puso delante de ella, sobre la barra—. Puedes estar tranquila, no estaré en casa hasta final de año y no tendrás que cruzarte conmigo. —Después le dio un último trago a su cerveza y se levantó, dispuesto a marcharse—. Si necesitas algo y puedo ayudarte, sabes dónde estoy. Despideme de Gala.

Tal y como había aparecido, destacando entre el gentío, desapareció.

Lo observó caminar a paso tranquilo hasta que atravesó la puerta principal, después miró el sobre y tras unos segundos lo abrió. Dentro estaban los setecientos euros que le faltaba cobrar de las dos semanas trabajadas —incluyendo la tarde anterior que le había dado libre y aquella, que ni siquiera se había presentado—. En el fondo del sobre, una llave, supuso que de la casa, y una pequeña nota. Al abrirla, trescientos cincuenta euros perfectamente doblados cayeron de ella.

Quédate esta semana y aprovecha ese dinero para el viaje.

Como sé que estarás de vacaciones, puedes ir a la hora que quieras.

Marc Ferrara

Suspiró, dándole vueltas a la nota y a la llave, y guardó aquel dinero que le había pagado por adelantado.

Tenía dos opciones: lo devolvía sin más o trabajaba y se lo quedaba.

Lo meditó muchos minutos. Podría liquidar la deuda del alquiler y con el dinero extra alguna factura. Solo era una semana más y él no estaría, se dijo. Por supuesto, el viaje estaba más que descartado. Gala había intentado hacerla cambiar de opinión por todos los medios, pero no lo había conseguido; ahora tenía otras prioridades. Se irían a casa de su abuela, pero por necesidad. Si no lo habían hecho antes era básicamente porque Frida contaba con una pequeña pensión que casi no le daba para vivir a ella, mucho menos a tres personas.

Si Silvana no encontraba algo más aparte de los seguros...

—Hola.

Una voz alegre la sobresaltó, sacándola de manera brusca de sus pensamientos. A su derecha, sentado en un taburete también, el chico casi rubio de ojos claros que había visto ya en un par de ocasiones. El malabarista callejero. Esta vez sin disfraz, solo unos vaqueros rasgados y una chaqueta negra sobre una camiseta de un azul diferente al de los pantalones, un poco más claro. Su pelo rubio despuntaba despeinado.

—Hola —le respondió, sorprendida por verlo allí.

—Ayer le pregunté a tu amiga por ti. —Señaló a Gala, que se movía con

destreza por el lugar—. Me extrañó no verte con ella.

—Comenzaba el día de prueba, pero no pude acompañarla. Y tú, ¿qué haces por aquí? No te he visto nunca frecuentar el lugar, creo.

—No, no lo hago. Al menos no de puertas para dentro. Los locales no son lo mío y casi siempre estoy en la acera de enfrente, pero comenzó a llover con fuerza y no tuvimos más remedio que resguardarnos aquí. —También bebía una cerveza, a la que le dio un trago. Después se la mostró—. Te invito a una.

—No, gracias. —Le mostró su vaso todavía lleno.

Se encogió de hombros y miró al frente. La conversación se detuvo unos segundos en los que Nicolle no supo qué decir y él no sabía si soltar el comentario que le rondaba por la cabeza. Pero Eric no era mucho de pensar las cosas, así que lo dijo:

—No he podido evitar escuchar la conversación con ¿tu novio?

Captó la atención de la morena inmediatamente, a la que los ojos se le abrieron.

—Oh, no, no. No es mi novio, es el padre de mi amiga. —Esta vez fue ella quien señaló a Gala.

—Pues me atrevería a decir que le gustas al padre de tu amiga.

—Tonterías —se limitó a responder sin querer hablar más de lo debido, porque notaba que sus mejillas comenzaban a enrojecerse y supo que en breve su blanquecina piel se cubriría completamente. Pero esa observación llamó su curiosidad. ¿En qué se había basado para decir aquello? Nadie se había percatado hasta entonces y no pudo resistirse a curiosear—. ¿Por qué lo dices?

—Porque no se ha atrevido a mirarte durante toda la conversación.

Frunció el entrecejo, confusa.

—¿No debería ser al contrario? Creía que el concepto era otro.

—Nicolle —recordaba su nombre a la perfección—, te aseguro que ningún hombre o mujer que te tenga delante sería capaz de no mirarte. Y el que tenga capacidad para evitar esos ojos, solo tiene miedo de enamorarse de ellos.

La niña se quedó estupefacta por aquello. No era la primera vez que la halagaba, las tres veces que habían coincidido lo había hecho, pero en esta ocasión se había puesto serio y no había asomado atisbo de broma. Además hablaba sin titubear, con una facilidad desbordante.

No conocía a aquel chico, pero las pocas ocasiones en las que habían cruzado palabra bastaban para determinar que era bromista, alegre y muy seguro de sí mismo.

Lo contempló con más detenimiento. Era curioso que hablara de sus ojos cuando los propios eran los más bonitos y extraños que había visto. Ese tono tan miel, casi amarillo, con el contorno verde y las tres pecas que lo cruzaban.

—El otro día te reconocí por tu ojo, el de las pecas. —Dio rienda suelta a sus pensamientos—. Es curioso y muy bonito. No había visto nunca los puntitos alineados de manera tan precisa.

Suspiró.

—Por fin me dieces algo adulador. Pensaba que el único que me había enamorado de ti era yo. —Sonrió e hizo que Nicolle riera con sinceridad—. Se llama nevus ocular y son pecas comunes, pero en el ojo.

—Vaya. ¿Y a qué se deben?

—Exceso de melanina concentrado. Y como no quiero aburrirte y me interesa más el tema que concierne, repetiré que he oído la conversación y parece ser que necesitas trabajar. —Ella asintió—. ¿Qué sabes hacer?

—Limpiar, bailar y hablar mal en francés.

El chico meditó un segundo su curiosa respuesta. Después le sonrió, ocurriéndosele algo.

—¿Bailas?

Pasaron más de una hora hablando de su vida, aunque dejaron a aparcado el tema de Marc, para su suerte.

Le sorprendió y encantó a partes iguales que Eric arrugara el rostro con confusión cuando desveló que era hija de Silvana Harman.

«¿De quién?», le preguntó, y ella sintió un breve cosquilleo de satisfacción al oír aquellas dos simples palabras.

Le divertía tanto figoneo cuando pensaba que la vida del malabarista era mucho más interesante que la suya, pero primero sació su curiosidad, contestándole a sus preguntas, y luego comenzó el interrogatorio.

Nunca había coincidido con alguien tan interesante como él. Parecía vivir al margen de todo lo estipulado, ganándose la vida por la calle con sus pequeños espectáculos y un grupo formado por tres amigos que alternaban los malabares, la música y la magia, aparte de vivir juntos. Cuando ella le preguntó por la necesidad de vivir de la calle, creándose su propia película e imaginando que subsistirían de mala manera y requiriendo cualquier limosna, él le contó que no tenía ninguna carencia, que lo hacía porque era lo que realmente le gustaba y que, hasta entonces, tenía para comer sin necesidad de lanzar pelotas o bolos al aire.

—Me hace feliz —dijo encogiéndose de hombros—. De pequeño quería ser

mago e inventaba mis propios trucos que después ensayaba delante del espejo. Todos me decían que aquello no me llevaría a ningún lugar, y supongo que es verdad, pero tampoco es que yo quisiera ir a alguna parte. —Le sonrió—. La cuestión no es desplazarse continuamente, es ser feliz estés donde estés.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó, fascinada por aquella manera de pensar.
—Veinticuatro.

—Vaya, eres muy joven y parece que esté hablando con alguien que lleve viviendo una eternidad.

—Supongo que he aprendido pronto el verdadero sentido de la vida.

Estaba a gusto con aquel desconocido que parecía no serlo. No habían parado de hablar y de reír. Cuando quiso darse cuenta, Gala había salido de la barra, estaba al lado de ambos y se abrochaba el abrigo.

—¿Nos vamos? —le preguntó a Nicolle, que miró desconcertada a ambos lados. El local estaba casi vacío. Habían pasado mucho tiempo conversando de trivialidades casi sin percatarse.

—Hagamos una cosa —propuso Eric mientras se levantaba y pagaba la cuenta de ambos—. Tú me consigues una actuación aquí cuando pase la Navidad y yo te busco un trabajo para los fines de semana que te gustará. —Estiró la mano, a la espera de que ella la aceptara para cerrar el trato.

Miró de reojo el pequeño escenario, después a el chico que se acomodaba la americana de cuero negra dispuesto a salir ya. Lo meditó un momento. No sería complicado que actuara allí, ya que cualquiera que dijera ser artista tenía las puertas abiertas. Y a ella, más que la necesidad del trabajo, le había surgido curiosidad por saber el tipo de actividades que podría llevar a cabo con alguien como él, rodeado por un aura bohemia que encandilaba.

Pensó que el único interés del chico era sacar partido a su amistad con Séfora o Gala para conseguir la actuación y darse a conocer un poco más, así que aceptó su mano con firmeza y observó:

—Creía que los locales no eran lo tuyo.

Todavía con las manos unidas, Eric tiró de ella, la acercó a su cuerpo y le dio un beso en la mejilla de manera lenta, dejándola noqueada. Con los labios todavía muy próximos, subió hasta su oreja y rozándola dijo:

—Eso era antes de conocerte a ti.

Se separó, se despidió de Gala con un gesto y desapareció, sorprendiendo por igual a ambas.

Capítulo 26

Una semana después...

Le había mentado, pero no había faltado a su promesa.

Cuando Nicolle aceptó trabajar la semana restante en casa de Marc, lo hizo con la condición de no verlo. Y así fue, pero no porque se hubiera marchado, como le había dicho en el Arrête, sino porque la había esquivado por los pasillos y las estancias de la casa.

El hogar de los Ferrara se había convertido en una acogedora estancia Navideña llena de luces y adornos. Un gran árbol blanco con bolas rojas y brillantes lucía en el salón, rodeado de regalos. A pesar de lo bonita que le parecía aquella época, no era de sus favoritas. En casa nunca se había hecho nada especial más allá de comerse las uvas junto a Silvana el último día del año o intercambiarse algún regalo que ya esperaban porque se los habían pedido con anterioridad. Pero allí se vivía de diferente forma y todos esperaban ansiosos el día de Navidad para abrir las cajas que rodeaban el árbol.

Estaba más centrada e impaciente que nunca por la audición. Lo que anteriormente no le había creado expectación, ahora le parecía la mejor vía de escape para salir de allí, poder abandonar París y ser un desahogo para Silvana. Necesitaba estar lejos y olvidar esa semilla que alguien había plantado en su estómago hacía solo un mes y que había comenzado a raizar, subiendo, buscando una salida, rompiéndola por dentro. No se explicaba cómo el tiempo podía ser tan relativo. Había pasado diecisiete años de su vida sin

pena ni gloria, viviendo un día tras otro, todos parecidos, casi idénticos, sin nada que destacar, y ahora aparecía él y hacía florecer eso tan potente que la invadía a todas horas.

Tampoco entendía cómo podía vivir su ausencia de aquella manera tan dolorosa.

Sabía que él continuaba allí porque cada mañana —había cambiado el horario—, mientras se cambiaba de ropa para irse a casa, las notas de un piano resonaban. En dos ocasiones, antes de vestirse, y a pesar de las advertencias que tanto Gala como él le habían dado alguna vez, se quitaba los suecos para no hacer ruido, subía a hurtadillas, inspeccionaba que no hubiera nadie, se sentaba al otro lado de la puerta alerta por si tenía que salir aprisa y cerraba los ojos, escuchándolo hablar a través de un instrumento. Allí, entre acordes, todavía con el uniforme puesto, rememoraba lo que había ocurrido al otro lado de la puerta restante de la tercera planta. Se preguntaba dónde estaba aquel hombre en chándal que reía a carcajadas mientras jugaban juntos, y aquello le creaba un vacío y un dolor insoportable que la obligaban a levantarse y marcharse.

Antes de salir, Celine la detuvo en una ocasión, sujetándola del brazo.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado con qué? —preguntó Nicolle.

—Con Marc, ¿con quién va a ser? Sé que os ha ocurrido algo. Se pasa el día metido en el despacho y en la habitación del piano, tocando, tocando y tocando, y después se marcha de madrugada, cuando cree que no lo oímos. Ni hablar de que ya no... cuenta conmigo —lo dijo bajito, sin querer hablar más de lo debido por si alguien ponía el oído—. Por si te quedas más tranquila.

Ya no se acostaba con ella, pensó Nicolle.

Lo que aquella información le había tranquilizado, le había puesto de nerviosa la anterior, proporcionándole una gran punzada en la boca del estómago.

¿Adónde iría a aquellas horas de la madrugada? ¿Con quién?

No obtuvo respuesta, porque no se lo cruzó, por mucho que ansiara que rompiera su promesa y se vieran, aunque solo de manera casual. Necesitaba saber de él. Verlo, solo verlo. Y aquella necesidad que la atormentaba le dejó claro que, tal y como él le había explicado, ya había probado la droga y comenzaba a depender de ella. Y que también como le había dicho alguna vez, solo había sido un calentón, algo casual.

Fue ella porque estaba ahí, pero podía haber sido cualquier otra.

De ser de otro modo, no podría aguantar las ganas de verla, de besarla o de sentirla, porque para ella estaba siendo insoportable y, de cruzárselo, no sabría si habría podido resistirse a lanzarse a sus brazos.

Descubrirlo fue el peor de los golpes.

La mudanza estaba lista. Eran pocas las pertenencias que cabían en el apartamento que había sido su casa, y que la sería hasta aquel mismo domingo, así que no invirtieron mucho tiempo en empaquetar.

Las tardes fueron exclusivas para bailar, disfrutándolo y sintiéndolo más que nunca. Nada de clases de idiomas con Gala, solo se centró en la audición. Los profesores habían dejado la escuela abierta durante toda la semana, horario completo y con varias salas disponibles. Además, como casi todos llevaban sus músicos, bailarines e incluso el espectáculo preparado, solo ella y dos compañeros más requirieron a Roque con su piano, dándole mucha exclusividad y la posibilidad de ensayar más horas. Lo mejor de todo; Víctor estaba tan ocupado que no reparaba en ella. Únicamente se fijaba en los verdaderos fallos e intentaba corregírselos como a cualquier otro.

Por primera vez se divirtió con el baile en cada jornada. Disfrutó, sintió, giró y saltó con gusto.

Y olvidó.

Sobre todo, aunque a ratitos, olvidó.

—Ahora sí me estás contando algo, Harman —le dijo el cascarrabias de su profesor en el último ensayo del viernes.

Había llegado el gran día y Nicolle se retorció los dedos detrás del telón, esperando su turno mientras se movía con nerviosismo.

Optó por lo tradicional. Quizá era previsible, como en su día le había dicho Marc, pero no le importó porque era lo que quería. Hablar con aquel chico una semana atrás, Eric, le había dado a pensar en lo que dijo sobre entender la vida y realizar lo que te hace feliz, aunque no te lleve a ninguna parte en concreto. Y ella quiso lucir un maillot blanco, liso y de tirantes, y un tutú alrededor de su cintura, blanco también, de gasa rígida. Nada de medias, solo sus zapatillas de baile, y el pelo negro como la noche recogido en una coca sencilla en la parte baja de la cabeza.

Aquel día, por primera vez desde que tenía uso de razón, mientras se preparaba para salir al escenario, hizo que Silvana se acercara y le pidió que

la ayudara a abrocharse las cintas alrededor de los tobillos.

No le hacía falta, pero pensó que aquel hombre que tanto le había dicho en tan poco intervalo de tiempo tenía razón; a lo mejor Silvana también necesitaba sentirse querida. Solo era una mujer herida buscando ser el escudo del corazón de su hija.

Sentada en el suelo con las piernas estiradas, la contempló mientras terminaba de anudarlos con ensimismamiento. Era muy guapa, y quizá siendo feliz lo fuera el doble.

—Gracias —susurró Nicolle, sin apartar sus ojos de ella.

Silvana alzó la cabeza y los contempló. Aquella noche eran más turquesa que nunca y la obligaron a desviar la mirada hasta el telón rojo, que se encontraba solo a unos dos metros de ellas, a la vez que un amargo recuerdo la golpeó. Volvió a prestarle atención a su hija. A pesar de ser la viva imagen de su padre, aquel día era a ella a quién se parecía. Sería como su madre, estaba segura, una bailarina de renombre.

—¿Por qué? —Se apartó el pelo de la cara, que había caído hacia delante debido a la postura.

—Porque me ha costado entenderlo, pero si no hubieras sido dura conmigo, no habría llegado hasta aquí. —Se levantó, le dio un beso en la mejilla y, no sin esfuerzo, dijo con determinación—: Te quiero, mamá. —Después se dio la vuelta y caminó hacia el grupo de compañeros que igual que ella esperaban impacientes su turno—. Deberías irte al palco, ya mismo me toca a mí.

Mientras se marchaba, Silvana la contempló estática, intentando tragar un nudo enorme que se había creado en su garganta.

Dos actuaciones después, el telón se cerró a la espera del siguiente bailarín. Le tocaba.

Cerró los ojos, inspiró y caminó con decisión mientras observaba a Roque colocarse detrás del piano.

No era Marc quien tocaría su pieza, como le había prometido el mismo día que la había apartado.

Los nervios la consumían y se dijo a sí misma que necesitaba relajarse para poder ejecutar correctamente.

—¿Lista? —La voz de Roque hizo que lo mirara. El pianista le dedicó una sonrisa.

Sin motivo alguno, sin pensarlo, sin saber a quién quería sorprender con aquello, soltó mucho aire de su interior, miró al telón y luego a Roque.

—Improvisa —le pidió.

—¿Qué?

—Que improvises la pieza que quieras.

El hombre miró las partituras con nerviosismo.

—Nicolle, aquí tengo anotado Nuvole Bianche. Llevas mucho tiempo ensayando la misma coreografía, machacándola durante toda la semana, no tienes bailarines que te respalden y...

Recordó sus propias palabras. Aquella canción coronaría un momento importante de su vida, y aunque tenía ganas de que el telón se abriera y darlo todo, en su interior algo le decía que no era ese el instante que se merecía para que aquella pieza significativa sonara de fondo.

—Por favor —le rogó—. La que quieras menos esa.

El telón comenzó a elevarse y el pianista no tuvo más remedio que erguirse en el pequeño taburete mientras pasaba las partituras de manera rápida para encontrar una, rezando para que no coincidiera con ninguna actuación de otro alumno. De ser así, estaría metido en un buen lío. Todo estaba pulcramente organizado para evitar aquel tipo de situaciones y ahora llegaba ella y lo tiraba todo en nanosegundos.

Desde el escenario no se distinguían con claridad los rostros del público, pero supo con certeza que lo componían al menos mil personas que aplaudieron entusiasmadas cuando la vislumbraron de pie, enfocada por una luz circular, blanca y potente, con los brazos en preparación, formando un círculo con las palmas enfrentadas y los dedos a la altura de los muslos. Los pies estaban colocados en primera posición, unidos por los talones y formando una línea recta. En un rincón, al fondo, un piano blanco a punto para comenzar el espectáculo.

Estuvo a un segundo de abandonar su repentina decisión, tirar por la borda aquello de hacer lo que querías y cuando querías y decirle a Roque con gestos que volviera a buscar su pieza para bailar lo planeado. Estaba temblando tanto que no se creyó capaz de moverse cuando la música sonara. Siempre se regía por unas pautas, ¿por qué ahora iba a ser diferente?

«Da igual —murmuró para sí—, has venido sin nada y puedes irte sin nada. No tengas miedo a hacer el ridículo, nadie te conoce. Estás aquí por Silvana Harman y no tendrán en cuenta tus fallos».

En el último instante antes de que el primer acorde sonara, miró hacia arriba y a su derecha, a uno de los principales palcos. Silvana, Gala y su abuela estaban sentadas, asomadas y aplaudiendo con euforia. De reojo se fijó de

nuevo en el público. Habían seguido la misma dirección, descubriendo el foco claro que se movía y, con intención, alumbraba a su madre. Silvana levantó una mano, saludó y los vítores y aplausos parecían querer derrumbar el teatro a la vez que su determinación.

Estaba orgullosa y contenta por su madre, pero no dejaba de sentirse en ese segundo plano constante. Entonces vio algo. A alguien. Su vista fue un poco más allá, detrás de las tres figuras femeninas, en el mismo palco. Entrecerró los ojos para diferenciar al hombre que apoyado sobre su hombro y cruzado de brazos la miraba fijamente.

A ella.

Ni a Silvana Harman ni a ninguna otra.

A ella.

Era Marc, y estaba allí, en su audición.

No supo manejar todo aquello que se despertó en su interior. Era tan potente que parecía querer explotar, salir para que todos lo compartieran.

Cerró los ojos y se concentró en disfrutar de la excitación de verlo, del público que de repente se había silenciado y de los nervios previos a una improvisación en mitad del concurso más complejo de su vida.

Y entonces sonó. Tuvo que sonreír al escuchar a Ludovico, aunque no con *Nuvole Vianche*, sino con *Intouchable*.

Miró de nuevo hacia arriba, a los ojos color café, y lo demás salió solo. Por la música, por su presencia, por la improvisación, porque estaba dispuesta a disfrutarlo y, sobre todo, porque tenía una historia que contar.

Empezó con algo sencillo; con el pie izquierdo trabajando, apoyado y arrastrando por el suelo creando un círculo lento mientras ella observaba aquella zapatilla que terminó alzándose prácticamente sola, llevando su pierna a lo más alto mientras elevaba sus brazos a la espera de que la música rompiera en la nota más alta y ella, a su vez, lo hiciera en un perfecto Ballonné Pas⁷.

Mientras aterrizaba rebotando los pies, se dijo que también dejaría atrás los tecnicismos. El baile había sido creado para contar a través del cuerpo, expresándose libremente, y era lo que haría.

Se relajó flexionando las rodillas y los brazos. Se convirtió en pluma y en brisa a la vez. Era quien volaba y quien impulsaba a volar. Dejó de sentir el peso, diciéndose que podía con todo, y pudo. Porque necesitaba gritar con sus movimientos la frustración que había guardado durante tanto tiempo. Exclamar que le daba igual el resultado si había disfrutado tanto del recorrido.

Bailando habló todo lo que había callado, sin importarle la perfección, la técnica, el resultado.

Y giró y giró.

Y saltó y saltó.

Se tumbó, deslizándose por el suelo, y volvió a erguirse, con la espalda recta, con la cabeza alta, como en la vida misma, mientras sentía que la música se acoplaba a ella, y no al contrario.

Que ella caminaba y la vida la corría detrás para seguirla, en vez de seguir el ritmo que esta quería marcarle día a día.

Sonrió mientras sudaba y todo le daba vueltas. Contagiada por tanto éxtasis, le pareció que el piano sonaba más, que las luces alumbraban más y que la gente respiraba menos. Alzó los brazos mientras abría las piernas, pareciendo quedar suspendida en el aire, y cayó de nuevo a la perfección, abrazándose a sí misma mientras se encogía, sentada en el suelo.

Solo estaban ella, la música y el escenario.

Y cuando el sonido disminuyó indicando el final, imprevisiblemente, sin planearlo, se dijo que necesitaba decir algo más, pronunciar en silencio lo que nunca se había atrevido a decir en voz alta. Y eso solo conseguiría hacerlo con alguien como ella, incapaz de demostrar sus sentimientos y ocultándose detrás de algo que se lo facilitara.

Se puso de puntillas, girada hacia la derecha, formando un arco precioso con su espalda y su tutú semielevado. Bajó el brazo izquierdo con lentitud por detrás de su espalda a la vez que subía el derecho. En el último acorde, justo en el último, su mano señaló el palco, quedándose ahí muchos segundos con la vista clavada en él, intentando acompasar la respiración y el pecho subiendo y bajando.

Pudo ver a través de la negrura que él también estaba fijo en ella.

Marc Ferrara hablaba a través de su piano y Nicolle le habló dejando que el corazón bailara al son de sus pies y manos.

Cuando el Teatro Real rompió en aplausos, murmuró con los labios y mirándolo.

—Mi maldita droga dura.

Él supo leer a la perfección aquellos carnosos labios.

Y el telón se cerró.

Capítulo 27

El Arrête estaba hasta arriba de gente. Compañeros de Nicolle, universitarios, desconocidos y hasta algún que otro adulto celebraban bebiendo cervezas, vino y llenando los estómagos. Séfora había salido de la barra y no tenía que disimular secar ningún vaso, porque su hermano se encargaba de todo para que pudiera festejar junto a su amiga, y Gala entraba y salía echando una mano.

Todos, incluso Colin —esta vez sin Graciela—, vitoreaban a Nicolle para que bebiera con ellos y se subiera a la barra a bailar. Lo hizo. Ambas cosas.

La prueba ya había pasado y le daba la sensación de pesar menos. Ahora se sentía una pluma de verdad. Se tomó un par de cervezas que no pagó, porque todos insistían en invitarla y, cuando se aseguró de que la vergüenza se había quedado en el fondo de su botella de cristal, se subió a la barra con Séfora.

Sonaba un villancico mezclado con música tecno al que se le añadieron las palmas y gritos de todos los presentes. Ella dejó la danza clásica a un lado para bailar como le apetecía y Séfora estuvo al límite de un estriptis navideño.

No había ganado nada, absolutamente nada, y se sentía más vencedora y poderosa que nunca.

La fiesta la había animado Gala entre gritos, alzando su cerveza desde detrás de la barra y diciendo mientras la señalaba:

—¡Esta tía acaba de arrancarse el tutú y ha mandado a la mierda a todo el mundo!

Y aunque la mayoría no supiera de qué iba el tema, gritaron ovacionándola y lo demás fluyó. Cualquier motivo era válido para festejar.

Estaba en chándal, un chándal de color azul, básico y liso, con el cabello

recogido en el moño y el maillot debajo, y no se sentía tan fuera de lugar como de costumbre.

Solo le había faltado allí una presencia. Alzándose de puntillas, lo buscó varias veces durante la noche. Tenía ganas de ver al chico de curiosos ojos que con una sola frase había conseguido que abriera los ojos un poquito, aunque no hubiera sido vencedora y Rusia no la esperara para el curso siguiente.

Cuando el jurado dio el veredicto y su nombre ni siquiera fue pronunciado como finalista, alzó la mirada y vio cómo su madre palidecía y se sentaba de nuevo, derrotada por la noticia. Ella no se inmutó.

Una parte en su interior siempre le había dicho que no ganaría, por mucho que la última semana se hubiera esmerado. Sabía de más que no se lo había propuesto como una meta porque, sencillamente, aquella no era su finalidad.

Cuando la audición terminó y todos se acercaron a ella en los vestuarios, Víctor entró haciendo chocar la puerta contra la pared, asustando a los más de veinte jóvenes que había.

Marc ya no estaba, solo la acompañaban Silvana, su abuela y Gala, que observaron con atención a aquel hombre que ni siquiera saludó.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Harman? ¡¿Qué?! ¿Qué ha pasado con tu canción, con tus ensayos?

—He decidido improvisar.

—¡Improvisar! —exclamó, alterado—. ¡Improvisar dice! ¡Aquí no se viene a improvisar! —Golpeó sus propias piernas con furia, dejando caer las manos en ellas—. Se viene a ganar, a ser la mejor, ¡la mejor! ¡Y tú deberías tenerlo fácil, eres la hija...!

—No soy la hija de nadie —espetó molesta—. Soy Nicolle, y estoy cansada de ti, de tus voces y de tus desprecios. —Se arrancó el tutú y lo tiró al suelo—. Métete tu escuela y tu premio por donde...

—¡Nicolle! —dijeron su madre y su abuela a la vez, con los ojos muy abiertos. Lo último que esperaban era aquella reacción de la cautelosa y perfecta Nicolle. Pero ella ya no era aquella que todos creían.

—Métete tu escuela y tu premio por donde te quepa —terminó. Después miró a Silvana y a Frida, tenían la decepción reflejada en sus rostros. Estuvo a punto de pedirles perdón, pero como decía Gala, se pasaba la vida haciéndolo cuando no tenía por qué—. Id a celebrarlo, porque yo lo haré. Y no me esperes despierta, hoy no tengo hora.

Sin dejarla responder, sujetó a Gala por el brazo y salieron.

Sabía que si Silvana se imponía tendría que obedecer y abandonar toda aquella chulería, pero por algún motivo que desconocía, no lo hizo.

—¡Oh, española! Creo que me he puesto hasta un poco cachonda —comentó su amiga.

Riendo abandonaron el Teatro Real.

En un año había perdido su hogar, el viaje, su nueva casa, su rutina y hasta un trozo de su corazón y, sin embargo, se sentía más feliz que nunca.

Sumándole que él había ido a verla.

Había estado ahí.

La celebración había terminado casi a las cuatro de la mañana. Se iría caminando. Gala y Jan le habían propuesto acompañarla sin que se negara. Estaba un poco mareada debido a las cervezas y se sentía más segura en compañía.

Al salir del local, visualizó una figura conocida.

Un chico cruzado de brazos, sonriente y apoyado en la fachada de enfrente la miraba, alumbrado solo por la luz de una tenue farola.

—Eh, bailarina. Felicidades. —Le sonrió—. Me he enterado de que, aparte de haber bailado muy bien, detrás de esa cara angelical hay una mujer apisonadora con los ovarios bien puestos.

Nicolle soltó una pequeña carcajada mientras se acercaba.

—¿Cómo te has enterado?

Alzo los hombros, todavía de brazos cruzados.

—Tengo mis contactos.

Miró a sus amigos, pidiéndoles un minuto. Gala asintió y se mantuvo un poco al margen con Jan.

Nicolle se acercó hasta él, deteniéndose enfrente.

—Creía que hoy estarías por aquí —soltó casi en un susurro.

—No he podido, he estado currando —y añadió entre risas—: disfrazado de Papá Noel. Cuando terminen las fiestas estaré más por aquí. —Atrevida, quizá debido al alcohol o a lo bien que se sentía cuando él estaba cerca, le propuso intercambiarse los teléfonos y así poder hablar de la posible actuación la siguiente semana. Había sonado a excusa por conseguir su número y se preguntó así misma si lo era—. No tengo móvil —respondió él con indiferencia.

—¿No tienes móvil? —Abrió mucho la boca—. ¿Y cómo vives sin él?

—Perfectamente, la verdad. Además, prefiero aparecer por aquí el día que menos te lo esperes y ver esa sonrisa de sorpresa, aunque solo sea un minuto. —Las mejillas de ella se encendieron—. Si alguna vez quieres que sea a la inversa o necesitas cualquier cosa... —se agachó, abrió el bolsillo pequeño de una mochila negra que había a su lado y con rapidez sacó un trozo de papel roto y un bolígrafo con el que apuntó algo—, aquí podrás encontrarme. —Extendió su mano y la chica la rozó al coger el papelito—. Feliz Navidad, Nicolle.

—Feliz Navidad —fue lo último que dijo antes de que Eric cogiera la mochila que había a su lado, se la colgara en un solo hombro, le dedicara una mirada y se marchara.

Ella mantuvo la mirada fija en el papel y sonrió.

En la puerta de casa, se despidió de sus amigos en susurros, para no despertar a su madre. Les dio un abrazo fuerte a Gala y un par de besos a Jan. Al día siguiente de madrugada se marcharían a España de viaje y no volverían hasta el último día del año.

Se abstuvo de pensar que ella podría tener las maletas listas para irse con ellos, y no a casa de su abuela a colocar trastos de la mudanza.

Entró sin hacer ruido y se mantuvo unos segundos visualizándola experimentado hasta entonces, abrasándola, quemándola, consumiéndola. Como un volcán a punto de entrar en erupción que va achicharrando sus paredes mientras contemplaba aquella espalda ancha, acabada en un perfecto trasero que otras veces había admirado sin ropa.

Otra persona había probado la droga.

Su propia madre.

Cerró los ojos un instante, intentando no llorar, recobrando las fuerzas que necesitaba para desaparecer de allí. Pero no podía... No podía. Las piernas le temblaban y los ojos escocían, reprimidos.

¿Por qué?, se preguntaba.

¿Por qué?

Y no encontraba respuesta, solo dolor.

¿Por qué?

Sentía un fuego abrasador que la consumía, que acababa con su integridad sin poder evitarlo.

Él había estado allí, viéndola, mirándola solo a ella mientras bailaba, mientras contaba con sus pies y manos la historia que habían vivido. Corta,

extraña y secreta, pero no dejaba de ser su historia.

Cuando pudo darse la vuelta para marcharse, el rostro se le descompuso debido a la tortura y cayó de rodillas al suelo, desconsolada. Nada podría calmar aquel sufrimiento imparable que se metía en cada parte de su ser.

Entonces un recuerdo llegó a su mente mientras su corazón crujía, terminando de desquebrajarse.

Ella era la mujer.

Él, el cisne, la bestia entre sus piernas.

Juntos eran el fuego que acabaría con todo.

Y, a pesar de que algo la había avisado varias veces de que huyera, de que corriera en dirección contraria al tentador calor, se había arriesgado a quemarse y, con ello, a convertirse en ceniza.

Continuará...

Sobre la autora

Noelia Medina, nacida un 6 de octubre de 1994, se considera los dos extremos de una cuerda. En uno se encuentra la escritora de novelas eróticas sin ningún tipo de tabúes, en el otro, la creadora de relatos juveniles que se centra en las relaciones sanas, la empatía y la convivencia plena de los seres humanos. Para caminar de un extremo a otro de la cuerda de la vida, los cree necesariamente compatibles.

Tras siete diversas obras publicadas con Editorial LxL, se lanza al mundo de la autopublicación con la bilogía Tabú.

Encuéntrala en las redes sociales:

Facebook: Noelia Medina Escritora

Instagram: @noeliamedinaescritora

Twitter: @noeliamedina94

Notas

[←1]

Selectividad francesa.

[←2]

Marca de ropa femenina francesa.

[←3]

Del francés «Dulce caramelo».

[←4]

En francés, «pequeña».

[←5]

En alemán «Sin esperanzas». Pieza del cantautor y compositor Wolfgang Ambros, considerada por algunos la canción de piano más triste del mundo.

[←6]

⁶Falsbourg: Marca de cerveza francesa.

[←7]

Ballonné Pas: Salto en el cual el bailarín brinca encima del suelo, con el pie sur hace una pausa en el aire y desciende ligera y suavemente.